# LA SAGRADA BIBLIA

## CON EXPLICACIONES Y REFLEXIONES

## MIRAN LA VIDA INTERIOR.

**POR LA SEÑORA J. M. B. DE LA MADRE-GUION.**
**NUEVA EDICIÓN, CORREGIDA.**

**TOMO XIX.**

**QUE CONTIENEN LAS EPÍSTOLAS CANÓNICAS**
**DE SANTIAGO, S. PEDRO,**
**JUAN Y JUDAS**

**En Paris con Librerías Asociadas.**
**1790**

**-----------------------------------------------------------------**

*EPÍSTOLA CATÓLICA*
*DE SANTIAGO*
*Con Explicaciones & Reflexiones sobre la vida interior*

## CAPÍTULO I

*V. 1. Santiago, siervo de Dios y de nuestro Señor Jesucristo, a las doce tribus que están esparcidas, saludo.*
*V. 2 Hermanos míos, considerad como motivo de sumo gozo las diversas tribulaciones que os sobrevienen,*
*V. 3. Sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia.*
*V.4. Pero la paciencia produce una obra perfecta, para que seáis perfectos y completos en todo, y nada os falte.*

Es cierto que si miramos las aflicciones desde el lado de Dios, que es la verdadera manera de mirarlas, nos consideraremos felices de tenerlas, y nos consideraremos sujetos del mayor gozo al estar abrumados por ellas. Santiago da la razón, tomada incluso del lado de nuestro interés: es, dice, que la prueba de nuestra fe produce paciencia. Las aflicciones son, pues, las verdaderas pruebas de la fe. La fe es como el oro purificado por el fuego de la caridad: pero que apenas está en el horno, uno lo pone a prueba: se pone en el plato. Lo mismo ocurre con nuestra fe: se purifica por la caridad; pero sólo es probado por las aflicciones.

Pero, ¿qué beneficio nos trae esta prueba de nuestra fe? Sigamos palabra por palabra a este gran Apóstol. La paciencia es lo que produce la prueba de la fe: y la paciencia produce una obra perfecta. Para entender esto es necesario saber que la perfección de una obra es que sea igualmente perfecta en su principio, en su realización y en su fin. Para que la paciencia produzca una obra perfecta, ella misma debe ser perfecta. La paciencia para ser perfecta debe ser interior y exterior, extendida, general, sin excepción. La paciencia INTERIOR se trata de apoyar todo lo que hay dentro. Esta paciencia interior mira todas las operaciones que se hacen en el interior, sustentando igualmente las gracias gratificantes, santificantes y crucificantes; dulce amargo; la operación sabrosa y lo que está lleno de amargura: lo que se llama, (a) Sostener al Señor. Esta paciencia, aunque uno no lo crea, es la más difícil de todas. Es más fácil soportar con igual constancia todos los tormentos exteriores que soportar con igual paciencia todas las operaciones interiores. Ahora bien, esta paciencia es buena, aunque no se extiende a todas las operaciones de Dios, cualesquiera que sean; porque no podemos sufrir interiormente la menor operación de Dios, sea dolorosa o amorosa, sin que sea muy buena; pero esta paciencia para ser buena no es perfecta. (a) Salmo 26 v. 14

Sólo puede ser perfecta cuando se extiende general e igualmente a sostener todas las operaciones de Dios, cualesquiera que sean: de modo que la verdadera prueba de la fe debe comunicar al alma la fe pasiva: esto es claro: pero para que esta fe paciente para ser perfecto es necesario que la pasividad sea consumada, y que se extienda sobre todas las cosas sin excepción, de lo contrario no es perfecto. El que sostiene una operación de Dios, sea luminosa, favorable o dolorosa, sosteniéndola y empalagándola, es mientras dura en oración pasiva, aunque sólo sea por un tiempo y momentos; pero es perfectamente pasiva sólo cuando no tiene resistencia, y aun sin repugnancia: porque el principio es resistencia, luego repugnancia. Hacemos bien aquello que nos repugna; pero el paliativo sólo es perfecto cuando ya no hay resistencia ni repugnancia. Es, pues, este estado de paciencia interior el que hace perfecta la obra, cuando se une a la exterior.

Pero antes de hablar de la paciencia externa, debemos decir dos palabras más sobre la PASIVIDAD o paciencia interna.

Nos hemos convertido en un monstruo de esta condición; y los que no comprenden del todo lo que quiere decir, claman contra los que, como dice S. Denis L´areopagita, estropean las cosas divinas: son considerados como personas extraordinarias y sujetas a la ilusión: lo que es un absurdo. La ilusión nunca le llegará a una persona que sufre las cosas divinas perfecta e igualmente; sino a una persona que quiere hacer cosas divinas y sufrir algunas de ellas. Las personas que quieren operar las cosas divinas y formarlas, darles un color, un sabor, una forma, una distinción, una figura, huyan de la ilusión: porque el Diablo y la naturaleza, que sólo nos piden engañar, falsifican estas cosas, y hacen vemos luces, olemos olores: etc. Porque 'tan lejos' de sufrir las cosas divinas, buscamos? estas cosas no solo por curiosidad; y aún sería el mal menor: sino por orgullo y amor propio; de modo que estas cosas, viniendo de un principio corrupto, no atraen la operación de Dios, sino la operación del Diablo y de la naturaleza.  También están sujetos a la ilusión los que sólo quieren sufrir cosas agradables y honorables, y no crucificantes y abyectas; porque rechazan con esta preferencia lo que puede hacerlos conformes a la imagen del Hijo de Dios. El Demonio (a) se transforma en Ángel de luz, para poder así imprimirles su imagen, y: engañarlos por este amor a lo excelente, lento y satisfactorio. Pero el que sufre internamente las cosas divinas, nunca puede engañarse cuando las sufre todas indistintamente, por igual y en general: y es fácil probarlo. (a) 2 Corintios 11 v. 14

Hemos dicho que lo que hace la perfección de una obra es que sea igualmente perfecta en su principio, en su operación y en su fin. Esta obra es perfecta en su principio cuando el alma sólo conoce o sólo sufre la operación de Dios, ya que Dios, que es el autor de toda perfección, es su principio. Ella es perfecta en su operación; ya que es Dios quien lo opera. Es perfecto en su fin, ya que Dios no puede tener otro fin que sí mismo en lo que hace en sí mismo y fuera de sí mismo. Por lo tanto, la obra es perfecta del lado de Dios; y es perfecto por parte de la criatura en estas tres cosas: porque lo que hace la imperfección de una obra es cuando la criatura se involucra en ella, como está escrito (a) que Dios vive que todo lo que había hecho era bueno. La criatura manteniéndose paciente, no se entromete en lo que Dios está haciendo en ella, ni para verlo, ni para sentirlo, ni para saberlo; pero ella queda aniquilada, resignada y abandonada a toda la voluntad de Dios, para que haga con su criatura lo que quiera. El Demonio solo puede entrar a través de los sentidos, ya sean externos o internos. Ahora bien, los sentidos no tienen parte en ello; porque el alma queda aquí resignada, abandonada, renunciada, sin ver, sin tomar nada para sí. Por lo tanto, no debe temer el engaño, porque la paciencia es general. Como las operaciones que vienen de Dios sólo tienden a destruir la naturaleza, la autoestima y todo lo que le pertenece, para sujetar todo a Dios; el alma que realiza igualmente, generalmente y en toda su extensión estas operaciones destructivas, no puede ser engañada; tanto más cuanto que no pretende establecerse en nada, sean gracias, dones o favores; de lo cual nada da cuenta, quedando renunciada y sin operaciones de vida, ya

que a fuerza de perder los actos de su vida, tuvo que morir poco a poco, y luego quedar muerta, renunciada, aniquilada y desamparada. (a) Génesis 1 v. 31

Su principio es entonces perfecto, porque sólo Dios es su principio: su operación es perfecta, puesto que no es otra cosa que sumisión y negación, dependencia de su Dios y de todos sus deseos; su fin es perfecto, porque no tiene otro fin que Dios, su voluntad y su sola gloria.

La verdadera pasividad, cuando es perfecta, no consiste en no hacer nada, como algunos han imaginado falsamente; sino dejar hacer en nosotros y por nosotros lo que agrada a quien nos dirige y gobierna. ¿Es ser pasivo y sufrir la operación de una persona, no dejarse manipular para operar con ella y como ella? Sufrir lo que se nos hace es paciencia; pero concedernos que se haga de nosotros mismos lo que queremos y en la forma que queremos, y obrar según el movimiento de la acción de aquel que nos mueve, es una paciencia más perfecta, más noble, y que es la marca de un hombre vivo y activo. Hay personas que, con el pretexto de ser pasivas, no quieren moverse. No debe hacerlo usted mismo; pero hay que dejarlo en manos de Dios. Resistir a Dios en algo que quiere hacer por medio de nosotros, ¿no es un mal tan grande como resistirlo en algo que hace en nosotros?

Las operaciones de Dios hacen tres cosas diferentes, las tres tienen sus grados de aumento y consumación. Las PRIMERAS operaciones de Dios tienden sólo a montar las operaciones de la criatura, para hacerse dueño de ella, y convertirse así en principio de sus operaciones, y hacerla hacer, como dice S. Jaques, un perfecto trabajar con paciencia. La paciencia y pasividad de la criatura es pues muy imperfecta, y muchas veces la criatura no quiere esta fe paciente o pasiva, so pretexto de que es necesario actuar; porque malinterpreta este pasaje, la Fe sin obras es muerta lo cual se explicará más adelante si agrada a Dios. Los tales, lejos de ser interiormente pacientes, resisten y rechazan la paciencia, no queriendo dejar que Dios opere, por un violento amor propio y una secreta confianza que tienen en sí mismos y en su propio trabajo: y muy lejos de someterse a la operación de Dios, ponen toda su virtud y su cuidado para reflejarlo, y para montar su operación por sí mismos: para que ellos mismos sean el principio de sus obras; es decir , que aunque la gracia de Dios les hace obrar el poco bien que hacen , la naturaleza interfiere tan fuertemente en ello , que la gracia parece contribuir sólo a la acción , como el maestro escritor que es obligado por la mano de el niño que quería conducir, forma caracteres muy imperfectos.

Mientras que si el niño solo hubiera permitido que la mano guiara, cada letra habría sido perfecta. Es lo mismo aquí: por falta de ceder a la operación de Dios, y de someterse a su imperio en nosotros, ustedes tratan de ganar por el esfuerzo la ventaja; y creemos haber obtenido una gran victoria cuando hemos hecho mucho, y cuando Dios, que de ordinario no viola la libertad, nos ha cedido.

Por tanto, es fácil ver que para que nuestras obras sean perfectas, debemos hacer lo contrario de lo que hacemos: y lejos de superar la operación de Dios por la nuestra, debemos ceder a él. Este es el imperio de Jesucristo, sin el plazo nunca podremos hacer la voluntad de Dios: por eso en el Padre nuestro, nos hace pedir que venga su reino y que se haga su voluntad. El reino de Dios debe llegar a nosotros, es decir, debe conducirnos y gobernarnos como le place, para que se haga su voluntad; de lo contrario, nunca se hará su voluntad, pero nunca se hará nuestra propia voluntad. Ahora bien, la primera pasividad, que debe ser de nuestra parte, y que al principio es muy imperfecta, es cesar poco a poco todas nuestras operaciones para dejar que Dios tome el relevo. Durante mucho tiempo el alma tiene sólo la sombra de la pasividad, actuando muchas veces más que Dios; luego, tanto como Dios; luego, cuando poco a poco esta paciencia se hace más fuerte y más extensa, Dios obra con mayor amplitud; hasta que finalmente gana la partida.

Esta primera operación de Dios, por lo tanto, sólo sirve para destruir la operación de la criatura; y la primera paciencia debe ser dejar que nuestras operaciones se destruyan: esto es lo que Jesucristo llama (a): renunciar a sí mismo; S. Pablo, (b) dejarse mover por el Espíritu Santo; & David, (c) escuchar lo que Dios está diciendo dentro de él, es decir, apoyar su operación. Esta operación se llama hablar, porque la hace enteramente la Palabra, como se ha explicado en otra parte. (a) Mateo 16 v. 24: (b) Romanos 8 v. 14; (c) Salmos 84 v. 9

El alma en este primer grado de pasividad, habiendo llegado a fuerza de paciencia a renunciar a sí misma en sus operaciones, queda muerta, sin acción; y este es el Segundo Grado. Ya no hace más que realizar las operaciones de Dios, sin otra ayuda de su parte que la sumisión libre y voluntaria. Perfecta resignación es dejar que Dios haga en esta alma así muerta y renunciada, lo que le plazca.

Pero antes de que sea así, el alma permanece mucho tiempo en un estado de muerte, donde se atrapa a sí misma y se abandona. Este estado le parece contra la razón: porque no teniendo ya ese remanente de vida que la hacía renunciar a sí misma, no lo ve como un adelanto; sino como un estado de insensibilidad, hasta que llegó a tal punto de muerte que no pudo sentir, gustar, conocer, distinguir ni su sumisión y resignación, ni el avance del dominio de Jesucristo, de modo que ella permanece allí como un muerto, del cual hacemos lo que queremos sin que él tenga ningún sentimiento de lo que le estamos haciendo, sin verlo ni pensarlo, en un olvido total, sin pensar en ceder a la operación de Dios y dejar uno mismo la supera: porque, aquí, el alma ya no conoce y distingue esta operación: está muerta, ahogada y sumergida en ella: y es cuando finalmente Dios la pone arriba y abajo, de lado o de lado: ya no tiene ni la vista o sentimiento de estas cosas: ella no sabe nada acerca de ellas. Ya sea que la arrojes al barro, ya sea que la eleves al trono, su pasividad, su paciencia, es igual en todas estas posiciones. Luego hacemos lo que

queremos con él; pero todavía no hacemos que haga lo que queremos; porque es como un hombre muerto, que ya no tiene sentimientos, ya no tiene ningún movimiento, hasta que la misma vida, que por un duelo memorable, ha absorbido la vida a través de la muerte, viene de nuevo por un efecto admirable a absorber esta muerte en vida. Y esta es la TERCERA clase, o el tercer grado de la operación de Dios.

¿Cómo se hace esto? Es que esta vida primera, que superó poco a poco la vida y la operación del alma, y que la sofocó en plenitud, habiendo dejado esta alma en su muerte, comienza a darle una nueva vida, comunicándole su propia vida. Es entonces que esta alma no sólo se entrega a Dios con su resignación, y deja vencer a su vida; que no sólo por su abandono queda muerta y renunciada, dejándose hacer de sí misma y en ella todo lo que Dios quiere sin resistencia, sin verlo, sin pensarlo; sino que, además, vivificando con la vida que Dios le ha comunicado, que es la vida de su Verbo, actúa, vive y realiza acciones que parecen todas divinas, de las que Dios es el único principio, haciendo así la voluntad de Dios incesante e infaliblemente, y sin embargo tan libre y tan fácilmente, que parece que las acciones que ella hace, son muy naturales en ella: y como un hombre vivo vive sin pensar en su vida, con tanta plenitud más grande y más insensible. de lo que es más perfecta: también tal alma se deja acercar así a Dios, y la vida divina le es más natural y más propia de lo que era su propia vida: de modo que entonces, no sólo es pasiva en permitir Dios para hacer su obra, permaneciendo muerto a cualquier otra operación que no sea la de Dios, dejando que Dios haga consigo mismo y en sí mismo lo que a Dios le agrada; pero además, vive de la vida de Dios, actúa y obra en Dios; ya no es un estado moribundo o muerto, sino un estado vivo, lleno de libertad infinita, libertad de la que habla san Pablo, libertad inmensa: nada coarta a esta alma; ya no tiene problemas de cómo hará la voluntad de Dios, ni de dejar que Dios haga su voluntad en ella; pero esta voluntad se hace siempre: la hace incesantemente porque ya no tiene voluntad propia, habiéndola perdido toda por Dios: todo lo que quiere es la voluntad de Dios: todo lo que ella hace, Dios lo hace.

Su paciencia no conoce límites: porque ella permite que se haga en ella y en ella lo que queremos; ella misma hace lo que queremos, como queremos, sin desgana y sin pensar. ¿Cómo podría esta alma tener repugnancia, viendo que ya no tiene vida? Y como un cuerpo privado de su alma, y llegando a ser animado por otra alma que la suya, encontraría todos sus movimientos sin pensar en ella, como los de su primera alma, de

aun esta alma privada de su vida, y en la cual la vida del Verbo se ha deslizado, hace todo lo que él le hace hacer: y esta es la perfección y la consumación de toda pasividad, donde Jesucristo no obra más como por un cuerpo extraño que quiere cambiar, ajustar, embellecer; sino como por su propio cuerpo. Es entonces que somos verdaderamente miembros: es entonces que somos sus hijos, y él es nuestro Dios: es entonces que somos sus imágenes, habiendo llegado a serlo con más ventaja que en el estado de creación,

donde Dios creó al hombre en su propia imagen. Es finalmente en esta alma donde toma sus delicias.
Pero, ¿qué vida lleva esta persona? ¿No es bastante extraordinaria? No: lo extraordinario, que parece serlo, no es de este día. Una vida enteramente de amor, enteramente natural, bien sencilla, inocente, una vida real y verdadera que ya no está sujeta a la muerte, hace a esta alma inmensa, libre y enteramente divina. Pero, se dirá, esta alma es por lo tanto impecable. Ella peca con dificultad; y de los que han venido a esto apenas hay, que fracasen: pero cómo es posible, digo que si esta gente, por una malicia que les sería más difícil hacer, que han tenido dificultad en dejarse animados y poseídos por Jesucristo, si, digo, estas personas llegaran a querer levantarse contra Dios, y dieran su vida para reanudar la suya, se convertirían en los más malvados de los hombres: pero, en las reglas ordinarias, no lo hacen, no pecan notablemente, aunque pueden, y hacen muchas faltas pequeñas, que sin embargo no hieren el corazón del Esposo, porque no son voluntarias, esta alma, este ser sin voluntad. ¡Pero qué raras son estas almas!
El pecado sólo puede entrar por dos puertas: la primera, por la mirada propia, que es una mirada de complacencia, que hizo perecer al primer Ángel. Por eso la pureza de este estado consiste en perderse por completo de vista, en no mirarse a sí mismo a través del reflejo; y esta es la pasividad de la vista, es decir, no ver nunca más que lo que se nos muestra y como se nos muestra, no mirarse jamás en Dios ni en lo que dice: & en verdad, ¿cómo se podría mirar? a sí mismo que ya no es? también estas personas están muy lejos de mirarse a sí mismas: y cuando por infidelidad quieren verse, ya no se encuentran; de modo que exigiría un esfuerzo lleno de malicia mirarse con complacencia: que no es lo mismo en los primeros grados; el alma se ve allí incesantemente en todo y en todas partes, sea en el bien o en el mal; y estas visiones le causan secreta complacencia, o desánimo, miedo y vacilación: pero aquí ya no se ve a sí misma, y permanece en el olvido total de sí misma; no por la fidelidad de una mujer moribunda, ni por la infidelidad de la muerte; pero por estado real, que quiere decir que esta alma ya no siendo, sino Dios estando en ella de una manera muy viva, ya no se distingue, y ya no piensa en sí misma a menos que ya no sea: Dios,  todo es igualmente bueno para estas almas.
Por mucho tiempo el alma resiste la voluntad de Dios; y cuando cree que las hace, muchas veces es entonces cuando más las resiste: entonces ya no escucha, pero se resiste a hacerlo en cuanto al remedio que se toma con repugnancia aunque sea por sumisión: después de eso él ya no hay ni resistencia ni repugnancia; ya no se siente esta voluntad de Dios, porque se muere a toda la propia voluntad, que es lo que da o resistencia o repugnancia, y aquí se queda uno muerto sin hacer nada, y sin querer hacer nada. Pero en el estado de vida no hay resistencia; ni asco ni repugnancia; tampoco hay impotencia, como en el estado de muerte; sino uno en plena y plena libertad.

La otra puerta por donde entra el pecado, y que viene de la misma fuente, es que uno quiere retirarse del abandono después de haberse mirado a sí mismo, incapaz de concebir un estado tan simple; y apartándose así poco a poco de la voluntad de Dios. Pecamos y nos perdemos por la misma forma en que creíamos salvarnos.

He aquí, pues, los grados de la pasividad perfecta que nos hace perfectos en todas las obras por lo que se refiere al interior. En cuanto a lo exterior, como todo exterior saca su perfección del interior, cuanto más perfecta es la paciencia interior, tanto más lo es la exterior.

La paciencia interior mira a Dios y la exterior a las criaturas. Quizá se piense que la primera no es ni difícil ni penosa en comparación con la segunda, lo es infinitamente más: porque nada cuesta tanto a la naturaleza como perder sus operaciones, y finalmente perderse a sí misma, más extraños tormentos exteriores que sufrir eso: así sus resistencias le causan sufrimientos inconcebibles.

Hay tres clases de penas interiores: las que son causadas por la resistencia y la propiedad; y estos cesan tan pronto como nos rendimos a Dios, y hacemos lo que él quiere de nosotros: por esto sabemos que estos dolores vinieron de nuestra resistencia. Los segundos dolores son dolores purificadores, que Dios envía como purgatorios para purificar el alma de sus manchas; y terminan cuando se purifica lo que Dios quiso purificar. El tercer tipo de castigo es infligido por Dios, para conformarnos a la imagen de su Hijo. Las almas bien aniquiladas sólo tienen lo último; porque ya no resisten y ya no están en el purgatorio pasivo; si llegaban a resistir, sufrirían mucho más que antes. De todo esto se ha hablado: por eso no lo repito.

La paciencia EXTERIOR se extiende al sufrimiento de todo lo que nos sucede de parte de Dios, por su providencia; criaturas, por su malicia o desprecio; y de nosotros mismos, por nuestras debilidades, necedades, faltas y miserias. La paciencia, para ser perfecta, debe extenderse generalmente a todo esto, sin excepción, y estas son las verdaderas y buenas penitencias. Primero, lo que viene de Dios; y estas son las cruces de la Providencia. La pobreza, el hambre, la desnudez, las enfermedades, las dolencias, los accidentes, y todo lo que pasa de los disgustos, en fin, todas las desgracias cualesquiera que sean. De lo que procede de las criaturas; tales como calumnias, persecuciones, molestias, malos tratos, despojo, pérdida de honor y estima. De nosotros mismos, en fin, por nuestras faltas, por nuestras imperfecciones, naturales o no, que tanto dolor nos causan. Todo esto hay que soportarlo con paciencia general. Y es verdaderamente por esta paciencia universal, más que por otra cosa, que se puede conocer la santidad del alma. Por lo tanto, nuestro Señor no dijo: (a) ¿Con paciencia poseerás las almas? ¿Cómo puede uno poseer su alma? Él mismo lo explica cuando dice: (b) El que quiera salvar su alma, la perderá. Poseer el alma es ser dueño del alma, y esto se hace sólo en Dios. Cuando uno está perdido en Dios,

entonces verdaderamente posee su alma, y sólo esta pérdida total, como se ha dicho, puede darnos paciencia perfecta.
Ahora bien, el alma paciente, de esta paciencia general y entera, está en toda la perfección que puede tener en esta vida, y nada le falta. Si le falta algo, no tiene toda la paciencia que debería. (a) Lucas 21 v. 19 ; (b) Mateo 16 v. 25

*V. 5. Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, que es generoso con todos, y que no reprocha sus dones; y él lo recibirá.*
*V. 6. Pero que lo pida con fe, o sin ninguna desconfianza. Porque el que duda es como la ola del mar, que es agitada y llevada de aquí para allá por la violencia del viento.*
*V. 7. Por tanto, este hombre no debe pensar que obtendrá algo del Señor:*
*V. 8. El hombre a medias es inconstante en todo lo que hace.*

¿Qué Sugerencia crees que este Apóstol quiere que le pidamos a Dios? Es su Espíritu, que es Espíritu de sabiduría e inteligencia, por el que escuchamos su Palabra, que es su Palabra: es dejar a Dios el heno de nuestra conducta; porque la verdadera Sabiduría consiste en elegir un líder fiel. Ahora bien, Jesucristo es un conductor fiel, el que es la Sabiduría eterna; y es a él de nuevo a quien debemos pedir: y cuando tengamos a Jesucristo, es decir, a su Espíritu, todo nos será dado con él, según dice el Sabio, (a) Todos los bienes son para mí: vino con ella Pero, ¿cómo pidió Salomón la Sabiduría? Señor, (b) dijo, dame un espíritu dócil para conducir a mi pueblo, es decir, dame un espíritu paciente, apto para escuchar y dejarme instruir por tu Palabra, que es Sabiduría divina, para que siendo lleno consigo mismo, guíe estas ovejas que me has dado. (a) Sap. 7 v. 11; (b) 1 de Reyes 3 v. 9
Ahora bien, quien pide a Dios esta Sabiduría, la recibe; porque Dios, habiendo dado a su Hijo por todos, es liberal con todos, y no reprocha sus dones. No es como la gente del mundo, que muchas veces se arrepiente de haber hecho el bien a la gente que no lo merece; pero Dios no se arrepiente de haber hecho el bien, y eso! no le reprocha: pero concede prontamente lo que se le pide, con tal de que se lo pida con fe y sin vacilación. La vacilación desagrada a Dios en todas las cosas; pero la fe firme para obtener lo que se pide nunca deja de tener efecto. Es un consuelo para un pecador que se acerca a Dios con plena confianza, para estar seguro de obtener todo lo que pida, con tal de que no desconfíe de la bondad de Dios y de su poder. La fe es una roca inmóvil, que hace que el alma se mantenga firme en su confianza a pesar de todas las tormentas. Pero la desconfianza hace que una persona quede siempre flotando entre la desconfianza, el miedo y las ganas de obtener: a veces las ganas que tiene de tener, la puerta para pedir; entonces la desconfianza la hace temer que no obtendrá lo que quiere. La oración llena de

fe siempre fue respondida; & la oración llena de vacilación nunca es contestada. ¿Cómo esperamos que aquel en quien desconfiamos, y que sabe desconfiar, haga lo que deseamos? Toda esta inconstancia proviene sólo de la división del espíritu, lo que significa que el hombre, estando dividido entre Dios y la criatura, nunca tiene firmeza. Ahora bien, la división es de la mente o del corazón, ya veces de ambos. Los que no tienden a la sencillez y a la unidad, y que están siempre en la multiplicidad, están siempre en división y en inconstancia: pero los que están en unión, son invariables; porque están en la unidad de Dios, y no en la división y multiplicidad de las cosas creadas. Esto muestra claramente la necesidad de reunir nuestra alma con su único principio, de lo contrario quedaremos siempre sacudidos por los vientos como juncos.

*V. 9. Que de entre nuestros hermanos, el que es de una condición baja, se gloríe de su verdadera elevación:*
*V. 10. Y al contrario, el rico se avergüence en su pequeñez, porque pasará como la flor de la hierba.*
*V.11. Y como cuando el Sol sale en su ardor, hace marchitar la hierba, de modo que la flor se cae de ella, esa belleza se pierde; así se marchitará el rico en sus caminos.*

Si los cristianos no hubieran degenerado de la grandeza de su nobleza, haciéndose hijos del Diablo, y dándole lo que Jesucristo le había arrebatado con su muerte, ¿qué les importaría, y qué valorarían en la vida, que ser como aquel que los engendró en el oprobio y en la ignominia? La nobleza y la grandeza no provienen de nuestras vanas imaginaciones; sino de la sangre de nuestro Padre, y de la nobleza que de él derivamos. La verdadera grandeza no es la que el esclavo llama a este hombre, sino la que el Rey considera tal. Jesucristo, nuestro Rey y nuestro Padre, sólo estimó el oprobio, la humillación y los sufrimientos, y nos aseguró que estas eran las verdaderas grandezas; y al contrario, sólo parecía tener escoria y desprecio por las riquezas: y creemos que somos grandes por abatirnos por debajo de lo que nuestro Padre ha despreciado, por hacer nuestra gloria y nuestra elevación de lo que ha sido objeto de su desprecio. Por esto nos rebajamos por debajo de lo que él despreció, y nos degeneramos, hablemos de la calidad de sus hijos; mientras que al despreciar estas cosas, nos elevamos por encima de ellas, y mostramos que somos los verdaderos hijos de nuestro Padre.
¿Cómo pasaremos por sus hijos, si no llevamos ninguno de sus caracteres? Es por esto que Santiago dijo aquí; que los pobres, los humildes y los objetos deben gloriarse en ella con justicia; porque son los caracteres de su Rey y de su Padre los que le darán a conocer como su hijo: pero el rico, por el contrario, debe avergonzarse en su humillación; porque no lleva señales de la nobleza de su origen; no tiene las armas de su Rey, y parece ser de

una casa extranjera. ¡Oh, para los verdaderos cristianos, que nacieron de un Jesús pobre, desnudo, sufriente y humillado, la pobreza hace la riqueza y la humillación la verdadera gloria! ¡Oh hombre, que te rebaja hasta el punto de hacerte esclavo de lo que sólo debe ser objeto de tu desprecio! ¿No eres bien digna de compasión, y tanto más cuanto que debes morir en un momento como la hierba que se seca, sin que quede nada de tu belleza? ¿Qué provecho sacarás al morir de tus riquezas, de tu pompa y de tu orgullo? ¿Será más magnífico tu sepulcro, y tus cenizas se distinguirán de las de los pobres? Sí, tu cadáver se distinguirá por su hedor extremo, y por el horror que causará a toda la naturaleza.

Humillaos pues, hermanos míos, si somos ricos, al vernos tan poco partícipes de los bienes de Jesucristo; y procuremos empobrecernos de inclinación y voluntad, no teniendo apego a estas riquezas, y distribuyéndolas a nuestros hermanos pobres; para que compartiendo con ellos nuestras riquezas corruptibles, también ellos puedan compartir con nosotros sus vituperios, que son riquezas incorruptibles. ¡Oh pobreza, oh desprecio, oh confusión, oh sufrimiento! sois la gloria y la riqueza de Jesucristo, ¿y no debéis ser la ambición de todos los cristianos? Si conociéramos los tesoros inestimables de la pequeñez y la pobreza, qué alegría y qué paz traen al alma, nos consideraríamos muy desdichados de vernos privados de ellos: los ricos que hacen en la honra, mirad a los pobres y a los despreciados con un vil de la vida. Pero sucede todo lo contrario; los pobres miran a los ricos con ojos celosos, y no debemos sorprendernos; ya que el Profeta-Rey dice de sí mismo: (a) He mirado la prosperidad de los malvados con ojo celoso; casi me temblaban los pies; luego, movido por el arrepentimiento, añade, después de haber insistido en sus ventajas temporales; Si me detengo en estos pensamientos, hago mal a todo el grupo de tus hijos; mostrando que el verdadero carácter de los hijos de Dios es la adversidad. (a) Salmo 72 v. 3 y 15

*V. 12. Bienaventurado el que sufre la tentación; porque después de ser probado, recibirá la corona de la vida.*

Hay tres clases de tentaciones o sufrimientos. Una verdadera tentación, que viene de la conspiración o del diablo: los sufrimientos, que a menudo son objeto de tentación para quienes los experimentan; y las pruebas, que Dios silencia por nuestra fidelidad: ahora todas estas tentaciones nos son útiles, y purificar el alma ya sea por la experiencia de la miseria y de su propia abyección, o purificándola en el crisol de la tribulación, o llevándola a un mayor abandono en Dios, a una mayor confianza en su bondad, a una mayor desconfianza en sí misma. Y éstos recibirán la corona de la vida, es decir, los que han sido llevados a la muerte de sí mismos por toda clase de dolores, recibirán la verdadera vida en

Dios, quien sacándolos de este estado de muerte, los corona para sus trabajos, y consumirlos.

Esta es verdaderamente la porción de aquellos que aman a Dios; cruces, tentaciones y muerte, a la que sigue la verdadera vida, en la que este amor constante y fiel, que ya no se ve interrumpido por los accidentes y cambios de esta vida, hace gustar al alma una felicidad que no puede expresar ni siquiera comprender . -

*V. 13. Que nadie diga cuando es tentado, que es Dios quien lo tienta: porque Dios no nos incita al mal, y a nadie tienta.*

*V. 14. Pero cada uno es tentado por los encantos o atractivos de su propia lujuria,*

*V. 15. La que después de concebir engendra pecado; y el pecado engendra muerte.*

Dice aquí que Dios no tienta; y sin embargo está escrito en otra parte que tentó a Abraham, y en el Padre se le pide que no nos deje caer en tentación. Dios, como ya se ha explicado en esta petición del Padre, no puede tentarnos para el mal, aunque muy a menudo nos tienta para nuestro beneficio. Él nos tienta para probar y purificar nuestra fe, y para hacerla más firme y constante: pero esta tentación, que parece un mal a los que son ignorantes, es un bien muy grande, y no se acaba sino para bien. También se dice aquí que Dios es incapaz de tentar a nadie y de empujarlo al mal. La tentación que Dios hace a las almas que le son queridas es una prueba; pero una prueba que es extremadamente ventajosa para ellos. Todas las pruebas que nos son útiles y que terminan en nuestro bien, todas las aflicciones son tentaciones de Dios. Dios mismo dijo bien, que los judíos lo tentaron en el desierto, es decir, que querían probar su poder: así Dios nos tienta para probar nuestra fidelidad. La tentación de los judíos, con la cual tentaron a Dios, fue mala; porque fue por desafío al poder divino que lo hicieron; la de Dios hacia nosotros, está llena de misericordia; porque lo usa solo para llenarnos de cosas buenas. Pero Dios no puede tentarnos al mal, incitarnos al mal y hacernos caer en él; porque siendo Dios bondad por esencia, nunca puede querer el mal, ni inducir a nadie a cometerlo: y si por imposibilidad pudiera querer algo malo, sólo su voluntad lo haría bueno, porque es imposible que el soberano Bien, esencialmente bueno , cuyo poder es infinito como el bien, puede querer un mal; porque si Dios viera el mal como mal para vosotros, sería malo, y no sería un Dios infinitamente bueno.  Ahora bien, como la voluntad de Dios es todopoderosa, es cierto que si pudiera querer el mal, haría el mal que quisiera, y sería tan malo como bueno. Por tanto, es cierto que Dios no puede querer el mal como el mal; y que si quisiera algo que tuviese apariencia de mal, esa misma cosa dejaría de ser mala; porque sería conforme a la voluntad de Dios, que da el bien a las cosas, y que las declara malas por cuanto le son contrarias, nada puede ser malo de lo que Dios quiere; y el mal

que hacemos, viene de obrar según nuestra voluntad maligna, y de manera contraria a la voluntad de Dios. Adán no habría pecado en el Paraíso al comer del fruto, si no hubiera sido en contra de la voluntad de Dios, que le fue declarada: porque sin eso, no había más daño en comer de este fruto que de otros.

Dios me marca por sus mandamientos lo que quiere o no quiere: por eso peco, yendo contra su voluntad: sin embargo, el mismo Dios que prohíbe el homicidio, muchas veces lo ha mandado, no sólo el de Abraham, que puede pasar por un gran sacrificio, porque se privó por -allí de lo que más amaba; pero en la guerra de los israelitas contra Amalek, ¿no mandó que incluso los niños fueran pasados a espada? Lo que en la fe hubiera parecido una crueldad, es un bien; porque se hace en la voluntad de Dios, que sólo puede ser la regla del bien y del mal: todo lo que acepta es bueno; todo lo que rechaza es malo. Lo que nos hace caer en el mal son los atractivos de la lujuria; porque esta concupiscencia es una voluntad maligna, opuesta a la de Dios; pero como es tanto animal como brutal, sólo puede concebir engendrar el pecado, y no darlo a luz, si la voluntad superior no viene a su ayuda, y no consiente en sus deseos. Esta concupiscencia viene de Adán, cuando concibió el deseo de comer el fruto, y que por el consentimiento que le dio, contagió de tal manera a todos los hombres, que les comunicó tanto la concupiscencia como la facilidad de consentir a todos sus deseos salvajes. Ahora bien, esta concupiscencia atrajo consigo nuestra voluntad, que estaba enteramente sometida a Dios, la hizo rebelarse poco a poco contra Dios; para que la tentación que nos hace cometer el mal! proviene de nuestra propia concupiscencia, que engendra la muerte; de dónde viene eso en el libro de Números: (a) el lugar donde los israelitas se rebelaron contra Dios fue llamado la TUMBA de la concupiscencia; porque allí murió la concupiscencia del niño. (a) Números 11 v. 34
Por tanto, lo que se debe hacer con el mayor cuidado, para evitar el pecado, es conformar nuestra voluntad a la de Dios, y tratar de mantenerla unida a la suya: lo cual sólo se puede hacer por medio de la ORACIÓN. Es cierto que si mantenemos nuestra voluntad unida a la de Dios, no pecaremos; porque sólo podemos pecar por alejamiento y rebelión de nuestra voluntad contra la de Dios. Se objeta a esto: Es cierto que no tengo poder: si Dios no puede querer el mal, ¿por qué me deja hacerlo, pudiendo impedírmelo? Es porque no quiere violar tu libertad, habiéndola dado una vez. Lo que está en ti la fuente de tus méritos y de tus deméritos es la libertad que tienes para pecar o no pecar; como está escrito: (b) He puesto de tu lado el fuego y el agua, el bien y el mal; extiende tu mano hacia el lado que quieras. (b) Eclesiastés 15 v. 17

*V. 16. No os equivoquéis, pues, mis amados hermanos,*
*V. 17. Todo bien excelente y todo don perfecto viene de lo alto, del Padre de las Luces, que no está Sujeto a ningún cambio, ni a ninguna sombra de revolución.*

Por nosotros mismos sólo somos capaces del mal, a causa de nuestra desdichada concupiscencia y de la voluntad maligna que hay en nosotros. Por eso todo bien debe venir de lo alto, del Padre de las luces. Si esto es así, como no debemos dudarlo, es fácil ver tanto la necesidad que tenemos de mantenernos unidos a Dios, como la necesidad que tenemos de dejarnos a nosotros mismos. La práctica de la conformidad y unión de nuestra voluntad con la de Dios por medio de la ORACIÓN abarca todo esto: esto es lo que hace decir a David: (a) Me es bueno mantenerme unido a Dios y poner en él toda mi confianza; porque había experimentado la extrema debilidad en que uno se encuentra en cuanto se separa de Dios: porque la voluntad que no se mantiene firmemente unida a su Dios, no recibiendo la fuerza necesaria, viendo que todo un don perfecto sólo puede venir de Dios, y así encontrarse de un lado sin sustento, sin alimento, y sin nada que lo arregle, es como voluble; & así que ella no siente más las atracciones de la concupiscencia que, sintiendo estos placeres aparentes, se deja llevar por ellos al principio, y cae en el pecado y en la muerte: pero manteniéndose unida a Dios en lo más profundo, la fuerza que recibe de ella, el sólido y duradero placer que ella prueba allí, la hace despreciar todas las atracciones de la concupiscencia, que le parecen placeres tontos y engañosos, que ni siquiera pueden llevar el nombre de placeres, siendo sólo la sombra y la figura. Por eso dice muy bien Santiago que las gracias y los favores que Dios hace, que incluye bajo la palabra de todo don perfecto, no están sujetos a ninguna vicisitud. Estos son placeres siempre subsistentes; porque no hacen sombras de placeres, como los otros, que parecen aparecer solo para huir con más velocidad de la que vinieron, dejando solo lo que queda al que los tomo saliendo de un sueño, que son ideas y recuerdos sin efectos, que sólo llevan consigo la pena de no tener nada de todo lo que uno creía poder saborear. Los bienes que Dios comunica no están sujetos a estas revoluciones: su duración supera nuestras esperanzas; y lejos de disminuir por el goce del objeto, aumentan sin cesar. (a) Salmo 72 v. 28

Me responderán a esto, cómo puedo estar de acuerdo con lo que digo, con la Escritura, que parece bastante contraria a ella. Ella sólo promete a los amigos de Dios cruces, aflicciones, reproches, persecuciones, hambre, desnudez, lágrimas, etc. lejos de prometerles placeres. Hermanos míos, este es el secreto del amor y del poder de un Dios que sabe sazonar su amargura con tantos dulces que son infinitamente más agradables al gusto de quien los experimenta que todo lo que se considera placer para la tierra. . Sí, un alma cuya voluntad está bien unida a la de su Dios, no querría cambiar el placer que

encuentra en medio de la mayor ignominia, por los placeres más buscados por los más grandes Reyes.

*V. 18. Porque de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos principio de su criatura.*

Tenemos dentro de nosotros dos generaciones, o dos fuentes de producción: todo lo bueno viene de Dios y lo malo de nosotros mismos. Dios al crearnos, nos creó sin mancha y sin defecto, como dice la Escritura, que Dios vio que todo lo que había hecho era bueno; y nos dio al crearnos la libertad, para que la usemos como suya no sólo necesariamente por el derecho de nuestro origen, como todas las cosas pertenecen a su factor; sino también pertenecerle libre, voluntariamente y ratificando con nuestro libre consentimiento el derecho que tenía sobre nosotros. Pero en lugar de que el hombre tuviera que usar su libertad para entregarse a su Dios, la usó por el contrario para rebelarse contra él y sustraerse a su dominio; de modo que con ello corrompió y echó a perder todas sus acciones, habiéndolas viciado en su principio, que es la voluntad. Pero Dios, cuya bondad supera infinitamente todos nuestros delitos, no contento con habernos creado por su voluntad, quiso engendrarnos de su pura voluntad a través de la palabra de verdad. ¿Cuál es la palabra o expresión de la verdad? Es su Palabra, en la cual y por la cual nos volvió a generar, para que alquilemos un principio de su creación, es decir, para que volvamos al estado de nuestra creación con toda la sumisión y dependencia de nuestro factor.

*V. 19. Vosotros lo sabéis, mis amados hermanos; que cada uno sea, pues, pronto para escuchar y tardo para hablar,*

Como esta regeneración se hace por la palabra de la verdad, Santiago nos exhorta a ser rápidos en la escucha. ¿Cómo se insinuará en nosotros esta palabra de verdad, por la cual se nos ha de aplicar el fruto de la regeneración, si no escuchamos? Por eso es necesario estar atentos a Dios y escucharlo. Este consejo es de extrema importancia; y de ella depende toda nuestra felicidad o nuestra desgracia: nuestra felicidad, si hacemos caso a esta palabra divina, como nos aconseja David: (a) Escucha, hija mía, olvídate de la casa de tu Padre; “El Rey concebirá amor por tu hermosura: & en otro lugar: (b) Oye, Israel. Por lo tanto, debemos escuchar y ser rápidos para escuchar; porque de ella depende nuestra

salvación. Si el pecador no escucha la inspiración y la voz que lo invita a convertirse, nunca se convertirá: si el justo no escucha, no escuchará la voz del Esposo. Finalmente, usted tiene que escuchar. ¿No dice San Pablo (c) después de David: Si oyen hoy su voz, no endurezcan su corazón? Hay que escuchar con prontitud y atención. Pero así como hay que ser pronto para escuchar, hay que ser tardo para hablar; háblale poco a Dios, escúchalo mucho; habla poco a las criaturas; porque los que hablan mucho rara vez estarán libres de pecado. (a) Salmo 44 v. 11; (b) Salmo 80 v. 9; (c) Hebreos 3 v. 7,8

*V. 19. Sé lento para enojarte.*

*V. 20. Porque la ira del hombre no cumple la justicia de Dios.*

La ira no trae ningún bien y no sirve de nada para la justicia de Dios. Hay gentes que califican su ira de celo, ocultando con un refinado amor propio la evaporación de su bilis, y la rebeldía de sus locas pasiones la apariencia de celo por los intereses de la justicia de Dios, o de su gloria... Dios normalmente no usa un principio tan corrupto y dañado para ejercer su justicia. Se lo reserva para él. Son las personas que canonizan sus faltas las que las usan de esta manera: pero estén persuadidos de que la ira no realiza la justicia de Dios

*V. 21. Por tanto, desechando todo montón de inmundicia y pecado, acoged con espíritu de mansedumbre la palabra que ha sido injertada en vosotros y que puede salvar vuestras almas.*

Esta palabra es la Palabra, la palabra de verdad, que ha sido injertada en nosotros por su encarnación atemorizando nuestra naturaleza, la única que puede salvar nuestras almas. Por tanto, lo que debemos hacer con más cuidado es rechazar toda especie de falsedad e impureza, que se oponen por completo a la soberana verdad y pureza: y de esta forma, escucharla.

Pero no bastaría escuchar esta divina palabra, si no se pusiera a ejecutar lo que ella inspira; ya que sólo se le escucha para estar informado de sus deseos y cumplirlos con fidelidad en todo lo que se pueda entender. Por eso añade el mismo Apóstol.

*V. 22. Cumplid, pues, esta palabra en vosotros mismos, y no os contentéis con escucharla en vosotros mismos, seduciéndoos a vosotros mismos.*

*V. 23. Porque el que sólo oye la palabra sin cumplirla es como un hombre que se mira en un espejo:*

*V. 24. El que se va tan pronto olvida en un momento quién fue.*

Cuántas personas conocen y aman las voluntades de Dios, que se las declara por sí mismo o por sus siervos; pero como las voluntades no son conformes a sus inclinaciones, o no las quieren escuchar, o si las escuchan, no creen en ellas, y en seguida pierden la memoria de ahí que Santiago compare a estas personas con los que se reflejan a sí mismos? es que la palabra de verdad, iluminando el alma con la verdad, la hace ver tal cual es. Los que se aprovechan de este conocimiento, evitan el mal y hacen el bien: los que no se aprovechan de él, ni siquiera conservan el porvenir de él, semejantes a los que salen de él. Ante un espejo en el que se han mirado, pierden incluso la memoria y la idea de sus personas.

Por lo tanto, debemos escuchar a Dios, y esto es lo que debemos hacer siempre, de lo contrario nunca seremos instruidos en la verdad: pero no es suficiente escucharlo; es necesario escucharlo para beneficiarnos de lo que nos enseña, cumpliendo con su gracia sus deseos tan pronto como nos los ha dado a conocer. Para el interior, escucha; para el exterior, practica.

*V. 25. Pero el que mira fijamente la ley perfecta de la libertad, y permanece atento a ella; el que no escucha sólo para olvidar, sino que hace lo que escucha, encontrará su felicidad en su acción.*

Jesucristo es la Palabra de su Padre y el término de su conocimiento: de modo que como su Padre al contemplarse a sí mismo, que se mira a sí mismo, lo engendra como Verbo o palabra; del mismo modo el alma al contemplar, recibe la Palabra. Esta eterna generación del Verbo se realiza a través de la mirada del Padre: por eso cuando Jesucristo se encarnó, ¿qué dice la Escritura al respecto? (a) ¿Quién es el hombre para honrarlo con tus ojos? es decir; ¿Qué es esta naturaleza humana, que tuviste la bondad de unirla a tu Palabra? Ahora bien, como Dios, mirándose a sí mismo, produce su Palabra, que es la palabra de verdad, ya que él es la expresión de la misma verdad; del mismo modo el hombre, al escuchar esta Palabra divina, la contempla; y como en Dios la misma acción que engendra su Verbo es la misma por la que se contempla a sí mismo (puesto que la mirada que tiene sobre sí mismo produce su imagen, quien es su Palabra, igual a él en todas las cosas; ) igualmente en el hombre, por un efecto completamente diferente, mientras escucha, contempla; y el mismo silencio que le hace escuchar, le hace contemplar: es decir, para contemplar hay que callar y estar en silencio; no es que quiera decir que son los mismos actos: son diferentes. Dios, contemplándose a sí mismo, produce la palabra, y el hombre,

al escuchar esta palabra divina, contempla. Por eso Dios, que ha querido hacer contempladores a todos los cristianos, dándonos su Palabra, ¿qué dice? (a) este es mi Hijo amado. Escúchalo a él. (a) Mateo 17 v. 5

El que mira fijamente sólo mira mientras escucha con atención. Pero, ¿qué hay que vigilar con atención? es Jesucristo. Pero ¿cómo puedo saber que es a Jesucristo a quien debo escuchar o mirar y contemplar; como dice Santiago, que hay que mirar la nueva ley de la libertad, y mirarla fijamente? ¿Qué es esta ley? Es Jesucristo, hermanos míos, quien es la ley de la libertad; según está escrito, que él es el modelo que hemos de seguir; (b) el modelo, digo, que se nos mostró en la montaña: es por lo tanto a él que debemos mirar o escuchar. Él no es sólo nuestra ley, y el modelo que debemos seguir; sino una ley de libertad; porque sólo en Jesucristo está la verdadera libertad, como dice de sí mismo: **(a)** *Si el Hijo os hace libres, seréis verdaderamente libres,* con la misma libertad del Hijo: ahora más libre era el Hijo, más perfecta era vuestra contemplación. La verdadera libertad nunca se encontrará sino en la perfección, ni la perfección sino en la contemplación. (b) éxodo 25 v. 40; **(a)** Juan 8 v. 36

Pero, ¿cómo debemos contemplar? ¿Es tal vez por razonamiento? No, mis hermanos; pues la mirada del razonar es una mirada vacilante, que va de un bien a otro: no es esa mirada la que es una mirada fija: la mirada de la contemplación es una mirada fija, y detenida en un único y mismo objeto.

El que escucha o mira con esta fuerza, no escucha para olvidar: sino que haciendo lo que se le ordena hacer, y practicando lo que escucha, encontrará su felicidad en su acción, la cual siendo hecha en la voluntad de Dios , será una muy buena y santa acción. Cabe señalar que Santiago confunde aquí la mirada y la atención; para mostrar que contemplar y escuchar es lo mismo.

*V. 26. Que si alguno de vosotros cree que tiene piedad, y no refrena su lengua, sino que engaña su propio corazón, su piedad es en vano.*

*V. 27. La piedad pura e inmaculada delante de Dios nuestro Padre es visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y conservarse puro para siempre.*

Es difícil ser piadoso sin ser interior. Hay dos partes en el hombre que lo componen y que constituyen la verdadera piedad. Es el interior y el exterior. El que tiene sólo una piedad exterior sin interior, sólo tiene una sombra de piedad: es sólo un cuerpo inanimado, una máquina rodante, que, al no estar animada por la vida, no puede pasar más que por una quimera de piedad. El que se contentara con lo interior solo, y viviera en un desorden

exterior, sería engañado y engañado: ya que es imposible que el interior verdadero no brote fuera: porque nuestro corazón es la fuente de cosas tan buenas como malo, es tan difícil para un buen interior hacer malas obras externas, como lo sería para un malvado interior hacer cosas buenas. Todavía lo primero es más difícil: porque será más fácil encontrar a un malvado que practica actos de piedad exterior por hipocresía o costumbre, o que no piensa en hacer el bien; que no se encontrará un hombre que, estando lleno por dentro del amor de su Dios, pueda hacer malas acciones por fuera. Santiago pone aquí las dos partes de la piedad, la interior y la exterior. Este, él, dice, que piensa que tiene piedad, no refrena su lengua, su piedad es en vano. Eso es todo por el interior. Es imposible ser interior y no amar el silencio y el retiro. El verdadero cristiano interior debe practicar un silencio exterior e interior: exterior, hablando poco y por necesidad: el recogimiento exterior favorece mucho al interior, y uno no puede estar sin el otro. El silencio exterior es muy necesario: sin él no se puede escuchar a Dios. Esta es la razón por la que Santiago, después de habernos exhortado mucho a escucharlo, nos asegura que si no tenemos silencio, y si no ponemos freno a nuestra lengua, para callarnos por fuera y por dentro para escuchar a Dios, no tendremos jamás verdadera piedad.

Pero a esta piedad interior, que sólo puede venir del silencio, quiere que le agreguemos la exterior, que consiste en hacer las obras de misericordia que él nos marca, y en vivir en la lejanía de las máximas del mundo y de la corrupción del siglo.

**---------------------------------------------**

## CAPÍTULO II

*V. I. Hermanos míos, vuestra fe en la gloria de Jesucristo nuestro Señor no os permita hacer acepción de personas.*

*V. 2. Porque si en vuestra asamblea entra un hombre que tiene un anillo de oro o un hábito lujoso, y también entra un pobre con un hábito malo;*

*V. 3. Y poniendo la vista en el que está magníficamente vestido, díselo, presentándole el lugar de honor; Siéntate aquí: & que sirvas a los pobres; De pie, o siéntate al final de mi escalón:*

*V. 4. ¿No hacéis distinción en vosotros mismos entre el uno y el otro, y formáis un juicio sobre los pensamientos injustos?*

Es cierto que no actuamos como cristianos, solo valorando en nuestro corazón y en nuestra mente lo que el mundo valora, y no lo que más valora Jesucristo. Jesucristo abrazó una vida pobre y abyecta: es por tanto la que debemos estimar sobre todo, ya que ha sido

honrada por nuestro divino Maestro. Pero por el contrario, el mundo sólo tiene rechazos extremos para esta vida, porque el mundo no lo sabe. S. Jaques no nos dice todo esto para reprochar una cierta honestidad exterior que justamente se devuelve a las personas elevadas en dignidad; pues se opondría a su divino Maestro, que quiere que demos al César lo que es del César, es decir, que demos a las Potestades lo que les es debido. Él nos habla de esa manera sólo para hacernos ver que, mientras otorgamos a los ricos y poderosos un cierto deber que no podemos negarles, debemos, sin embargo, tener en nuestro corazón la preferencia por los pobres: que es rendir a Dios lo que es suyo. También debemos servir y ayudar a los pobres en sus necesidades, preferentemente a lo que los ricos nos puedan pedir; porque si consideramos bien a Jesucristo en los pobres, debemos preferirlos a cualquier hombre de cualquier calidad que sea. S. Santiago también condena en esto la injusta preferencia que damos en nuestro corazón a la riqueza sobre la pobreza: pero si tuviéramos un poco de fe, ¿cuán hermosa nos parecería la pobreza y odiosas las riquezas? O ignoramos el Evangelio, o no creemos en las palabras de Jesucristo, el que beatificó la pobreza: (a)(Mateo 5 v. 6) Bienaventurados, dice, los pobres de espíritu. Esta es la pobreza de la inclinación y el desapego. ¿Entonces no valoró la pobreza real, el hambre, la desnudez? ¿Y cómo lo calculó? No, solo por sus palabras; pero tomándolo como su porción. Al contrario, ¿no dijo: (a) ¡Ay de vosotros los ricos! ¿No mostró la dificultad que hay para escapar en la riqueza? Concluyamos, pues, que cuanto hay diferencia de esta vida a otra, tanto valoraremos la pobreza por encima de la riqueza; ya que muchas veces la riqueza temporal nos priva de la riqueza eterna, y la pobreza nos la comunica. (a) Lucas 6 v. 24

*V. 5. Oídme, queridos hermanos míos: ¿No ha escogido Dios a hombres pobres en este mundo, pero ricos en la fe, para ser herederos del Reino que ha prometido a los que quieren?*

*V. 6. ¡Y vosotros, por el contrario, habéis despreciado a los pobres! ¿No os oprimen los ricos con su poder, y no os arrastran ante los jueces?*

*V. 7. ¿No es también por ellos que se blasfema el gran nombre por el cual sois llamados?*

¿Es cierto que cuando no consideraríamos? en los pobres a quienes Jesucristo a través de los ojos de la fe, que nos haga preferirlos incluso a los reyes; ya que los reyes le deben homenaje y tributo en su pobreza. Es para hacer comprender a los reyes la estima que deben tener por los pobres, o mejor dicho, por Jesucristo escondido en los pobres, a quien quiso en la más extrema pobreza, en el tiempo que yacía en un establo, que Los reyes vinieron a rendirle homenaje y rendirle tributo. No todos los reyes pagan tributo a la

pobreza cuando entran en el mundo; y que salgan, como dijo Job: (a) Soy fuerte desnudo desde el vientre de mi madre, y desnudo volveré al seno de la tierra? Si, digo, consideramos estas cosas desde el lado del cristianismo, nuestro propio interés debe hacernos estimar y amarlas. ¿No es de los pobres que recibimos todos los servicios y todas las afirmaciones que necesitamos? Los ricos, por el contrario, son una carga para nosotros, nos oprimen y suelen mantenernos en una desafortunada coacción. Son los ricos los que más iniquidad cometen: la vida ociosa que llevan les hace inventar nuevos medios de pecar: los crímenes que habían sido ignorados durante mucho tiempo salen a la luz en favor de estos desdichados ricos, a quienes no les importa usar su riquezas sólo para ofender a aquel que se las dio con tanta generosidad, sólo para obligarles a darle gracias. (a) Job 1 v. 21

*V. 8. Que si cumples esta ley real de la Escritura: Ama a tu prójimo como a ti mismo, haces bien.*

*V. 9. Pero si haces acepción de personas, pecas, y la ley te sorprende por violarla.*

*V. 10. Ahora bien, cualquiera que haya guardado toda la ley quebranta un solo precepto, es culpable de haberlo quebrantado todo:*

*V.II. Porque el que dijo: No cometerás adulterio, dijo también: No matarás: de modo que si te abstienes del adulterio, no del homicidio, eres transgresor de la ley.*

Jesucristo dijo, que el que ama a Dios con todo su corazón y a su prójimo como a sí mismo, cumple toda la ley; & Santiago llama aquí al mandamiento de amar a tu prójimo como a ti mismo una ley real, es decir, una ley digna del Rey. Por qué eso? Es que el amor al prójimo sólo puede provenir de un gran amor a Dios; porque es imposible estar bien unido al prójimo, por muy defectuoso que sea, si no se está mucho más unido a Dios. ¿Quién ama a su prójimo? Los que más odian al prójimo suelen ser los que se aman desordenadamente, o los que aman ilegítimamente a alguna criatura a la que se apegan con tanta fuerza, que odian a los que se interponen en su camino. De ahí surgen mil inconvenientes, y es fuente de muchísimas desilusiones.

Hay personas que se contentan con guardar algunos de los mandamientos, y que no guardan otros; que quieren escoger de la voluntad de Dios lo que más les agrada, para cumplirla; y que, rechazando los demás mandamientos, los violan impunemente. Esto debería darles una fuerte aprensión para entender lo que dice Santiago: Quien viola un punto de la ley, aunque observe todo lo demás, lo viola todo.

*V. 12. Regla, pues, vuestras palabras y vuestras acciones, como si fueran juzgadas por la ley de la libertad.*

Regular las propias palabras y acciones debiendo ser juzgadas por la ley de la libertad es regularlas desde dentro: pues la ley del rigor sólo juzga lo exterior; pero la ley de la libertad juzga el interior; pues esta ley de la libertad nos hace hijos adoptivos de Dios, y nos saca de la servidumbre y de la esclavitud exterior para hacernos entrar en la libertad del espíritu, que es, según S. Pablo, la (a) libertad de los hijos de Dios. Él hace gozar de la nueva alianza ese Espíritu, por el cual somos librados de la servidumbre, Espíritu que ora a sí mismo en nosotros. Finalmente, no es otro que el Espíritu interior. (a) Romanos 8 v. 21

Esta ley de libertad no es una ley de libertinaje, sino una ley de franqueza y sencillez; una ley que, al someter el espíritu a su Dios, lo coloca en una amplitud y libertad inconcebibles.

*V. 13. El que no ha hecho misericordia será juzgado sin misericordia, y la misericordia estará por encima de dicho juicio.*

¿No dijo Jesucristo que (b) de la misma manera que hemos tratado a los demás, seremos tratados y medidos como los hemos medido a ellos? Aquellos que son dioses compasivos y misericordiosos, que dan fácilmente a los necesitados y que perdonan las injurias; tales sin duda recibirán misericordia. No habrá ninguno de los que han tenido un corazón tierno y bondadoso para con sus hermanos, a quien Dios tarde o temprano no muestre gran misericordia. (b) Mateo 7 v. 2

*V. 14. Hermanos míos, ¿de qué le sirve a un hombre decir que tiene fe si no tiene obras? ¿Puede la fe salvarlo?*

*V. 15. Que si alguno de tus hermanos, o alguna de tus hermanas, no tuviere qué vestir, o le faltare lo necesario para vivir cada día;*

*V. 16. Y cualquiera de vosotros les diga: Id en paz, os deseo algo para cubriros y algo de comer, sin darles sin embargo lo que necesitan; ¿De qué les servirán vuestras palabras?*

*V. 17. Así la fe que no tiene obras, es muerta en sí misma.*

Aunque aquí se habla de la fe común a todos los cristianos, que consiste en creer en Dios y en su Iglesia, y no de la fe que forma el interior; es fácil ver que la fe sin los demás no es nada. Muchas personas dicen que tienen fe y creen en Dios; y sin embargo no le sirven en

Dios. Creer en Dios, y no honrarle en Dios, no servirle, es hacerle más ultraje que si no se cree en él. Creer en la Iglesia y rebelarse contra ella es mentir y decir que se cree cuando no se cree. Ahora bien, es una fe que no va acompañada de actividad. La verdadera fe va acompañada de buenas obras, y la fe las anima. El que tiene fe, practica todas las buenas obras que Dios quiere que haga según su estado: porque, para entender bien esto, es necesario saber que Dios no pide de todas las mismas obras externas; de lo contrario, si la fe consistiera en la caridad sólo hacia los pobres, no tendrían fe los que se hacen pobres por Jesucristo, o los que se retiran a los desiertos (donde no hay pobres, o los que son pobres ellos mismos). Santiago está diciendo aquí es que nuestras acciones no deben desmentir nuestra fe. Creer en Dios y blasfemarlo, ¿es eso creer? Creer en Dios, y deshonrarlo, no queriendo hacer ninguna de sus voluntades, es eso creer a él? Entonces descansar.

Pues de la fe que obra en el interior, no es de esto de lo que Santiago quiere hablar; ya que es ella quien hace que se realicen las más grandes acciones de la Religión Cristiana, que las anima, las vivifica y hace que se realicen en la voluntad de Dios. Es ella quien hace adorar a Dios en espíritu y en verdad. Hay obras ocultas. Un ermitaño, una persona solitaria que contempla todo el día con espíritu de fe, hace una obra mayor que si fuera a ver a un enfermo, aunque tampoco descuida estos deberes, si su condición se lo permite. Si solo existieran estas acciones externas que pudieran pasar por obras de justicia, ¿cuál sería la vida oculta de Jesús, María y José, de quienes nada se dice? Muchos santos anacoretas enterrados vivos en tumbas, y que no serán conocidos hasta el día del juicio, habrían sido santos vacíos de buenas obras. ¡Ay Dios, qué bueno que los hicieran más grandes! En el cielo, donde sólo se contempla y se ama, ¿no le damos a Dios la gloria que le corresponde? Concluyamos, pues, que los que están en estado de pura fe interior y de contemplación realizan las mayores acciones; y que estos no son los que Santiago quiere hablar aquí. Sin embargo, los que confunden todas las cosas utilizan ciertos pasajes para condenar la fe interior, ese espíritu de fe, tan alabado por Jesucristo, y por su discípulo San Pablo; y no ven que al truncar las Escrituras de esta manera para hacer uso de ciertos pasajes, hacen que las Escrituras se contradigan a sí mismas: lo cual, sin embargo, es imposible. Esta Epístola aquí, literalmente, parecería condenar a San Pablo: sin embargo, es todo lo contrario.

Santiago habla sólo de los que se jactan de tener la fe y no hacen las obras; de ciertos grandes cristianos, que lo hacen sólo de nombre y capricho, y que nada hacen conforme a la fe que dicen tener. En cuanto la fe se apoya en la caridad, es una fe viva, y no una fe muerta: de modo que cuanto más perfecta es la caridad, más viva es la fe. El alma que se une a su Dios está en perfecta caridad: luego el alma que se une a Dios está en una fe muy viva: y hace la mayor de todas las obras, que es permanecer unida a Dios, como dijo

David; (a) Para mí, todo mi bien es mantenerme unido a Dios, y poner en él toda mi esperanza. (a) Salmo 72 v. 28

*V. 18. Alguien puede decir: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin obras, o yo te mostraré mi fe por obras.*

*V. 19. Crees que hay un solo Dios. Haces bien: los Demonios también lo creen, tiemblan.*

La mayoría de los cristianos de hoy se llaman cristianos, y no lo son: dicen que han visto la fe, y no la tienen; dicen creer en un Dios crucificado, y no quieren sufrir nada, quieren vivir en la dulzura; creen en un Dios, y lo maldicen y lo niegan. La fe de los Demonios es similar; creen en Dios: pero ¿qué digo? es mejor: porque le temen, no pueden hacer más de lo que él manda; y sin embargo son demonios. Si creemos en Jesús - Cristo crucificado, debemos amar la cruz, debemos seguir sus ejemplos; finalmente, nuestra fe debe ser sostenida por nuestras obras. Los cristianos que no vivan como cristianos serán castigados más estrictamente que los paganos; porque si los paganos no hacen el bien, es porque no creen y no saben: pero los cristianos que: creen y no hacen, eso es espantoso. Los cristianos, por tanto, serán castigados con justicia más rigurosamente que los paganos. Es por el fruto que conocemos el árbol. Una persona de gran fe tiene un gran amor: teniendo un gran amor, lleva una vida de acuerdo con su fe y su amor.

*V. 20. ¿Pero quieres saber, oh hombre vano, que la fe sin obras es muerta? .*

*V. 21. ¿No fue nuestro padre Abraham justificado por obras y obras cuando ofreció a su hijo Isaac en el altar?*

*V. 22. ¿No veis que la fe fue unida a sus obras, y que la fe fue consumada por sus obras?*

El estado de sacrificio es la obra más grande que la criatura puede hacer: es la consumación de todo lo demás. Jesucristo, al sacrificarse a sí mismo, hizo la mayor de todas las obras y consumió todas las obras. El sacrificio es la prueba más fuerte de una gran fe: por eso Abraham fue llamado el padre de los creyentes, porque hizo todo en estado de sacrificio y con espíritu de sacrificio. Hay almas ocultas que parecen no hacer nada; y estos son los que hacen las cosas más grandes; porque continuamente se sacrifican y se inmolan a todas las voluntades de Dios: así como Abraham justificó su fe y la consumó por la obra del sacrificio de su hijo; del mismo modo justifican estas almas su fe, y la consuman en el estado de su sacrificio. Abraham debió tener mucha fe para inmolar a su hijo de esta manera. Era justo que una gran fe fuera sostenida por un gran

sacrificio, y que un gran sacrificio fuera sostenido por una gran fe. La fe unida al sacrificio, tanto interior como exterior, no es fe con obras, es fe con la mayor de las obras. Es por tanto una fe viva. Nadie puede decir que el estado de inmolación y sacrificio no fue la mayor de las obras de Jesucristo, y que no es por tanto la mayor de las obras de los cristianos.

*V. 23. Y que en esto se cumplió esta palabra de la Escritura: Abraham creyó lo que Dios le había dicho, su fe le fue contada en justicia, y fue llamado en medio de Dios.*

*V. 24. Así veis que el hombre es justificado por las obras, no sólo por la fe.*

*V. 25. Aun Rahab, aquella mujer depravada, ¿no fue justificada por las obras de la misma manera, al recibir en su casa a los espías de Josué, y despedirlos por otro camino?*

*V. 26. Porque como el cuerpo sin alma está muerto, así la fe sin obras está muerta.*

Santiago habló tan fuertemente por las obras unidas a la fe, y por la fe apoyada en las obras, porque aparentemente había en su tiempo, aunque en este siglo, falsos cristianos, cuya fe estaba muerta y sin caridad; y que, llamándose cristianos, vivían en paganos. La fe animada por la caridad es pronto descubierta por la buena vida. La fe viva se imputa verdaderamente a la justicia; porque el que tiene una fe viva, está listo para cumplir todas las obras de justicia, y para hacer toda la voluntad de su Dios. Las obras de Abraham fueron plenas y completas, porque fueron obradas por la fe: pero así como las obras que no se sostienen por la fe y la caridad son obras muertas; así también la fe que no se sustenta en la caridad es una fe muerta, porque es la caridad la que obra y obra, y las hace buenas. Creer en un Dios sin adorarlo, amarlo y servirlo; es una sombra de fe, una fe quimérica, y no una fe real.

**--------------------------------------------**

# CAPÍTULO III

*V. I. Hermanos míos, guardaos de la ambición que hace que muchos quieran ser maestros, sabiendo que esto os expone a un juicio más severo.*

*V. 2. Porque todos cometemos muchos errores. Que si alguien no se equivoca al hablar, es un hombre perfecto; Y puede incluso contener todo su cuerpo como un freno.*

Aquellos que enseñan a otros nunca pueden justificarse por ignorancia: ¿cómo podrían justificar ignorar lo que enseñan a otros? Que si enseñan a otros el camino de la vida y no

están dispuestos a seguirlo, ¿no serán doblemente castigados? ¡Pobre de mí! ¡Es extraño que todos quieran involucrarse en la enseñanza y que nadie quiera dejarse instruir! ¿No deberíamos dejarnos instruir por el Maestro de maestros y el Doctor de doctores, antes de meternos en el papel de maestro y doctor? Pero, ¿cómo le vamos a enseñar si ni siquiera queremos escucharlo? ¡Oh ceguera de los hombres! ¡que se envuelvan en querer instruir a los demás, y querer ser escuchados por ellos, y que no quieran escuchar a su Dios, y ser instruidos por él! Por lo tanto, quieren enseñar a otros un camino que ignoran; o si les enseñan el camino que han aprendido en otra parte que con el divino Doctor, ¿no será un camino fabricado para su santidad, que lejos de conducir al camino de la justicia, conducirá al camino de la iniquidad? Jesús: ¿No es Cristo el camino y la verdad? Quien no escucha la verdad no puede guiar por su camino. De ahí vienen los malos Directores; que se pierden a sí mismos y que pierden a los demás; porque no quieren escuchar a Jesucristo.

Santiago también dice que el que no se equivoca al hablar es un hombre perfecto. ¿Quién puede decir que no comete muchos errores al hablar? casi nadie. Solo estaba Jesucristo a quien nunca podríamos sorprender con palabras. Estando todos los hombres sujetos al error, podemos sorprenderlos en sus palabras. Sin embargo Jesucristo nos dice que (a) por nuestras palabras seremos justificados, y por nuestras palabras nosotros? seremos condenados. Fue este conocimiento lo que hizo decir a David: (b) Señor, pon guarda en mi boca y freno en mi lengua, porque es por las palabras que uno conoce las profundidades de una persona, y es por las palabras que uno comete el los mayores pecados, que causan blasfemias, juramentos, calumnias, calumnias, impiedades, etc. Todo esto sale de la lengua, junto con la mentira y la palabrota, que dan lugar a otros delitos; riñas, que fomentan la enemistad y causan el homicidio: todo viene de la lengua. Por tanto, el lenguaje debe ser gobernado para poder gobernar bien al resto. (a) Mateo 12 v. 37 (b) Salmo 140 v. 3

Sobre esto diremos dos cosas; uno, que si no hay quien no pueda ser retractado en sus palabras, nunca habrá nadie perfecto; el otro, que si basta cuidar el lenguaje para que sea perfecto, el interior no sirve; y que las personas interiores prestan menos atención que otras a sus palabras; porque abandonándose a Dios, a quien velan desde el alba, están más en peligro de pecar que esos sabios Catones, que sin pensar en Dios, observan todas sus palabras como complican todos sus pasos. A esto respondo, primero, que si bien es perfecto el que no yerra en el habla, lo cual sólo lo fue en J. Cristo, no se sigue que no lo sea. del corazón conforme a la rectitud del que habla: Porque el mismo que dijo: Por tus palabras serás condenado, también dijo (a) Si tu vileza es simple, tu cuerpo será humilde. Si tu intención es pura, directa y simple, tus palabras y acciones serán puras, directas y

simples. Se dice en otra parte: (b) Todo es puro para el que es puro, y todo es buscado para el que es impuro. (a) Mateo 6 v. 22; (b) Tito 1 v. 15

¿No vuelve a decir Jesucristo que el hombre (a) saca cosas buenas de su corazón, como de un buen tesoro? así no es cuestión de no equivocarse, que el mundo os juzgue sin falta en vuestras palabras; pero su corazón debe estar bien delante de Dios. Esta es la justificación del Profeta: (b) Señor, dijo, tú sabes que mi corazón siempre ha sido recto ante ti. Cuando uno va siempre recto, no se equivoca, ni ante Dios ni contra el prójimo. Aunque muchas veces nuestro prójimo se ofende por las cosas que decimos para complacerle, esto no es estrictamente hablando una falta. Las otras faltas que se hacen con la lengua hacen faltas de fe herida, de las cuales se dice (c) que el más justo peca siete veces al día, lo cual no le impide ser justo. (a) Mateo 12 v. 35; (b) Salmo 16 v. 3; (c) Proverbios 24 v. 16

Para quitar la fructífera dificultad, es cierto que cualquier cuidado que los sabios de la tierra pongan en guardar su lengua, esto no les impide cometer pecados muy grandes con sus lenguas, aunque no cometan imprudencias: o las imprudencias no causan pecados Los pecados de esta gente son tanto más lamentables y más maliciosos cuanto que los cometen con advertencia: en tres palabras, se llevan la pieza; y la calumnia es tanto más peligrosa cuanto que se apoya en su sabiduría, y en un giro envenenado que dan a lo que dicen. Además, ¿no son culpables de mil pecados de la mente, estimándose más que los demás? La verdadera atención es la del corazón: porque cuando el corazón es puro y simple, las palabras las hacen puras y simples, como hemos visto. Esto nos enseña que para ser puro en el lenguaje, hay que ser puro en el corazón: ahora bien, esta pureza de corazón sólo puede venir de dentro. Una persona ocupada interiormente, en el centro de su alma, con su Dios, sin pensar en guardar su lengua, encuentra que su lengua está guardada y gobernada por Aquel que gobierna su corazón; y la soledad interior le hace guardar fuera un silencio lleno de alegría, sin afectación: un silencio mil veces más feliz y fecundo que las molestias y torturas de los demás, que los hacen mortificar e incomodar a todos por un pudor exterior tan afectado como repulsivo: mientras que los demás son siempre alegres, siempre afables, complacientes y contentos; y que aficionados a la defensa de Dios, no deben incomodar al prójimo, que es una gracia de las almas adelantadas. Los otros, que lejos de quitar la libertad inocente a los hijos de Dios que están en esclavitud, esclavizan a los que se acercan, haciendo así feroz la devoción. Jesucristo fue complaciente con todos. Por eso los fariseos austeros e inconvenientes se escandalizaron. También un alma en la que Jesucristo vive y reina, se acomoda a todos; y aunque no agrada a todos, no incomoda a nadie.

Es necesario, pues, que la tutela de la lengua venga de Dios: y para que Él la gobierne, debe gobernar nuestro corazón. Así que David no dice: Guardaré mi lengua; pero bien: (a)

Vigilé al Señor desde el amanecer: él será mi guía y mi conductor: entonces dijo a su Dios: Pon guarda en mi boca, y freno en mi lengua. Afirmó que era Dios quien tenía que hacerlo. Cuidemos, pues, a Dios; y él velará a nosotros, y por nosotros. (a) Salmo 62 v. 2. 9.

*V. 3. - ¿No ves que ponemos mordiscos en la boca de los caballos, para que nos obedezcan, y así hacemos girar todo su cuerpo a donde queremos?*

*V. 4. ¿No veis también que aunque los navíos son tan grandes, y que son impulsados por dientes impetuosos, sin embargo, se giran en todas direcciones, con un timón muy pequeño, según la voluntad del piloto que los conduce?*

*V. 5. Así que la lengua es sólo una pequeña parte del cuerpo y, sin embargo, ¿cómo puede jactarse de hacer cosas tan grandes? ¿No ves cuánta leña puede encender un pequeño fuego?*

*V. 6. La lengua también es fuego. Es un mundo de iniquidad; y siendo sólo uno de nuestros miembros, infecta todo el cuerpo: inflama todo el círculo durante todo el curso de nuestra vida, y él mismo está inflamado con el fuego del infierno.*

*V. 7. Porque la naturaleza del hombre es capaz de domar, y ciertamente ha domado todos los animales fuertes, las bestias de la tierra, las aves y los reptiles.*

*V. 8. Pero nadie puede domar la lengua. Es un mal inquieto, está lleno de veneno mortal.*

Inmediatamente he informado de todo esto, porque es sólo una confirmación de lo dicho. Si es de gran importancia gobernar la propia lengua, que de este gobierno dependa todo lo demás; si es tan difícil hacerlo; y si este pequeño monstruo es tan feroz y tan indomable; se sigue que, debiendo ser domada, según el consejo del mismo Apóstol que nos hace ver tan difícil su dominio, es necesario para ello que alguien más poderoso que ella la conduzca, y le impida hacer tantos estragos. Uno conduce y gobierna un barco, aunque impulsado por un viento impetuoso, uno debe igualmente conducir la lengua a pesar de su impetuosidad: ¿Pero quién debe gobernarla, oh Apóstol? ¿No es este el hombre que tú mismo dices que ha domesticado a los animales más indomables? Nada se le resiste de lo más violento. Por lo tanto, será muy fácil para él conducir una cosa tan pequeña. A ver si lo conduce. Pero sería en vano intentarlo, ya que Santiago nos asegura que este lenguaje, más indomable que los animales más feroces y poderosos, no puede ser domado por el hombre. Si él no puede domarlo, o alguien más debe domarlo, o ella debe permanecer indómita. Sin embargo, el Apóstol nos asegura que hay que domarla; y nadie puede verlo domesticado, lo conduciría todo y no conduciría a nadie. De allí se

seguiría, que la incapacidad para someterlo haría que quien padeciera este desorden sin poder prevenirlo, no fuera culpable. Sin embargo, se vuelve más criminal por ello que por cualquier otra cosa, ¡oh, el gran y fuerte argumento a favor del interior! Tenéis dentro de vosotros, hermanos míos, a este excelente piloto, que hace que vuestra lengua maneje y conduzca, indomable para cualquiera menos para él. De ti depende reducirlo. No tienes más que hacerlo dueño de ella, y en un momento lo hará sin resistencia; la hará entrar y salir a su antojo; y de este instrumento de iniquidad, lo hará instrumento de su gloria y de su alabanza. ¿Y cómo lo pondrás en sus manos? es haciéndolo dueño de vuestra corte y de todos vosotros, abandonándoos a él sin reservas.

Este es el camino y el medio para superar su idioma. ¿No serían criminales si no lo hicieran? ¿y no pediréis disculpas a Dios por haberos perdido por vuestra lengua por no haberos dejado guiar por ella? Es cierto que cuando Dios es dueño absoluto del corazón, la lengua sólo dice lo que Dios le hace decir; porque siendo Dios el Dios de nuestro corazón, y nuestro tesoro, de este corazón no salen más que cosas buenas; pero cuando el Diablo está en nuestro corazón, guía nuestra lengua como le place. Hace fuegos: todo lo quema con su lengua: derrama por doquier el veneno del infierno, riñas, mentiras, calumnias, blasfemias, todo lo que sale del infierno. Es fácil juzgar cuando la lengua dice estas cosas, que el diablo es su gobernador, como es fácil comprender que cuando la lengua habla sólo por Dios, y en favor del prójimo, es su Dios quien la gobierna. Es el pequeño timón que la lengua: es fácil darse cuenta al ver el camino que toma, quién es el dueño del barco, Jesucristo o el Demonio.

*V. 9. Por ella bendecimos a Dios nuestro Padre; y por ella maldecimos a los hombres creados a imagen de Dios.*

*V. 10. Bendición y maldición salen de la misma boca. Esta no es la manera, hermanos míos, de actuar,*

*V. 11. ¿Acaso una fuente echa por la misma abertura agua dulce, agua amarga?*

*V. 12. Hermanos, ¿puede la higuera dar uvas, o la vid higos? Así, ninguna fuente de agua estancada puede arrojar agua fresca.*

Estas palabras nos hacen ver que todo depende del corazón; que cuando se gobierna bien el corazón, se gobierna bien la lengua; y que cuando el corazón está mal gobernado, la lengua se deprava. Cuando el corazón está lleno de Dios, de tan buena fuente sólo pueden salir aguas excelentes; cuando está lleno del Diablo, sólo pueden salir de él aguas amargas y venenosas. Pero, me diréis, ¿cómo una misma boca puede decir algo bueno?

Ordinariamente no dice nada: porque la gente de este tipo es más probable que blasfeme de Dios que que lo alaben: que si algo bueno dicen, es que el pecador a veces es pecador, y vive en una vida que se puede llamar anfibia, tan temprano a Dios, por la conversión; a veces al Diablo, pervirtiéndose. También viene del hábito de decir algunas oraciones sin devoción o atención, de modo que uno dice sus oraciones un momento antes de blasfemar. Y por qué? Es que Dios no está en el corazón; y es más bien murmurar que orar.

*V. 13. ¿Hay entre vosotros algún sabio y Docto, que por Su Santa Conversación unte sus buenos vinos con una sabiduría llena de dulzura?*

*V. 14. Pero si tenéis en vuestro corazón amargura de celos, espíritu de discordia, no os exaltéis en la gloria contrariamente a la verdad.*

*V. 15. Esta no es la sabiduría que viene de lo alto, sino que es una sabiduría terrenal, animal, diabólica.*

La verdadera ciencia, que va acompañada de la sabiduría del cielo, que no es otra que el Espíritu de Jesucristo, sabiduría eterna, está llena de mansedumbre y de caridad. No va acompañada de estas molestas disputas, ni llena de un celo tan amargo, que muchas veces causa las más fuertes enemistades, y que las personas llenas de este falso celo nada hacen por la dificultad de denunciar y hablar de sentimientos, hasta hacer fiestas en la Iglesia de Dios, levantar altar contra altar, hacer chismes y herejías; y todo esto por la obstinación de un hombre que quiere pasar por sabio, y penetrar mejor que otros las Escrituras y los sentimientos de los Padres. No hay dificultad en destrozar la reputación de los que son de opinión contraria, en tratarlos de ignorantes, y hasta de herejes, y todo esto por amor a una ciencia falsa, y a una sabiduría Maldita, que es una terquedad diabólica contraria al Espíritu de Jesucristo, que está lleno de paz, mansedumbre y mansedumbre. Aquellos que quieren luchar por la perfección, deben tener una conversación suave, fácil y complaciente, más bien ceder y callar que discutir.

No se puede creer cuánto este tipo de disputas alteran el espíritu de caridad, contaminan el alma, alimentan la terquedad y la autosuficiencia. Nunca es argumentando que uno gana a alguien; y aun cuando aquel con quien discutimos tenga una opinión equivocada, nunca lo ganaremos por la disputa: al contrario, lo amargamos, y con ello contribuimos a su terquedad, y muchas veces lo hacemos inconvertible: en cambio, puede un una conversación suave e ininterrumpida te convencerá y te conquistará. Tan pronto como se ve que el calor se mezcla con él, es mejor dejar de discutir: porque además de que la muerte para nosotros es más útil que todo lo que podríamos hacer por esta vida de la

naturaleza, que encuentra admirablemente en estas cosas, es que de ninguna manera es el medio de convencer a la persona a quien se habla de hacerlo con calor: porque como se calienta, se agria; y lejos de estar unidos en los sentimientos, estamos desunidos en el corazón: lo que lo hace inalienable. Si es necesario cómo usar este género para dogmas, con mayor razón para cosas indiferentes. Es una virtud muy necesaria, y más de lo que se puede decir, por caridad y humildad, ceder a todos, someter el propio juicio en todo lo que no concierne a la fe. En la guerra y en la ciencia de Jesucristo, es necesario hacer lo contrario de lo que se hace en la ciencia y en la guerra humana: el que pierde por la resignación de su espíritu, es el que gana; y el que cede es el más sabio: porque sabe domarse a sí mismo. Las disputas no se pueden evitar con demasiado cuidado. Hay gente que se eleva a un espíritu de puntillosidad y contrariedad. Estas personas nunca avanzan mucho en la perfección, porque siempre están más vivas en sí mismas, lejos de morir allí. Son, además, insoportables para el prójimo; y de ahí surgen las fiestas y enemistades, especialmente en las casas religiosas. Por eso añade St. Jaques.

*V. 16. Donde hay envidia y enemistad, allí también se encuentran problemas y todo tipo de malas acciones.*

Cierto es que estas fuertes disputas turban nuestra propia alma y la del hermano con el que estamos disputando, y que por doquier crean discordia: hacemos guerrilleros, y eso es fuente de mil dolencias. Dejemos que nuestros sentimientos permanezcan dentro de nosotros: que si pueden ser útiles a nuestros hermanos, tratemos de insinuarlos con dulzura: si resisten, que los dejen, y esperen un tiempo más favorable. La paciencia y humildad que mostraremos los convencerá de la verdad de lo que les decimos más que todas las disputas: porque si no están listos para recibir lo que queremos decirles, es tirar perlas a los cerdos, y quedar expuestos a sus insultos. Está escrito de Jesucristo: (a) *No gritará en las plazas públicas; su voz no será oída; no quebrantará la caña quebrada, no apagará la mecha que aún arde, hasta que haga triunfar el juicio.* (a) Mateo 12 v. 19, 20

*V. 17. Mientras que la Sabiduría que viene de lo alto es primero casta, luego pacífica, desapegada de su propio sentido, unida al bien, llena de misericordia y de buenas obras; no juzga, no es doble y oculta.*

*V. 18. Los que aman la paz, siembran en la paz frutos de justicia.*

La sabiduría que ilumina la mente de la verdadera ciencia es casta y modesta; porque el orgullo hace disputas llenas de calor, de acciones y gestos contrarios al pudor. Los

verdaderos sabios de la Sabiduría de Jesucristo hablan con paz, dulzura y mansedumbre; y aunque el fuego del amor sagrado les da cierta vivacidad en el discurso que los apremia y precipita; porque las palabras que salen de un corazón lleno y rebosante son como aguas rápidas, cuyas olas se precipitan unas a otras, esto sólo sirve para dar más gracia al discurso, y para mostrar la abundancia del que habla. Es un fuego puro que viene del cielo para llenar de dulzura; mientras que el fuego de las disputas es un fuego del infierno, que está lleno de amargura.

Esta sabiduría celestial engendra paz; porque hace que el que la posee, lejos de saltar en su propia fe, tenga una continua resignación de su propio espíritu, dispuesto a ceder a todos en lo que no es fe, creyendo que los demás tienen más conocimiento & experiencia; y cuando quiera estar seguro de ver perfectamente las cosas de que se habla, se contentará con expresar sus pensamientos en paz; si es discutido, permanece tranquilo y silencioso, dejando que Dios ilumine y dé a conocer la verdad.

Esta sabiduría se distingue por las buenas obras: instruye con sus ejemplos más que con sus palabras: no juzga, porque es sencilla. El que es sencillo a nadie juzga mal; se lo toma todo bien; y cuando las acciones son de tal naturaleza que no pueden pasar por buenas, deja el juicio a Dios que todo lo sabe.

Ya que estamos en un juicio temerario, es bueno decir que nada es tan desagradable para Dios como esto. Porque se reservó el juicio. El que quiere juzgar a su hermano anticipa los derechos de Dios; y cómo juzga en la ignorancia, por lo general se equivoca, y toma el verdadero bien por el mal. Hay personas que, por una simple sospecha, no tienen dificultad en denigrar a su hermano, y de una acción simple e inocente sacan consecuencias muy fatales. Este mal es mayor de lo que se puede decir, y suele provenir de una conciencia que no es recta. Añade también Santiago, que no se oculta esta sabiduría que no juzga, porque nada se opone más a la sencillez que la difamación. Los que no andan rectos, creen que todos son como ellos. No hablo aquí de un conocimiento cierto que Dios da del estado de las almas sobre las cuales tiene autoridad, para inducirlas a corregirse; Hablo de los malos juicios y sospechas que se hacen de las acciones más simples. Finalmente Santiago añade que los que aman la paz, que se opone a la angustia de las disputas, la paz en el hogar, la paz con los hermanos, la paz en Dios y con Dios, los que son pacíficos, siembran en esta paz frutos de justicia; y es en esta paz sola, ya su sombra, que estos frutos germinan y crecen, para recogerse en la gloria.

**--------------------------------------------------**

# CAPÍTULO IV

*V. 1. ¿De dónde vienen las guerras y contiendas entre vosotros? ¿No son vuestras concupiscencias las que luchan en vuestra carne?*

Es cierto que lo que nos hace no tener paz con nuestro prójimo es que no tenemos paz con nosotros mismos. El que tiene paz en lo profundo con sus pasiones, que ya no le turban, porque habiéndoles negado todas las cosas, han visto que era inútil que le pidieran nada; y que al no haberles dado nada para mantener su fuego, había que extinguirlo y apagarlo; aquellas personas, digo, en las que ya no existe el deseo desordenado, no tienen más querellas ni disputas; y aunque los hombres carnales les hacen la guerra, no la hacen contra nadie, sufriendo en paz todo lo que se les hace. Los que causan problemas por dentro, molestan a todos; y no teniendo paz en el hogar, salen sin cesar a inquietar y preocupar a aquellos con quienes viven. Todo les impacta, y ellos impactan a todos.

*V. 2. Tienes desafíos ardientes, y no ves el efecto de ellos. Eres envidioso homicida; y no consigues lo que quieres. Estáis en guerra unos con otros, y no tenéis lo que deseáis; porque no le pides a Dios.*

*V. 3. O si pides, no recibes, porque pides mal, queriendo usarlo en tus deleites.*

Las pasiones de la ambición, de la avaricia y de vuestra lujuria son las que hacen conmover a todas las demás, y que, haciendo del hombre la prueba más cruel que pueda imaginarse, le hacen salir a la guerra a todo el mundo; porque, estas son tres pasiones insaciables que nunca son satisfechas, El hombre ambicioso odia todo lo que se opone a su progreso, y se esfuerza por destruir todos los obstáculos que impiden la ejecución de sus deseos. Sin embargo, nunca llega a su fin; porque cuanto más alto sube; cuanto más desea ser elevado; & teniendo envidia de todo lo que le molesta a él, ó a sus rivales: está consumido por la rabia, el odio y el dolor; de donde nacen las enemistades mortales, los homicidas secretos y todos los males. El avaro sólo piensa en hacer mal a su prójimo, en quitarle lo que posee, con justicia, y nunca está satisfecho; porque cuanto más atesora, más se altera: no tiene descanso, y no da a los demás. El voluptuoso es celoso del bien y de la fortuna de los demás, tiene rivales: se hace bastante lo que esta pasión provoca entre los hombres, sin que sea necesario que me explique.

Pero, ¿no es extraño que se encuentren faltas tan graves entre los espirituales? Hay más ambición en los claustros, más avaricia en los que no tienen herederos, más voluptuosidad en los que guardan el celibato, que en cualquier otro lugar. “Porque además de estas

cosas, tomadas materialmente, entre los que profesan la piedad hay ambición por las cosas del espíritu; se tiende sólo a ser algo, incluso en lo que concierne a Dios: se tiene avaricia por los bienes del espíritu, y en fin, un placer espiritual de gentes que sólo buscan el gusto en la piedad. Pero, ¿podría creerse que estas cosas provocan querellas? ¡Oh Dios!, fomentan ocultas y profundas enemistades, materialmente, en los claustros. El amor a los oficios, a los honores y a las preferencias, hace intrigas, forma fiestas, da envidia y reniega de la gente, la avaricia, que se cubre de puntualidad, quita a los pobres sus limosnas, quita a la viuda y al huérfano, lleva a los que han tenido miedo de todo, para hacerlos reservas, Temiendo que les falte algo: Buscamos el alegato, muchas veces defendido: 'hasta el que' han dicho permitido, se lo toma con tanta desregulación, que es una lástima. Se cuida excesivamente la salud: si falta lo más mínimo, todo está en alarma. Queremos tener preferencia en todo, disfrutar de todas las comodidades, no sufrir dolores ni molestias. Hay personas que serían muy dignas de lástima en el mundo, que parecen entregarse a Dios sólo para 'usurpar una dominación injusta, sólo para hacer sufrir a otros, y no soportar a nadie.

Tomemos esto desde el lado de la mente. Hay oposición para aquellos que se consideran más espirituales; los favores que Dios hace a los demás causan dolor; las preferencias del Director, y la estima que hace a los demás en detrimento nuestro, nos tortura y muchas veces nos infunde un odio irreconciliable hacia él y hacia aquellos a quienes estima. No se puede creer las miserias que tienen los devotos de este artículo por la debilidad de su espíritu desconfiado y celoso: los hombres ordinariamente no están tan sujetos a estas cosas. La codicia es un hambre insaciable de cosas espirituales. Hay almas que no se pueden contener; quieren leer todos los libros sin aprovecharlos, consultar con todos los Directores y ganar su estima, sin beneficio alguno para sus almas. Tales personas se pasan toda la vida hablando de cosas espirituales, imaginando que las tienen porque las desean, y porque corren sin cesar de una Iglesia a otra, porque quieren ganar todas las indulgencias, ser de todas las Hermandades, gente, en fin, quien no tiene demasiado de todo. Estas almas están siempre vacías, aunque no hay quien aparentemente posean más bien. Condenan y censuran a los que no hacen como ellos; y al no poder encontrar descanso en una abundancia que sólo causa vacío, no pueden dárselo a los demás. Se preocupan por todos y preocupan a todos; tienen una voluptuosidad espiritual que les lleva a buscar dulces, y luces, y como son indignos por esta sola búsqueda de los de Dios, el diablo los engaña, y se transfigura en ángel de luz, les proporciona voluptuosidades que creen ser espirituales, y todos los cuales son sensuales y llenos de impureza: estos deleites, al no ser de Dios, no pueden dar paz ni satisfacer los deseos; y entonces esta gente no tiene nada de lo que quiere.

*V. 4. Adúltera, ¿no sabes que el amor de este mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que ama al mundo es enemigo de Dios.*

Nuestro espíritu, habiendo sido creado para pertenecer enteramente a Dios y gustar las delicias castas que sólo él puede comunicarle sin la intermediación de los sentidos, se vuelve adúltero cuando busca sus placeres fuera de Dios mismo, fuera de la mediación de Dios, fuera del camino de los sentidos: porque siendo creado para gustar los bienes tan puros del cielo, que nada tienen de sensual y terrenal, se prostituye en la carne, para gustar otros placeres por su mediación y por medio de los sentidos.

Nuestra alma es adúltera en que, habiéndose desposado con un Dios crucificado, que prefirió el dolor a los placeres, (a) (Propofito fibi gaudio sustinuit crucem), el aniquilamiento a la gloria, la pobreza a la riqueza, prefiere los dulces a la amargura, que la eleva a la humillación, la riqueza a la pobreza: es adúltera, porque quiere gustar otros placeres que los de su Esposo; y no contenta con los placeres divinos que él le comunica en su inefable Matrimonio con la naturaleza humana, busca placeres sensibles e ilegítimos que la naturaleza corrompida le hace gustar, y muchas veces el Diablo, que la ve tan alejada de su Esposo crucificado, le da él dulces envenenados que le hacen odiar la cruz y amar la dulzura; de modo que esta alma, amando al mundo y lo que el mundo estima, se convierte en enemiga de Dios: porque el Esposo no tiene mayor enemigo que esta Esposa adúltera. Mas si el adulterio que se hace contra el Esposo terrenal es tan injusto, que horroriza a los que tienen poca honra; ¿cuánto más debemos afligir el adulterio que cometemos contra nuestro Esposo crucificado, que murió sólo para que fuéramos todos suyos, que sufrió sólo para darnos placeres, que nunca bebió la amargura para dejarnos la dulzura? ¡Oh cobardía espantosa! (a) Hebreos 12 v. 2

*V. 5. ¿Creéis que en vano dice la Escritura, que el espíritu que mora en vosotros os ama con celo:*

¡Oh, si supiéramos cuán celoso es Dios de un alma que ha elegido para él! Él mora en ella: viene a llevar con ella sus delicias; ¡y descubre que ella toma placeres ilegítimos y no autorizados con el mundo! Oh Espíritu Santo, cuando te has apoderado de un corazón y has querido morar en él para guiarlo y gobernarlo, pero ¿qué digo? para posarlo, oh, ¿qué celos tienes de él? No quieres que te quite los ojos de encima ni por un momento: no puedes permitir que nadie pruebe ningún placer ajeno fuera de ti: y es con justicia; ya que los que das, son los verdaderos placeres: los otros son sólo sombras de placeres.

Bien han experimentado los que hacen reservas a Dios sus celos, y con qué severidad castiga la menor libertad que él mismo no da. ¿A qué castigos no reserváis estas mentes y corazones adúlteros?

Pero aun así, oh hombre, considera tu nobleza y tu dignidad. Qué! ¡Mereces ser objeto de los celos de un Dios! Él quiere que tu mente se adhiera solo a él, y tu corazón lo ame solo a él. Dice al dar su ley: que es un Dios celoso: pero si es celoso de su ley, ¿cuánto más lo es de sí mismo y de la ley del amor que de cualquier otro? ¡Oh Dios celoso, cuánto amo tus celos, y cuán gloriosos son para mí! Pero prefiero todos los males que experimentarlos. Déjame, pues, ser tuyo sin reservas.

*V. 6. Pero nada es mayor que la gracia que os da. Por eso dice que Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes.*

¿Puede haber una gracia mayor que aquella por la cual Dios está dispuesto a morar en nosotros, a morir y a tomar sus delicias con nosotros? Es por tanto la gracia de las gracias. Pero ¿a quién da él esta gracia? Se la da a los humildes, y resiste a los Soberbios. Se necesitan valles para recibir el flujo de agua. Las aguas de la gracia, lejos de correr contra las montañas, las golpean con sus ondas, las derrumban y las derriban a veces, haciendo contra ellas un ruido tempestuoso: fluyen pacíficamente en los pequeños valles, que lejos de resistirlas, se disponen por su humillación para recibirlos en su seno. Las almas pequeñas y aniquiladas no tienen voluntad ni resistencia; por eso Dios viene a fluir en ellos con todas sus gracias: y cuanto más profundos son estos valles, más abundantes gracias reciben: Un alma bien aniquilada no sólo tiene en sí las gracias más reservadas, sino que tiene Autor de las gracias, como nos asegura el Salvador: (a) Si alguno hace mi voluntad, vendremos a él, haremos nuestra morada en él. Uno hace la voluntad de Dios por la pérdida de toda voluntad y toda propiedad; porque por esto se entra en la verdadera pequeñez, y no teniendo más voluntad se hace inevitablemente la voluntad de Dios. María, que bebió de la más pequeña y aniquilada de las criaturas, recibió la plenitud de todas las gracias, y el Autor de la gracia: pero a los que pretenden elevarse a Dios por la sublimidad de su conocimiento, Dios les resiste; & lejos de ser claros, siempre son más ciegos: mientras que aquellos que saben aniquilarse ante la Majestad, y que se encuentran indignos e incapaces de conocerla, sólo piensan en aniquilarse cada vez más ante esta Majestad tan incomprensible como adorable, estos son los que reciben conocimiento y amor: porque en lugar del amor de las criaturas apoyando el conocimiento, aquí el amor precede al conocimiento; y el verdadero conocimiento proviene sólo del amor. El amor ciego de las criaturas hace a los hombres tan fuertes que al amar dejan de saber lo que aman, suponiendo este amor méritos que nunca estuvieron

en los objetos que se aman; y esto es lo que hace que disminuya la velocidad en la secuela; porque pasado tu primer fuego voluble, descubres mil faltas que antes no veías. Es todo lo contrario del amor de Dios: cuanto más se le ama, más se le conoce amorosamente, este conocimiento hace descubrir al alma nuevas bellezas, que aumentan cada vez más hasta que se pierde en este mar incomprensible todo conocimiento y todo amor, perdiéndose también la fe, incluso en su incomprensibilidad, como cierto filósofo se perdió y se arrojó al mar, porque no podía entender su flujo y reflujo. Si todos fuéramos filósofos, contempladores y aficionados de esta Sabiduría, nos hundiríamos: en su inmensidad: ¡ay! amaríamos en el amor mismo, lo que no podemos conocer, aunque lo sintamos amable, lo que el corazón ya no puede amar, ni siquiera por un momento, a otro objeto que le pertenece. (a) Juan 14 v. 23

*V. 7. Estad, pues, sujetos a Dios: resistid al diablo, y él huirá de vosotros.*

La verdadera piedad y la verdadera humildad es someterse a Dios, es decir, someterse a su imperio, dejándolo conducir y gobernar como Soberano. La sumisión de la mente consiste en someter la razón a la fe, y la búsqueda del corazón en dejarse mover a Dios ya todas sus voluntades. Ahora bien, esta doble sumisión sólo puede hacerse por medio de la ORACIÓN: porque por la oración de contemplación, o de la fe, nuestro espíritu queda cautivado bajo el poder divino, quedando absorbida por lo general, la lucecita limitada y distinta de nuestro espíritu limitado a la luz confusa e indistinta de la fe: por la misma oración nuestro corazón es movido por el Espíritu Santo, que ora en este corazón, dirige sus movimientos y los gobierna como quiere. Por lo tanto, uno debe someterse a Dios, y en esta sumisión resistir al Diablo.

Todo lo que un cristiano debe hacer desde el comienzo de su conversión es someterse a Dios y resistir al Diablo con todas sus fuerzas; porque el diablo hace todo lo posible para evitar que el hombre se someta a su Dios.

Pero no se debe creer, hermanos míos, que para resistir al Demonio, es necesario sostener un combate contra él. ¡Pobre de mí! este será el camino para ser pronto derrotado. ¿Entonces qué debería ser hecho? Es someterse a Dios, entregarse a él, entregarse al Espíritu, para que se apodere de las nuestras: y así, no con nuestras propias armas, sino con las de nuestro Vencedor, resistamos al Diablo. Y cómo? Manteniéndonos sujetos a Dios: y así, sin pelear, saldremos victoriosos. Nuestro enemigo huirá porque nada hace huir al Diablo sino esta dependencia, esta sujeción de nuestra mente y corazón a Dios. Hay dos formas de derrotar a nuestros enemigos. Uno apoyando un ataque y atacándonos a nosotros mismos. En esta especie de combate, aunque a veces se sale

victorioso, a menudo se gana alguna herida. La otra forma de pelear es cuando nuestro enemigo huye ante nosotros, y sin pelear salimos victoriosos. El que no está del todo abandonado y sujeto a su Dios, aunque lleno de celo, lucha de la primera clase; pero, aunque victorioso, sufrió heridas: pero el que se somete a Dios, teniendo la fuerza de Dios, el diablo no sale a combatirlo; al contrario, huye vergonzosamente, prefiriendo huir sin pelear, que atacar a una persona que huye a la que no puede agarrar.

*V. 8. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Lavaos las manos, pecadores; y purificad vuestros corazones, vosotros que tenéis la doble alma compartida.*

Este pasaje sería suficiente para convencer a los cristianos de que en cualquier estado en que se encuentren, todos deben esforzarse por acercarse a Dios. Apenas nos acercamos a Dios, él se acerca a nosotros. Alguien me dirá: si eso es fuerte, ¿de dónde viene que tanta gente se queje de no encontrar a Dios, aunque lo buscan? Es porque lo buscan mal, no lo buscan donde está, y lo buscan donde no está para nosotros. Hay que buscarlo en el fondo del corazón: ahí es donde se quiere buscar. Quienes lo buscan en su corazón por el recogimiento y el amor, y al principio por la aspiración frecuente, continuos retornos a sí mismos cuando se sienten perdidos en el corazón, lo encuentran inevitablemente, según estas palabras del Profeta: (a) Volver a tu corazón, en cuanto te alejes de él. Se parte del corazón por el pecado para extenderse en las criaturas: por eso se dice del Hijo Pródigo, que partió de la casa de su padre, (esta casa es nuestro corazón) y que fue y derrochó sus bienes con libertinajes: es despilfarrar su sustancia para emplear la fuerza del alma (que debe ser sólo para Dios) entre las criaturas. Concluyamos, pues, que debemos buscar a Dios en nuestro corazón para encontrarlo, buscarlo a menudo para encontrarlo a menudo y permanecer allí continuamente para no perderlo de nuevo. Buscamos a Dios donde no está, buscándolo en los placeres de los pantanos, en la sensualidad y en las criaturas fuera de nosotros: por eso no lo encontramos. Busquémosle, pues, cristianos, con un corazón lleno de confianza, e infaliblemente le encontraremos. (a) Isaías 31 v. 6

Pero, oh pecadores, que os revolcáis en el crimen, lavaos las manos, es decir, apartaos del crimen; purificad vuestras acciones, no haciendo más el mal; purifica tu corazón por la verdadera conversión, volviéndolo a Dios. Pero, ¿qué es lo que impide esta purificación del corazón? Sabemos que el de las manos es dejar las ocasiones y acciones de pecado: el del corazón consta de dos cosas, que se explican en este versículo, a saber, que ya no se tiene el corazón que no es doble ni dividido. Nuestro corazón es compartido en las criaturas; dárselo todo a Dios. Nuestro corazón es doble; tengamos un corazón sencillo, y acerquémonos a Dios desde esta fuerza. La sencillez y la rectitud de corazón son absolutamente necesarias para ir a Dios. No es que vayamos a él de esta manera, que lo

encontremos, y que se nos acerque. No se puede creer cuánta duplicidad se opone al Espíritu de Jesucristo, que siendo Dios por naturaleza, es un ser muy sencillo y sin mezcla, que sólo puede unirse con el corazón sencillo; porque para unir dos cosas, deben tener una relación y semejanza: además, un corazón y un alma dobles ocultan de sí mismo y de los demás lo que es, y de esta fuerza no surge el Espíritu de gracia. Por eso David pidió a Dios que creara en él un corazón puro, que ya no estuviera contaminado por el afecto desordenado de criatura alguna; y que renueve en él el espíritu de justicia, de otra manera es imposible que el alma sea jamás purificada.

*V. 9. Estar en aflicción, en suspiros y en lágrimas. Que vuestra risa se convierta en llanto, y vuestra alegría en tristeza.*

*V. 10. Humillaos delante del Señor, y él os exaltará.*

La vida del cristiano en penitencia debe ser de continua aflicción y lágrimas, si no sensible, al menos de verdadero dolor; porque debe haber un cambio real y verdadero, y no imaginario: y este cambio debe ser del placer al dolor, de la alegría a la tristeza, de la disipación a la contemplación. Este corazón, que se ha dilatado en placeres ilegítimos, debe ser quebrantado por la verdadera contrición. Este es el estado en que debe estar un penitente sincero; y las conversiones que no tienen lugar de esta manera no son de larga duración.

Pero cuando el corazón es cambiado por el dolor, y por él se ha alejado de los placeres ilegítimos, es entonces que este corazón vuelto hacia su Dios gusta otros placeres tan inefables como permitidos. Es entonces que este corazón quebrantado de dolor, se dilata de gozo, siguiendo lo que dice el Hijo de Dios: (a) Por vosotros lloraréis y gemiréis; pero vuestra tristeza se convertirá en alegría, pero alegría que supera infinitamente al dolor. Hay almas buenas que se afligen y se quejan de no poder afligirse con sus pecados como al principio de su conversión: pero es porque no comprenden que cuando el pecado se borra en las lágrimas y en los rigores de la penitencia, este pecado, que fue causa de que cesaran las lágrimas, cesaran las lágrimas, y gozase entonces el alma de la paz de una buena conciencia, que es cierto candor que no se puede decir, pero que hace un reposo inconcebible. También el mismo David, que se había abandonado al más profundo dolor de la penitencia, declaró después que encontró placeres y gozos inconcebibles: (b) Todos los que están en ti, Señor, dijo, haz como personas llenas de alegría; & San Pablo exhorta a los cristianos verdaderamente convertidos, (c) a regocijarse. Pero, ¿de dónde viene esta alegría? proviene del hecho de que el alma habiendo escuchado a Dios, recibe sabiduría dentro de sí misma, y (según está escrito) **(a)** esta alma, engordada con el buen alimento

que él le ha dado, está en gozo. Cómo: ¿será que el que escucha, se nutre? Esto se hace de dos maneras: una, en que el oído es la boca del alma, por la cual recibiendo la palabra, que es su alimento, se alimenta y engorda verdaderamente; la otra es, que el Verbo que se escucha, es palabra y carne; se insinúa y se comunica a quien la escucha, no habiendo otro medio de recibir la palabra que el oír: ahora bien, esta palabra, que es la Palabra misma, recibida de este modo, engorda el alma como sabiduría y como alimento.

(a) Juan 16 v. 20; (b) Salmos 5 v. 12; (c) Filipenses 4 v. 4; **(a)** Salmo 62 v. 6

En el Santísimo Sacramento nutre el alma siendo recibida por la boca del cuerpo.

Todavía hay otra cosa que se nos amonesta, y es que nos humillemos ante Dios: y si lo hacemos, él infaliblemente nos exaltará. ¿Pero qué elevación? es que nos unirá a él, que es la más grande y sublime de todas las elevaciones. Oh hermanos míos, si queréis ser elevados, dejad que esta noble ambición que Dios ha puesto en el corazón del hombre sólo lo tienda a él con fuerza y audacia, como a su fin último y a su bien soberano que esta noble ambición, digo, no permanezca vana y sin efecto. Para lograr este bien, anonadaos ante Dios, quedaos en la humillación y en la pequeñez. Si quieres obtener algún favor, ¿qué bajezas y qué trucos de locura no haces delante de los hombres? Os envilecéis por esto de manera indigna: y para aspirar a la perfección, no queréis soportar el menor desprecio y la menor confusión: y lo que es extraño, es que no queréis quedar sumisos y aniquilados bajo la mano de Dios, para que, estando en un estado que ya no os resista, os eleve según su voluntad a su íntima unión.

*V. 11. Hermanos míos, no habléis mal unos de otros. El que habla contra su hermano y juzga a su hermano, ese habla contra la ley y juzga la ley. Que si juzgas la ley, ya no eres observador de ella, sino que te conviertes en juez de ella.*

*V. 12. Hay un solo legislador que puede salvar y que puede perder;*

*V. 13. Pero tú, ¿quién eres tú para juzgar a tu prójimo?*

Es una falta muy grande, que se encuentra incluso entre aquellos que se enorgullecen de la devoción, para condenar y juzgar a su prójimo. No hay casi nadie que no hable mal de su prójimo, desde los libertinos hasta los más devotos, aunque la calumnia es un mal tan grande, y un mal que tiene tantas consecuencias, que exige una restitución mil veces más impracticable que el dinero tomado. por una persona que, habiéndose empobrecido, no puede devolverlo. Aunque la calumnia es tan molesta, tiene consecuencias tan fatales, sin embargo, todos calumnian; e incluso el que calumnia, debe asegurarse de que también se

hable de él: para que nos despedacemos unos a otros como perros rabiosos; y lo que se salva de la calumnia, no se salva del juicio: el que no se atreve a calumniar abiertamente y con fingida sabiduría, juzga con crueldad; encuentra el invento de hacer decir lo que él parece querer callar por discreción, y consintiendo en lo dicho con fingida piedad, hace mil veces más venenosa la calumnia, y le da peso, que la enraíza en las mentes. . ¡Oh, cuán peligrosos y criminales son estos fuertes calumniadores!

Toda calumnia proviene sólo del juicio precipitado. Varias personas fuertes se involucran en juzgar a sus hermanos. Algunos, cuyas conciencias están ulceradas y llenas de deseos desordenados, juzgan por sí mismos las acciones más inocentes; y como están acostumbrados, como bestias venenosas, a corromper las mejores cosas, creen que las pequeñas e inocentes abejas, recogiendo miel de las flores, sacan veneno de ellas; porque estando ellos mismos envenenados, envenenan todo; y midiendo a las personas sencillas e inocentes contra sí mismas, las juzgan ante todo culpables de los mismos delitos que ellos mismos dicen haber sido atacados; y después de juzgar, no ponen dificultad en publicarlas como verdaderas. Otros, por el contrario, tienen cierta conciencia escrupulosa y torcida, de modo que condenan en sí mismos la menor inocente libertad de los hijos de Dios. Otros se erigen en censores y quieren sacar consecuencias de todas las acciones de sus hermanos. Ciertas mentes adormecidas y melancólicas no pueden soportar la alegría más santa y más divina aun sin condenarla a la disolución. Las almas dobles y escondidas juzgan y creen que los demás tienen tanto artificio como ellos para ocultarse. Finalmente, no hay nadie, incluso de los que no se atreven a hablar mal, que no se involucre en juzgar. Un devoto de esta fuerza condenará a uno de los más grandes Santos del siglo; y no atreviéndose a chismorrear abiertamente, hablará de ello a sus Confesores y Directores (que a menudo son numerosos) con el pretexto de preguntar cómo debe comportarse en un asunto en el que no tiene nada que ver, y queriendo, dice ella, para remediar el mal imaginario que afirma ser verdadero, aunque sólo sea, en su idea, denigrará secretamente, pero muy peligrosamente, a las personas de honor y piedad, perdiéndolas en estima y crédito. Son secuaces de Satanás, a los que utiliza para impedir que los Siervos de Dios hagan todo el bien que ellos harían, y le quiten las almas. Toda esta gente quiere juzgar; y yerran en su juicio, y serán condenados por el juicio de Dios. Un alma sencilla, inocente y sin malicia, nunca juzga a nadie; y si ella siquiera viera el daño, preferiría creer que estaba equivocada que creer que su hermano quería hacer daño. El que no tiene malicia no puede pensar en la malicia.

Pero queréis, queridos hermanos, que os diga la regla del juicio, y en qué caso está permitido? Los inferiores nunca deben juzgar a sus superiores, a menos que el mal sea invencible; & que no podían ignorarlo; en cuyo caso deben gemir ante Dios, rogar que lo remedie y amonestar suavemente al superior mayor, después de lo cual deben

permanecer en paz, esperando que Dios mismo lo repare: que no creen que deben interferir; y que no se lo digan a nadie. Tampoco debemos juzgar a nuestros iguales: si no los tenemos en cuenta, nunca nos involucremos en lo que les sucede a los demás: pues solo tendremos que responder por nosotros mismos. No juzguemos a nuestros inferiores, si no están bajo nuestro poder y fuera de nuestro control; pero juzgamos por nosotros mismos. Sin embargo, hay personas a las que se les permite juzgar, así como desconfiar y desconfiar; y que, queriendo seguir esta regla general de sencillez, sería causa de gran desorden: y así hacen los padres de familia, Superiores, Prelados, Reyes: pero hay que juzgar con fundamento. No debemos condenar antes de haber examinado. Un Director, por ejemplo, porque no quiere juzgar, no querrá creer nada de las opiniones que se le den con respecto a sus penitentes. Hay que mirar a los fans para juzgar. Una madre tendrá una hija libertina, y no quiere juzgar: está obligada a juzgar, a sospechar, a desconfiar de sí misma; para que nada malo suceda por su negligencia. Un maestro, una amante, lo mismo. La verdadera regla de la caridad es no juzgar a ninguno de aquellos sobre los que no tenemos autoridad, y de los cuales no estamos acusados: sino velar por aquellos que dependen de nosotros y desafiarnos, antes que fallar por nuestra negligencia. Un Pastor que no querría remediar los desórdenes de su rebaño y que dejaría que el lobo se comiera todas las ovejas, porque no querría juzgar que el lobo es un lobo, eso es locura. Por lo tanto, debemos velar, desafiarnos, examinar, por las personas que están a nuestro cargo: por los demás debemos dejarlos en manos de Dios, y no ocuparnos de lo que no tenemos nada que ver.

*V. 14. Oídme ahora, vosotros que decís: Hoy o mañana iremos a tal ciudad; nos quedaremos allí durante un año: comerciaremos allí y ganaremos mucho.*

*V. 15. Sin embargo, no sabes lo que te sucederá mañana. ¿Para qué es tu vida? Es un vapor que aparece por un rato y luego se disipa.*

*V. 16. Más bien, debéis decir: Si el Señor quiere, y si vivimos, haremos tal y tal cosa.*

*V. 17. Y tú, por el contrario, te levantas en tus pensamientos presuntuosos. Toda presunción es pecado.*

*V. 18. Por tanto, es culpable de pecado el que, sabiendo el bien que debe hacer, no lo hace.*

El bien que todos conocemos, y que dejamos de hacer, es entregarnos a Dios. Él mismo nos dice, (a) que no nos preocupemos por el mañana; & en otra parte (b): ¡Infeliz, dices que beberás, comerás, te regocijarás, en la posesión de tus bienes, y hoy se te pedirá tu alma! Por lo tanto, es muy inútil preocuparse por el futuro: el futuro no está en nuestro

poder. Como nuestra vida depende de Dios, y no podemos dejar de entregársela a él, entreguémosle también a él el mantenimiento de esta vida, que es menos que la vida misma. ¡Es una cosa deplorable que la ceguera de los hombres! Piensan en establecerse, asumen designios lejanos como si fueran inmortales o que su vida dependiera de su voluntad. Debemos contar poco con el futuro, y actuar como dice San Pablo: *Usemos el mundo como si no lo usáramos:* y como a menudo uno está obligado a ocuparse de los asuntos de su familia, debe hacerlo sin apego, y como debe dejarlo en todo momento. (a) 1 Corintios 7 v. 31

**-----------------------------------------------**

## *CAPÍTULO V*

*V. 1. Y vosotros ricos, llorad, clamad por las aflicciones que os han de sobrevenir.*

*V. 2. La decadencia consume las riquezas que guardas; los gusanos comen la ropa que tienes guardada;*

*V. 3. El óxido echa a perder el oro la plata que escondes; dará testimonio contra ti, y devorará tu carne como fuego. Este es el tesoro de ira que estáis atesorando para los últimos días.*

CUANDO no miramos los males extremos de la eternidad, que infaliblemente serán la suerte de los ricos, injustos, avaros y apegados a sus riquezas, es cierto que los males que las riquezas les causan en esta vida les deben dar pena. de sí mismos, de todos, lejos de envidiarlos. Sin embargo, hacemos justo lo contrario: miramos a los ricos con ojos celosos como la gente feliz del siglo, y solo tenemos compasión por la aparente desgracia de los pobres. Si fuéramos iluminados con la verdad, (como dije arriba), encontraríamos a los pobres llenos de felicidad, y a los ricos los más infelices del mundo. ¿Qué pena, qué cuidado no tienen por la conservación o aumento de sus riquezas? Si han acumulado algunos, desean más, o temen perderlos: finalmente, nunca tienen aquí un momento de descanso: y en la otra vida todavía estarán extremadamente atormentados, y muchos otros que en esta vida, como Jesucristo nos lo asegura en su Evangelio, donde nos describe las desgracias de los pobres ricos, y la alegría del pobre Lázaro.

Lo asombroso es que el rico, avaro, injusto, egoísta, nunca se convence de serlo. Se esconde de sí mismo y de los demás; y cuando la avaricia lo devora, cree y quiere persuadir a los demás de que goza de la paz del desapego. Esto es lo que hace irremediables sus pecados, no sólo por las injusticias, sino porque nunca hay restitución;

porque cuanto más tenemos, más queremos tener; cuanto más injusticia se hace, más se quiere hacer, lejos de devolver lo que se ha quitado: así no hay remedio.

*V. 4. Sabed que el salario que hacéis perder con los obreros que hicieron la siega de vuestros campos, clama con el Cielo; y que las quejas de los que han segado la tierra han llegado a oídos del Dios de los ejércitos.*

Hay gente que no hace ningún esfuerzo por retener los salarios de los trabajadores, o por hacerlos perder por completo, ya sea rebajándolos del precio convenido entre ellos, o demorando tanto el pago que los hacen gemir y quejarse, sufrir una miseria extrema. Su retraso en el pago causa a menudo la ruina de los pobres comerciantes y del trabajador, que se ven obligados a pedir prestado contra su daño: sin embargo, no se tienen escrúpulos en todo esto; ni siquiera queremos verlo como algo malo.

*V. 6. Habéis condenado y matado al justo, sin que os oponga resistencia.*

Muchos por sus calumnias y por sus injusticias matan al justo, que se deja desgarrar su reputación, quitarle sus bienes, sin resistir y así compadeciendo a los aficionados: ¿cuánto serán castigados?

*V. 7. Pero vosotros, hermanos míos, sufrid pacientemente hasta que venga el Señor. Ves que el labrador espera pacientemente la cosecha del precioso fruto de la tierra, esperando siempre la lluvia del otoño y de la primavera:*

*V. 8. Esperad pacientemente de la misma manera, y fortaleced vuestros corazones; porque la venida del Señor está cerca.*

Si los ricos criminales amasan tesoros de ira y de cólera, los pobres, por el contrario, y los santos amasan, por la paciencia que ejercen, inapreciables tesoros de misericordia. Oh hermanos míos que sois tan grandemente atormentados y perseguidos que no tenéis descanso, que estáis abrumados por la injusta vejación que se os está haciendo; un poco de paciencia, y recogeréis frutos preciosos, no de la tierra, sino del Cielo, no del tiempo, sino de la eternidad. Qué dije? de esta vida recibiréis un consuelo inconcebible.

No te sorprendas, sin embargo, si sufres y si la consolación se demora. El labrador que sembró la tierra espera con paciencia que dé su fruto: así vosotros, que labráis con lágrimas y tribulaciones, segaréis con alegría. Así que espera con paciencia: no te canses

de sufrir; porque el Señor está cerca, y más cerca de lo que piensas. Se acerca el día en que debe venir a enjugar vuestras lágrimas: vendrá a llenar vuestra alma de un gozo tanto más vivo cuanto mayor será el dolor que habrá sufrido.

*V. 9. No juréis con rencor unos contra otros, para que no seáis condenados. Ahí está el juez en la puerta.*

*V. 10. Hermanos míos, tomad como ejemplo de paciencia en las aflicciones a los profetas que hablaron en el nombre del Señor.*

*V. 11. Ya ves que los llamamos bienaventurados porque han sufrido tanto. Habéis aprendido cuál fue la paciencia de Job, de vosotros habéis visto el fin que el Señor le dio: porque el Señor está lleno de compasión y misericordia.*

Es una falta que incluso las personas espirituales sean suficientes para gemir y suspirar contra aquellos que las oprimen. Les parece lícito y hasta justo; ya que no teniendo armas para defenderse de la opresión sino las del suspiro y el dolor, se sirven de ellas, ¡Quiera Dios que no haya más que este mal que corregir, y que toda la venganza de los hombres acabe en suspiros! tantos asesinatos, injusticias y calumnias pronto serán desterrados de la tierra. Sin embargo Santiago tampoco quiere que los que están en aflicción usen estas armas débiles para su defensa, para que no pierdan el mérito de sus sufrimientos. Estos suspiros de los que aquí hablamos se pueden tomar de dos formas: una más criminal; el otro más inocente, pero imperfecto. El primero es cierto murmullo, que se hace contra los que oprimen, culpándolos, teniendo en el corazón un rencor que el miedo y la impotencia nos impiden estallar: que alimenta enemistades secretas y hace sufrimientos innecesarios; porque no sufrimos por Dios. Uno sufre a pesar de la fe; y porque uno no puede vengarse, uno no lo hace, aunque el odio profundo toma el lugar de la venganza. Las personas que la padecen de esta especie son de mucha lástima, porque están mucho más atormentadas que otras por sus sufrimientos, por la ansiedad que tienen sobre ellos: sin embargo, estos sufrimientos no les son útiles; porque sufren como los Demonios, por la impotencia a que se ven reducidos al romper el yugo.

Aunque las personas espirituales no la usan demasiado, no dejan de cometer muchas faltas en sus sufrimientos. Primero, consideramos que la opresión que sufrimos proviene de la criatura. Sólo lo verían en la mano de Dios, que así permite castigarlos o purificarlos: y así, lejos de suspirar contra los que los hacen sufrir, ni siquiera deben mirarlos. deben mirar sólo a Dios, y suspirar hacia él tanto por gratitud como por dolor. En segundo lugar, al no hacer un uso perfecto de la cruz, pierden tesoros invaluables. Cuanto más fuerte es el alma, tanto más valientemente debe extinguir todos esos pequeños resentimientos de

la naturaleza, que sólo sirven para debilitar el alma, mancillarla, hacerla vivir en lo que se le da para purificarla y hacerla morir a sí misma.

Hay personas escrupulosas, que aman el sufrimiento con todo su corazón y, sin embargo, derraman lágrimas; lo cual los persuade de que cometen grandes errores, porque han oído hablar de la pureza con que se debe sufrir. No es por ellos que hablo: que lleven con paciencia la abyección de su debilidad, porque es la mejor parte de su cruz; por cuanto valoran sufrimientos de tal índole que su mayor sufrimiento es no sufrir con toda la pureza que Dios les pide. Están lejos de buscar voluntariamente alivio en sus sufrimientos, ya que lo que les roba su debilidad se convierte para ellos en un dolor mayor que el dolor mismo. Que tales, digo, permanezcan en paz en su humillación; y que no toman esto para sí mismos. Para los demás, no pueden llevar su cruz con demasiada fidelidad, y no deben dar ningún alivio a la naturaleza, que les roba demasiado. Si supieran lo que pierden con sus quejas, con la compasión que tienen de sí mismos, con mil miradas de amor propio, se asombrarían. Pierden coronas inconcebibles. Consideren también las recompensas temporales que Dios ha dado de esta vida a los que han perseverado en la paciencia, como Job, quien sin contar una altísima gloria eterna con la que es honrado, ha recibido de esta vida recompensas que no podía ni prever ni esperar. Es bueno sufrir con una intención más pura, que es la única gloria sólo de Dios.

*V. 12. Pero sobre todas las cosas, no juréis por el cielo, ni por la tierra, ni por cosa alguna; pero contentaos con decir: Lo es; o, eso no lo es; para que no seas condenado.*

Este pasaje es tan consistente con lo que está en (a); S. Mateo, que sería, al parecer, inútil darle una nueva explicación: sin embargo, diré dos palabras al respecto, que hacen, además de que el juramento nunca debe hacerse, por pequeño que sea, y que se confía muy mal a un cristiano, que no sólo debe evitar el juramento verdadero, sino que incluso la apariencia de juramentos, deberíamos considerar como superfluidad inútil, decir otra cosa que, Es; o no lo es: estas dos palabras en boca de un cristiano deben asegurar más la verdad que todos los juramentos posibles. Por mi parte, le creería menos a una persona que jurara que a otra que dijera: Esto es, o no es; porque si por su juramento transgrede la ley, por qué no traicionar. ¿No es así la verdad por el mismo juramento? Al que no le importa jurar, no le importará mentir; pero el que teme la sombra de un juramento y de una afirmación, y que sigue al pie de la letra el consejo de Jesucristo y del Apóstol, no mentirá fácilmente: así le creeré sólo por su palabra. Las personas que están acostumbradas a mentir, juran fácilmente apoyar y encubrir sus mentiras; pero los que huyen de la mentira más que de la muerte, ni siquiera querrían decir la verdad con

seriedad; porque su palabra es la verdad, y lo que dirían más allá de eso solo serviría para debilitarla. (a) Mateo 5 v. 34, 35

*V. 13. ¿Está alguno de vosotros triste? que ore: ¿alguien se regocija? que cante las alabanzas de Dios.*

¿Qué diferencia hace este gran santo entre orar y cantar las alabanzas de Dios? ¡Oh, hermanos míos, cuán notable es este pasaje! El dolor deprime el espíritu, y este abatimiento forma una oración de recogimiento, que es como un sacrificio que el alma hace de sí misma a su Dios por la oración y en el sufrimiento, o más bien en esta oración sufriente, y en este sufrimiento orante. El alma entra por esta oración en aquiescencia a toda la voluntad de Dios sobre ella; y nunca se ora a Dios con más facilidad que cuando se está más afligido. La aflicción es como el martillazo que hunde el alma en sí misma y le enseña a buscar a Dios en lo más profundo, donde quiere ser encontrada. Es como un latigazo que acerca el alma de su Dios y que hace volver al redil a la oveja descarriada. Es también un silbido del párroco, con el que me llama de vuelta adentro, seguro de que fuera golpeada. Este toque de silbato trae de vuelta al redil como un rebaño perdido sus sentidos y sus espíritus desconcertados y perdidos. No se puede creer cuánta aflicción enseña a rezar, y cuánta oración aplasta la aflicción. La aflicción tiene esto propio, que constriñe el corazón, y recoge toda la sangre a su alrededor: esto es lo que hace más fácil recogerse mientras se le suplica, y que la aflicción enseña incluso a recoger. No es lo mismo con la alegría: se expande, se evapora, hace salir el alma de sí misma: por eso Santiago da un consejo admirable, que es cantar himnos entonces La alegría está en las personas que comienzan, y también en las personas que están muy consumidas: ambos deben cantar de esta manera: Los primeros, para evitar la extrema evaporación de la alegría, 'no sea que les haga demasiado pronto para salir de sí mismos, no por vagar en Dios, pero pasando de un gozo santo a un gozo humano, no pierden el recogimiento por su falta de avance: así estas personas experimentarán sólo el canto de los Himnos, los recogerá, y hará que su gozo se concentre; y que lejos de disiparlos afuera, extenderá su corazón hacia Dios. Las almas avanzadas deben cantar en su alegría; porque como están, o casi, o completamente extraídos de sí mismos y hinchados en Dios, este gozo los atrae aún más, los hace libres, los dilata sobremanera; y entonces ya no sienten que ese canto los une: al contrario, los agranda, los extiende, los saca de sí mismos, los eleva y les hace darse cuenta de que están en un país nuevo, que es una extensión inmensa, y nada puede encogerlos. Este canto no sólo los arranca de sus casas, sino que los hace perderse de vista a sí mismos, como un pajarito en el campo, que fortificado con una jaula, revolotea de rama en rama cantando con todas sus fuerzas, porque la libertad en la que se

encuentra, encuentra el colmo de la alegría: canta en un lugar, luego vuela a otro, para ver si es verdaderamente libre; luego, seguro de que es de su libertad, vuelve a cantar: el aire empuja su voz, y cuanto más fácil le resulta cantar, más canta. El alma en este estado encuentra la misma cosa, y en ella se produce el canto del pajarito: como ella, se encuentra en un país nuevo, después de los rigores extremos del invierno: no querría hacer otra cosa, está feliz de cantar y volar. Así es con las almas de que hablo: así este consejo del Apóstol debe ser seguido con exactitud, y pronto se gozará de los frutos de la felicidad que procurará.

*V. 14. ¿Está alguno enfermo entre vosotros? que llame a los sacerdotes de la Iglesia, que oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor.*

Este pasaje es suficiente para convencer a nuestros hermanos errantes que el Sacramento de la Extremaunción ha estado en uso desde el comienzo de la Iglesia, y que no es una novedad. También debe hacer saber a los católicos que este sacramento es para fortalecer y curar al enfermo, y no para hacerlo morir, como se imagina. Esperamos hasta tarde para dar la Extremaunción, hasta que la mayoría o no la recibe del todo, o la recibe cuando ya no tiene conocimiento. Santiago no dice que esperemos al último extremo para recibirlo; pero él dijo: Si alguno está enfermo, que se llame a los sacerdotes, y se unja al enfermo con aceite en el nombre del Señor. Pero ¿cómo podría uno proveerse temprano de un Sacramento que no es de absoluta necesidad, ya que los hombres son tan ciegos que ni siquiera quieren confesarse y poner su conciencia para asegurar su salvación, que cuando ya no pueden hacerlo? Lo que es tanto más deplorable es que las personas que más deberían interesarse por el bienestar de los enfermos son aquellas que les impiden cumplir con su deber, como si eso les diera muerte: al contrario, purificando la conciencia se encuentra la paz, y la calma contribuye mucho a la salud del enfermo.

*V. 15. Porque la oración de fe salvará al enfermo: El Señor lo aliviará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados.*

No se puede creer el efecto que produce una oración hecha con fe. Es la oración adecuada para los afligidos; porque ella lo consuela y lo alivia. Cuando una persona está enferma, no se recurre más que al Médico, lejos de recurrir a Dios: por eso ni el alma ni el cuerpo aprovechan, y las enfermedades y el alma y el cuerpo no se curan.

*V. 16. Confesaos, pues, vuestros pecados unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis salvos; porque la oración de los justos hecha con fervor tiene mucha fuerza.*

*V. 17. Elías era un hombre sujeto a enfermedades como nosotros; y sin embargo, porque oró fervientemente a Dios para que no lloviera sobre la tierra, no llovió durante tres años y medio.*

*V. 18. Pero cuando oró de nuevo, el Cielo dio lluvia, la tierra produjo Su fruto.*

Si nos falta algo, sólo podemos culparnos a nosotros mismos por nuestra falta de fe y la tibieza de nuestras oraciones; ya que es Dios quien nos ha asegurado que el que pide recibe. Si pidiéramos con las condiciones necesarias, inevitablemente recibiríamos: el oráculo de la verdad nos lo asegura. Pero el mal es que no sabemos orar. Nada es más necesario que la oración, ya sea por el bien del cuerpo o por el del alma: sin embargo, nada se descuida más que la oración. Muy pocos oran; y de los que oran, pocos lo hacen con fe: casi todos oran imperfectamente. Pero como mucho se ha escrito sobre esto, no me detendré en ello. No digas más.

*V. 19. Hermanos míos, si alguno de vosotros se aparta de la verdad, que otro lo devuelva al camino recto.*

*V. 20. Y arrepiéntase de que el que librare a un pecador del camino en que se ha descarriado, salvará de muerte su alma, y cubrirá la multitud de sus pecados.*

Los cristianos de hoy, lejos de seguir este consejo, están haciendo todo lo contrario. Cada uno trata de arrastrar a su hermano con él al precipicio. Los escándalos, los malos ejemplos se pierden en un infinito. Si el que salva a su hermano salva su alma; no se debe dudar que quien es la causa de la pérdida de su hermano también se pierde a sí mismo.

## FIN de la Epístola de SANTIAGO

**---------------------------------------------**

# I EPÍSTOLA DE SAN PEDRO

## Con Explicaciones y Reflexiones que miran a la vida interior.

# CAPÍTULO I

*V. 1. Pedro Apóstol de Jesucristo, a nuestros hermanos extranjeros y dispersos en las tierras del Ponto, & c.*

*V. 2. Que sois elegidos según la presciencia de Dios Padre por la santificación del Espíritu para obedecer a Jesucristo, para tener parte en la aspersión de su sangre: Ruego a Dios que aumente siempre en vosotros su gracia y su paz.*

Todos somos escogidos y elegidos como cristianos para obedecer a Jesucristo, y dejarnos guiar por su Espíritu: sin embargo, en esta elección de Dios Padre a la gracia del cristianismo, que es la gracia más grande que podemos recibir después de la de santificación, cuántos cristianos hay que degeneran de su origen, y desprecian su elección, que teniendo su efecto sólo en la obediencia a J. Cristo, prefieren sin embargo obedecer al Diablo, y pierden no sólo la gracia de su elección, sino la santificación del Espíritu Santo? Jesucristo, viniendo al mundo para redimirnos, quiso someternos a su obediencia; de modo que para merecer la aplicación de su sangre, que San Pedro llama la aspersión (este término es muy significativo), hay que obedecerle y someterse a él. La sangre de Jesucristo es derramada por nosotros; es como un lavadero: por eso el sacramento del bautismo marca admirablemente la aplicación de esta sangre. Es, digo, como en un reservorio, pero un reservorio tan abundante que habría suficiente para purificar y salvar millones de mundos. Sin embargo, esta sangre derramada por todos, y más que suficiente para todos, no es para que se aplique a todos: debe ser rociada, como dice San Pedro, como vemos en el Bautismo donde quien hace la rociadura bautismal hace la aplicación de esta sangre adorable, siendo el agua en ella el signo visible de la aplicación invisible de la sangre de Jesucristo. Ahora bien, todos los que fueron regados en el Bautismo con esta sangre preciosa, en verdad tuvieron la aplicación de ella, que los sustrajo del dominio usurpado y tiránico del Diablo para someterlos bajo el yugo mansísimo de Jesucristo; y mientras el alma no se aparta de la obediencia a Jesucristo, permanece en la aplicación de la sangre de Jesucristo, y la redención tiene en ella todo su efecto: pero no se aparta más bien de su obediencia para volver a comprometerse en la esclavitud del Diablo, que pierde el fruto de la redención, y que hace inútil la sangre del pacto, hasta que finalmente regresa bajo la obediencia de Jesucristo.

Ahora bien, esta obediencia, para ser completa, debe ser tanto desde fuera, o exterior, como desde dentro, e interior. Exteriormente, consiste en obedecer exactamente la palabra de Jesucristo, siguiendo la ley evangélica, conforme a su vida: interiormente, seguir el impulso de su Espíritu, dejarse conducir a él sin reservas, someterse a su

operación: & como Jesucristo, viniendo a este mundo, envió tras de sí su Espíritu Santo; del mismo modo el alma que se deja conducir a Jesucristo Redentor recibe el Espíritu santificador, que verdaderamente establece en la santificación. San Pedro ora a Dios para que aumente su gracia y su paz a los que la han recibido: cuanto mayor sea la gracia, más general y completa la paz: porque una gran gracia purifica la conciencia, apaga las pasiones, restaura la mente y el corazón quietud, y produce una paz general; por el contrario, los que están privados de la gracia, están en continua angustia.

*V. 3. Bendito sea Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos ha regenerado por la resurrección de Jesucristo, dándonos esperanza de vida.*

San Pedro después de hablar de nuestra vocación, la aplicación de la sangre de Jesucristo y la justificación, habla de la regeneración. Somos engendrados por el Bautismo y por la gracia común y ordinaria, que nos hace herederos e hijos de Dios; y es por los méritos de la muerte de Jesucristo. Pero la regeneración es otra gracia, más perfecta y consumada, que es la verdadera gracia de la santificación, que nos fue merecida por la resurrección de Jesucristo, para ponernos, como él, en novedad de vida, después de habernos hecho morir y nuestra primera vida corrupta en Adán. Esta nueva vida, obrada por la resurrección, requiere una muerte que la precedió. Por eso nadie puede ser verdaderamente regenerado hasta que haya muerto a sí mismo, y haya sido sepultado con Jesucristo, para resucitar con él, como (a) nos asegura San Pablo. Ahora bien, como Jesucristo por su resurrección mereció para nosotros una doble vida, para el cuerpo y para el alma, y como el cuerpo debe morir para gozar de la suya, también el alma debe morir a su vida corrompida para vivir de nuevo en Jesucristo. El que no quiere morir a sí mismo no tendrá esta ventaja, según palabras de Jesucristo: (b) Si el grano de trigo que cae en tierra no muere, no da fruto, pero si muere, dará mucho fruto. Somos esos granos de trigo que encuentran nueva vida solo por su muerte, y que se reproducen solo por su descomposición. Por eso Dios, queriendo mostrar misericordia a Adán y a todos los hombres por el plan que había tomado para enviar a su Hijo, le dijo: (c) Serás hecho, y volverás al polvo; como para decirle: es necesario que así como del polvo salió la primera vida, también de él salga la nueva vida; y que nazca un nuevo Adán de las cenizas del viejo Adán. Por lo tanto, es por esta muerte a nosotros mismos que somos regenerados. (a) Colosenses 2 v. 12; (b) Juan 12 v. 24, 25; (c) Génesis 3 v. 19

Ahora bien, esta regeneración consta de dos cosas, que se explican en dos pasajes, uno del antiguo y otro del nuevo Testamento. (d) Aquí está la primera: Pasad a mí, todos los que me deseáis ardientemente, dice Dios, por boca del Sabio: El alma a través de su aniquilación saliendo de la vida corrupta, pasa a Dios. El otro dicho es de San Pablo: (e) Yo

vivo; ya no yo, sino que Jesucristo vive en mí. Después de este paso nuestro, aun en Dios, que se llama muerte mística, es necesario que, siendo evacuada nuestra vida, otra la sustituya en su lugar; y esta vida es la de JESUCRISTO, que viene a tomar el lugar de la de Adán. Estas son verdades fundamentales de nuestra religión que casi todos desconocen y que se consideran muy extraordinarias. (d) Eclesiastés 24 v. 26; (e) Gálatas 2 v. 20

*V. 4. Para hacernos gozar de una herencia que no se consuma, ni se busque, ni se marchite, y que os es reservada en el Cielo.*

Es a través de este feliz estado de resurrección mística que el alma disfruta de una herencia que no puede corromperse; ya que disfruta de Dios mismo por su unión íntima e inmediata: gracia que ya es dada en la tierra, para ser consumada y confirmada en el Cielo. Fue entonces que el alma, habiendo encontrado todo su tesoro en su Dios, en quien había puesto todo su corazón, dijo con David: (a) Dios mío, tú eres el Dios de mi corazón y de mi porción para siempre. . Dice además: (b) El Señor es mi porción, él es mi porción hereditaria que me tocó por sorteo, mi deliciosa porción. ¡Oh ventaja inconcebible! ¡Oh tesoro! ¡Sino un tesoro tan completo y abundante como duradero e incorruptible! ¡Oh, que todos los tesoros de la tierra dejen de llevar el nombre de tesoros! Son tesoros corrompidos, que solo sirven para contagiarnos. No pueden durar mucho: o nos dejan por los reveses de la fortuna, o debemos dejarlos por la muerte: pero este tesoro inestimable no puede sernos arrebatado por la injusticia de ninguna criatura. La muerte, lejos de privarnos de ella, sólo sirve para que la disfrutemos más abundantemente. (a) Salmos 72 v. 26; (b) Salmos 15 v.5

*V. 5. A vosotros, a quienes la virtud de Dios guarda por la fe, para haceros gozar de la salvación, que debe ser descubierta al final de los tiempos.*

*V. 6. Porque entonces seréis llenos de gozo, aunque ahora tendréis que padecer diversas aflicciones de corta duración.*

Tan pronto como el alma llena de un exceso de fe se entrega sin reservas a su Dios, y ha puesto en él todo su tesoro y todo su corazón, entonces comienza a olvidarse de sí misma; como una persona que, habiendo puesto su tesoro en un lugar donde es imposible tomarlo, o incluso descubrirlo, pierde gradualmente el cuidado y la preocupación por él, y comienza a saborear la paz que el miedo de perder ese tesoro le había robado. ella hasta entonces: es así que esta alma, habiendo puesto todo su corazón en Dios, se olvida poco a poco del cuidado de sí misma; no por tibieza o negligencia, sino porque siendo su Dios

infinitamente más para ella que ella misma, y habiéndose hecho todas las cosas para ella, sólo puede pensar en él. Es entonces que un amor tan puro, tan fuerte y completo produce una confianza perfecta: y a medida que el alma crece en esta caridad, que le hace olvidarse de sí misma, a medida que su fe crece tanto que no puede no entre en la menor desconfianza a menos que aquel a quien se da sin reservas lo cuide de tal manera que esté infinitamente mejor en sus brazos en el olvido general de sí mismo, que no sea con la mayor vigilancia: porque finalmente, un el hombre débil vela en vano por su tesoro; no deja de ser arrebatado por los que son más fuertes que él: pero el que ha puesto su tesoro en lugar inexpugnable y en manos del más fuerte, aunque no lo vigila, está seguro. Fue este conocimiento lo que hizo decir a David: (a*) En vano es vigilar la ciudad, si el Señor mismo no la vigila.* (a) Salmo 126 v. 1

Digo pues, que esta alma tan llena de amor y de fe por su Dios, es guardada, no ya por su propia fuerza y virtud, sino por la virtud todopoderosa de Dios, que *la guarda en esta misma fe para hacerla gozar salvación.* Esta salvación es cierto reposo inalterable en la voluntad de Dios, lo que significa que el alma ya no tiene temor ni duda por esta misma salvación desde que la ha entregado a Dios. Así dijo el Profeta-Rey, ese admirable místico; (b) que *había puesto toda su confianza en Dios*; & que (c) *su misma carne descansaría con seguridad*. Pero esta salvación que se da desde entonces, y que pone el alma en un gran reposo, sólo se descubre al final de los tiempos: lo cual se entiende de dos maneras; una, de la muerte, después de la cual el alma descubre y ve claramente la verdad de la salvación que había creído y esperado, y aun, la ve, de manera incomparable? más fuerte de lo que podría haber creído y esperado: su otra manera de encontrar la salvación al final de los tiempos es que el alma debe estar muy avanzada en su fin, donde en todo tiempo se pierden los medios y distinciones, para descubrir esta falta: ella lo disfruta mucho tiempo antes de descubrirlo. (b) Salmos 10 v. 1; (c) Salmos 15 v. 9

Esto hará entonces que el alma se llene de plena y entera alegría, aunque ahora debe sufrir las aflicciones, por breves que sean en apariencia, de la felicidad que debe seguirlas. Aunque hay aflicciones y cruces que parecen muy extraordinarias, a esto le sigue una felicidad inconcebible; & llega un momento en que la cruz ya no es cruz, sino paraíso de delicias. Después que la cruz ha servido para hacernos morir como Jesucristo y con Jesucristo, nos sirve como sirve, para el triunfo: pero para eso no debe quedar más vida. No sé del estado de mansedumbre de los principiantes, que los hace volar sobre las cruces: porque en lo sucesivo sufren tanto más de la cruz, cuanto parece que la han llevado con más fuerza; porque Dios los llevó entonces sobre las alas de los vientos, para sacarlos de la tierra, es decir, del apego a la tierra: pero en el vuelo, Dios los hace sentir bien, etc. para ellos que lo sienten. Hablo aquí de un estado de consumación, donde el alma que ha expirado en la dureza de la cruz, resucita a continuación con la gloria de la

cruz; gloria que no se manifiesta fuera, porque este pueblo está rodeado de abyecciones e ignominias; sino la gloria y el gozo que se experimentan en el interior.

*V. 7. Para que esta prueba de vuestra fe, que es más preciosa que el oro probado por fuego, sea digna de honor, alabanza y gloria en el tiempo de la venida del Hijo de Dios.*

La fe es probada por las aflicciones, como el oro por el fuego; es el fuego de la tribulación que prueba y purifica las almas de la fe; y que da a conocer su calidad y belleza. Pero así como el fuego, que prueba y purifica el oro, se parece a la suciedad al purificarla; del mismo modo el alma cubierta del polvo de las aflicciones y de las persecuciones, llena del lodo de la abyección, parece perder algo de su belleza, lejos de adquirir una nueva. Sin embargo, en la secuela se encuentra que ella ha sido muy embellecida y purificada: pero esto solo se sabe cuando está fuera del fuego de la tribulación; pues mientras dura, no vemos las maravillas que contiene. Ahora bien, esta prueba de fuego se hace para preparar el alma al advenimiento de Jesucristo, que viene como vida, para reavivar y vivificar esta alma: y es entonces cuando sus sufrimientos, sus reproches, sus ignominias, le sirven de gloria.

*V. 8. Que amas, aunque no lo hayas visto; y en quién crees, aunque todavía no lo veas. Pero creyendo recibiréis un gozo inefable, lleno de gloria,*

*V. 9. Cuando alcancen el fin de la fe, que es la Salvación de sus almas.*

Se habla aquí no sólo de la fe común y general, que hace creer a Jesucristo, y que puede darse en personas muy desordenadas y criminales: sino que se habla de la fe animada por la caridad, de este Espíritu de fe que compone el interior, que hace que sin vista, sin luz, sin testimonio, se crea, y que se ame lo que se cree. Este estado, para esta vida, es más perfecto que cualquier otro, según dijo el mismo Señor a Santo Tomás: a) Creíste porque viste. Bienaventurados los que creen y no ven. La vista, pues, no es para esta vida, sino el espíritu de la fe, que nos hace creer lo que no vemos, nos hace amar con un amor singularísimo lo que no conocemos; porque ¿qué podemos ver o saber de Dios? Nada por sí mismo; unas imágenes formadas, que son nada menos que él. Sino ¿qué podemos creer de él? Lo que él es. Por eso todas las uniones que no se efectúan por la fe son uniones accidentales, que no tienen más que la imagen de la unión; pero la unión esencial se comunica sólo por la fe. Debemos, por tanto, entrar en este espíritu de fe, y que Dios abata nuestra razón, la derroca y la subyuga por la fe, como le sucedió a San Pablo, cuando fue arrojado al suelo, mostrando Jesucristo por allí, que no sólo lo derrocaría para

convertirlo en otro hombre; pero que la razón tenía que ceder a la fe, y que creía lo que había combatido, que amaba lo que había perseguido, y que padecía por amor de aquel a quien había hecho sufrir a sus discípulos: (a) así se le dijo: *Difícil te es dar coces en las espuelas,* para mostrarle, que cuando a Dios le place derribar nuestra razón, y sujetarla a sí mismo por el aguijón de la fe que es el pinchazo y la herida, es difícil defenderse de él. (a) Hechos 9 v.5

Se me objetará que San Pablo vio a Jesucristo, que se le apareció; y que así creyó lo que vio, y no lo que no vio. Respondo a esto, que además de que S. Pablo creía en ella más de lo que veía, es porque hay que mirarlo de dos maneras; como hombre particular, y como Apóstol y testigo. Como hombre particular fue puesto primero en esa fe desnuda y ciega, que estaba delineada exteriormente por su ceguera: pero como testigo, tenía que vivir, para poder decir: damos testimonio de lo que hemos visto, y nuestro testimonio es digno de fe. Siendo San Pablo llamado a ser Apóstol y testigo de lo que enseñaba, tuvo que vivir para dar su testimonio asegurado; como él mismo dice: (a) *No soy menos que los otros Apóstoles, aunque soy el último de todos.* (a) 2 Corintios 12 v. 11

San Pedro añade que creyendo recibiremos un gozo inefable. El gozo que se comunica por la fe supera todo lo que se puede decir de ella; por eso es bien llamado gozo inefable, gozo que no sufre alteración, porque es pleno y perfecto, siendo causado por la posesión real y duradera de Dios, que esta fe comunica. Lo que hace la plenitud de este gozo (que Jesucristo había prometido a sus Apóstoles, porque ellos habían creído) es que el alma, poseyendo su bien soberano en cuanto puede poseerlo en esta vida, ya no puede desear nada, porque ! que está en una plenitud tan grande como se extiende su capacidad: está en una saciedad perfecta: como un estómago completamente lleno no apetece ningún alimento, además esta alma ya no desea nada en el mundo, ni en el cielo, ni en el tierra, como lo había intentado el Rey-Profeta. Además, esta alma ha perdido tanto toda voluntad, por la conformidad y uniformidad de su voluntad con la de Dios, que ya no puede querer nada, y no tiene inclinación, ni deseo, ni voluntad. Ya no tiene más repugnancia que lo que Dios repele, y así es fuerte en la paz perfecta, y en el gozo inefable, gozo causado por la plenitud del Espíritu Santo.

Se dirá: si el alma de este estado es tan fuerte, entonces no puede crecer ni merecer. Siempre puede aumentar en plenitud y mérito. Pero, continuamos, si puede aumentar en plenitud y mérito, por tanto no es del todo plena. Está tan lleno como puede estarlo según su capacidad: porque si a su plenitud le faltara algo, su gratificación no sería perfecta: pero Dios está continuamente aumentando la capacidad para recibir; y esto hasta la muerte, donde encuentra el fin de la fe al encontrar la salvación.

*V. 10. Es de esta salvación que los Profetas, que predijeron la gracia que os había de ser dada, buscaron con gran cuidado tener conocimiento.*

*V. 11. Les desafiarían a saber en qué tiempo y en qué coyuntura el Espíritu de Jesucristo, que estaba en ellos, les haría saber que habían de llegar los sufrimientos de Jesucristo, la gloria que los seguiría. .*

*V. 12. Pero a ellos se les reveló que era por vosotros, y no por ellos mismos, que eran ministros, ministros de las cosas que los predicadores del Evangelio os hablaron por el Espíritu Santo (que ha sido enviado de Cielo,) donde los Ángeles desean penetrar.*

Es esta salvación, obrada por la fe, la que los Patriarcas y Profetas desearon ver, y la vieron de algún modo anticipadamente, según escribe San Pablo: (a) es por la fe, dice, que Abraham, Jacob, Moisés, y tantos otros, hicieron y sufrieron todas las cosas. Pero aunque predicaban anticipadamente las primicias de la fe, sabían que la plenitud de esa misma fe estaba reservada para nosotros los cristianos, a quienes Jesucristo tan admirablemente la merecía. Ahora bien, como Jesucristo vino a traer la fe a la tierra, que entonces estaba totalmente desprovista de ella, tal como lo será un día, como él mismo dice: **(a)** ¿Creéis que el Hijo del hombre hallará la fe en la tierra? ? como, digo, Jesucristo vino a traer la fe a la tierra; es también el medio que dio a los hombres para comunicarse con ellos: y así como Jesucristo dio la fe, la fe también da a Jesucristo: y es imposible tener jamás su verdadera posición, y verdad sólo por la fe. No quiero hablar aquí del comer de la Eucaristía, donde recibimos el cuerpo de Jesucristo, su sangre, su alma y su divinidad, aunque no tuviéramos fe ni caridad; y los recibiríamos entonces para nuestra condenación, como los recibimos para nuestra salvación, cuando tenemos una fe animada por la caridad: pero hablo de esta fe viva y llena de caridad, por la cual Dios se une al alma de un forma muy íntima. Es este espíritu de fe (que hace verdaderos adoradores) el que Jesucristo vino a traer, y que infundió en nosotros por su Espíritu. (a) Hebreos Cap. II; **(a)** Lucas 18 v. 8

*V. 13. Por tanto, ceñid los lomos de vuestro espíritu, sed sobrios, y así concebid perfecta esperanza de conservar la gracia que os es ofrecida, para el día de la venida de Jesucristo.*

*V. 14. Esperad como hijos obedientes, y que ya no haya en vosotros ninguna imagen de las pasiones que en otro tiempo seguisteis estando en la ignorancia.*

Si es necesario llevar a cabo una verdadera conversión para mantener el cuerpo y los sentidos bajo control, para que ya no escapen al desorden en el que una vez vivieron, es aún más importante tenerlo en cuenta. Por eso San Pedro dice: Ceñid los lomos de

vuestro espíritu, como para mostrar que la continencia del cuerpo no es nada sin la del espíritu. El cuerpo es un pobre animal, que fácilmente sería domado si sus pasiones no fueran movidas por las del espíritu; así, tan pronto como el espíritu está bien mortificado, el cuerpo lo está también.

La mortificación del espíritu y de las pasiones interiores, es la verdadera mortificación, y la que es duradera y permanente, y en la que mejor se logra: nunca se mortifica el espíritu por el cuerpo; pero el cuerpo es fácilmente mortificado por la mente. Sin embargo, la mortificación de la mente es en la que menos trabajamos. Nos contentamos, cuando hacemos penitencia, con cargar al pobre burro con los golpes que no puede dar, mientras dejamos vivo el espíritu que ha hecho el mal y que al mal lo lleva... Si pudiera quejarse, diría a su mente como el burro de Balaam: ¿Por qué me golpeas, si eres tú quien me ha causado todo el daño, y yo no estaría sin ti? Por lo tanto, es principalmente el espíritu el que debe ser mortificado; lo cual, sin embargo, no excluye enteramente la mortificación del cuerpo, siempre que vaya acompañada de la del espíritu. ¿Pero qué hacemos? Uno se contenta, como dije, con dar algunos golpes al cuerpo, mientras el espíritu muere bien vivo. Es necesario ceñir los lomos del espíritu, detener todas sus concupiscencias, (así como las del cuerpo), sus vanas curiosidades, su soberbia, el amor a la libertad, de su codicia, cautivando la soberbia por la humildad, sino humildad del corazón, y no ciertas humildades exteriores y fingidas, ya sea en acciones o en palabras; lo cual no hace a uno más humilde; en otras palabras, es el refinamiento del orgullo, que se oculta de uno mismo y de los demás por estas ceremonias externas. Hay que cautivar el propio juicio con una continua entrega de la mente a todas las cosas, cautivar la propia voluntad: la obediencia, la propia sabiduría bajo el abandono total a la guía de Dios, finalmente, podemos encontrarnos en la oración. Esta es poco a poco la mortificación del espíritu, que incluye a muchas otras, y que es lo que nos enseñó Jesucristo, cuando dijo, a renunciar a nosotros mismos, y llevar nuestra cruz, que pesada se ve. Esto es lo que Dios quiere de nosotros.

Viviendo de esta manera, uno vive, no en el poder de sus propias operaciones, que uno ha muerto por renuncia; sino en la esperanza de la gracia que nos mereció el primer armamento de Jesucristo, y que os dará en su segunda venida, es decir, cuando venga triunfante de nosotros. Es necesario, pues, esperar, no en uno mismo, sino en Dios, como los niños obesos, que encuentran en su obediencia esta materia y alimento de su esperanza; y viviendo así en la fe de la esperanza, en la mortificación del espíritu, se pierden poco a poco no sólo las pasiones del cuerpo, sino también las imágenes de estas mismas pasiones, lo cual es perder algunas como fuente & haz que se seque. Es como una persona que quiere evitar que aguas inútiles e inconvenientes hagan estragos en su tierra: sin preocuparse de fortificar su tierra, las empalizadas, sólo tiene que desviar el curso del

agua, y no dejar que entre más a la tierra. : esta sola acción previene todo su daño: asimismo la mortificación del espíritu evita el desorden del cuerpo, e incluso elimina todo rastro de él por la pérdida de las imágenes. Por eso las imágenes son muy dañinas, y la forma de perder los fantasmas es muy útil.

*V. 15. Antes bien, sed santos en toda vuestra conducta, como es santo el que os llamó:*

*V. 16. Porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.*

La santidad, para ser perfecta, no debe encerrarse en tal o cual acción; pero debe extenderse a todas las acciones de nuestra vida. Una santidad que es sólo exterior es sólo una sombra, o una máscara de la santidad: debe ser interior: también una santidad que es sólo interior, y cuyo exterior estaría desordenado, (esto que es bastante difícil) no sería santidad. La verdadera santidad debe ser interior y exterior, general y extendida en todo. Pero esto no significa creer que uno está obligado a satisfacer a todos los hombres. No, eso es imposible: los hombres toman la verdadera santidad por motivo de escándalo y burla. Toman una santidad purificada y simulada por una santidad real. La verdadera santidad proviene de la rectitud del corazón, y del hecho de que dentro del corazón siempre es recto para su Dios, y que afuera actúa siempre con sencillez, sin otra mira ni intención que la de agradar sólo a Dios y hacer la voluntad. Esta es la santidad perteneciente a la de Dios. Dios en sí mismo es siempre simple y uno; fuera, sólo puede actuar en su voluntad y por su buena voluntad. *Es necesario ser santo porque es santo, ser* sencillo por dentro, (como tantas veces se ha explicado la sencillez); y para todas sus acciones, no enfrentarse a ninguna criatura, ni siquiera a la fe; sino la sola voluntad y beneplácito de Dios.

*V. 17. Y ya que lo invocáis como Padre vuestro, que sin acepción de personas juzga a cada uno según sus obras, vivid con temor mientras estéis lejos de vuestra tierra.*

Mientras el alma tienda a su fin, que es su patria, siempre debe temer alejarse de él, o no alcanzarlo, para incurrir en la desgracia de aquel de cuya amistad depende nuestra felicidad temporal, eterna, como nuestra salvación. fue obrada únicamente por el amor que Jesucristo nos tuvo, que le hizo abrazar la muerte como el lugar para darnos la vida. Este temor de no ir y amarlo a cambio de sus beneficios, o de incurrir en desgracia por nuestra ingratitud, debe retenernos mientras estemos en el camino; no que debamos estar en un temor debilitante, sino en una desconfianza extrema de nosotros mismos, lo que debe llevarnos a tener mucha confianza en Dios, de quien tenemos tanta necesidad: y

somos llevados tanto más a la confianza, donde, invocando a Dios como Padre nuestro, no podemos dudar de que recibiremos de él la ayuda que nos es necesaria; no debemos dudar del amor que nos tiene como a sus hijos. No mira la calidad de las personas, ni su rango en el mundo. Su más fiel servidor, sea el más desposeído de los bienes de la naturaleza y de la fortuna, será su más fiel amigo.

*V. 18. Sabiendo que no fue con oro ni con plata, cosas corruptibles, con lo que fuisteis redimidos de la vida llena de vanidad, que aprendisteis de vuestros padres;*

*V. 19. Sino por la sangre preciosa de Jesucristo, como cordero puro y sin mancha,*

*V. 20. Que fue previsto antes de la creación del mundo, pero que fue claramente descubierto en los últimos tiempos por causa de vosotros,*

*V. 21. Quienes por él creen en Dios, quien lo resucitó, le dio su gloria, para que vuestra fe y vuestra esperanza sean confirmadas en Dios.*

Si hubiésemos sido redimidos con oro o plata, que son riquezas corruptibles, podríamos creer que Dios sería indiferente a nuestra pérdida, y que incluso se complacería en perdernos, para perder estas riquezas corruptibles y eternas: pero habiéndonos redimido con la sangre preciosa de su Hijo unigénito, ¿podemos creer que siendo nuestra pérdida indiferente a él, él no sería tocado por la pérdida y la sangre de su Hijo? ¡Oh redención demasiado preciosa para el hombre! Oh redención que vale infinitamente más que todos los hombres juntos, debe llevarnos al reconocimiento, al amor y a la confianza. Oh hombre que te preocupas tan poco por tu salvación, si eres lo suficientemente ciego como para despreciar tu alma, que es de un precio tan grande, y vender por un pequeño placer lo que ha costado la sangre de un Dios, sonríete al menos por tu pérdida, y trata de no hacer inútil la muerte de un Dios que te creó, hombre ingrato, aunque bien ve que de sus divinas manos saldrías todo puro e inocente, sólo para ti suelo, hacerte indigno de tu creación, y del objeto de su amor convertido en el de la ira: viendo, digo, vuestra ingratitud, os había preparado un Redentor antes de crearos, y un Reparador de importancia, que estaba obligado a amaros más después de vuestra redención que después de vuestra muerte, creación: y sin embargo, la gracia de una redención, que ha costado tanto, lejos de tocarte, parece hacerte más pecador por el abuso que haces de ella. Dios al crearos sólo os había formado con sus manos; pero para redimiros debe costarle la vida, haciéndose transitable y mortal para haceros impasibles e inmortales.

¿Y por qué hizo cosas tan grandes por vosotros, si para redimiros bastaba la menor de sus acciones? Es conquistar vuestro amor dándoos tan excesivas pruebas del suyo, y que la

confusión que recibiréis de ver un amor tan prodigioso y pródigo, os lleve, al menos en contrapartida, a tener un amor débil y lánguido por el de a quien debes morir de amor cada vez que piensas que el amor que te tiene lo ha hecho morir por ti. Lo ha vuelto a usar con fuerza para prometer vuestra confianza en él, viendo lo que ha hecho por vosotros: ¿podría negaros algo después de haberos dado a su único Hijo? Lo hizo de nuevo para que no esperéis nada de vosotros mismos, y que no os apoyéis en vuestra propia justicia, sino sólo en la misericordia, y así, 'como dice el Apóstol, que vuestra fe de vuestra esperanza estuviese establecida en Dios.

¿Y cómo apoyarse en su propia justicia, ya que el hombre la ha perdido en el paraíso terrenal del descanso? El Cielo no podía garantizar al Ángel de pecar, ni el paraíso terrenal al hombre, aunque estaban llenos de fuerza e inocencia; porque confiaban en ellos mismos. ¿Dónde está el Claustro, el desierto, el lugar más apartado de las criaturas, donde puedo estar a salvo? ¿Qué de mis esfuerzos me puede garantizar? Sólo tu misericordia, Dios mío, puede hacerlo.

Pero esta misericordia es más mía por Jesucristo, que todo mi cuidado: siempre está dispuesta; y lejos de rechazar a nadie, advierte a todos. Podemos decir de ella lo que se dice de la Sabiduría, (a) que los que velarán desde la mañana la encontrarán esperando en su puerta, que no espera otra cosa, para que le abran. Oh gracia merecida por Jesucristo, por eso no has sido negada a nadie: y lejos de eso, que te niegas a ti mismo a los que te piden, que previenes incluso a los que no te piden. Es por esto que la redención de Jesucristo fue tan abundante, que nadie creía que no era más que suficiente para todos, y que nadie desesperaba de alcanzarla. ¿No sería un absurdo horrible decir, que se nos niega una cosa que sin embargo se nos presenta incesantemente, y que, después de que el que nos la quiere dar, ha dado su propia vida para merecerla? No, Amor-Dios, nunca niegas tu gracia a nadie: pero el hombre, tan ingrato como libre, se niega a sí mismo por su locura los bienes que le quieres dar.   (a) Sap. 6 v. 15

*V. 22. Purificad vuestras almas por la obediencia amorosa, para que haya entre vosotros como entre hermanos una caridad sincera, continua, que procede del fondo del corazón;*

*V. 23. Como siendo regenerados no de una simiente corruptible, sino de una que es incapaz de corrupción, sabiendo por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.*

*V. 24. Porque toda carne es como hierba; y todo su esplendor, como la flor de la hierba. La hierba seca, la flor cae;*

*V. 25. Pero la palabra del Señor permanece para siempre. Y es esta palabra la que os ha sido anunciada por el Evangelio.*

El verdadero medio de purificar nuestras almas es el amor y la obediencia. Cualquier otra purificación es sólo una purificación exterior, como la de los judíos; que lavaron sus vestidos, pero cuya alma sólo pudo ser purificada por la sangre del Cordero inmolado por todos los pecados del mundo. Todas las maneras de purificación (excepto la Confesión; porque no pretendo hablar de la aplicación de la gracia por medio de los Sacramentos; hablo solo de los medios que nosotros mismos elegimos para purificarnos, aparte del amor y la obediencia;) Digo, pues, que estos otros modos de purificación operan sólo una purificación superficial.

Por el amor nuestro corazón se purifica de todos sus desórdenes causados por un amor ajeno. Por eso se le dijo a Magdalena que le eran perdonados muchos pecados, porque había amado mucho. Nuestro corazón no sólo es purificado por el amor, sino que es consagrado a su Dios, como algo sacado de la corrupción, y luego acomodado para evitar que se vuelva a corromper. El fuego purifica y previene la corrupción de las cosas que seca, aunque corruptibles por sí mismas: es así con el fuego del amor divino: purifica nuestro corazón, y evita que se seque.

Nuestro ESPÍRITU Y VOLUNTAD también son purificados y preservados igualmente por la obediencia. ¿Qué hace que la mente se corrompa? Esto es rebelión. ¿Qué hace que la voluntad se corrompa? Es lo mismo. Al someter el espíritu y la voluntad mediante la obediencia, se purifican de su corrupción y se mantienen puros mientras permanezcan en esta provisión obediente. Por esto la mente se ilumina con la verdad; porque su docilidad, alejándolo de todo prejuicio, le hace dejarse instruir e iluminar por la verdad. La voluntad por la obediencia se purifica de su rebeldía, de su resistencia, de aquella voluntad maligna que había opuesto a la de Dios; y esta voluntad, haciéndose obediente, no sólo pierde lo que le era rebelde y opuesto, sino que también pierde poco a poco lo que le era propio; de modo que a fuerza de resignación, conformidad y uniformidad, se hace incorruptible, convirtiéndose por pérdida total, en voluntad de Dios, ya que esta voluntad es suya. Esta alma sólo puede querer lo que Dios le hace querer.

La obediencia externa santifica también nuestras ACCIONES externas, y no se puede culpar demasiado a aquellos que, bajo el pretexto de la promoción interna, se apartan de la obediencia, a la que están obligados por derecho natural y divino. Es una falta de avance, y no una marca de avance. Jesucristo ha sido sometido. Sin embargo, es cierto que en cuanto al interior, hay cosas a las que no se podría obedecer; por ejemplo, que se os ordene una disposición en lugar de otra, una manera de oración en lugar de otra: eso no depende de nosotros, sino de Dios; y no es la provincia de la obediencia que se debe al

hombre, sino la que se debe a Dios. En cuanto a las cosas externas que nuestros Superiores nos mandan hacer, debemos hacer siempre nuestro deber de hacerlas, y hacerlas con eficacia, a menos que Dios nos exima de ellas por una especie de milagro.

San Pedro también nos exhorta a la caridad hacia nuestros hermanos. Nunca debemos excedernos en este punto; Y, sin embargo, aquí es donde más extrañamos. Cuánto más mansedumbre tenemos para con nosotros mismos, más rigor tenemos para con nuestros hermanos; y condenamos en ellos con la mayor severidad lo que justificamos en nosotros mismos: otros hacen austero para sí mismos, y quieren que otros hagan lo mismo, sin importar la diferencia de temperamento, la debilidad y la delicadeza. Siempre debemos tener más compasión por los demás que por nosotros mismos, para amar a nuestro prójimo no con muecas, sino desde el fondo de nuestro corazón.

El alma que por la renuncia continua ha llegado a la muerte de sí misma, pierde por esta muerte la vida corrompida y estropeada que le fue comunicada por Adán: a cambio recibe una vida nueva, que es la vida de Jesucristo, que la hace vivir la misma vida de Jesucristo, para que pueda decir: Yo vivo; ya no yo, sino que Jesucristo vive en mí. Es entonces cuando ella es verdaderamente engendrada, renovada y regenerada. No hay término para expresar bien la palabra Renati, excepto decir, que ella recibió a Dios, un nuevo nacimiento recibiendo una nueva vida: y este nuevo nacimiento se hace, cuando Adán, pecador es destruido en nosotros (tanto como él puede Dijo estar en esta vida) por la muerte mística, que da origen a la vida de Jesucristo. Ahora bien, esta vida recibida es incorruptible; porque parte de un principio incorruptible.

¿Y cómo se comunica esta vida al alma? es por la Palabra que es la palabra. Esta palabra divina viva y vivificante, al ser recibida en un alma, le comunica su vida y destierra enteramente la muerte. Esta vida comunicada por la Palabra permanece eternamente, no siendo otra en el cielo que la recibida en la tierra. Sólo esta palabra de vida, ya sea inmediatamente por sí misma en el centro del alma, o en las Sagradas Escrituras, o recibida - mediatamente por la predicación del Evangelio, puede ser la vida del alma y la vida incorruptible. La vida que recibimos de Adán es una vida carnal, y por lo tanto corruptible, como está escrito: Toda carne es como el heno, y toda la gloria del hombre, que él toma en sí mismo, y no sólo en Dios, es como el fuego de la hierba, que nace sólo para morir. ¡Oh hombre necio, que sólo te glorías de tu ignominia, y que no te glories de la verdadera gloria que sólo puede estar en Dios sólo por su Palabra y por su Palabra!

**-------------------------------------------**

# CAPÍTULO II

*V. 1. Habiéndoos, pues, despojado de toda fuerza de malicia, engaño y encubrimiento, envidia, chismes,*

*V. 2. Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual pura, para que os haga crecer para vuestra salvación.*

Tan pronto como el Alma está muerta y renunciada, como se ha dicho, Dios con su gracia la ha despojado hasta el punto de que renuncia a sí misma en todas las cosas, de toda malicia, de todo engaño, etc. porque la ha llevado poco a poco a la sencillez, donde finalmente la ha reducido a su unidad, enteramente opuesta a la injusticia y al disimulo, y donde sólo hay sencillez, candor y rectitud; cuando, digo, se vacía total y radicalmente de toda malicia, entonces se hace como una nueva criatura. Es entonces que, entrando en un estado verdaderamente infantil, debe desear la leche Espiritual que le es dada, para crecer en una nueva vida. No es aquella primera leche que se dio en la primera vida, después de la conversión, y de la cual está escrito, (a) que se le dé, porque el estómago no puede digerir el pan. Aquí no es lo mismo. Por eso S. Pedro añade: (a) 1 Corintios 3 v. 2

*V. 3. Sin embargo, si has probado cuán dulce es el Señor:*

Queriendo señalar que no es esta leche la que se da a las almas principiantes, que son sólo ciertos dulces para repugnarlas con los falsos placeres del siglo: sino que habla del pueblo que supone haber gustado al mismo Dios y haber experimentado cuán dulce es él para los que le aman: porque para gustar plenamente a Dios es necesario tener un gusto purificado no sólo de las cosas carnales y sensibles, sino también de las cosas espirituales que no son Dios mismo; mientras que la primera leche sólo se da para que la gente pierda el gusto por las cosas carnales y sensuales.

*V. 4. Acérquense a él como piedra viva, desechada por los hombres, pero que Dios ha escogido y que él tiene por preciosa.*

*V. 5. Sobre ella seréis edificados como piedras vivas para formar la casa espiritual o cuerpo santo de Sacerdotes para ofrecer víctimas espirituales, agradables a Dios por medio de Jesucristo.*

Las almas de este tipo deben estar cerca de Jesucristo, ya que no deben ser otras que Jesucristo, a quien deben estar unidas como piedras vivas, de las cuales Él es piedra

angular y fundamental. También estas personas están destinadas particularmente a llevar a Jesucristo en sus estados interior y exterior. Son elegidos para ser verdaderos Sacerdotes, que inmolan incesantemente víctimas al Señor en Jesucristo. Él fue esa piedra vivificada y vivificante que los hombres han rechazado; porque casi nadie quiere imitar ni el interior ni el exterior de Jesucristo. Sin embargo, es este estado del interior y exterior de Jesucristo que Dios Padre ha elegido; y nadie le agradará sino el que lo viste. Porque eso es lo que él considera precioso: todo lo demás le parece vil y abyecto.

*V. 6. Por lo cual está dicho en la Escritura: He puesto en Sión la principal piedra del ángulo, la piedra escogida y preciosa; todo aquel que creyere en ella, no será avergonzado.*

*V. 7. La gloria será, pues, para vosotros los que creéis; pero mirad lo que concierne a los que no creen; la piedra, "que los arquitectos rechazaron, se convirtió sin embargo en la cabeza del ángulo.*

*V. 8. Y es esta piedra la que hace tropezar y caer a los que se escandalizan de la palabra de Dios, y no creen en ella, aun estando abandonados en su incredulidad.*

¿Quiénes son estos arquitectos, que desecharon la piedra: viva Jesucristo, que es esta piedra preciosa escogida, en la cual han sido escogidas todas las demás que han de componer el edificio espiritual? Son, además de los judíos, todas las personas que pretenden construir el edificio de su interior según su fantasía; todos los innovadores; todas las personas en las que Jesucristo no es el camino, la verdad, la vida, y que no siguen su interior y su exterior según el ejemplo que él les ha mostrado. Estos arquitectos rechazan a Jesucristo, porque no construyen sobre él, y no dejan que se construya a sí mismo. Sin embargo, nadie será recibido si su edificio no está edificado sobre la piedra viva y viva de Jesucristo. Esta piedra, que es el apoyo de los que en ella confían y se apoyan, que no quieren otro apoyo que el que ella les da, es objeto de caída para los que la han rechazado, porque no queriendo edificarla, encuentran se opone incesantemente a ellos, y chocan contra él, tomando como veneno de muerte lo que les es dado como fuente de vida.

*V. 9. Más vosotros sois el linaje escogido, el orden de los Reyes Sacerdotes, la nación santa, el pueblo que Dios ha adquirido, para que anunciéis el poder de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable;*

*V. 10. Vosotros que en otro tiempo no erais su pueblo, ahora sois pueblo de Dios; vosotros de quienes no había tenido misericordia una vez, pero de quienes ahora tiene misericordia.*

Los cristianos son llamados linaje escogido, porque están injertados en Jesucristo; y que, siendo uno con él, participan de su sacerdocio, así como del estado de víctima. Deben imitar a Jesucristo, y seguirlo como su Capitán; & como la vida de Jesucristo fue una vida enteramente interior, enteramente de cruz, enteramente de renuncia; así los cristianos son llamados a esta vida, para desatar el poder de aquel que los llamó de las tinieblas de la ignorancia a la luz de la verdad. Pero, ¿cómo publicar este poder? Se publica de dos maneras; y por las palabras, y por las obras. Con la palabra, enseñando a los demás a someterse a este poder divino, rindiéndose a su conducta admirable y amorosa, cediendo a él todo el derecho que tenemos sobre nosotros mismos: con el ejemplo, haciéndolo nosotros mismos, y sometiéndonos voluntariamente al imperio de Jesucristo. Pero Jesucristo les da ejemplos e instrucciones de cómo someterse a él, Dios les da al mismo tiempo seguridades de la ventaja de someterse bajo el imperio de Jesucristo por la utilidad que ellos mismos reciben de él. Por lo cual se dice: Vosotros, que en otro tiempo no erais su pueblo, y ahora sois su pueblo, porque él es vuestro Dios, que os manda como Soberano, y que lo cuidáis: vosotros, que antes parecíais excluidos de misericordia, y ni siquiera saberlo; y que ahora gozan de misericordia plena y abundante.

*V. 11. Os conjuro, amados míos, a absteneros, como a extranjeros y viajeros, de las pasiones carnales que luchan contra el alma.*

*V. 12. Sea llena de edificación la conducta de vuestra vida entre los gentiles; para que, viendo vuestras buenas obras, conviertan en alabanzas de Dios, cuando a él le place visitarlos, las calumnias que proferirán contra vosotros, como si fuerais malvados.*

San Pedro nos conjura a abstenernos de las pasiones carnales, porque somos viajeros, y todo lo que debemos hacer en nuestra peregrinación es negarnos a nosotros mismos y someter la carne al espíritu.  Pero esta subyugación sólo se produce por la muerte de la naturaleza, cortando toda vida de él: pero la forma de cortar la vida de la naturaleza es, para el aire libre, no darle nada de lo que más apela; y en cuanto a lo de adentro, no dejarle voluntad, ni dominio alguno: y esto se hace de dos maneras. ; cortando los placeres del exterior, y cortando la voluntad interior. Dios al crearnos sujetó la carne al espíritu, y el espíritu (o la voluntad del hombre) a su Dios. El hombre por el pecado se apartó de este orden admirable: su espíritu y su voluntad no eran más rebeldes a Dios que la carne se rebelaba contra el espíritu; y así el orden que Dios había puesto fue anulado. Para restaurarla, es necesario someter enteramente el espíritu y la voluntad a Dios, y por

esta sumisión la carne se somete poco a poco al espíritu; y si el espíritu estuviera perfectamente sujeto a Dios, - la carne estaría perfectamente sometida al espíritu. Por tanto, es verdaderamente necesario sujetar el espíritu a Dios para que la carne se sujete al espíritu. Quizá se podría sacar una conclusión de esto; que por lo tanto es inútil mortificar la carne. Esto sería cierto si la carne no luchara contra el espíritu, y no le impidiera con esta lucha someterse a Dios. Pero como cuanto más sepultado está el hombre en el pecado, tanto más se rebela la voluntad, más se subleva la carne contra el espíritu, y ha tomado un imperio tan fuerte, que el espíritu no podría sustraerse a su única dominación tiránica si no lo debilitó poco a poco. Esto se hace de dos maneras, y por austeridades moderadas, y por la privación de placeres; como se da muerte a una persona de dos maneras, o dándole veneno que le es contrario, o quitándole la comida. He aquí, pues, cómo someter la carne, por la privación de los placeres, y por la imposición de penitencias (según la fuerza), en proporción a como se somete a Dios la voluntad y el espíritu por la resignación, el abandono, la conformidad a todos sus deseos, finalmente por la uniformidad, y por la transformación de nuestra voluntad en la suya. Además, el exterior debe regularse a sí mismo a medida que el interior se fortalece; para dar un verdadero ejemplo de lo que uno debe ser, e inspirar piedad a los que no la tienen.

*V. 13. Estad, pues, sujetos por amor de Dios a todo hombre que se exalte sobre vosotros, ya sea al Rey o al que tiene poder soberano.*

*V. 14. O a los Gobernadores, como enviados en nombre de para castigar a los que hacen el mal, y para honrar a los que hacen el bien.*

*V. 15. Porque Dios quiere que con vuestras buenas obras cerréis la boca de los hombres que viven en la necedad en la ignorancia.*

*V. 16. Eres libre, de no hacer de tu libertad un velo para cubrir tu mala vida; sino como mostrándonos siervos de Dios,*

Este lugar de S. Pierre es admirable, y merece una fuerte aplicación para mostrar el verdadero carácter del Espíritu de Dios, comunicado a los cristianos, y que es el verdadero Espíritu de la Religión, por el cual se puede conocer el 'Espíritu de Dios' con el que no es. Este Espíritu es el Espíritu de Sumisión, que tuvo su origen en Jesucristo, de quien está escrito, (a) que fue sumiso: y esto es lo único que hizo escribir de él durante una vida tanto tiempo oculta, que de los treinta y tres años que la componían, ha habido treinta que han permanecido desconocidos. (a) Lucas 2 v. 51

Nada más se dice de esta vida escondida y aniquilada, excepto estas palabras: *Et erat fubditus illis.*

Jesucristo habiendo pasado toda su vida en el estado completamente interior de oración y contemplación continuas, sólo hizo aparecer afuera la sumisión: lo que marca el verdadero carácter del Espíritu de Dios, y lo que muestra cuando el Espíritu que anima a una persona es bueno. Así que el Espíritu interior sólo inspira y no puede inspirar en el cristiano, que está lleno de él, la sumisión, que es la señal principal de la humildad, como la rebeldía es la característica más infalible de la soberbia. También se ha hecho notar que todos los innovadores, impulsados únicamente por el espíritu del Demonio o por su propio espíritu, se han inclinado todos a la rebelión contra sus Príncipes o contra sus superiores; y que prefiriendo su propio espíritu al de los que estaban establecidos para conducirlos, se apartaron de su obediencia, sin embargo pretexto para un relajamiento de la moral, o un supuesto desorden que vieron en ellos; & como ellos han fundado una nueva doctrina que han teñido con el pretexto de la reforma moral y el rigor exterior; o más bien se han comprometido a mantener la letra de la ley por la destrucción de su espíritu, que no es otra cosa que la obediencia: porque Dios ha hecho la ley sólo para hacerse obedecer, y para someterse el espíritu del hombre, inclinado por el pecado a la rebelión: porque delante de Dios no hay pecado sino lo que él considera como tal por la ley de la prohibición que ha hecho de él: de otro modo, lo que es pecado podría ser virtud, y lo que es virtud podría ser pecado, si tal fuera la voluntad de Dios, y si le hubiera placido explicar su ley de esta manera. El espíritu de la ley es, pues, sumisión; y el verdadero carácter del Espíritu de Dios es la obediencia. Siendo así, es cierto que todos aquellos que, bajo el pretexto de una vida más perfecta, se rebelan contra la obediencia de sus Superiores naturales y legítimos, pecan contra Dios. Por muy defectuosos que sean nuestros Superiores, no por eso debemos dejar de obedecerles. La obediencia siempre es buena, como lo muestra Jesucristo cuando dijo de los fariseos: (a) Haced lo que dicen, no lo que hacen. ¿No obedeció Jesucristo los Edictos de los Emperadores desde el vientre de su madre, sin examinarlos; ¿Y no pagó en vida el tributo del que tan justamente estaba exento? él, que vino a liberar a todos los hombres, ¿podría ser tributario? (a) Mateo 23 v.3

Sin embargo, algunas personas no tienen dificultad en adelantar, que en ciertas espiritualidades, o doctrinas, que ajustan a su capricho, no se está obligado a obedecer, ni los súbditos a los Príncipes, ni los Religiosos a sus Superiores, ni los niños a sus Superiores, sus padres y madres, ni siervos de sus amos etc. y sin embargo quitado el caso de un mandamiento absolutamente contrario al mandamiento de Dios, no hay nada en que uno no deba obedecer: porque si el que me manda se equivocara en su mandato, yo nunca me equivocaría en obedecer. En cuanto a mí, confieso que preferiría ser menos espiritual y, sin embargo, obedecer a todos mis Superiores con Jesucristo, que tener, bajo el pretexto

de una reforma extraordinaria, un espíritu de rebelión, que es un hecho característico en el interior. Sé que hay cosas que es imposible obedecer, porque Dios hace que su autoridad haga lo contrario, como en Sor Margarita del Santísimo Sacramento (a) a quien Dios tuvo suspendida en el aire para impedirle hacer una acción que se le ordena hacer. No siempre depende de nosotros ejecutar la obediencia: pero debemos ponernos a ejecutarla, y llegar al efecto, a menos que una fuerza superior lo impida: porque no podemos relacionarnos con Dios; y cuando quiere algo contrario a lo que el hombre nos manda, lo hace con tanta autoridad, que es imposible que la criatura se le resista; de modo que cuanto más trata de obedecer, más se encuentra impotente para vencerlo. (a) Ver su vida compuesta por el P. Amelotte. Libro. V Cap. 8

Digo, pues, que la obediencia es la obra buena y excelente que debe edificar al prójimo, ya que el principal sacrificio es el de la obediencia. ¡Oh, que los hombres sean ciegos cuando admiran ciertas acciones exteriores de piedad, que son muy poco ante Dios, porque se hacen en su propia voluntad; y que no se preocupan por una vida en la que no ven nada extraordinario, que sin embargo está enteramente sujeta a la obediencia interior a Dios y la obediencia exterior a los Superiores. La verdadera libertad que se comunica por medio del interior, y que es la libertad de los hijos de Dios, no consiste en hacer toda la voluntad, y por eso quebrantar toda ley: sino que consiste en no tener más voluntad; porque el hombre a fuerza de renunciarse incesantemente e interior y exteriormente por Dios, llega poco a poco (como se ha dicho) por medio de la conformidad y uniformidad a tal punto, que no tiene más voluntad que la de Dios, y no querer más por fe otra cosa, por grande y exaltada que sea, de lo que entonces tiene, o estando liberado de todo desafío, de toda inclinación De todas las inclinaciones, está en perfecta libertad, que proviene de su perfecto contentamiento ; y su contentamiento es producido por una plenitud que excluye toda indigencia, y por consiguiente todo dolor, el dolor que proviene sólo de nuestra indigencia. Si estamos llenos de todas las cosas, y sólo sufrimos la indigencia de una sola, ésta sola indigencia nos causa dolor y nos impide la felicidad qué deben causar las otras plenitudes? Un rey, por ejemplo, al que no le faltan riquezas ni placeres, se encuentra desprovisto de salud o de cualquier otra cosa que desee; esta única cosa, de la que sufre indigencia, le hace no gustar ningún placer en todos los placeres que le rodean. Es necesario, pues, para estar en perfecto contento, y en completa libertad, no sufrir la indigencia cualquiera que sea. Ahora bien, esto sólo se encuentra en la entera posesión de Dios, y Dios no puede poseerse a sí mismo sino por la pérdida de todo lo que no es él mismo, por grande y sublime que parezca; y esta pérdida de todo sería todavía nada si no perdiéramos, no la voluntad de tener algo: de modo que es necesario poseer a Dios, de esta vida, no sólo para perder todo lo que no es él, sino él tan grande como el cielo; sino incluso perder todo deseo de poseer lo que no es él mismo. No basta perder una cosa para perder la posesión de ella, si al mismo tiempo se conserva la voluntad de poseerla.

También la libertad, como dice S. Pedro, no debe encubrir el desorden de nuestra voluntad; pero debe hacernos vivir como siervos de Dios, que no pueden dejar de obedecer a Dios.

*V. 17. Dad a cada uno la honra que le corresponde. Amad a vuestros hermanos; temed a Dios; respetar al Rey.*

*V. 18 Vosotros, siervos, estad sujetos a vuestros amos, con temor; no solo a los que son amables y pacíficos, sino también a los que actúan de manera grosera y molesta.*

*V. 19. Puesto que la gracia consiste en llevar ante los ojos de Dios todas las aflicciones que nos hacen sufrir injustamente.*

Esta es la confirmación de lo dicho más arriba, y de cómo se debe rendir a las Potestades el honor y el deber que se les debe, y obedecerlas. Hay sirvientes y niños que creen que están obligados a obedecer a sus amos solo mientras sean amables y tratables; pero cuando están obsesionados con ellos, creen que pueden prescindir de la obediencia. Por eso añade S. Pedro;

*V. 20. Si por vuestras faltas soportáis azotes, ¿qué gloria os corresponde? Pero si haces bien y sufres con paciencia el mal trato, eso es una gracia para ti ante Dios.*

Todos los hombres deben sufrir el castigo que han merecido por sus faltas, e incluso los paganos lo soportan con fuerza. Quien sufre sólo el dolor que merece, ¿qué provecho recibe, sino que haciendo virtud de la necesidad, remedia sus faltas? Pero el cristiano no está llamado sólo a sufrir el castigo que merece, sino a sufrir lo que no merece, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, que siendo la inocencia y la santidad misma, quiso ser tratado como culpable, poniéndose en el rango de criminales Sólo quiso ser tratado como el fuerte para enseñarnos que no basta que un cristiano se conforme a su carácter divino original para soportar los castigos que merece; sino que también debe cargar con las penas que no merecía, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, que pagó lo que no debía. También S. Pedro añade:

*V. 21. A esto sois llamados; ya que el mismo Jesucristo padeció por vosotros, mostrándoos el ejemplo, para que le sigáis y caminéis sobre sus huellas,*

*V. 22. El que no cometió pecado, cuya boca nunca pronunció palabra de mentira;*

*V. 23. Quien cuando le dieron maldiciones, no respondió con maldiciones; que en las penas que padecía no amenazaba; pero que se abandonó a los que lo juzgaron injustamente.*

Oh cristiano que no quieres sufrir nada, ¿con qué confusión no debes mirar los sufrimientos de Jesucristo? Los mejores cristianos están dispuestos a sufrir a lo sumo lo que se merecen; pero ¿dónde están los que quieren ofrecer su inocencia y se alegran de declararse culpables? ¿Quién no repele la injusticia con la injusticia? ¡Oh, qué raros son! ¿A quién se ve aguantando como oveja muda sin declamar contra sus perseguidores, sin devolver maldición por maldición, sin repeler insulto por insulto, desprecio por otro desprecio, calumnia por otro, calumnia, golpe por golpe? Pero Jesucristo hizo todo lo contrario. Se abandonó en manos de los jueces que lo juzgaron injustamente, y de los verdugos que ejercieron sobre él los últimos ultrajes. Llevó su obediencia y sumisión hasta dejarse crucificar por ellos. Llevó tan lejos su caridad y su paciencia que murió para dar vida a los que se la arrebataban. ¿Quién de nosotros quiere usarlo así?

*V. 24. Él llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz, para que, habiendo muerto por el pecado, vivamos para la justicia. Por sus llagas, por sus heridas fuisteis sanados.*

*V. 25. Porque vosotros erais como ovejas descarriadas: ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas.*

Jesucristo no sólo soportó la muerte que le hicieron sufrir injustamente, no sólo la soportó por aquellas mismas personas que le hicieron sufrir, sino que se hizo cargo de sus crímenes y de sus ingratitudes; y mientras le hacían morir, cargó sobre sí sus pecados y su Deicidio: no contento con asestar sus golpes, cargó aún con los pecados por los cuales lo crucificaron: quiso ser como un grito pecaminoso, cargado de crímenes también aunque vituperios, para hacerlos justos; y por los golpes que recibió, devolvió a la oveja descarriada a su único Pastor.

**-------------------------------------------**

## CAPÍTULO III

*V. 1. Que también las mujeres estén en sujeción a sus maridos, para que si hay alguno que no crea en la palabra, quede sujeto a la palabra por la buena vida de sus mujeres;*

*V. 2. Cuando consideren el temor que tenéis de ellos y la castidad que tenéis en toda vuestra conducta.*

Nada es más justo que la sumisión que las mujeres deben a sus maridos, así como nada es más justo que el amor que los maridos deben tener por ellas. Ambos fallan en este deber recíproco. Esto es lo que causa tanto adulterio y tanta disensión. Nada debe dispensar a un hombre de amar a su esposa, ni a una mujer de someterse a su marido. Sin embargo, como casi todos los hombres niegan el amor a sus legítimas esposas para amar a las que no deben amar; del mismo modo, casi todas las mujeres creen que pueden prescindir de las locuras que deben a sus maridos: y, sin embargo, oh esposa, si has sido atraída al lado de tu marido, para mostrar que él debe amarte tanto como él se ama a sí mismo: debes aprender de esto la dependencia en que te encuentras, y el derecho que tiene, no de despreciarte ni de maltratarte, sino de dominarte.

Hay dos clases de mujeres que pretenden librarse de la obediencia y sacudirse el yugo de la dependencia que deben tener por sus maridos: Algunas son libertinas: para éstas no es de extrañar que, rebelándose contra su Dios, carezcan de sumisión a sus maridos, faltando a todos sus deberes principales. No es a éstos a quienes hablo; pero a las que profesan ser cristianas, y llevar una vida aún más ordenada que la común de las cristianas: creen no ver obedecer a sus maridos, porque son desordenadas: otras se apartan de la obediencia, y no tienen complacencia con sus maridos viciosos, o creen que los ganan con amonestación hecha en el momento equivocado. Nunca llegarán al final de esta forma. Hay que ganarlos con humildad, obediencia, condescendencia, buen vivir; ejemplo hace más para ganar un marido que todas las palabras. Si sabes cómo ganar su corazón y amas a Dios, pronto ganarás su alma para Dios. Sin embargo, la mala conducta de la mayoría de las esposas hace que, lejos de contribuir a la conversión de sus maridos, sean la causa de que éstos se vuelvan más malvados. ¡Oh, cuántos hombres se pierden por culpa de sus mujeres! Esto no impide que haya un gran número de maridos brutales, que, teniendo las mujeres más honestas del mundo, no les tienen consideración ni respeto; y que por su piedad y su docilidad, tienen ocasión de despreciarlos: pero deben consolarse de sufrir por la justicia y cumplir con su deber; y asegurarse al mismo tiempo, que tarde o temprano Dios les dará a su piedad la conversión de sus maridos, o se los llevará.

*V. 3. Desprecia lo que parece fuera, y no te encrespes el cabello, ni te purifiques con oro, ni con ropa rica;*

*V. 4. Pero adornad al hombre oculto en el corazón con la pureza incorruptible de un espíritu tranquilo y modesto, que es la riqueza de la mujer ante Dios.*

La mayoría de las mujeres hacen un gasto excesivo para adornar el exterior y adornan muy poco o nada el interior. El extraordinario cuidado puesto en adornar el exterior

muestra el mal estado del interior; y el descuido que se tiene de adornarla, muestra que se está más aplicado a Dios que a la fe misma. Las mujeres que se adornan tanto son menos bellas y menos estimables; porque es fácil ver que tratan de reparar lo que la naturaleza les ha negado. Casi todas estas mujeres que gastan tanto en adornarse parecen un magnífico monumento que no contiene más que podredumbre. Una persona hermosa está bastante adornada con belleza; y el adorno principal es la modestia y la tranquilidad de su corazón, que brota fuera. No se creería cuánto la tranquilidad del alma, provocada por la pureza de la conciencia y la presencia de Dios, da dulzura y encanto a un rostro donde resplandece el pudor: al contrario, algunos adornos afectados que se usan, la turbación del alma provoca algo áspero y orgulloso, que tiene poco encanto. ¡Oh el hermoso maquillaje y el hermoso adorno de hacerse interior, de tener dentro el corazón lleno de dulzura y de amor divino! Esto le da una majestuosidad suave, que no tiene nada que ver con el orgullo.

*V. 5. Porque es así como antes las santas mujeres que esperaban en Dios, aparecieron, sometiéndose a sus maridos:*

*V. 6. Así como Sara, que obedeció a Abraham, llamándolo su Señor, de quienes habéis llegado a ser hijas por vuestras buenas obras, y por la eliminación de todo temor.*

Cierto es que las mujeres cristianas deben hacer alguna diferencia entre la manera de adornarse y aquella con que se adornan las mujeres paganas: sin embargo, no se ve nada en el exterior que pueda hacerlas reconocer. Aunque 'no se debe fingir un exterior ridículo', ni diferenciarse de los demás por una forma de ponerse que parece querer criticar a todos; sin embargo, es cierto que uno debe, sin tener en cuenta la afectación, ser limpio, educado y modesto. Lo que hace encomiable a una mujer no es su ropa: es su virtud, su buena vida, su ingenio, sus talentos para la gracia y la naturaleza. Su esposo la ama, no porque ella esté adornada, sino porque ella es sumisa a él. Por lo tanto, las mujeres agradarán a sus maridos con su respeto, su castidad y su amor conyugal, y no con sus vestidos suntuosos; que a menudo los aflige a causa de los gastos excesivos, que causan la ruina de las familias.

*V. 7. Y vosotros, maridos, vivid discretamente con vuestras mujeres, considerándolas como vasos frágiles y honrándolas, ya que comparten con vosotros la herencia del don de la vida, para que vuestras oraciones no sean interrumpidas.*

Diré muy poco sobre el deber de los maridos para con sus esposas; para que no me acusen de ser del sexo, impondré leyes a los maridos a favor de las mujeres. Sin embargo, deben considerar que ellos mismos están causando el desorden de sus esposas. Que sigan, pues, el consejo de S. Pedro y S. Pablo, y déjenme decirles que es difícil para las mujeres tener para sí lo que ellas no atraen hacia sí mismas. Si no los ganan por amor y dulzura, ¿cómo quieren ser amados por ellos?

*V. 8. Por último, sed todos de un mismo sentir; compadécete de la maldad de los que sufren; amad a vuestros hermanos; Sea misericordioso, modesto y humilde.*

San Pedro, al igual que San Pablo, recomienda vivamente la uniformidad de los sentimientos: y de hecho sería muy necesario que así fuera entre los cristianos, que teniendo un solo y mismo Dios, una misma fe, una misma esperanza, la misma ley, son llamados a la posesión del mismo amor y de la misma gloria. Sin duda sería así si tuviéramos no sólo el exterior cristiano, sino también el interior cristiano. Desprovistos de este espíritu interior, que hace la verdadera vida del cristianismo, tenemos casi todos un espíritu particular y no este espíritu general que sólo está animado por la caridad más viva.

Los primeros cristianos (a) eran todos un solo corazón y una sola alma, porque todos tenían un mismo sentir. Vemos que la diferencia de sentimientos, incluso sobre ciertos puntos de doctrina bastante indiferentes, ha causado: gran animosidad entre los cristianos, incluso entre los religiosos. Si solo tuviéramos el mismo sentimiento, solo tendríamos el mismo amor. Como nos divertíamos tanto discutiendo en la escuela, y queriendo entenderlo todo por el razonamiento más que por la experiencia real, hemos perdido la experiencia de la verdad, y nos hemos metido en razonamientos que o son falsos, o por lo menos muy inútiles. Es por esto que ya no hay, según el testimonio del mismo Jesucristo, la verdad en el mundo: porque (b) estos razonadores se han extraviado (c) en la multiplicidad de sus caminos y sus invenciones, y nunca dijeron; permanezcamos en el reposo, es decir, en el reposo de la experiencia y de la posesión. Jesucristo vino a restablecer con la sencillez y la comunicación de su vida lo que la multiplicidad de razonamientos había sustraído a la experiencia. Esta era la vida de los cristianos de la Iglesia primitiva: pero se dejó la contemplación de la verdad espiritual, que los mismos filósofos iluminados por la luz natural habían tratado de adquirir, haciéndose amantes de la sabiduría, y contempladores de la verdad, después de haber visto la falsedad de los razonamientos humanos. (a) Hechos 4 v. 32; (b) Romanos, 1 v. 21; (c) Isaías 57 v. 10

Pero como no conocían la verdad, no podían contemplarla en su pureza. Jesucristo vino para traerlo a la tierra y para dar testimonio de él.

Ahora bien, esta verdad hay que contemplarla en la fuente, es decir, en el mismo Jesucristo. El que será amante y contemplador de Jesucristo, se convertirá necesariamente en amante y contemplador de la verdad, ya que Jesucristo es la verdad esencial, como él mismo nos dijo. El medio de tener esta verdad, que hace la uniformidad de los sentimientos, no es multiplicarse en razonamientos superfluos; sino que permanecer fijo en la contemplación del propio objeto: fijarse en la contemplación de un solo objeto en el que no hay defecto, y en el que están contenidas todas las verdades, es fijarse en Jesucristo: todo eso uno contempla en él, es verdad. Por eso los santos y los ángeles contemplan a Dios en su verdad, y tal como es, (a) según lo que está escrito. (a) 1 Corintios 13 v. 12

Pero al sustraernos de la contemplación simple, pura y fija de un objeto simple, puro e inmutable, para admitir el razonamiento, siendo nuestra razón variable y defectuosa, nos desviamos fácilmente de la verdad. Todos los que han querido conocer a Dios por sus razonamientos se han extraviado en estos mismos razonamientos; y por mucho cuidado que pongan en razonar correctamente sobre la verdad, cuando crean haberla descubierto, se asombrarán de que un alma llena de razones contrarias a las que tenían, vendrán a contrapesar estas primeras razones; y que después de haber luchado en el espíritu contra los primeros, se encuentran dueños del campo de batalla casi en un instante. Tan pronto como piensen que han ganado la victoria, un nuevo ejército de otras razones, unido al primero, viene a abalanzarse sobre el segundo; & de esta fuerza nunca hay decisiones perfectas.

Digo, pues, que es imposible conocer la verdad por el razonamiento: pero se puede conocer por la fe ciega, por una simple contemplación de la simple verdad. Tantas razones multiplicadas nunca descubrirán una verdad tan simple en sí misma. Tienes que creer y contemplar.

Hemos visto los extraños errores que han inventado los falsificadores de verdades. La luz de la razón hace sabios según el mundo; pero ella nunca hizo santos. Abarca la fuerza y la sutileza del espíritu del hombre; pero ella no descubre la verdad. Además, estos razonadores se buscan a sí mismos y se establecen en la mente de los demás, antes que buscar la gloria de Dios y la salvación de su prójimo. ¿Los Apóstoles hicieron grandes razonamientos? ¿Con qué sencillez establecieron la verdad de su doctrina? Pero la sencillez, que no teniendo nada de bajo, nada quitaba a la verdad de su majestad.

La verdad debe estar desnuda, y no vestida; de lo contrario, se malinterpreta. Pero si ha de ser de esta fuerza, ha de ser contemplada con espíritu sencillo y desnudo: y así como los Apóstoles tenían esta contemplación pura y desnuda, tenían también esta expresión sencilla y seria de la verdad. Ahora bien, esta contemplación desnuda haciendo sencillez de expresión, y dando por medio de la fe el verdadero conocimiento de la verdad misma; es claro que si todos contemplaran, todos tendrían sin razón la impresión de pura verdad; todos tendrían el mismo sentimiento, el mismo amor y perfecta caridad, y fácilmente se practicaría este otro consejo de San Pedro, que es compadecerse de la maldad de los hermanos, amarlos, ser humildes y modestos.

Como tendríamos un solo corazón, una sola mente y un solo sentir, compondríamos verdaderamente un cuerpo místico de Jesucristo, que ya formamos en parte por la uniformidad de la fe, pero del cual la mayoría de los miembros están divididos, porque su fe está muerta, privada de la gracia y de la caridad. Ahora bien, todos los miembros de un cuerpo se afligen cuando hay uno afligido; y no hay miembro que no se traiga voluntariamente a socorrer al otro: Además, uno es humilde y modesto cuando sólo tiene en vista a Dios: pero cuando uno se busca a sí mismo, uno disputa, uno razona, uno se hincha con el bien opinión de los propios razonamientos, se discute con ira y se pierde el pudor. Pero el que sin tomarse la molestia de razonar sobre la verdad, la ama, la contempla y la cree, recibe en sí mismo el Espíritu de la verdad; y sin discutirlo, hace más por su experiencia que los médicos sin experiencia.

Y que se proteja de todo el daño que en nosotros causan los razonamientos vanos y el amor de la propia mente: Ya no se abunda en el propio sentido; ya no somos fiestas. Es necesario en esta vida creer la verdad, amarla y contemplarla; no la desgarres ni la dividas razonando bajo el pretexto de aclararla. La verdad lleva su luz dentro de sí misma; y si queremos verlo con luz distinta, y no con la de la ORACIÓN, lo vemos lo que no es, y nunca lo vemos lo que es. Jesucristo es la luz del mundo, que vino a iluminar a todo hombre que viene al mundo con su propia luz , que es la luz de la verdad : Por eso dice de sí mismo: (a) que no viene a dar testimonio del verdad. Por tanto, la verdad sólo la podemos descubrir en Jesucristo mismo, ya que es la única luz, y todo el razonamiento sobre Jesucristo no nos comunica a Jesucristo, nos revela muy poco de él, y sólo lo que se ajusta a nuestra razón; pero descubrir a Jesucristo en sí mismo, eso les es imposible. Sólo la fe puede hacer eso.
(a) Juan 18 v. 37)

La fe parece oscurecer nuestra razón para vencerla, y al cegarla le comunica la luz verdadera, Jesucristo, que sale de esta noche oscura de la fe, como la aurora fuerte del seno de la noche para darnos la plena luz del día de la verdad. Jesucristo incluso quiso

nacer de noche, para mostrar que sólo la fe oscura y desnuda puede comunicar a Jesucristo, y no las falsas luces de la razón.

La contemplación es el ejercicio de la fe, como la meditación es el ejercicio de la razón, que nunca puede comunicarnos al mismo Jesucristo. Sólo existe este ejercicio de la fe, que parece ocultar a Jesucristo de nuestra vista, lo comunica a nuestro corazón, y finalmente nos lo da muy verdaderamente: y es en esta luz de Jesucristo que se descubre la verdad, ya que la luz, Jesucristo, no es otra cosa que la verdad misma. Vemos, oh Jesús, la luz en tu luz. Es entonces cuando uno siente que al querer conocerte por el razonamiento, te ignora más; y que por el contrario, al perderte de los ojos de la razón para contemplarte con una simple mirada de fe, allí te vemos descubierto, tal como quieres que te vean: allí te comunicas verdaderamente al alma: todo lo que se ve fuera de ti es sólo una sombra de la verdad: y para traer esta verdad a la tierra, tú mismo viniste allí. ¡Oh hombres que creen que pueden penetrar la verdad de otro modo que por la fe que comunica a Jesucristo, cuán engañados están! sólo tendrás la sombra de la verdad, y no la realidad.

*V. 9. No devolváis mal por mal, ni insulto por insulto; antes bien, dad bendiciones a todos; porque para eso fuisteis llamados, para que heredéis la bendición de Dios.*

Si miráramos a Dios por el daño que nos ha hecho, lo recibiríamos con acción de gracias; y volviendo a la fuente sin detenernos en el instrumento que nos golpea, diríamos con David cuando fue maldecido por Semei: (a) Es Dios quien quiere que yo sufra esta maldición: Es Dios quien mandó maldecir a mí. No es, sin embargo, que Dios "manda el mal al que lo hace; sino que quiere que esta piedra que me fue arrojada por la mala voluntad de este hombre, caiga sobre mí. No es, sin embargo, que Dios “manda el mal a quien lo hace, sino que quiere que esta piedra que me fue arrojada por la mala voluntad de este hombre, caiga sobre mí, debemos recibir su golpe con acción de gracias, y como si venida de Dios, sin mirar al hombre, rindiéndole bendiciones por sus ultrajes, y beneficios por sus malos tratos. Si fuéramos contempladores y amadores de la verdad, sería así. (a) 2 Reyes 16 v. 10

*V. 10. Porque si alguno desea la vida, quiere que sus días sean felices, guarde su lengua de calumniar, y su boca de hablar mentiras.*

*V. 11. Que huya del mal, que haga el bien, que busque la paz y se esfuerce por obtenerla.*

Aquel que contempla la verdad, ya quien se le comunica la verdad, también recibe infaliblemente la vida. Jesucristo es camino, verdad y vida. El que anda en sus caminos, el que se vuelve atento a la verdad, recibe este Espíritu de verdad, que luego le es dado como vida. Ahora bien, siendo dada esta vida sólo por medio de la verdad, el que quiera poseer la vida, debe abstenerse de toda mentira: porque como la mentira es enteramente opuesta a la verdad, si permanecemos en la mentira, nunca llegaremos a la verdad, y así nos alejamos de la vida y nos acercamos a la muerte. La mentira y la calumnia, que proceden del espíritu de soberbia, son dos pecados que hacen compañía fiel. Un calumniador es siempre un mentiroso, y un mentiroso es casi siempre un calumniador; de modo que estos dos vicios, siendo los más opuestos a la verdad, son también los que más alejan de la verdadera vida. Tal hombre quiere pasar por un hombre de honor; & si fuera acusado de una mentira, esta mancha solo podría ser lavada en su sangre; enemigo, o en el suyo propio: sin embargo, le pruebo a tal hombre que es un mentiroso tan pronto como lo veo calumniador. La murmuración y la mentira nunca se separan. No se puede calumniar sin amar la mentira: porque la verdad no está en el que calumnia, puesto que está privado de la caridad. No hay verdad sin caridad. Si no tienes la verdad, entonces concluye que eres un mentiroso; y lejos de ofenderte por este insulto, trata de no obligarme a sacar esta consecuencia contra ti: deja de decirme, inmediatamente dejaré de creer que eres un mentiroso.

*V. 12. Porque los ojos del Señor están abiertos sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero mira a los pecadores con el rostro lleno de ira.*

Dios parece ocultar durante mucho tiempo los ultrajes que se hacen a sus siervos, y no escuchar sus súplicas: incluso a menudo parece como si apartara el rostro de ellos: pero es entonces cuando más lo cuida. David dijo: ((a) Salmo 26 v. 9)) No te apartes de mí, oh Señor, no apartes de mí tu sabia vida; porque estaba en un estado de dolor, donde Dios pretendía alejarse de él para probar su amor. Pero llega un tiempo en que este Dios escondido se manifiesta al alma, y el que parece no ver los ultrajes que se hacen a sus siervos, da testimonio de verlos de tal manera, que los castiga con rigor. Sí, Siervos de Dios, que sois perseguidos tantas veces, tanto tiempo y tan injustamente, Dios ve la persecución que se os hace, y la oculta para probar vuestra fe y vuestra paciencia; & si supieras no vengarte & sufrir todo, siendo la venganza reservada a Dios, ¡qué dichoso serías! Cuando dejamos la venganza a Dios, él lo hace mucho mejor de lo que podríamos hacerlo nosotros mismos con todo nuestro cuidado. Dios no aparta ni un momento Su mirada de las justicias, es decir, de Su protección: Las cuida de manera especial: Las vigila continuamente, derramando en ellas Su gracia; porque Dios no puede contemplar el alma

a menos que su mirada derrame sobre ella una influencia de gracia. No, solo mira; pero él escucha tanto sus oraciones que incluso la advierte, y tan pronto como ella comienza a orar, es escuchada, según este otro pasaje: ((a) Salmo 9, 10 v. 17)) Dios escuchó la preparación de sus corazones; como quien dice; el Señor no esperó para responderles hasta que hubieron orado; pero los escucha tan pronto como han concebido en su corazón el pensamiento de orar. Esta preparación no es otra cosa que una disposición a orar, que siempre es contestada, porque Dios escucha al justo que le ora, en cuanto lleva en sí las características de la justicia de Dios por la pérdida de la propia justicia. El que es pobre y despojado de todo interés y de sí mismo, es continuamente escuchado: porque está en continua disposición a orar. Pero si Dios escucha con tanta bondad al justo que le teme y le ama, que incluso se adelanta a su oración; sólo tiene indignación por el pecador: y como los ojos de su amor y caridad están siempre abiertos para los que hacen, para él, los ojos de su furor están abiertos para los injustos: y como hace llover gracia sobre el justo con su mirada, así como el Sol que viene a mirar a la tierra hace llover rocío: por el contrario, cuando mira al pecador, sólo hace llover su ira y su furor. Por lo cual el mismo David, que dijo a Dios: (a) Señor, muéstranos tu rostro, y seremos salvos; le ruega que no lo mire con furor: porque la mirada de Dios sobre los justos obra su salvación; pero su mirada sobre los injustos es su tormento: el mismo Sol que hace llover rocío envía granizo y relámpagos. (a) Salmo 79 v. 20

*V. 13. ¿Quién os dañará si tenéis celo por el bien?*

*V. 14. Que si algo padecéis por la justicia, sois dichosos. No tengas miedo de los que quieren intimidarte, y no te molestes con sus amenazas.*

Los que pertenecen a Dios son los más perseguidos de los hombres: y cuanto más unidos están a Dios, más violentas son las persecuciones que se les infligen. Sin embargo, no sufren ningún problema por esto; al contrario, todo se convierte en alegría y dulzura cuando aman verdaderamente a Dios. Las personas que los persiguen son mucho más dignas de lástima que ellos; porque están llenos de ansiedad y de dolor por encontrar ocasión para hacer daño: El odio los turba y los inflama continuamente: inventan incesantemente calumnias, para tener ocasión de calumniarlos: pero esta gente tan abandonada y tan resignada a todas las voluntades de Dios no sufre nada de estas cosas; porque habiendo puesto todo su honor en Dios, ya no pretenden ningún honor en esta vida: que si, sin embargo, la padecen, o porque su abandono aún no es perfecto, o porque les vienen verdaderos males y penas aflictivas; son felices de sufrir por la justicia, y no deben temer a los que tratan de intimidarlos con sus amenazas: sino que sin cambiar su comportamiento, se abandonan sin reservas a Dios, quien sabrá tomar en sus manos su

defensa cuando llegue el momento; y quien, después de usar la persecución para purificar a sus Siervos, la usará al mismo tiempo para castigar a estos injustos perseguidores. ¡Oh, si todos los cristianos, sin preocuparse por los ultrajes y agravios que se les hacen, los sufran con paciencia, y se abandonen a Dios sin reservas, sin agitarse ni defenderse, no más que si no los agrediésemos; ¡Oh que sean de paz, de consuelo, de gozo interior en sus penas! ¡y que estarían mucho mejor vengados de lo que podrían vengarse ellos mismos cuando eran tan poderosos como reyes!

*V. 15. Santificad solamente al Señor nuestro Dios en vuestros corazones. Estad siempre dispuestos a satisfacer a los que os preguntan la razón de vuestra esperanza;*

*V. 16. Contestándoles con modestia y respeto, y conservando la pureza de conciencia, para que los que denigran con calumnias la vida santa que lleváis en Jesucristo, se avergüencen de las calumnias que publican contra vosotros.*

Lo que debemos hacer cuando somos calumniados y nos imponen cosas que no hemos hecho es que, en lugar de elevarnos en nosotros mismos por una secreta presunción de nosotros mismos a vernos injustamente condenados, como sufriendo pacientemente insultos, o enfadándonos con aquellos que nos calumnian; en lugar de quejas, justificaciones, enemistades; en lugar de repeler la calumnia con otra calumnia; nos aplicamos, por el contrario, a santificar el nombre de Dios en nuestros corazones: lo cual se hace de varias maneras: primero, reconociendo que él es el único santo y perfecto; y que si no nos permitió hacer todo el mal de que se nos acusa, es a él solo a quien debemos toda la gloria: porque por nosotros mismos sólo somos capaces del mal; y haríamos mil veces más de lo que se nos impone, si Dios nos dejara un momento para nosotros mismos: de modo que sólo debemos santificar al Señor en nuestro corazón, atribuyéndolo todo a su santidad, y no a la nuestra. . Además, debemos glorificarle, porque nos hace conformarnos a él en las persecuciones; & finalmente, ver que quitó toda la ignominia de la cruz, & que dejó sólo la gloria; que bebió toda su amargura, y nos dejó su dulzura. Pero si uno ha de estar interiormente en estos sentimientos, uno debe exteriormente simplemente confesar su fe y dar razón de su esperanza.

Cuando un alma interior no es interpelada, debe ocultar su don y su gracia: pero si es interpelada, debe confesar simplemente que cree y espera en Dios, que se abandona a Él sin reservas, que trata de permanecer en la presencia, tanto tiempo como le sea posible, para contemplarlo y amarlo; pero ella debe responder a esto con modestia, sin afectación ni altivez de espíritu: además, la vida y el exterior deben conformarse al estado del interior: para mostrar por fuera, vida licenciosa, sensual y desordenada, y querer

persuadir que por dentro es bueno, esto es engaño. Un buen árbol nunca da frutos malos, ni un árbol malo da frutos buenos. El pudor exterior, el alejamiento del mundo y de sus máximas, en fin, la buena vida, deben desmentir las calumnias más que las palabras.

*V. 17. Porque si Dios quiere que padezcáis, mejor es que sea haciendo el bien que haciendo el mal.*

Los buenos y los malos sufren. Los buenos sufren haciendo el bien, y sufren bien, sufriendo con paciencia y por amor de Dios. Los malvados, por el contrario, sufren mucho, sufren mientras duelen, sufren con cruel impaciencia, sufren como demonios, y sus sufrimientos son inútiles para ellos, e inútiles como para el demonio; y de un medio de salvación, la hacen instrumento de su ruina: Los justos hacen de sus aparentes desgracias su felicidad, sufriendo como Jesucristo y por Jesucristo.

*V. 18. Porque el mismo Jesucristo murió una vez por nuestros pecados, el justo por los injustos, para ofrecernos a Dios, estando muertos en la carne, pero permaneciendo vivos en el Espíritu.*

Jesucristo murió, el que era inocente, por nosotros que somos criminales; ¡Y no queremos ofrecer nada por nuestros propios crímenes! Después de que el justo ha tenido que pagar por el injusto, ¿cómo se puede excusar al injusto de pagar por su propia injusticia? ¿Y cómo los cristianos no querrán sufrir nada por gratitud a él, que siendo infinitamente feliz, quiso hacerse pasable para proveer a ellos, y hacerlos ellos mismos: felices con sus sufrimientos? San Pedro muestra en este lugar, que aunque Jesucristo murió por nuestros pecados, y que estuvo dispuesto a cargar con ellos, sin embargo nunca fue buscado por ellos. También prueba la inmortalidad del alma en Jesucristo, y por la suya, la de todos los hombres.

V*. 19. Por cuyo Espíritu también fue a predicar a los espíritus que estaban en la cárcel;*

*V. 20. Quienes habían descreído una vez cuando la paciencia de Dios les esperaba en los días de Noé, mientras se construía el arca, donde pocos, es decir, sólo ocho, se salvaron en el agua.*

*V. 21. Era la figura del bautismo, que nos salva; no purificándonos de las manchas de la carne; sino comprometiéndonos a servir a Dios con una conciencia limpia, por la resurrección de Jesucristo,*

*V. 22. Quien está a la diestra de Dios, habiendo devorado la muerte, para hacernos herederos de la vida eterna; estando sujetos a él los ángeles, las potestades y las virtudes.*

Por este versículo 19 podemos ver que aunque el Diluvio se tragó a todos los hombres al cabo de ocho años, porque su incredulidad los llevó a permanecer en la impenitencia, no todos fueron condenados durante este tiempo, usando Dios el tormento de las aguas para mostrarles su error; e hicieron a su muerte la penitencia que se habían negado a hacer durante su vida, habiendo abusado de la paciencia de Dios que les esperaba, y que sólo les pedía misericordia. Hubo una parte de ellos que fueron lavados en estas olas, que pidieron misericordia a Dios, reconociendo en Dios en el castigo a quien no habían querido conocer en su misericordia.

Me parece que como Noé y sus hijos fueron la figura de los que se salvan por el bautismo, donde no hay nada que sufrir; también los que fueron muertos en las aguas son el tipo de los que, habiendo perdido la gracia después del bautismo, se salvan sin embargo por la penitencia; sino una penitencia que sólo los salva arrancándoles esta vida corrompida y arruinada; penitencia, que debe purificarlos y lavarlos más internamente que externamente. Porque la penitencia debe ser mucho más interior que exterior; y es el abuso en que se encuentran la mayoría de los hombres: cuál es la causa, que su penitencia no es de duración. Siendo el mal y la corrupción en el fondo, hacen penitencia solo en el exterior. No es el cuerpo el más contaminado, aunque necesita ser subyugado; es al corazón a quien se deben dar los golpes más fuertes; son las pasiones, y no la salud, las que deben ser destruidas; finalmente es el espíritu y el corazón los que deben someterse a Jesucristo: después de lo cual, el cuerpo fácilmente se someterá al espíritu, no siendo el cuerpo rebelde al espíritu, como he dicho en otra parte, sólo porque el espíritu no es sujeto a Dios.

Dios ama la pureza del corazón aún más que la del cuerpo; y el cuerpo nunca sería impuro si el corazón no estuviera corrompido: también Jesucristo nos salvó por su resurrección, para hacer morir en nosotros el pecado, y resucitar en él: Por eso San Pedro añade admirablemente, que destruyó la muerte devorándolo; porque absorbió la muerte en sí mismo al morir; y devorándola por la misma muerte, nos pone en condiciones de tener la vida eterna, que no es otra que él mismo, que se comunica al alma en cuanto la penitencia o el bautismo han hecho morir en ella el pecado.

Pero si asciende al cielo, es decir, si se instala en el centro de nuestra alma, primero debe haberse sometido a los ángeles, a los poderes, a las virtudes. Por los Ángeles, debemos entender la inteligencia, y todo lo que pertenece a las luces de la razón, que él subyuga, como se ha dicho, por medio de la fe. Las potencias designan las tres potencias de nuestra alma, que aún subyuga por las tres virtudes teologales, y sobre todo por la caridad, que venciendo la voluntad, da a la fe y a la esperanza el lugar de las otras dos. Es necesario, además, que subyugue nuestras propias fuerzas, dejándonos en las debilidades, para que, habiendo perdido todas nuestras propias fuerzas, y teniendo un conocimiento experimental de lo que somos, estemos al fin sujeto al poder soberano de Dios. , que no es perfectamente victorioso si no es así: pero estando todo sujeto a él, y arrastrando cautiva la cautividad, triunfa y asciende al cielo, muriendo para siempre en el centro del alma, que es lo más alto en la parte suprema.

**-------------------------------------------**

# CAPÍTULO IV

V*. 1. Puesto que Jesucristo padeció la muerte, armaos de este pensamiento, que cualquiera que está muerto a la carne, ya no peca.*

*V. 2. Y que todo el tiempo que está en este cuerpo mortal, ya no vive según las pasiones de los hombres, sino según la voluntad de Dios.*

No creo que se pueda encontrar un pasaje más claro o más positivo que este, para mostrar la necesidad de morir a uno mismo para liberarse del pecado; y la ventaja de los que están verdaderamente muertos a sí mismos, y que pueden desde esta vida entrar en una especie de impecabilidad, y hacer la voluntad de Dios en la tierra como la hacen los bienaventurados en el cielo. Cuando decimos y escribimos que una persona puede llegar a este estado, solemos sostener con terquedad que no es para esta vida, e incluso lo apoyamos con personas que a veces lo hacen en la vida real. Es una gracia que Jesucristo nos mereció con su muerte, poder morir tan totalmente a nosotros mismos que nada queda de esta vida carnal y animal, que habíamos tomado prestada de Adán. Es entonces que ya no vivimos solos, sino que Jesucristo vive en nosotros.

Es esta muerte, mis queridos hermanos, de la que se ha hablado a lo largo de este trabajo: la muerte, que comienza y se realiza por la continua renuncia de nosotros mismos; como nuestro Señor nos ha enseñado, que para seguirlo debemos negarnos a nosotros mismos. Renunciar a sí mismo es hacer un esfuerzo por salir de uno mismo; renunciar, que es no conceder nada a la naturaleza ni al amor propio; renunciar a sí mismo es arrebatarles todo lo que les hace vivir; y a fuerza de renunciarse así a sí misma, y de aceptar renunciando a

sí misma todas las cruces que nos hacen enviados, la naturaleza se siente tan privada de todos los placeres que pueden hacerla vivir, y abrumada de todos los males que pueden causar la muerte, agoniza, y finalmente muere, tanto por esta sustracción de todos los bienes, como por la aplicación de los males. Esto se llama negarse a sí mismo, llevar su cruz y seguir a Jesucristo, porque renunciando a nosotros mismos dejamos poco a poco la vida de Adán, su conducta, sus huellas para seguir a Jesucristo, y ser animados por su vida. Es entonces que habiéndose dejado a sí mismo, se hace la división del hombre del hombre, de la que ya he hablado tanto. Esta división perfecta se llama muerte, como se llama muerte la división del alma del cuerpo. Pero hasta que la división sea completa y perfecta, se le llama un estado que está muriendo, o estado de agonía, pero no estado de muerte.

El estado de agonía es una mezcla de muerte y vida, pero el estado de muerte supone una privación total de la vida. El que se está muriendo siente más que nadie los inconvenientes de la vida sin poder librarse de ellos: porque parece que cuanto más lucha la vida contra la muerte, tanto más se esfuerza por vencer a la muerte, para no ser destruido: como el que está bien no siente el dolor de la vida, y no siente por lo ordinario si vive, ni cómo vive; y que el paciente siente dolorosamente la vida: de la misma manera los moribundos sienten su vida con más dificultad. Los que son bastante felices de estar perfectamente caducados, es decir, fortificados por sí mismos y pasados a Dios, esos ya no sienten los inconvenientes de la vida, sino que disfrutan de una vida libre de defectos. . El que muere de esta fortaleza no peca más; porque sólo se peca por la vida de Adán, que inspira inclinaciones desordenadas y corruptas.

San Pedro da la razón por la cual la persona que muere de esta fuerza ya no peca: es, dice, que mientras permanece en esta vida en su cuerpo mortal, ya no vive según las pasiones de los hombres. , sino según la voluntad de Dios. Se vive según los gustos de los hombres, cuando se vive o según las propias pasiones, abandonándose a inclinaciones descontroladas; o según las pasiones de los hombres, adhiriéndose a su voluntad criminal o imperfecta, ya sea por complacencia cobarde, o por respeto humano, o finalmente porque nuestras pasiones son apoyadas y halagadas por las de ellos. Pero el hombre muerto a sí mismo, como se ha dicho, está muy lejos de tales cosas. Ya no vive en ninguna de sus pasiones, tan apagadas que parece que no le queda ninguna. El hombre muere en las pasiones; pero las pasiones no mueren; y después de su muerte, sus pasiones viven en Dios y para Dios. Tampoco vive más en las pasiones de los hombres, porque ya no tiene ningún interés, ni por sí mismo ni por los demás. Vive como si en el mundo sólo existieran Dios y él mismo, o mejor dicho, como si sólo existiera Dios, sin preocuparse ni de la fe ni de ninguna criatura. Estando en este estado, ya no vive ni obra, ni interior ni exteriormente, sino según la voluntad de Dios, a quien se deja conducir, mover y

gobernar; y como ya no vive más que en Dios y para Dios, Dios se encarga de conducir a esta persona según su voluntad. Nada le queda a esta alma sino la gloria. Es entonces cuando ella puede y debe decir con David: (a) Me has tomado de mi mano derecha; me guías según tu voluntad; y luego me hiciste entrar en tu gloria. Me tomaste de la mano derecha, arrancándome de mí mismo, que huyó como la mano izquierda; porque todo lo que viene de Dios está a la derecha, y lo que viene de Adán está a la izquierda: por eso me has sacado de mí mismo, haciéndome hacer todas tus voluntades: me has hecho entrar en tu gloria liberándome de todos los males, y comunicándome todo bien. (a) Salmo 72 v. 24

*V. 4. Lo que sorprende a esta gente, y lo que les hace hablar mal de vosotros, es que ya no os dejéis llevar por las mismas disoluciones que ellos.*

*V. 5. Pero darán cuenta al que está preparado para venir y juzgar a los vivos en los muertos.*

Todos los mundanos se arman contra los que, cansados de la vida disoluta que han llevado, se apartan de ella para entregarse a Dios. Un cambio de vida tan inesperado y tan contrario a la primera vida, cambiar a un hombre en otro hombre, condena sin hablar la primera vida que llevaba, ya que profesa una totalmente contraria. Esta manera diferente de actuar muestra que uno odia en el corazón lo que deja exteriormente. Ahora bien, no podemos condenarnos a nosotros mismos por tal cambio de vida, que no condenemos al mismo tiempo a los que fueron nuestros compañeros en la primera vida. Esto es lo que los llena de confusión: y como no tienen voluntad de cambio, ellos mismos condenan con sus burlas y sus chismes a los que los condenan por sus obras: lo que les da un odio tan mortal contra las buenas personas, que inventen mil calumnias contra ellos.

Esta persecución de los impíos a menudo hace retroceder a los que no están fortalecidos en el bien: pero que tengan buen ánimo, y que no se sorprendan de estas persecuciones injustas: Dios pronto juzgará a estos perseguidores; y tendrán que dar cuenta de sus irregularidades al que es Juez de los vivos por la gracia, de los muertos por el pecado. Él juzga a los primeros en su amor, se entrega a ellos como recompensa; pero juzga a los más pequeños en su furor, y el fuego de la boca que los devora, causa su mayor tormento.

*V. 6. Por tanto, el evangelio también ha sido predicado a los muertos, para que sean juzgados según los hombres en la carne, pero vivan en el espíritu según Dios.*

Fue por esta admirable conversión, y para sufrir el juicio de Dios, que el evangelio fue predicado a los muertos en pecado; y por este mismo Evangelio son llamados de la muerte a la vida: habiendo sido juzgados, condenados y perseguidos por los hombres carnales en su propia carne, viven en espíritu en Dios, muriendo a sí mismos para vivir sólo en Dios y por Dios, muriendo a lo que es carnal para vivir sólo según el espíritu.

*V. 7. Ahora el fin de todas las cosas se acerca: por lo tanto, tengan cuidado; y velar en oración.*

Las cosas de este mundo pasan tan rápido que sólo nacen para morir. Por eso el profeta (a) compara la vida del hombre con la hierba, que no reverdece antes que secarse: y como si esta comparación no le bastara para señalar la brevedad de las cosas de la vida, añade, como la flor de la hierba, que se seca tan pronto como aparece. Por tanto, es cierto que para nosotros el fin de todas las cosas está cerca; porque todo aquí abajo acaba con nuestra vida. (a) Salmo 102 v. 15

Tenemos otro fin, que es Dios mismo, en el que todo acaba. De nosotros depende encontrarlo, perdernos e inmortalizarnos en él; porque está muy cerca: pero ¡ay! estando tan cerca, no queremos buscarlo ni acercarnos a él; y pensando falsamente que está muy lejos, siempre nos alejamos más de él. Debemos ser prudentes y velar en oración. La prudencia debe llevarnos a no apegarnos a nada, ya que todo pasa y debe terminar: debe llevarnos a unirnos a nuestro fin último, que impedirá que nada termine para nosotros: si supiéramos unirnos a él, no probaría la muerte. La muerte no estará muerta para nosotros; será una muerte o un paso que nos introducirá de una vida a otra vida más perfecta y abundante; y el que ya nos hunde en su seno cuando somos felices de hundirnos en nuestro origen, allí nos hundirá por toda la eternidad; y esta única diferencia encontraremos de esta vida a la otra, que allá veremos al que nos tiene abismados en él, y aquí no lo vemos, estamos dormidos entre sus divinos brazos; sabemos que es él quien nos aprieta y nos daña más y más en su seno; pero no lo vemos. Allí lo veremos, seremos poseídos por él y conoceremos ésta feliz posesión. Esta, pues, debe ser nuestra prudencia, no apegarnos a nada que deba perecer, y apegarnos sólo a nuestro fin último, que nunca debemos perder.

El Príncipe de los Apóstoles se explica en un estilo conciso, pero que incluye muchas cosas; después de decirnos que debemos ser prudentes porque todo pasa, nos hace comprender en qué consiste esta prudencia, y el medio para no apegarnos a nada y unirnos a Dios: es velar en la oración. ¿Y qué velamos en la oración? Velamos sólo por Dios y nos dormimos sobre todo lo demás, como sintió el Esposo cuando dijo: (a) Yo duermo y mi corazón vela.

Hay que velar por Dios en el corazón, olvidarse de todas las cosas del mundo, considerándolas como un sueño pasajero, del que no queda ninguna impresión. (a) Cantares 5 v. 2

*V. 8. Antes bien, amaos ante todo los unos a los otros; porque la caridad cubre multitud de pecados.*

*V. 9. Practiquen una hospitalidad imperturbable unos con otros.*

La persona que verdaderamente se entrega a Dios debe darlo a conocer por sus obras. Las que deben practicarse sobre todas las demás son las obras de misericordia corporales; porque en este principio el alma no está en condiciones de ejercitar las otras. Una de las partes principales de la penitencia debe ser la mortificación que se ejerce en el servicio de los pobres, que no tienen nada de amor sino lo que sólo el amor de Dios hace encontrar en ellos. La segunda mortificación, que es más profunda, es sostener al prójimo en sus faltas, amarlo aun en lo que más nos repugna, soportar las injurias que nos hace, en castigo de las que hemos hecho a Dios con nuestras felonías. Esta conducta es una penitencia exterior que cubre la multitud de nuestros pecados.

*V. 10. Cada uno de vosotros ponga al servicio del prójimo el don que ha recibido, como fieles dadores de las diversas gracias de Dios.*

*V. 11. Si alguno habla, sea como predicando la palabra de Dios; si alguno ejerce algún ministerio, que lo haga actuando por virtud que Dios imparte; para que en todo Dios sea honrado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos.*

Después de que San Pedro habló de las obras de misericordia corporal, que deberían ser la ocupación de los nuevos conversos y especuladores, habla de obras más espirituales, que deberían ser la ocupación de las personas más avanzadas. Toda la ley de la gracia y desde dentro debe comprometernos a amar a Dios con todo el corazón, y al prójimo como a nosotros mismos. Este amor de Dios nos llevará a ocuparnos incesantemente de él dentro de nosotros, como se ocupa interiormente de una persona a la que se ama mucho. El corazón se ocupa inútilmente de Dios, descansa en esta ocupación, de modo que finalmente llega a tal estado de amor que su acto se vuelve habitual; y su hábito, acto, cuyo acto y hábito son uno y lo mismo. El amor al prójimo nos lleva al mismo tiempo, cuando toda nuestra ocupación interior es para Dios, a hacer que nuestra ocupación exterior sirva para el prójimo. No somos nosotros quienes lo hacemos: es Dios mismo

quien lo hace por providencia y por el compromiso en el que nos pone. También San Pedro, sabiendo que Dios no pide a todos las mismas cosas, especialmente en lo que se refiere al prójimo, dice que cada uno lo haga según su don; porque no todos deben hablar y enseñar según su capricho, sino según su vocación y los medios que la providencia nos proporciona: ella nos hará ejecutar lo que nos pida. Estos dos puntos contienen toda la ley. Porque el que ama a Dios y a su prójimo, no puede contravenir ningún punto de la ley, toda la ley respecto de Dios directamente, o de Dios en su prójimo, y de su prójimo en Dios.

*V. 12. Mis queridos hermanos, cuando el fuego de la persecución os abrume, no os sorprendáis como de algo nuevo;*

*V. 13. Antes bien, gozaos de que sois partícipes de los sufrimientos de Jesucristo, para que también seáis llenos de alegría cuando él se manifieste en su gloria.*

Cuando se da alguna amistad, siempre parece nueva a las personas hasta las más acostumbradas al sufrimiento, a menos que se encuentren en un abandono muy grande y en una resignación perfecta. Siempre encontramos algunas circunstancias que hacen que la cruz presente parezca más fuerte que todas las anteriores; porque el mal presente es muy diferente del mal pasado, por grande que haya sido; pero el alma perfectamente resignada está tan preparada para toda clase de cruces, que no parecen nuevas. Hacen de ella un nuevo sujeto de alegría, y no nuevas aflicciones: su alegría proviene de la conformidad que tiene con Jesucristo en sus sufrimientos. Ahora bien, quien participa de los sufrimientos de Jesucristo, participa infaliblemente de su gloria, y quien lleva a Jesucristo sufriendo, lo lleva indefectiblemente glorioso y triunfante; pero uno debe haber tenido una parte en su ignominia.

*V. 14. Vosotros sois felices si soportáis vituperios por el nombre de Jesucristo; porque el honor, la gloria, la tiene la virtud de Dios, y su Espíritu reposa sobre vosotros.*

Los que soportan vituperios, confusiones, cruces, calumnias, persecuciones por amor de Dios, hacen felices a las personas, y así entran en la participación de Jesucristo. La mayor señal de que una persona es verdaderamente de Dios, y que tiene su Espíritu, es cuando es igual en las persecuciones, cuando las soporta con gozo.

San Pedro dice además que el honor, la gloria, la virtud de Dios y Su Espíritu descansan sobre la persona que sufre de esta manera. ¿Cómo suena esto? es que tal alma habiendo

sacrificado su honor a Dios, ya no tiene otro honor que el de Dios; de modo que en la calumnia, donde se ataca el propio honor, el honor de Dios, a quien se ha sacrificado el suyo, descansa en esta alma. Ella ya no tiene más gloria que la suya, habiendo muerto a todo fuego particular y gloria propia, y sólo queriendo la gloria de Dios; y como ella hace que él la saque de sus reproches, ella los convierte en su gloria. Fue de este modo que S. Pablo lo usó. La virtud y la fuerza de Dios están verdaderamente en esta alma. El alma, estando despojada de su propia fuerza, se reviste de una virtud divina, de modo que ya no da a luz reyes como una criatura débil, que se resigna, como puede, sostenida por la gracia; sino que las lleva en Dios, como si no la tocaran. ¿Cómo se hace esto? Es que el alma está revestida de virtud divina: además tiene todavía el Espíritu de Jesucristo: porque este Espíritu de la cruz, de la amargura &c. es el Espíritu de Jesucristo, y lo que él escogió mientras estuvo en la tierra: teniendo verdaderamente a Jesucristo, ella también lleva necesariamente el Espíritu de Jesucristo; pues donde está Jesucristo, allí está su Espíritu.

*V. 15. Pero ninguno de vosotros padezca como un homicida, o como un ladrón, o como un calumniador, o como un farsante por el bien de otro.*

*V. 16. Que si sufre como cristiano, que no se avergüence de ello; sino que glorifique a Dios en este nombre.*

Cuando uno sufre, debe sufrir inocentemente y sin culpa. Los que sufren como culpables, se sonrojan de sus sufrimientos y los llenan de confusión; porque los consideran castigos y denunciantes de sus crímenes; pero el cristiano debe sufrir como cristiano, es decir, con alegría, sacando su gloria de su ignominia, y su placer de su dolor. Quien dice cristiano, dice crucificado: así no querer sufrir, y sufrir con vergüenza, es renunciar al cristianismo, o por lo menos, es avergonzarse de ser cristiano. El verdadero cristiano debe hacer saber a todos que estima esta cualidad: y como su nombre lo insta a sufrir, debe amar y valorar sólo eso. Un cristiano que vive en la dulzura y en los placeres, degenera de esta cualidad y vive en paga.

*V. 17. Este es el tiempo cuando Dios debe comenzar su juicio con su propia casa.*

*V. 18. Y si comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen en el evangelio de Dios?*

*V. 19. Y si el justo con dificultad se salva, ¿dónde aparecerá el impío o el pecador?*

*V. 20. Así que, los que sufren según la voluntad de Dios, abandonen sus almas a él como a su fiel Creador, haciendo buenas obras.*

Dios comenzará por juzgar a sus propios hijos, los justos y sus santos. Él los juzgará por lo que han sufrido por él. Aquellos que serán de este primer juicio serán felices. ¡Que los demás, por el contrario, serán miserables! Si el justo se salvará con tanto dolor y sufrimiento, si se necesita tanta abnegación y una vida tan contraria a la del mundo, ¿qué será del impío y del pecador, que vive en el placer y que no quiere sufrir? Mas vosotros, oh almas escogidas, oh cristianos interiores, que tenéis nombre y carácter de cristianos, que estáis marcados con el sello de vuestro Cristo; por ustedes que sufren en la voluntad de Dios y por amor de Dios, sin mirarse a sí mismos, que no tienen otra ocupación que someterse a esta voluntad divina, que seguirla en todo lo que ella pueda querer de ustedes y para ustedes , por duro que parezcas; a vosotros, digo, sólo os queda una cosa por hacer; es entregar vuestras almas a vuestro fiel Creador, dejándole a Él el cuidado y la dirección. Sométanlos a su juicio; abandónalas a él con tanta fuerza que las olvides por completo para pensar sólo en Dios. . Estarán mucho mejor en tus manos que en las tuyas. Tened un solo cuidado, que es el de hacer buenas obras. ¿Cuáles son estas buenas obras? Estos hacen lo que se hace en su voluntad. Hay gente que dice que es un abuso abandonarse así a Dios sin reservas; que es para no hacer más el bien. Nunca hicimos más. Abandonémonos en Dios, no podemos excedernos en esto. Pero procuremos al mismo tiempo no hacer buenas obras en la forma que se ha dicho. La precisión en hacer la voluntad de Dios marca la entrega a Él. No nos abandonamos a Dios para hacer mal o para no hacer el bien. Nos abandonamos a ella para que haga en nosotros y de nosotros según nuestro beneplácito. Ahora bien, la voluntad de Dios es el mayor de todos los bienes; haciendo este único bien, permanezcamos en reposo, y haremos bien.

**---------------------------------------------**

# CAPÍTULO V

*V. 1. Por tanto, hago esta oración a los Sacerdotes, siendo un Sacerdote como ellos; & testimoniar los sufrimientos de Jesucristo, con la esperanza de participar de la gloria que finalmente debe descubrirse.*

*V. 2. Apacentad el rebaño de Jesucristo que os ha sido encomendado, y velad por él, no por la fuerza, sino por libre albedrío y según Dios: no por un afán vergonzoso de ganancia, sino por el afecto.*

Si los cristianos ordinarios están obligados a luchar por la perfección, los sacerdotes lo están mucho más; porque los sacerdotes no sólo están obligados a santificarse para sí

mismos, sino también para los demás. San Pedro les ruega y exhorta a cuidar del rebaño que les ha sido confiado: antes de hablarles del rebaño, les muestra, ante todo, que es un Sacerdote como ellos, y por tanto en un estado de ellos enséñales a ver; y luego se declara testigo de los sufrimientos de Jesucristo: como si dijera, habiendo presenciado lo que Jesucristo padeció por el rebaño que os fue encomendado, de la sangre que derramó para lavarlo, debo os exhorto a que lo cuidéis con mayor cuidado, ya que es de mayor precio, no habiendo costado nada menos que la sangre y la vida de un Dios. Velad, oh pastores, sobre vuestro rebaño y no lo dejéis extraviar. ¿Dejarías perecer por tu culpa a un rebaño que ha hecho todo el cuidado, toda la aplicación, todo el amor, todo el sufrimiento de un hombre-Dios? ¡Oh, qué cuenta no darías! más que vosotros mismos. Apacienta este rebaño, y no dejes que languidezcan y mueran por falta de alimento estas ovejas que Jesucristo engorda con su propia carne y apaga su sangre, después de haberlo prometido cuando aún era un Pastor visible, y viviendo con su vida mortal y punible , que los conduciría a excelentes pastos. Bien los condujo allí, este buen Pastor, ya que él mismo se hizo su alimento antes de dejar su rebaño y encomendártelo a ti: él (a) ha preparado una mesa para ellos, como está escrito. Esta mesa está llena de una fiesta sagrada, que dura para siempre: nunca está vacía. Por lo tanto, depende de ustedes, oh pastores, engordar su rebaño a cualquier costo para ustedes. ¿No serían criminales si no lo hicieran? (a) Proverbios 9 v. 2

Además del cuerpo adorable de mi Salvador, que muchas veces debéis darles, tratando de hacerlos dignos de él con vuestro cuidado, quedan todavía dos platos exquisitos que se preparan y disponen para comer la carne sagrada de Jesucristo, y que deben acompañar al que lo hace, la palabra de Dios, y la oración.

¿Cómo queréis, pastores indolentes, que os contentáis con gozar a vuestro aire del fruto de vuestras ganancias, que os engordáis con la leche de vuestro rebaño, y os cubrís con su lana, cómo, digo, queréis que ¿Tu rebaño engorda si no le das el alimento que le corresponde? Nunca partís el pan de la palabra para él; ¿Cómo practicará el evangelio y se alimentará de él, si lo ignora? Nunca llevas el evangelio a tu rebaño. Permites que las almas se adelgacen, hasta el punto del fracaso. Finalmente mueren de languidez por falta de alimento. ¿No eres homicida entonces? Porque, ¿no es matar rechazar el alimento necesario que debes y puedes darles? ¿Y no se os acusará con justicia de que, no contentos con beber la leche de vuestros rebaños, los habéis sacrificado para comer su carne?

El segundo alimento que debe engordarlos es la oración. Estáis obligados a enseñarles a orar, y a orar como oró Jesucristo, como quiere que oren. Pero, ¿quién enseña la verdadera oración? ¡Pobre de mí! ¡Qué raros son estos pastores! Nos conformamos a lo

sumo con enseñarles cierta jerga, algunas palabras del idioma, que no oyen, no gustan, no conciben, en vez de enseñarles a orar de corazón, y a entregarlo todo a Dios, para que no tenga que hacer esta justa queja: (a) Este pueblo me honra con sus labios; pero su corazón está lejos de mí. Se les debe enseñar que fueron creados para amar, servir y conocer a Dios; que nunca podrán amarlo ni servirlo sino por medio de la oración, sino de una oración del corazón, que los lleve a conversar con él, a tratar de permanecer en su presencia, a darle con fervoroso y continuo actos de las marcas de su amor. Pero, ¿cómo lo harán, si nunca se les dice? Incluso ignoran que su Dios está presente, que está en su corazón, que permanece allí con esta fuerza para conversar con ellos y recibir las pruebas de su amor al mismo tiempo que les da pruebas continuas de él. Son casi inconscientes de todas estas cosas. Los niños piden pan y nadie les da. Si uno predica, son cosas que no puede entender, y el predicador predica más para sí mismo que para una simple audiencia a la que no quiere acomodarse ni darles el alimento adecuado. Vuelven tan vacíos como llegaron. Incluso hay algunos que no saben si hay un Dios, y qué es Dios; que ignoran los puntos fundamentales y necesarios para la salvación. ¿Quién será el culpable de esto, sino los Pastores? Se puede decir en alabanza de los Pastores de Francia, que tienen en su mayor parte un celo singular, y que a sus rebaños no les falta el primer alimento, que es la palabra. Sin embargo, me permitirán decirles con gran respeto, como a mis Padres, que esta palabra no produce todo el fruto que el trabajo que se toman les debe hacer esperar: ¿y por qué? Es porque no se aprende a rezar ya amar. Ahora bien, la oración del corazón es la que abre el corazón a Dios y la que lo abre a todo lo demás. Tan pronto como el corazón está abierto a Dios, uno comprende fácilmente todo lo que concierne a Dios: pero cuando el corazón no está abierto por la oración del corazón, uno no entiende nada. Así dice la escritura: **(a)** Cegaré a este pueblo, para que viendo no vean, y su corazón no entienda. No dice, que la mente no entiende; sino su corazón, porque no es la apertura de la mente, sino la apertura del corazón lo que hace comprender las cosas de Dios. Vemos personas cuyas mentes están tan abiertas a las cosas del mundo que asombran a todos, y sin embargo están cerradas a las cosas de Dios de una manera extraña; pero tan pronto como se abre el corazón por medio de la oración, se comprenden fácilmente. En vano, predicadores, lloráis al oído, si antes no habéis tratado de abrir el corazón con una oración libre, de afecto y de amor: sin eso, vuestras palabras son como palabras ecos, que resuenan ruidosamente y no produce efecto ni impresión: pero si el corazón se abre con la oración, la palabra se insinúa en él y queda escrita en este mismo corazón. ¡Oh, que una sola predicación que enseñara a orar con el corazón, y que abriera este corazón, dispusiera el alma a aprovechar todo lo demás! Predicamos tanto; y todas estas son palabras perdidas y lanzadas al aire, porque no hay lugar en el corazón para recibirlas. (a) Mateo 15 v. 8; **(a)** Isaías 6 v. 10

El tercer alimento que era necesario para el rebaño de Jesucristo es su cuerpo sagrado: pero ¡ay! casi no se ve a nadie acercándose a esta Santa Mesa, especialmente en el pueblo, donde nadie sabe lo que es comulgar, salvo la época de Semana Santa y algunas grandes fiestas, o de moribundos. Es verdad que hay campesinos muy mal dispuestos, pero ¿de dónde sale eso? Es que sus corazones están cerrados, y que al no haber sido nunca abiertos por la oración, permanecen cerrados a la palabra, ya Dios mismo. Esto es lo que hace que las Comuniones sean tan infructuosas. ¿Y cómo lo harían, viendo que Dios permanece a la puerta del corazón y nunca entra? ¡Oh, una vez los corazones se abrieron a Dios a través de la oración! recibirían, como se dice en la Sabiduría, el buen alimento que se les presenta, ya sea el del cuerpo adorable de Jesucristo, o el de la palabra: y su alma, cebada por él, estaría en gozo.

Lo que hace que el rebaño de Jesucristo se consuma de esta manera es que no se entra al redil por una buena puerta. Se entra en ella por afán de lucro, y no, como dice San Pedro, por voluntad de Dios. Los pastores no se preocupan por sus ovejas: todo su cuidado es divertirse y amasar dinero. No se mira, cuando se ocupa en el ministerio, a la carga de las almas; sino para aprovechar: por eso descuidamos su cuidado. Esta reseña de S. Pedro es una de las más importantes de sus Epístolas: porque del cuidado y la vigilancia del Pastor depende el progreso del rebaño.

San Pedro añade que este cuidado y esta vigilancia se hagan por aflicción, de libre albedrío y enteramente de amor; porque sabía bien que lo que se hace con fuerza no puede durar, y que un comportamiento para ser bueno, debe ser uniforme. Recomienda, por tanto, que el cuidado del rebaño se haga por afecto a la libertad. Hay personas que, entrando en una ganancia, hacen maravillas por un tiempo; pero como actúan con vergüenza y constricción, no dura. Oh pastores, sed Padres de vuestros rebaños, alimentadlos con todo el cariño de vuestro corazón: como es justo que os rieguen con su leche cuando los alimentáis, es recíprocamente justo que los rieguéis con la sangre de Jesucristo, que los alimentes con tu carne, con su amor y con tu palabra: y como su lana sirve para cubrirte contra las injurias del tiempo, tu vigilancia debe protegerlos de las injurias de su enemigo.

*V. 3. Ni como dominando a los que os han tocado en parte, sino como dándoos con sinceridad el ejemplo de vuestro rebaño.*

*V. 4. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, recibiréis una corona de gloria que nunca se marchitará.*

Hay Pastores que, en lugar de conquistar los corazones con la mansedumbre y las mentes con la eficacia de sus palabras, hacen lo contrario, abusando de su autoridad para

subyugarlos con una dominación injusta. Difícilmente se gana de esta manera; y aunque nos hacemos temer, no lo hacemos amar, y nada hacemos por Dios: porque como la alegría, la libertad y el amor dilatan el corazón y lo abren a Dios; el miedo, por el contrario, lo ata con tanta fuerza que incluso a menudo lo cierra por completo a Dios. Oh pastores, si queréis ganar almas, hacedlo con el ejemplo de una buena vida así como con la dulzura de vuestras palabras: porque ¿qué efecto pueden tener las palabras de una doctrina que enseñáis ser verdaderas en un corazón, cuando se desmienten por tus acciones? ¿Qué fruto no da la palabra de verdad cuando se apoya en una buena vida, y vemos una verdad predicada, viva y practicada? ¡Oh, cuán poderoso es el ejemplo, y cuán poderoso da la palabra para hacerlo eficaz! Si quieres enseñar a tu rebaño a rezar de corazón, reza el primero de este tipo. Si tu corazón está cerrado a Dios, ¿cómo abrirás el corazón de los demás? Oh pastores, que ocupan el lugar del Pastor Soberano Jesucristo, piensen que si cumplen con su deber, no solo tendrán la recompensa de las ovejas, sino que seréis recompensados como pastores, y compartiréis la gloria con Jesucristo. Pero también si abusáis de esta dignidad, seréis castigados no como un simple rebaño, pero seréis castigados con el castigo de Pastor, que será tanto más terrible cuanto más grande y elevada fue vuestra vocación.

*V. 6. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os levante cuando venga a visitaros.*

Las expresiones de la Escritura y la manera de escribir de los Apóstoles son admirables. Después de que San Pedro ha hecho ver a los pastores la grandeza de su deber y sus obligaciones indispensables, les hace saber al mismo tiempo que no deben presumir de su conducta; sino haciendo con extrema vigilancia todo lo que de ellos dependa, sometiéndose bajo la poderosa mano de Dios, reconociendo que deben esperar de él todo el fruto y éxito de su obra; que en vano velan por sus rebaños si Dios mismo no vela con ellos, rogándole que vigile con este fin, y quedando ellos mismos anonadados y humillados por su divino poder; esperando todo de Dios, y confiando a él la gloria de todas vuestras cosas; tratando no de atraer almas en la fe, sino de sujetarlas a Jesucristo. ¡Oh, cómo estábamos en esta disposición, y cómo teníamos una desconfianza extrema de nosotros mismos! que lejos de abatir el valor y detener la vigilancia, se tendría una esperanza de éxito tanto mayor cuanto menos se esperara de su trabajo, sin por ello dejar de trabajar incansablemente; ¿Qué fruto no producirían los pastores? Pero lo que les impide tenerla es que no quieren trabajar, porque son ladrones, entran por la ventana, y no por la puerta: las ovejas no oyen su voz, porque estos Pastores ni siquiera conocen a sus ovejas. , y así las ovejas no pueden conocer a sus Pastores.

Hay pastores que cumplen con su deber , que enseñan a su rebaño , que les dan el alimento de la palabra , pero que , envanecidos con su trabajo , estiman su propia vigilancia , esperan todo de sí mismos y se atribuyen todo el bien que Dios hace a través de ellos. Estos se esfuerzan mucho y dan poco fruto. ¿Y por qué dan tan poco fruto? Es que no trabajan puramente para el Señor, que buscan su gloria y su propio interés: por eso el Señor no está con ellos. San Pedro remedia con su consejo en pocas palabras a estas dos clases de males, que impiden que el rebaño de Jesucristo engorde. Dice que debemos velar por él y por el padre; que hay que humillarse y mantenerse anonadado en la mano poderosa de Dios, reconociendo que todo lo bueno viene de él, todo don perfecto viene de lo alto, del Padre de las luces. No basta estar convencido de ello en el espíritu; el corazón debe estar lleno de ella, y las acciones deben seguir a la persuasión, sin desfallecer nunca, no hundirse tanto por el poco éxito, y no levantarse cuando uno tiene éxito.

*V. 7. Pon todas tus preocupaciones en sus manos; porque él mismo cuida de ti.*

Pero para que los pastores no caigan en el error de unos pocos que se persuaden de que la vigilancia es una solicitud ansiosa, como la que suelen tener los que esperan de Dios menos que de su trabajo; muestra el Apóstol, que hay una vigilia apacible y tranquila, que se contenta con velar en paz, y que hace esperar mucho de Dios y poco de sí mismo, velando por mucho de Dios, y de Él, abandonando el éxito de todas las cosas, e incluso el fruto de sus labores. San Pedro, que no quiere que la vigilancia de los Pastores les inquiete, les dice que pongan todo su cuidado en las manos de Dios: lo cual se hace con un abandono total de sí mismos y de su rebaño en las manos de Dios, preocupándose y preocupándose de nada en el mundo que pueda suceder, contentos de cumplir con su deber en paz, siendo tal la voluntad de Dios. ¡Oh, cuán ventajoso sería para los pastores sufrir esta manía tanto para ellos como para su rebaño! ¿Qué fruto no darían con este abandono de sí mismos en las manos de Dios? Es la única manera de evitar el desánimo y la presunción, y hacer que su trabajo tenga éxito. El abandono impide trabajar con igual tranquilidad y paciencia, aunque no se vea fruto del trabajo; porque somos tan felices en la voluntad de Dios de ver nuestro trabajo sin fruto, como de verlo triunfar. El que no está perfectamente resignado se desanima fácilmente cuando su trabajo parece inútil: alguna culpa les deja usar esta fuerza, ya que no bendice sus penas: lo dejan todo, no comprendiendo que su vocación les marca suficientemente la voluntad de Dios en esto, ya que son pastores por su providencia; pero que Dios quiere hacerlos morir a sí mismos; y que obtendrán más gracia en el futuro para su rebaño con esta muerte, que con toda su vigilancia sin esta muerte.

Déjense, pues, abandonarse a Dios sin reservas; y que deben estar tan contentos de trabajar toda su vida sin lograr nada, si tal es la voluntad de Dios, como para hacer las cosas más grandes. San Pedro había pasado una noche laboriosa sin tomar nada; Y Jesucristo tan pronto como habla, hace una captura asombrosa. Jesucristo, tan pronto como aparezca en ellos, atraído por la muerte de ellos mismos, les hará pescar más peces de un barrido de sus redes de los que todo su cuidado podría haber adquirido para ellos. Así fue como Jesucristo instruyó a sus Apóstoles con cosas sencillas y naturales que les hizo hacer, del comportamiento que debían seguir como Pastores.

Por falta de penetración de estas verdades esenciales (que sólo se consideran como tales accidentales en el mundo), por falta, digo, de comprender estas verdades, los buenos pastores parten y abandonan sus rebaños para ponerse en soledades y en claustros, midiendo su atractivo por su éxito, y no por el abandono a la voluntad de Dios; y así despoblando la Iglesia de los buenos pastores bajo estos pretextos, dejan sus ovejas presa de los ladrones por una humildad mal reglada, creyendo a los demás más capaces que ellos, como sé que así ha sucedido. Quisiera con toda mi alma hacerles comprender la obligación en que están de guardar su rebaño, y el daño que se hace a la Iglesia de Dios al permitir que estos santos pastores lo dejen todo. Los hago raros: pero serán aún más raros si dejan sus trabajos.  Que se convenzan de que la verdadera humildad, hija de la caridad, no les llevará a abandonar su cura, creyéndose incapaces de gobernarla; porque la humildad les enseñará a humillarse bajo la poderosa mano de Dios; & les hará saber al mismo tiempo que cuanto más impotentes son, más poderoso es Dios. Dios no tiene nada que ver con la fuerza de un sujeto; ya que toda la fuerza está en él solo: solo quiere su flexibilidad: así sin entrar más en la desconfianza de mí mismo, me abandonaré en Dios, para que haga toda su voluntad en mí y de mí: sé que él puede hacer cualquier cosa con mi debilidad, y me alegro de que no lo haga.  El hombre abandonado de esta manera, el pastor así resignado, está asegurado; porque Dios cuida de sí mismo, y de su rebaño.

*V. 8. Sé sobrio y vela; porque el Demonio, vuestro enemigo, gira alrededor de vosotros como león rugiente, buscando a quien devorar.*

*V. 9 Resistidle manteniéndose firmes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos que están en el mundo sufren las mismas tribulaciones que vosotros.*

San Pedro expresa muy bien con estas palabras la naturaleza de la tentación del Diablo y el poder que puede tener sobre nosotros; en dos palabras dice todo lo que se puede decir. El Diablo está a nuestro alrededor como un león rugiente, buscando a alguien o algo a quien devorar. Por lo tanto, su poder está fuera de nosotros, y no dentro. ¡Oh gran

verdad! El Demonio ronda el castillo de nuestra alma; pero no puede entrar dentro si no le abrimos la puerta: si permanecemos acurrucados y encerrados en nosotros mismos, allí nunca entrará. Esto es lo que hace la ventaja del recogimiento interior; porque estando el alma toda reunida y encerrada dentro, el Demonio muy bien puede girar alrededor de ella, pero nunca dañarla. Todo lo que tiene que temer es salir a la calle: apenas saldría de sí misma cuando el Demonio (que no pretende nada más que devorar a su presa) la perdonaría.

Por eso el mismo Apóstol que nos advierte de la manera en que el Diablo se toma a sí mismo para tentarnos, nos da el remedio para la tentación. Resistirle, dijo. Pero ¿cómo, oh Pedro, podemos resistir a un enemigo fuerte, nosotros que somos tan débiles? Si luchamos duro, pronto seremos derrotados. Tú sabes, tú que fuiste derribado por la sola voz de un sirviente, cuán débiles somos. Entonces, ¿cómo se puede resistir al Demonio? Se explica de manera admirable: Resistidle, no luchando contra él; porque este combate sería un estallido de ti mismo que te expondría a sus golpes: resistidlo permaneciendo firmes en la fe, es decir, no sólo permaneciendo firmes en la fe del cristianismo, común a todos; sino permaneciendo firmes en la fe que está llena de confianza en Dios y de desconfianza en sí mismos, permaneciendo así en ese espíritu de fe que está todo dentro. Si alguna vez le preguntara a San Pedro cuál fue la causa de su caída, me diría, sin duda, que fue porque quiso hacerlo, sino que resistid con su fuerza, y no permaneciendo firmes en la fe, como está escrito en otro lugar: (a) Armaos con el escudo de la fe. (a) Efesios 6 v. 16

La fe es, pues, las armas que resisten al Diablo: si tomamos otras, seremos vencidos. ¿No estaba San Pedro preparado para la batalla? ¿No tenía una espada? ¿Él no le había disparado? ¿Cuál de los otros Apóstoles resistió con más coraje? Sin embargo, ¿cuál de los otros Apóstoles fue más bien derribado? Entonces Jesucristo le dijo: el que hiere con la espada, a espada perecerá: el que quiera resistir al demonio con armas externas, creyendo que lo está atacando, será despedazado. Si el pobre Pedro, en lugar de ser tan constante en protestar a su Maestro que no lo negará, hubiera permanecido firme en la fe, le habría dicho a su buen Maestro en este espíritu de fe: Sé que no soy esa debilidad; pero todo lo puedo en aquel que me fortalece: cuanto desconfío de mis debilidades, tanto confío en tu fuerza; no habría caído: pero como Jesucristo quiso hacer de ella la piedra fundamental de una Iglesia contra la cual el Diablo no tiene poder, le enseñó con su experiencia que las armas con las que se debe combatir al Diablo, es la fe. Ahora bien, la fe opera la verdad: por eso pone al alma en completa desconfianza de sí misma y en perfecta confianza en Dios. Este combate de desafío y confianza son las armas más poderosas del alma, contra las cuales el Diablo nunca lucha: al contrario, huye con todas sus fuerzas.

Para que no nos inquietemos acerca de cómo adquirir el espíritu de fe, San Pedro nos da primero los medios: Sed sobrios y vigilantes. Entiende por sobriedad la supresión de todos los placeres externos, ilegítimos, etc. mis permisos, según el estado del alma, observando sin embargo lo necesario para la conservación de la salud. Es por esto que todas las avenidas están cerradas para el Demonio. La otra forma es velar por Dios. El alma, a fuerza de velar por su Dios dentro de sí misma, y de renunciar a sí misma en las cosas exteriores, adquiere poco a poco ese espíritu de fe que la hace invulnerable al Demonio, y que impide que incluso el Demonio tenga miedo, no se arriesgue más a atacarlo.

Todavía tenemos otro tema de consuelo en la persecución del Diablo de nosotros, que no hay nadie a quien no trate así, tentando a los que se entregan a Dios, como está escrito: (a) Te consagrarás a la piedad, prepárate vuestras almas para la tentación. El Diablo no se molesta en tentar a los que le pertenecen, como un Rey no piensa en sitiar un lugar del que es completamente dueño: pero todos los que hacen a Dios, tienen la seguridad de ser tratados de la misma manera, y sufrir mucho. (a) Eclesiastés 2 v. 1

*V. 10. Pero el Dios de toda gracia, que por su misericordia nos llamó a su gloria eterna, después de haber sufrido un poco, él mismo nos perfeccionará, nos fortalecerá, nos confirmará.*

*V. 11. A él sea la gloria y el imperio por todos los siglos.*

No bastaría que San Pedro nos hubiera enseñado a luchar, a resistir y a vencer, si no nos asegurara la victoria que nos da este modo de luchar con la protección muy particular de Dios: es como si nos dijera: Hermanos míos, contentaos con resistir al diablo con fe firme: estad seguros de que vuestro trabajo no será en vano: porque el que os llamó, dándoos esta fe pura, es el único que puede resistir al diablo, y quien por esta misma fe os ha llamado a gozar de su gloria; este Dios tan lleno de misericordia, digo, después de que "habrás sufrido un poco las persecuciones, las tentaciones y las violencias que es necesario hacer para apartarte de todos los placeres de la época, y permanecer atento a Dios, después, digo, de esta primera violencia y sufrimiento , que es todo lo que podemos hacer de nuestra parte , él nos perfeccionará. Es fácil ver por estas palabras que bien podemos, con gracia, tender con todas nuestras fuerzas a la perfección; pero que nunca podremos mejorarnos a nosotros mismos. Dios solo debe hacerlo; y lo hace indefectiblemente por medio de la fe.

Veamos cómo va la santidad por grados. Dios nos perfecciona: este es el primer grado, porque Dios perfecciona indefectiblemente a aquellos que, estando llenos de desconfianza en sí mismos, tienen perfecta confianza en Dios; luego se fortalece en esta

perfección, haciendo el alma cada día más firme y más perfecta; finalmente lo establece para siempre en la perfección, que es un estado consumado, que comienza al final de nuestra vida, y durará para siempre, sino de una gran ventaja que sobrepasa infinitamente todas nuestras esperanzas; la gloria y el honor de ella se deben solo a Dios, así como el dominio que ha adquirido sobre nosotros debe durar para siempre.

*V. 12. En pocas palabras te he escrito, me parece, por medio del fiel siervo de Dios, nuestro hermano Silvano, que es un hombre fiel, rogándote que perseveres en la gracia en la que estás firme, te proteja tanto, esa es la verdadera gracia de Dios.*

*V. 13. La Iglesia que está en Babilonia, que es escogida como tú, y mi hijo Marcos, te saluda.*

*V. 14. Saludaos unos a otros con ósculo santo. La gracia sea con vosotros que estáis en Jesucristo.*

San Pedro nuevamente nos asegura aquí que esta gracia, o este espíritu de fortaleza por el cual todos los cristianos deben actuar, es la verdadera gracia. La gracia de las gracias, oh cristianos, hermanos míos, es haber sido llamados singularmente a este espíritu de fe, que os debe conducir tanto interior como exteriormente: es una gracia aquella que se cubre de todas las artimañas del enemigo. Él puede insinuarse en todos los demás y transfigurarse en un Ángel de vuestra luz; pero sólo puede encontrar entrada en un alma que camina por fe.  San Pedro nuevamente nos asegura aquí que esta gracia, o este espíritu de fortaleza por el cual todos los cristianos deben actuar, es la verdadera gracia. La gracia de las gracias, oh cristianos, hermanos míos, es haber sido llamados singularmente a este espíritu de fe, que os debe conducir tanto interior como exteriormente: es una gracia aquella que se cubre de todas las artimañas del enemigo. Él puede insinuarse en todos los demás y transfigurarse en un Ángel de vuestra luz; pero sólo puede encontrar entrada en un alma que camina por fe. Oh, vosotros de los cristianos que estáis bastante contentos de ser introducidos allí, permaneced allí, permaneced firmes allí; y considérate más afortunado de tener este tesoro que si poseyeras todo lo que el mundo valora tanto. Todos los que participan de este espíritu tienen entre sí una unión muy singular y una correspondencia recíproca.

## FIN DE LA I ESPÍSTOLA DE SAN PEDRO

**----------------------------------------**

# II ESPÍSTOLA DE SAN PEDRO

## CAPÍTULO I

*V. 1. Simón Pedro, Siervo y Apóstol de Jesucristo, a los que, como nosotros, han recibido el precioso y honroso don de la fe por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo:*

*V. 2. Os sea dada la plenitud de la gracia y de la paz por el conocimiento de Dios y de Jesucristo nuestro Señor.*

San Pedro comienza de nuevo esta segunda epístola hablando del don de la fe, que no es sólo, como he dicho, la fe común a todos los cristianos, que no se pierde como hábito, aunque se pierde la caridad por el pecado mortal; pero también aquella fe que obra el espíritu interior de la fe, que es tan viva como fuerte es la caridad, y que no puede subsistir en un alma sin caridad; en cuanto se pierde la gracia, esta hermosa luz se apaga poco a poco, y se pierde del todo, si la caridad no la reaviva prontamente con su fuego. Es este don precioso, por el cual contemplamos a Dios en esta vida, y que finalmente nos une a él. San Pedro llama a este don, precioso: honroso: su precio es inestimable: es honroso porque nos saca de la condición de esclavos para hacernos hijos de Dios: Es por medio de la fe que somos hechos hijos adoptivos de Dios a través de Jesucristo. Ahora bien, este don tan precioso no se concede a nuestros méritos: oh no, cristianos, hermanos míos, nunca podréis hacer nada que os lo merezca: sino que habiendo sido adquirido por Jesucristo nuestro Salvador, nos es dado a nosotros. por la justicia de Dios, que da al dárnosla, esta justicia a la sangre de su Hijo que la mereció por nosotros. Pero aunque Jesucristo lo mereció para todos, así como la gracia; sólo la da a los que se la piden, y que se le entregan sin reservas, para que les haga lo que les ha merecido.

*V. 3. Cómo su divino poder nos enriquece con todas las gracias que se relacionan con la vida y la piedad, haciéndonos conocer a aquel que nos llamó por su propia gloria y por su propia virtud.*

Sólo la fe puede darnos el conocimiento de Dios y de Jesucristo: todo otro conocimiento es engañoso. Todo lo que creemos saber de Dios y de Jesucristo por la profundidad de nuestros razonamientos sólo sirve para ocultárnoslo el día anterior: la vista de nuestra razón se deslumbra de tal modo que tomamos la verdad por mentira; como si viéramos a una persona aferrándose fuertemente a mirar al Sol, para penetrar y descubrir más lo que es en sí mismo, lejos de descubrir algo por una mirada obstinada, los ojos se deslumbran y

quedan finalmente cegados de tal manera, que no pueden descubrir nada de él, y que si luego quieren considerar otros objetos, no pueden; o si todavía puede, los ve con un color particular con que sus ojos han sido afectados; hecho, que si juzgan por las especies que les quedaron, dan al Sol un color rojo, verde, amarillo, que no tiene. Usamos el mismo cuando queremos conocer a Dios a través de los ojos de nuestra razón. Pero la fe no es así: cree a Dios todo lo que es y todo lo que puede ser, y conoce en él todo lo que hace. Por eso, sin dar color ni forma a este Ser Supremo, y a este poder infinito, se contenta con hundirse en él, y sentir sus efectos, sin querer examinarlos: siente que su calor vivificante y purificador va poco a poco consumiendo en ella todas sus impurezas: hace que sea él quien haga todo eso: lo que le basta, sin pensarlo en la forma en que lo hace.

Sigamos con esta comparación del Sol. Dios nos ha dado esta hermosa estrella como para representar sus operaciones divinas en el alma por las operaciones que el Sol realiza en la tierra. Combate ante todo los obstáculos que le impiden trabajar en la tierra: estos obstáculos hacen el Frío y la humedad; calienta lo frío y diluye lo húmedo, o lo condensa y lo purifica. Pero para superarlo, ¿cómo lo hace? Atrae hacia sí los vapores de la tierra; y parece que atrayéndolos quiere oscurecerse. Dios lo hace así; atrae hacia sí nuestra alma, por así decirlo, como un vapor: parece entonces que se oscurece por esta atracción, descubriéndola menos perceptiblemente el alma: pero ¿qué hace? Es porque va separando poco a poco, como el Sol, lo grosero, lo impuro, lo material, lo terrenal; y apartando esto, o consumiéndolo en su calor purificador, purifica, enrarece y clarifica el resto, para que este resto tome la impresión y el calor que le plazca dar. La tierra, en cambio, estando así separada de las cualidades opuestas al Sol, entonces trabaja en ella, y hace las mayores riquezas en sus entrañas: se complace en expresarse en oro: es entonces que el conocimiento se da de la virtud y poder del Sol más que por todas las miradas y razonamientos. Dios por medio de la fe de la misma manera. Esta fe oscurece primero el alma, y la cubre de nubes: pero como el Sol nunca tiene más fuerza en la región superior que cuando alguna nube parece cubrirlo a nuestros ojos, Dios no obra nunca con más fuerza en la suprema porción de nuestra mente que cuando nos parece más escondida de nosotros mismos. Dios en este tiempo por medio y favor de la fe purifica poco a poco el alma de sus impurezas; hace la separación de lo que es bueno y lo que es de él, de lo que está mezclado con lo terrenal; y esta purificación ocurriría repentinamente, o por lo menos muy rápidamente, si el sujeto fuera lo suficientemente fuerte para llevarla, o si no enviara nuevos vapores, y no pusiera nuevos obstáculos, que es necesario vencer antes de trabajar en el trabajo. . Si tenemos la desgracia de poner obstáculos toda nuestra vida, toda nuestra vida se gastará combatiéndolos, sin que jamás nos purifiquemos: pero si nos abandonamos a Dios sin reservas, dejándolo hacer en nosotros y por nosotros lo que le plazca, este abandono se hace sólo por la fe y una gran fe hace un gran abandono, Dios no sólo quita entonces y prontamente estos obstáculos con su calor vivificante y con su virtud

poderosa y eficaz; pero además purifica lo que es impuro y confuso. El lenguaje, enriquece esta alma, y le imprime sus propias características. Esto, en pocas palabras, es la economía de la gracia.

Ahora bien, aquel en quien los caracteres de la Divinidad están impresos por un efecto del poder divino, ¿no ha dado más conocimiento, y un conocimiento más sólido y verdadero, que el de Dios, que puede adquirir por su razón? Concluyamos que el razonamiento nos deslumbra y ciega sobre lo que queremos saber de Dios, y que un razonamiento más largo produce mayor ceguera; mientras que la fe dándonos la experiencia y la ofrenda de Dios, haciéndonos experimentar los efectos de la grandeza, de su poder de vernos y de su bondad, nos da el conocimiento más sólido que podemos tener en esta vida. A Dios se le cree en esta vida, y se le ve en la otra; y porque en la otra vida la vista será sin mezcla de razonamiento, y por una inteligencia muy simple y una aplicación de Dios aun al sujeto que lo verá en su propia luz y por su propia luz; lo mismo en esta vida, no se puede conocer a Dios por la vista multiplicada de la razón, sino por la fe, que uniendo el alma a Dios en la sencillez y unidad necesarias para la conformidad que debe obrar la unión, Dios se aplica entonces al sujeto al cual quiere darse a conocer.

La fe, pues, se la da a conocer al alma por la posesión de este mismo objeto; y cegando los ojos de la razón, pone el alma en la verdad. Es entonces que ella ((a) Salmo 35 v. 10)) ve la luz en la luz misma, pero con vista y conocimiento de experiencia y no de claridad y luz: de manera que el alma apuesta por la experiencia de su unión en la verdad, tiene el conocimiento más perfecto de Dios que se puede tener en esta vida, y que tiene la reserva de verlo claramente, nada más se puede hacer, empero, cada uno según su grado; de modo que a esta alma le parece que ya no tiene fe, tanto han llegado las verdades a la experiencia perfecta: le parece que ya no tiene esperanza, tan verdadera es la posesión y real, como la de una Esposa que tuvo en sus brazos en una noche muy oscura a su Esposo, a quien no habría visto antes: sin embargo, no podía dudar de que era él, las bondades que le muestra y las prendas de su amor dándole marcas bastante fuertes. Esta alma pierde entonces, al parecer, toda fe y toda esperanza en la posesión de aquel a quien ama: sin embargo, le queda una fe y una esperanza: Fe, porque no viéndolo, aunque lo posee, le cree que es él, le cree, digo, y no 'puede dudarlo: ella también espera que, llegado el día, vea al que ama, al que posee, que tanto bien le hace, y que le da tan fuertes pruebas de su amor. Hasta que llegue el día, podemos decir que cree y que espera, aunque disfruta. Lo mismo ocurre con el alma que posee a su Dios por unión esencial. Ella está en el goce de su objeto, que parece terminar en perfecta castidad toda fe y toda esperanza: sin embargo, todavía cree, porque no ve claramente; & ella también espera verlo; pero el día eterno de gloria no se levanta antes por una muerte que bien puede llamarse vida verdadera, que ella primero ve a aquel a quien posee: porque el alma

habiendo llegado a la unión esencial, no tiene más o muy poco purgatorio que padecer. ; porque no es el cielo el que exige pureza de alma, sino el Dios del cielo, como se dice, que (a) los cielos no son puros en su presencia. El alma, habiendo llegado a la unión esencial e inmediata, no tiene más purgatorio que pasar: porque se supone que ha pasado todos los purgatorios que no son sino para quitar los obstáculos y los intermedios que impiden esta unión. No sucede lo mismo con las otras uniones mediatas, por más sublimes que parezcan, y por más llamativas que sean infinitamente más que la unión de que estoy hablando: sólo exigen una pureza común; porque son flujos de gracia y dones de la Divinidad en las potencias, que no requieren más que una purificación superficial y más grosera: pero esta unión inmediata requiere una desapropiación entera y perfecta, que supone una total purificación.  Por eso no hay más para esta alma que la bienaventurada visión, donde verá lo que posee, y lo poseerá de una manera mucho más perfecta, y nunca más podrá perderlo. (a) Job 15 v. 15

Todas estas ventajas nos son comunicadas únicamente por el poder y la gloria de Jesucristo, que nos las mereció y nos las hizo obtener.

*V. 4. Por lo cual nos ha dado las cosas más grandes y preciosas que había prometido, para haceros partícipes de la naturaleza divina, con tal que huyáis de la corrupción lujuriosa del mundo.*

Si estamos llamados a grandes cosas, como es muy claro, no debemos creer que quien nos da el fin deje de darnos los medios adecuados para gozar y poseer ese mismo fin. Por eso San Pedro nos asegura que no sólo Jesucristo ha merecido tan estrecha unión con nosotros, sino que además nos ha dado aquellas cosas preciosas y grandísimas que nos había prometido. Él nos da todos los medios necesarios para lograr nuestro fin. Este fin no es otro que el de participar de la naturaleza divina. Esta participación se perfecciona por la unión inmediata, donde Dios, no contento con unirnos a él de manera muy íntima, nos cambia y nos transforma en él: que es nuestro fin último, y la participación entera de la naturaleza divina. La comparación de un pan que será tocado por un Rey me parece bastante adecuada: si sólo es tocado, no está en su fin; este Rey debe comerlo, y por digestión cambiarlo en su naturaleza. Lo mismo ocurre con nuestra alma: Dios nos toca; y esta es la primera unión: luego nos absorbe en sí mismo; y esta es la unión esencial e inmediata: luego nos transforma en sí mismo; es la transformación y la participación perfecta de la Divinidad.

Pero Dios nos da todos los medios necesarios para lograr nuestro fin, haciéndonos crecer y dar fruto al igual que los sangrados. Después de eso nos cosecha para sí mismo; luego

nos muele bajo el molino de las aflicciones, y con un grano basto nos da una harina muy pura: después de eso, parece ensuciar esta harina tan pura para hacer una pasta gruesa. Todas estas operaciones se experimentan en el alma. Dios sólo hace esta pasta de este tipo para purificarla en su horno y cocerla en el fuego de su caridad: tan pronto como está cocida de esta manera, Él la come, por así decir; luego lo digiere y lo hace pasar a través de él. ¡Oh maravillas de la gracia, qué admirable sois! Un alma a quien se da la luz, las encuentra expresadas de manera encantadora en las cosas más naturales: ve que no hay nada tan simple en la naturaleza que no exprese al alma la conducta que Dios tuvo y tiene en ella. : lo ve pintado en las flores, impreso en las plantas, representado en los animales, finalmente en todas las cosas y por todas las cosas. Todo lo que Dios nos pide para concedernos tan gran bien es que huyamos de las concupiscencias del mundo y de la corrupción del pecado. Evitemos este mal, que nos es fácil de evitar con la gracia; y nos será comunicado bienes inestimables.

*V. 5. Por lo tanto, usa tu cuidado para añadir a la fe; la virtud; a la virtud, la ciencia;*

*V. 6. A la ciencia, abstinencia; a 'abstinencia', paciencia;*

*a la paciencia, piedad;*

*V. 7. A la piedad, amor a vuestros hermanos; el amor hacia los hermanos, la caridad.*

*V. 8. Porque si estas virtudes se hallan en vosotros, harán que el conocimiento que tengáis de nuestro Señor Jesucristo no sea estéril e infructuoso:*

*V. 9. Mientras que el que carece de ella es ciego; él tienta y busca el camino, y no recuerda más que ha sido limpiado de sus pecados.*

Es admirable el orden que San Pedro pone en la adquisición de las virtudes. Estas virtudes tienen un vínculo tan fuerte entre sí que ninguna de ellas puede faltar sin destruir gradualmente a todas las demás. Después de mostrar cómo el que nos llamó a tan noble fin, nos dio los medios necesarios para lograrlo, y nos enseñó que sólo hay una cosa que hacer por nosotros, que es evitar la corrupción de la época, él enumera las virtudes que se adquieren abandonando la corrupción del mundo; porque el que se aparta del mal, insensiblemente se dedica al bien; así como quien deja el bien cae infaliblemente en el mal; pero ambos vienen por grados: como el hombre no llega repentinamente a la malicia completa; además, ¿no llega en un instante a la perfección consumada? Hay grados para adquirir las virtudes. De poco serviría tener una fe muerta, sin obras y sin caridad. Hay que añadir a la fe que nos hace cristianos e hijos de Dios, a esta fe que recibimos en el

bautismo, hay que añadirle, digo, la práctica de todas las virtudes. No se menciona aquí la fe que opera en el interior; porque esta fe es la corona y la perfección de todas las virtudes: es esta fe, el fruto del Espíritu Santo, que nunca está sin la caridad, que es diferente de la fe, una virtud teologal o vulgar, que puede ser y a menudo encuentra él mismo sin caridad; mientras que esta fe, don de Dios que obra en el interior, va acompañada de virtudes, aunque estas virtudes no siempre son conocidas por el alma.

La fe de la que habla san Pedro, que debe ir acompañada y sostenida por las virtudes, es la del bautismo. El que siendo bautizado quiere vivir como cristiano, o el penitente que siendo convertido quiere vivir en los compromisos de su bautismo, debe añadir las virtudes a la fe. Es poco creer, las obras son contrarias a la fe que se profesa. San Pedro todavía quiere que unamos la ciencia a la virtud. Esto es muy necesario para los sacerdotes: la ignorancia de lo que creer o hacer conduce fácilmente al error. A la ciencia hay que añadir la abstinencia: la privación de todos los placeres se llama abstinencia, y la abstinencia no consiste sólo en privarse de ciertas carnes: La abstinencia más necesaria para los eruditos es la de la vana curiosidad, que es piedra de tropiezo y escollo de todo erudito: por querer esclarecer las cosas que se les pasan, en lugar de aferrarse a la fe, pasan de un error a otro. La abstinencia debe ser apoyada por la paciencia. ¡Dios mío, qué necesario es este consejo! Hay gentes que, hinchadas y acaloradas de fuerte abstinencia, creen que les es lícito ejercitar la bilis, y hacer sentir a todos los efectos del mal genio, causado por la sangre encendida. Hubiera sido mejor tener menos abstinencia y más dulzura de mente. Algunos pueden soportar un ayuno de tres días, que no pueden tolerar una palabra picante. Pero para que no creamos que la paciencia que pide San Pedro es la paciencia de un filósofo, y una flema de los estoicos, añade, que la piedad debe ir unida a la paciencia. Pero como hay muchas personas que esconden bajo una apariencia de piedad hacia Dios un odio envenenado contra su prójimo, y que, haciendo a Dios el sacrificio de una devoción sensible y completamente natural, querrían con todas sus ridiculeces sacrificar a su hermano para su venganza , San Pedro quiere que el amor al prójimo esté unido a la piedad, y de otro modo, no hay verdadera piedad: & Como, según San Pablo, todas las virtudes son nada sin la caridad, hay que añadir a toda la caridad, que es la alma, la vida y las coronas en otras virtudes.

Cuando estas virtudes se encuentran en un alma, muestran que uno no está apegado a la mera especulación, sino a una práctica sólida; y que vuestro conocimiento de Jesucristo no es estéril e infructuoso; pero que produzca el verdadero efecto que debe producir, que es el amor: porque estimar a nuestro Jesucristo sin amarlo es hacerse más criminal. No se puede amarlo sin trabajar con todas las fuerzas para complacerlo haciendo toda su voluntad.

El que carece de estas virtudes es ciego, aunque se crea bien ilustrado; y sólo puede recorrer la mitad de un camino que siempre ha oscurecido a fuerza de querer aclararlo; se convierte al fin en un alejamiento tan prodigioso de la verdad, que cae en los más enormes y vergonzosos crímenes antes de que llegue la locura de haber sido lavado de sus pecados en las aguas del bautismo, degenerando así la calidad de cristiano.

*V. 10. Pero vosotros, hermanos míos, cuidaos mucho de ofrecer vuestra vocación y vuestra elección con las buenas palabras: porque si lo hacéis, no pecaréis nunca:*

*V. 11. Y por este medio se os abrirá una puerta espaciosa para entrar en el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.*

Hay cristianos que ponen la confianza de su salvación en el solo nombre que llevan, y que se persuaden de que, por tener la fe común de la Iglesia en lo que se refiere a los dogmas, pueden desestimarse en toda clase de delitos, y contravenir por sus obras la fe que profesan de boca. Es a este tipo de personas a las que se dirige San Pedro. No somos santos para ser bautizados, si no hacemos aquello a lo que nos compromete el bautismo. Por tanto, debemos asegurar nuestra vocación por una vida conforme a la fe que practicamos. ¿Y qué pensaría uno de un hombre que se llama a sí mismo siervo de un rey y que, sin embargo, usa la entrega de su enemigo y hace uso de las armas de este enemigo para luchar contra el rey? ¿No haríamos bien en decirle, como a Santiago, muestra tu fe por tus obras; y mostrar con tus acciones la verdad de tus palabras?

Quien une las obras a la fe y a la caridad, no peca; porque hace todo lo que Dios quiere de él: & Jesucristo, que dijo que el que dijere: Señor, Señor, no entraría en el reino de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de su Padre, abre una puerta espaciosa para el que lo hace, para entrar en el reino eterno de nuestro Señor. ¿Qué es esta puerta espaciosa? es Jesucristo mismo quien se hace a sí mismo el camino y el Guía de aquel que anda en este camino. ¿Y adónde los lleva? en el reino más interno. Esto marca que nadie será introducido en el sótano sagrado, en el reino del Esposo, si antes no ha tratado con todas sus fuerzas de practicar las virtudes: y si no ha trabajado para adquirirlas y practicándolas durante mucho tiempo y si se llama interior, digo que es un interior fingido, y no un interior verdadero.

*V. 12. Por tanto, no dejaré de advertiros de estas cosas, aunque ya sabéis la verdad de ellas.*

*V. 13. Porque me parece que mientras aún estoy en la tienda de este cuerpo, os despertaré por mis advertencias;*

*V. 14. Estando seguro de que pronto debo dejar esta tienda, como me lo ha hecho saber nuestro Señor Jesucristo.*

*V. 15. Mas yo cuidaré que después de mi muerte os acordéis de estas cosas muchas veces.*

Como San Pedro sabía que era el punto principal de la vida cristiana unir las obras con la fe, para que nuestras obras no nos den apoyo, disminuyendo nuestra confianza; ni que la grandeza de nuestra confianza no nos haga una falsa presunción que descuide las buenas obras; esto es lo que hace que este gran Santo muestre tanto delirio como sus ovejas, de las que él era Pastor General, siendo Pastor de los mismos Pastores, estuvieran perfectamente instruidas en estas verdades. Por no poder por una gracia muy particular armonizar estas dos cosas, se comete una infinidad de faltas; lo cual causa tanto despojo: y las miserias que acontecen a las almas durante todo el camino interior, sólo son causadas por la ignorancia de estos principios. Esto es también lo que hizo que San Pablo dijera que era necesario (a) usar el mundo como si no lo usara, actuar como si no actuara. Todavía hay personas que no usan la fe y la confianza que se debe tener en Dios, no quieren trabajar para asegurar su salvación por las buenas obras: esta fe no es buena, y da una falsa presunción. Otros, por el contrario, ponen toda la confianza de su salvación en las obras que hacen, y esto con tanto apego que si fallaran en alguna de sus prácticas, dudarían de su salvación; como si Dios no hubiera despertado o tenido el poder de salvarlos sin estas cosas. Por eso muchas veces Dios les pone en la impotencia para hacerlas, para hacerles perder el excesivo apoyo que tenían en estas cosas, y para hacerles entrar en una verdadera confianza en Dios, y desconfiar de Dios en todo lo que hacen. Todas nuestras obras están tan llenas de amor propio que podemos llamarlas obras combustibles, que sólo serán apropiadas después de terribles períodos de purgatorio. Esto es lo que hizo decir al Profeta, viendo en el mundo tan poca pureza de virtud, (b) no hay quien haga el bien: no hay ninguno; porque el Profeta tampoco considera las obras de propiedad. (a) 1 Corintios 7 v. 31; (b) Salmo 13 v. 3 ¿No dijo San Pablo también lo mismo, (a) Todos buscan su propio interés? Difícilmente hay alguien que no ponga toda la confianza de su salvación en ciertas obras que están tan estropeadas y corrompidas por el amor propio que tienen poco o ningún valor ante Dios. No es tal acción, que parece buena en sí misma, la que santifica: si lo fuera, ¿cómo los habrían santificado las obras ostentosas de los fariseos y de los hipócritas? (a) Filipenses 2 v. 21

Las obras que santifican son buenas obras. ¿Cuáles son estas buenas obras? Son: todas las acciones hechas puramente por amor de Dios, y que tienen a Dios por objeto y por fin. De esto podemos ver que la acción más indiferente realizada por este principio es mejor que una acción que parece mejor en sí misma, pero que no tiene más que la ostentación o el interés propio por su fin: por lo que es fácil sacar de esto en favor de la interioridad una conclusión que hace ver a todos que es una necesidad indispensable hacerse interior; que siendo santificado el principio de todas nuestras acciones, todas nuestras acciones sean puras; mientras que si el corazón está dañado, por muy buenas que parezcan las acciones en el exterior, son viciosas en el fondo y no pueden ser admitidas. Nadie debe, pues, confundirse por el brillo exterior de una acción, sino por el principio más o menos perfecto que la hace obrar. Si no fuera así, se podría decir que hay paganos que han hecho más obras heroicas que los cristianos. Pero como se podría objetar que no conocían a Dios, es necesario usar ejemplos más adecuados. ¿Quién duda de tocar la Sta. Virgen y San José, que no se les veía hacer ninguna acción extraordinaria fuera, que llevaban una vida oculta y muy común, que sólo trabajaban con sus manos para ganarse la vida, quien duda, digo yo, de que estas acciones, tan simples y ordinarias, de estas almas santas, ¿no eran infinitamente mejores que todas las grandes obras exteriores, tales como los ayunos, las limosnas y las oraciones de los fariseos? Esto muestra que la obra no toma prestado su valor de lo que es exteriormente grande; sino de la caridad fundamental que la anima, según estas palabras de san Pablo. (a) Cuando entregaría mi cuerpo a las llamas, cuando entregaría todos mis bienes a los pobres, etc., si no tengo caridad, nada soy, hablando de este principio vivificante que da precio y valor a todas las cosas. Sin embargo, S. Pablo habla aquí de las obras más grandes que se pueden hacer: lo que nos enseña, que donde hay más amor y caridad, es donde las obras son más excelentes. Porque cualquiera que sea, basta para hacer meritoria una obra tener una chispa de este fuego sagrado, y estar simplemente en gracia; sin embargo donde hay más caridad y amor es donde la acción tiene más valor y mérito. Ahora bien, no puede haber una caridad muy eminente si no hay un interior profundo.

La CARIDAD perfecta depende pues del interior, Y EL INTERIOR de la caridad; y el que, sin tener interior, se persuade de que sus obras están hechas con gran caridad, se equivoca grandemente. Se hacen en caridad, lo confieso, haciéndose en gracia; pero para la eminencia y la fuerza de la caridad, sólo pueden provenir de una fuerte unión con Dios, que obra sólo en el interior.

*V. 16. Porque no es siguiendo fábulas ingeniosamente inventadas que os hemos dado a conocer el poder y el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo: sino que es después de eso que nos debemos su grandeza con nuestros propios ojos.*

*V. 17. Porque cuando recibió de su Padre el honor la gloria, esta voz se hizo fuerte con una nube maravillosamente luminosa: Este es mi hijo amadísimo, en quien sólo me deleito; Escúchalo a él;*

*V. 18. Y nosotros mismos oímos esa voz del cielo, cuando estábamos con el Señor en el monte santo.*

Estas son las verdades fundamentales de nuestra Religión, que nos anuncian el poder de Jesucristo y sus divinas operaciones en las almas, así como su advenimiento en los corazones: y todo el tiempo, casi todos los que no han experimentado tan grande Bien, ven esto como ensoñaciones formadas en cabezas vacías, y no pueden convencerse de una verdad que su orgullo les impide experimentar; al mismo tiempo que les persuade de que saben todas las cosas: Sin embargo, San Pedro da testimonio de lo que ha oído, que Jesucristo es el Hijo amadísimo en quien Dios toma todos sus placeres, y que solo puede tomarlo dentro él mismo. Escúchalo, añade; porque como es mi palabra, y la expresión de todo mí mismo, sólo por ella y escuchándola podéis poseerme: así como yo me expreso enteramente en mi Palabra, así también me explico enteramente por mi Palabra. Así que escúchalo. Escuchar a este Hijo amado es lo que forma el interior: porque como su Padre lo produce y habla en un solo acto, si tal expresión se permite; & que esta producción o discurso es la expresión de todo en sí mismo; así cuando esta Palabra divina habla en nosotros, se expresa allí y, por así decirlo, se reproduce allí, por su palabra. Por eso usó la palabra para producirse a sí mismo en la Eucaristía, para señalar que era el único medio que elegía para comunicarse. También Dios habiendo hecho todo por su Palabra en la creación del mundo, se dice, que habló, y que todo fue hecho. Tan pronto como habla y lo escuchamos, todo está hecho.

Pero, se dirá, si es así, ¿por qué no se hace primero todo lo que él dice en nosotros; y ¿cómo es que desde su primera palabra no somos todos perfectos, como lo eran el cielo, la tierra, las plantas, los animales? La razón de esto, cristiano, hermano mío, es que Dios habló entonces sobre la nada, que no le opuso resistencia: la nada no podía rechazar ni aceptar la palabra; pero el cristiano, que es libre, se niega a escuchar, y no cede primero a esta palabra adorable, que hace que su obra sea tan larga de hacer. Dame un alma perfectamente aniquilada, y en un momento será perfecta; porque al mismo tiempo estará completamente llena del mismo Dios. Las operaciones que Dios hace en el alma, que son tan largas, tan duras, tan tediosas y tan insoportables para la naturaleza, sólo sirven para reducir al hombre a un estado de aniquilamiento, de modo que se vuelve

como una pura capacidad de recibir, sin poner levantar cualquier resistencia. El hombre, tan pronto como ha llegado a esta aniquilación perfecta, tiene en sí mismo la plenitud de la Divinidad y, por consiguiente, entra en el estado de verdadera perfección. Jesucristo fue aniquilado perfectamente, pero con un aniquilamiento inexplicable e inimitable: por eso se unió hipostáticamente al Verbo. María, después de Jesús, fue completamente aniquilada, más de lo que lo será jamás ninguna criatura: en efecto, dice ella, que en la Encarnación del Verbo en ella Dios miró su nada: y no hubiera querido mirar más su nada, que esta mirada hizo que Jesucristo se encarnara en ella, estando entonces en la consumación de la nada, que-hace-ser la plenitud de toda gracia, como le dijo el Ángel.

*V. 19. Pero tenemos la palabra de los profetas, que es más firme, a la cual hacéis bien en aferraros, siendo como una lámpara que alumbra en un lugar oscuro, hasta que raya el día, y hasta que el lucero de la mañana sale en vuestros corazones.*

*V. 20. Porque habéis aprendido de antemano que la profecía de la Escritura no se oye según la interpretación particular;*

*V. 21. Ya que no fue por la voluntad de los hombres que en el tiempo pasado fue traída la profecía; sino que fue por la inspiración del Espíritu Santo que los santos hombres de Dios hablaron.*

San Pedro muestra aquí lo bueno que es aferrarse a las profecías y a las palabras del Antiguo Testamento y de los Profetas. Dice admirablemente bien que son como una lámpara que os alumbra durante la noche: pero Jesucristo, la luz eterna, apenas ha resucitado, esta lámpara ya no tiene luz. Las palabras de los Santos Profetas y todo lo que contiene el Antiguo Testamento no dejan de tener una claridad admirable; pero no una claridad particular: toda su claridad está en Jesucristo. Además, es algo digno de admiración ver cómo el Nuevo Testamento explica el Antiguo tan claramente, que parece que no hay luz excepto en el primero. Jesucristo contiene ambos; y es solamente en Jesucristo que uno puede tener una comprensión perfecta de uno y otro.

Pero, como dice muy bien S. Pedro, no es una inteligencia particular que cada uno pueda dar a las palabras de los Profetas; porque quien creyese oírlo así, estaría en error: pero es a la luz general de la Iglesia en Jesucristo y en el Evangelio que se descubre claramente lo que se expresa en el Antiguo Testamento, que parece ser sólo el argumento de lo Nuevo, y lo Nuevo para ser sólo una compilación y un atajo de lo Antiguo. Por eso Jesucristo, estando en la tierra, se complacía en explicar su Evangelio y sus misterios interpretando las palabras del Antiguo Testamento. Así la luz interior, luz de la verdad, nos hace descubrir en el Antiguo Testamento un Evangelio admirable, que no tiene un pantano

particular; pero el sentido propio es el espíritu del Evangelio, de modo que la explicación de uno y otro resulta ser la misma cosa; y sería difícil encontrar otro espíritu que el que se difunde por todas partes en ambos Testamentos. Si lo examinamos sin parcialidad en la explicación que se ha hecho de él, veremos que en todas partes es el mismo; se descubrirá en todas partes el mismo espíritu, aunque bajo expresiones tan diferentes; y estoy seguro que este Espíritu se hallará esparcido por muchos lugares en las obras de los Santos iluminados. Este Espíritu, no siendo otro que el Espíritu de la Iglesia, no puede ser auxiliado en las Escrituras ni en los Santos, por los cuales el mismo Espíritu Santo, que es explicado hoy por su Iglesia, es explicado en todos estos lugares: y es esta relación admirable, y este mismo Espíritu encerrado en todas las cosas, que embelesa a un alma que tiene la dicha de descubrirla, y que lleva en lo más profundo este testimonio interior de que el S. Espíritu restituye a los suyos la filiación divina, como san Pablo explica! Oh hermanos míos, por favor, el único Espíritu que Dios encuentra tanto en la Iglesia como en las Escrituras, esta división y esta interpretación particular que ustedes dan en ellas, es suficiente para convencerlos de error.

**--------------------------------------------------**

# CAPÍTULO II

*V. 1. Sin embargo, ha habido falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros (que introducirán perniciosas herejías; que, renunciando al Señor que los redimió, acarrearán sobre sí mismos una rápida condenación.*

*V. 2. Incluso tendrán muchos seguidores de sus fornicaciones, que harán que los impíos pronuncien blasfemias contra el camino de la verdad.*

Todas las personas que desean tener un espíritu particular, y que por ello se apartan del espíritu general de la Iglesia, son sospechosas de error. Sin embargo, debo decir aquí, que las personas interiores son injustamente acusadas de tener un espíritu particular: son así calumniadas, para que desconfíen de las personas simples e ignorantes. Hemos visto, sin embargo, hasta ahora cómo el Espíritu interior no es otro que el Espíritu de la Iglesia, y que las personas más interiores son las que están más inviolablemente unidas a la Iglesia: que este Espíritu es el de Jesucristo, de el Evangelio, de los Patriarcas, de los Profetas, y de los Apóstoles, aun el de los Padres de la Iglesia, aunque mi sexo no me permite leerlos y citarlos, no teniendo ni talento ni ciencia. Espero, sin embargo, que Dios dé el tiempo y la voluntad a algún sabio para hacer saber que estos son los sentimientos de los Padres de la Iglesia. Por lo demás, está claramente probado en tantos derechos que no puede haber duda de ello: pero lo que más muestra la generalidad de este Espíritu, es que dondequiera en el mundo hay personas interiores, sin haberse visto jamás, sin habiendo sido instruidos

por cualquiera, hablan el mismo idioma, y dan testimonio de haber experimentado en el fondo de sus almas casi las mismas cosas; de modo que si estas personas escriben desde las cuatro partes del mundo, sus obras serían conformes, no obstante la diferente manera de expresarse propia de cada uno. Todos significarían lo mismo; y sería el mismo Espíritu y el mismo sentido, porque todos son enseñados por el mismo Maestro, habiendo escuchado todos al Señor que hablaba en ellos, según la promesa que les había hecho: (a) Todos seréis enseñados por el Señor. Pero para estar informado de ello, uno debe escucharlo. Muy al contrario, los libros de personas que no son interiores, se contradicen continuamente, y se ve en cada libro el espíritu particular de quien lo compuso: pero si uno se toma la molestia de leer las obras de personas interiores en cualquier idioma que están escritos, se descubre en ellos el mismo Espíritu difundido por todas partes. B. Juan de la Cruz, Sta. Teresa, en España; tanta gente interior, en Italia, en Francia, en Alemania, en Flandes, todos han escrito lo mismo. Este es el verdadero carácter del Espíritu de Dios que se derramó sobre los Apóstoles con la venida del Espíritu Santo: en una lengua se hicieron oír en todas las lenguas, de modo que los pueblos que los oían hablar se regocijaban al oírlos, lloraron; (a) ¿No son éstos los hebreos de Galilea? sin embargo los oímos hablar cada uno: nuestra lengua, Partos y Elamitas, Medos y finalmente todos los de todas las regiones más remotas de la tierra. Del mismo modo, el idioma del interior se encontró conforme en todo respecto, aunque escrito en tantos idiomas diferentes; porque es el mismo Espíritu que es todo en todos. Por lo tanto, la marca del Espíritu de Dios es esta generalidad, y la del Espíritu de error es la parcialidad. Oh, si mirásemos las cosas sin prejuicios, qué fácil sería notar esta generalidad del Espíritu interior en todas las cosas y aunque los Padres y los Santos han escrito muchas cosas que no miran al interior, porque se han visto obligados escribir en cada siglo según las necesidades más apremiantes de la Iglesia; es cierto, sin embargo, que en los lugares donde han tratado de estas cosas, todos son uniformes, y han escrito en sustancia sólo las mismas cosas, que la bondad divina hace ahora escribir más detalladamente. (a) Hechos 2 v. 7

V. 3. Con avaricia y con palabras engañosas traficarán en vuestras almas: Pero la condenación de estos engañadores hace tiempo que está resuelta, o no tardará en suceder; y el que debe destruirlos no se duerme.

V. 4. Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los ató con las cadenas del infierno, donde los arrojó, entregándolos a tortura, y reservándolos para el día del juicio.

V. 5. Si tampoco perdonó al mundo antiguo, sino que salvó solo a siete personas con Noé, heraldo de justicia, cuando envió el diluvio sobre el mundo de los impíos.

La avaricia sigue siendo una de las características de la herejía: porque aunque los herejes finjan no estar interesados, es cierto, sin embargo, que extraen en secreto de todas las manos y se enriquecen con su error: Desprecian los bienes en apariencia; y no dejéis de amasar mucho. Pero, ¿qué podría ser más desinteresado que el ESPÍRITU INTERIOR? Se estima todo como barro con tal de pertenecer a Jesucristo: en la pobreza misma se enriquece a todos, así como el desafiante San Pablo (a) de uno mismo. El que está dispuesto a dejarse a sí mismo está lejos de apegarse al dinero y a cualquier cosa desde dentro. (a) 2 Corintios 6 v. 10

La otra marca de error es que después de haber florecido en algunos siglos, lo ves repentinamente destruido. ¿No ha sobrevivido siempre el interior entre los más grandes Santos en: todos los lugares del mundo? ¿Y qué es el Santo que no ha sido interior? ¿En qué siglo no se ha escrito desde dentro? Jesucristo comenzó a predicarlo: (a) El Reino de Dios, dijo, está dentro de ti. ¿No nos enseñó a orar y adorar al Padre en espíritu y en verdad? ¿Son más que interiores el sermón de las ocho bienaventuranzas y el de la Última Cena? ¿Qué hay más interior que el Padre? ¿No hizo Jesucristo: alabanza interior al hablar de Magdalena, de mí y después de él, de los Apóstoles, sobre todo de San Pablo? ¿Puede haber algo más místico que las cartas de este Apóstol, y de San Dionisio, su discípulo, después de él? Es lo mismo en todos los siglos de la Iglesia. Si buscáramos con cuidado, encontraríamos libros llenos del Espíritu interior; y vemos que todavía florece hoy. (a) Lucas 17 v. 21

¿Qué había hecho el rey a tantos santos solitarios, enterrados vivos en los sepulcros y escondidos en las cuevas, si no hubieran estado en el interior? ¿Cómo se verían privados de la conversación de todas las criaturas, si no hubieran disfrutado de la conversación de Dios en su interior? Diremos a eso; que no vemos en las Vidas de los Santos que están escritos este espíritu interior. Hay dos clases de Vidas de los Santos: Las que los Santos mismos escribieron de sí mismos, y estas son todas interiores. Para los de los Santos que otros han escrito, no lo hacen ordinariamente, a no ser que no sean escritos por Directores; porque los demás sólo pueden escribir de los Santos lo que nosotros sabemos de ellos, que hacen virtudes externas, que son el conocimiento y el alcance de cada uno; pero conocer el principio interior que los hace obrar, eso está reservado sólo a Dios, ya aquellos a quienes le plazca manifestarlo, o por sí mismo, o por lo que hace decir a sus santos. Por lo tanto, el interior siempre ha sido y nunca será destruido. Así que no es una novedad, así que no es un error. Si lo hubiera sido, sería destruido, como el resto de errores.

*V. 6. Si redujo a cenizas las ciudades de Sodoma y Gomorra, condenándolas a ser quemadas, haciéndolas servir de ejemplo a los que vivían en la impiedad;*

*V. 7. Y si por el contrario libró al justo Lot de la opresión de aquellos impíos, que lo insultaban con su vida abominable;*

*V. 8. Porque él otorgó sus ojos y oídos a la justicia, aunque habitó entre esa gente que atormentaba su alma justa cada día con sus hechos criminales.*

*V. 9. De esto se deduce que el Señor sabe bien cómo quitar de la tentación a los que le temen, y que bien hace reservar a los pecadores para el día del juicio para ser castigados.*

Las personas privadas de interiores son pecadores, aun en la soledad y en los lugares más retirados; y los interiores son justos y santos en medio de la abominación. Así, aunque los santos son perseguidos por los malvados con quienes se mezclan, el final de cada uno es muy diferente. Los malvados tienen un final desastroso; pero los justos se levantan cada vez más como la palma, y aunque son oprimidos de tanto su vida, su fin es siempre santo y glorioso; mientras que otras que florecen en el tiempo siempre acaban muy mal: Dios saca de la tentación a los que le temen, y no permite que sean tentados más allá de sus fuerzas; pero él salva al impío para el día de su furor.

*V. 10. Principalmente los que siguen desafíos impuros; de la carne, que desprecian la dominación, que son audaces y apegados a sus sentidos, que hablan de los demás con execración, sin temor a introducir nuevas Sectas Doctrinas.*

*V. 11. Mientras que los ángeles, aunque superan con creces a este pueblo en fuerza y poder, no se juzgan unos contra otros con palabras de maldición.*

El carácter de los Innovadores es calumnioso. Para asegurar su partido, ¿con qué impiedad e impunidad desgarran la reputación de quienes se les oponen? No se contentan con las palabras execrables que el odio les hace inventar contra sus hermanos; pero los destrozan con sus libelos, con sus escritos sangrientos. Las personas interiores, estos Ángeles de la tierra, hacen todo lo contrario. Sufren todas las calumnias que se inventan contra ellos, no sólo sin repeler insulto con insulto; pero incluso sin quejarse, aunque muchas veces les resultaba muy fácil hacerlo. Además, ni siquiera juzgan a las personas que los tratan así; pero contentándose con sufrir con paciencia, dejan a Dios el juicio de todas las cosas. No veremos gente interior usando su pluma para escribir invectivas sangrientas contra aquellos que los han ofendido: si Dios quiere que escriban, usen su pluma para dar a conocer que aman a Dios tanto como pueden, y no para alabarlo sin piedad, destrozando

a sus hermanos. Siempre debemos tener como sospechosa una doctrina apoyada en la calumnia, y acreditada en la murmuración que se levanta sobre los escombros de nuestro prójimo: porque donde no hay caridad, no puede haber verdad.

*V. 12. Pero los animales sin razón, a quienes la naturaleza ha hecho morir y ser presa de otros, profiriendo con horror blasfemias contra lo que ignoran, perecerán en su corrupción, o recibirán la recompensa de su injusticia.*

*V. 13. Les gusta pasar el día en voluptuosidad; no son más que inmundicia e impureza; se abandonan a los placeres; se exceden hasta en las fiestas que hacen contigo*.

Cuántos hay de estos mundanos, libertinos y sensuales, que profieren blasfemias contra el camino de la verdad que ignoran; y haciendo pasar por abominables a los verdaderos Siervos de Dios, ¿se atreven a condenar, en el mismo tiempo de su libertinaje y de su libertinaje, la vida santa que llevan? La mayoría de los Innovadores han entrado en el libertinaje y el desorden de la vida, aunque a menudo han fingido una austeridad exterior, deseando, decían, reparar la disciplina de la Iglesia, que había sido arruinada por la laxitud que uno había introducido allí; & queriendo afectar una regulación externa, han alterado la pureza de la fe; como si uno no pudiera reparar un exterior suelto sin corromper la propia fe para sustentar la propia vida. ¿Y qué pureza puede tener la moral que brota de una fe corrupta?  También su afectada austeridad no pudo sostenerse por mucho tiempo, ya que lo hicieron sólo para encubrir su sensualidad y cometer el crimen con impunidad. ¿Qué ha sido de la reforma de Calvino? ¿No son sus hijos más disolutos que los demás? Quería establecer una regla externa arruinando la fe. ¿Qué es este reglamento? Es desterrar la abstinencia y el celibato de la Iglesia: como si hubiera más perfección en comer siempre carne que en abstenerse de ella; o estar casado, que vivir en continencia. La continencia y el matrimonio son santos: comer carne, como S. Pablo, en alabar a Dios cuando la Iglesia no nos lo prohíbe, es algo bueno; y no comerlo por mortificación y obediencia es aún mejor. ¿Por qué elegir uno con exclusión del otro? La Iglesia abraza todo lo que es bueno y no excluye nada: estima la abstinencia, no prohíbe el mero uso de las carnes. Aunque desea que algunos de sus hijos, para llevar una vida más perfecta, observen las reglas, donde se abstienen de comer carne toda la vida; si es, sin embargo, que como Madre buena y discreta, no lo ordena a todos, sino en ciertos momentos destinados a la oración: sin embargo, exime fácilmente a los débiles y enfermos.

Los innovadores se exceden siempre en algo, y no tienen ese justo discernimiento y esa moderación que sólo se encuentra en la Iglesia, y en los que son guiados por su Espíritu. ¿No hemos visto la extrema discreción de los santos Fundadores de las Órdenes más

austeras como San Benito? ¡Qué caridad por los enfermos, a pesar de la austeridad de su vida! Ha habido Santos que han tenido tanta condescendencia por los débiles, que han comido carne con ellos para darles seguridad, y para sostenerlos, para que la coman en sus enfermedades, lo que estos mismos Santos no comieron, incluso cuando estaban muy enfermos. También San Pedro dice que los herejes se detienen en sus sentidos. ¿Qué mayor terquedad creerse más hábil que la Iglesia para hacer reglas y leyes? y ¿cuál es la piedad que comienza con la rebelión y la desobediencia?

*V. 14. Sus ojos están llenos de continuo adulterio y pecado; atraen almas ligeras con carnadas; su corazón está practicado en la avaricia; son hijos de maldiciones.*

*V. 15. Se han desviado del camino recto; se descarriaron siguiendo el camino de Balaam hijo de Bosor, el cual amó el pago de su iniquidad,*

*V. 16. Y quien fue levantado de nuevo de su desorden por un animal mudo, al que se le hizo llevar el yugo, el cual hablando: 'una voz humana reprimió la insensatez de este profeta.*

Los ojos y el corazón conciben y dan a luz el pecado, aun cuando no pueda cometerse de otra manera; y estas personas, cuyos corazones están privados de la gracia, tienen sus almas llenas de lujuria y deseos descontrolados. Intentan sorprender a los simples, ganándolos con sus artificios. Las convierten en adúlteras como ellas, prostituyéndolas al Diablo. Su corazón está lleno de venas varicosas; y como la mano a menudo pretende rechazar el dinero, su corazón lo devora. Finalmente, se han desviado por completo del camino recto, que es el camino de la equidad, para tomar el camino de la falsedad. Maldicen por dinero a los que Dios bendice; y aunque las fieras y los animales, inanimados aun por la sumisión que tienen a su Creador, los reprendan de su rebelión, ellos no se rinden por eso. No hay criatura que no predique al hombre la sumisión y la dependencia del Ser Soberano: no excederían en un punto todos sus deseos. Sólo el hombre ingrato no obedece a su Dios.

*V. 17. Son fuentes de agua, nubes agitadas por torbellinos, a las que está reservada la oscuridad de las tinieblas.*

*V. 18. Porque con discursos llenos de soberbia y de necedad, atraen con deseos carnales e impuros a los que se alejan un poco de las personas que viven en el error.*

Los herejes y los innovadores son muy bien llamados fuentes de agua: porque, atrayendo a sí las almas con el pretexto de saciar su sed, y sin tener misión ni gracia, no pueden dar a

los demás lo que no tienen. También verás que los escritos y las palabras de estas personas están en el espíritu de vida. Después de haberlos escuchado y leído, sólo dejan un alma enfadada y alterada. Es cierto que halagan el oído con una elocuencia afectada, y que no teniendo la sencillez de la verdad, ocultan sus locas mentiras con palabras estudiadas que quitan el ánimo a los curiosos: pero ¡ay! ¡Qué vacíos están sus corazones después de eso! porque atraen las almas hacia ellos y para ellos, y nunca las conducen a Jesucristo, fuente viva, manantial inagotable, que apaga para siempre la sed del alma, como dice la mujer samaritana. Hay que desconfiar mucho de esta gente que divierte la curiosidad con discursos de afectada elocuencia. Esta ha sido siempre la forma de actuar de los herejes, como dice San Agustín de Fausto Maniqueo. La verdad no tiene nada que ver con todos estos ajustes: cuanto más simple y desnudo es, más eficacia tiene. También debemos cuidar que todas estas personas nunca lleven almas a Jesucristo; pero afectan un comportamiento singular, y mantienen las almas encadenadas, de modo que siempre se las necesita.

Son nubes agitadas por torbellinos, que nunca tienen nada fijo en su luz, aunque son obstinados en sus sentimientos: sin embargo, no ves solidez ni uniformidad en lo que dicen, excepto en ciertos puntos de error en los que todos están de acuerdo para combatir la verdad: pero en lo demás, todos tienen sentimientos particulares. Tan pronto como caemos en el error, vamos de desvío en desvío. Además, esta gente nunca tiene la paz perfecta: todos están turbados en sus mentes: la tranquilidad nunca se ve en su rostro; porque no está en sus corazones. Tienen una serenidad afectada, y una flema estoica, que no tiene nada de esa paz que Jesucristo produce en las almas. También tienen sólo oscuridad en la mente, y algo oscuro en el corazón, aunque fingen hacer parecer lo contrario. Atraen por la sensualidad a los que ya habían evitado la mentira y el error; y aquellos a quienes la ilusión del error no pudo ganar, se dejan sorprender por las ilusiones de la codicia; porque después de haberlos deslumbrado con palabras vanas y engañosas, que una estudiada elocuencia les hace parecer reales, los encantan con falsas atracciones y engañosos placeres:

*V. 19. Prometiéndoles libertad, aunque ellos mismos son esclavos de la corrupción: porque el que es vencido es esclavo del que lo ha vencido.*

*V. 20. Que si después de haberse apartado de las corrupciones del mundo por el conocimiento de Jesucristo nuestro Señor y Salvador, se dejan vencer por volver a entrar en él, su último estado es peor que el primero.*

*V. 21. Más les hubiera valido no haber conocido el camino de la justicia, que volverse atrás después de haberlo conocido, y renunciar a la santa ley que les había sido dada.*

*V. 22. Pero les sucedió lo que suele decir un proverbio verdadero: El perro vuelve a lo que había vomitado; o los cerdos después de ser lavados, se sumergen de nuevo en el fango.*

Las personas que se han entregado a Dios suelen ser alejadas de él por aquellos que aman "el placer y la voluptuosidad, que no pueden comprender los inocentes deleites que se encuentran con Dios, y que imaginan que quien vive apartado del mundo para entregarse a la soledad, estar en vergüenza y en esclavitud, reprocharles y decirles que deben gozar de la libertad, y comprometerlos poco a poco en su esclavitud. ¿No ven estos necios que nadie puede ser libre si no es hijo de Dios, adoptado por Jesucristo? Si, (a), dice Jesucristo, el Hijo os hace libres, seréis verdaderamente libres. Para ser verdaderamente libre, hay que pertenecer a Jesucristo: pero el que pertenece al Diablo ya la voluptuosidad, se hace esclavo de los esclavos: pues ¿cómo podría dar libertad el que es esclavo? Es imposible. El que nunca ha conocido a nuestro Señor Jesucristo, parecería excusable por seguir el mundo y la corrupción de la carne en la que fue criado; dejarlo, y que después de haber salido de la corrupción del mundo viene a retomarlo, el último estado de este pueblo es mil veces peor que el primero. Jesucristo mismo lo dice hablando del Diablo; que **(a)** cuando vuelve de nuevo al alma, se vuelve peor de lo que era antes. (a) Juan 8 v. 36; **(a)** Mateo 12 v. 45

La razón es bastante clara: porque (como he dicho en otra parte) se vuelve inconvertible; él porque ella ya no puede ser tocada por nada: y la dulzura de la gracia que atrae y convierte al pecador, ya no tiene dulzura para los tales, porque la han despreciado: todo lo que podemos decirles ya no tiene ningún efecto en sus mentes; porque ya han sido golpeados con los mismos golpes: finalmente, se vuelven casi inconvertibles, porque sus faltas son mucho más maliciosas: haber conocido el camino de la justicia, haber caminado en sus senderos, y haberlo abandonado es cosa terrible. Mejor sería que nunca lo hubieran sabido: porque su ignorancia los disculpa, y lo que se les dijera de estos caminos admirables y de estos caminos divinos los arrebataría y los encantaría: pero ahora, todo lo que se les puede decir, no tiene efecto. Sabemos, dicen, todo esto. Esto es lo que hace que los religiosos malvados, que han sido educados en la piedad, y que han degenerado de ella por la malicia, hagan peor que los más libertinos. No hay términos medios para un Ángel: si deja de ser un Ángel, debe convertirse en un Demonio. Es, como añade San Pedro: como el perro, que recupera lo que ha vomitado; y que luego ya no lo rechaza: & como el cerdo, que nunca deja de ser malo; porque tan pronto como se lava, vuelve a sumergirse en el lodazal: por lo que estas bestias nunca fueron destinadas para el sacrificio, y nunca serán aptas para él.

**-------------------------------------**

# CAPÍTULO III

*V. I. Mis muy queridos hermanos, les escribo esta segunda carta para despertar sus almas debilitadas por mis advertencias.*

*V. 2. Y para recordaros las palabras de los santos Profetas de los que os he hablado; y de los preceptos que habéis recibido de nosotros, que somos vuestros Apóstoles de nuestro Señor y Salvador.*

*V. 3. Sabed, pues, primero, que en los últimos diez días vendrán impostores, valiéndose de la burla, que vivirán según sus pasiones particulares.*

*V. 4. ¿Y quién dirá: ¿dónde está lo que se nos prometió en la venida de Jesucristo?*

*V. 5. Porque fingirán no saber que los cielos fueron hechos desde el principio por la palabra de Dios, etc.*

PEDRO, como verdadero Apóstol, Padre y Pastor de las almas, les instruye, no sólo de las cosas pasadas, del presente y de la relación que tienen entre sí, sino también de las venideras, para que esto les sirva de condón en la suite. Creo que ya ha llegado el tiempo del que habla S. Pedro; (pero me atrevo a esperar que pronto se acabe), que ha venido, digo, en una cantidad de gente que profesa el deísmo, y hasta el ateísmo, en medio del cristianismo, afectando a tantos que ignoran todo lo que pueda convencerlos de la verdad de Dios, y de la Religión Cristiana. No quieren creer ni que Jesucristo vino a la tierra, ni su venida en las almas, como tampoco su segunda venida al fin del mundo. Se burlan impunemente de todas las verdades, hacen pasar la religión por una farsa, y creen por esta falsa persuasión que se entregan a sí mismos, y que tratan de inspirar a los demás, que no hay Dios ni Religión. Para tener la libertad de cometer todos los delitos posibles, engreídos de su impunidad, involucran a todos los que los conocen en la vida más desordenada que jamás haya existido, y arrastran con ellos en sus excesos a todos los que encuentran, haciéndose como muchos compañeros de esclavitud para la eternidad, como hacen de sus orgías. Creo que estos libertinos y estos ateos del siglo están bien representados en el Apocalipsis por este infeliz Dragón que arrastraba con su cola la tercera parte de las estrellas; porque creo que la tercera parte de los cristianos que están unidos al cielo de la Iglesia, son arrastrados a esta maldita corrupción.

*V. 7. Ahora los cielos y la tierra ahora son guardados por la misma palabra, y están reservados para ser quemados con fuego en el día del juicio y la ruina de los hombres impíos.*

*V. 8. Pero sepan lo que les voy a decir, mis amados hermanos, que ante el Señor un día es como mil años, o que mil años son como un día.*

*V. 9. El Señor no demora el efecto de su promesa, como algunos imaginan; pero espera pacientemente por nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan a él mediante la penitencia.*

La misma Palabra por la cual todo fue hecho, y sin la cual nada fue hecho, aún guarda y conserva todo lo que fue hecho por él; pero si lo guarda por un efecto de su amor, para que todos hagan penitencia, los que desprecian su bondad y su paciencia, y, como dice San Pablo, su larga espera, experimentarán los efectos más terribles de su ira. Esto es lo que hace decir a este gran Apóstol: hermanos míos, no despreciéis las riquezas de la paciencia de Dios: porque aquellos que son lo suficientemente desgraciados e ingratos para despreciarla, y no usarla, cambian estos tesoros de paciencia y misericordia en tesoros de ira y enfado.

Hay personas que se quejan de que Dios no ejecuta a su favor el efecto de sus promesas; porque son tan ciegos, que creen que Dios se comporta y habla como el hombre; y que, cuando dijo pronto, debe ser tan pronto como su mente los persuada: pero no ven que, como dice San Pedro, un día delante de Dios es como mil años, y mil años como un día: que el mañana de Dios es a menudo varios siglos. Sin embargo, la mayoría de las almas buenas a las que nuestro Señor ha hecho alguna promesa, creyendo que la verán llegar en el tiempo que ellos mismos se imaginaban, y al no verla llegar, se quejan, desconfían de Dios, lo abandonan todo. Como ya he escrito en otra parte sobre esto, no lo repetiré. Aunque el día del juicio fue predicado por los Apóstoles como muy cercano, es cierto que estará muy lejos del tiempo de su predicación, si miramos los tiempos en nuestro camino; pero si los vemos en Dios, ese día está cerca. Dios lo retrasa y lo pospone, para que todos nos convirtamos; y es cierto que no sucederá que no haya habido por algún tiempo una conversión de todo el Universo, que Jesucristo no haya tomado posesión de su imperio en todos los lugares del mundo, y que su Padre no haya desechado todos sus enemigos para que le sirvan de trampolín. Debe ser reconocido como Emperador de toda la tierra.

*V. 10. Ahora vendrá el día del Señor como suele venir el ladrón; y entonces los cielos pasarán con gran impetuosidad; el ardor del fuego derretirá los elementos; la tierra y las obras que contiene arderán.*

*V. II. Ya que entonces todas estas cosas serán consumidas, ¿qué debéis ser vosotros por la conducta de vuestra vida en santidad y piedad?*

Se presta poca atención a este lugar en la Epístola de San Pedro, que me parece admirable, sobre todo en la relación que pone entre el consumo de todas las cosas y la conducta de nuestra vida, en lo que se refiere a la santidad o piedad. Es cierto que no puede llegar a nosotros el día del Señor, ese día eterno de gloria, ese día que comienza en esta vida con la unión inmediata y esencial; no puede venir, digo, en nosotros, que no se destruya, disuelva y derrita todo en el alma, tanto lo terrenal y material en los elementos, como lo fluido, sutil y espiritual. Pero ¿cómo creéis vosotros, hermanos míos, que tiene lugar la disolución de todas estas cosas? Es que tan pronto como aparece el Señor, incluso antes de que Él aparezca, todo se dispone poco a poco a la difusión: pero Él mismo debe aparecer para disolver todas las cosas y hacer que todo se desvanezca. Es el efecto de la PRESENCIA DE DIOS, no en dones o flujos de luz, sino en sí misma.

Hay muchos pasajes en las Escrituras que apoyan lo que estoy diciendo aquí. Diré algunos. David dice, (a) los montes se correrán delante de la faz del Señor, el Dios del Sinaí: este término, se correrán, marca que hay por la presencia de la Majestad una disolución. Otro pasaje dice, (b) los cielos no son puros en su presencia; y esta impureza de los cielos los lleva a huir delante de él. ¿No hay en el Apocalipsis que ellos (c) se inclinan ante él como un libro, para señalar la prontitud de su vuelo? Ahora digo que se hará (d) delante del rostro del Señor, porque saldrá de su boca un fuego que (dice la Escritura) devorará o consumirá todas las cosas, y las purificará al mismo tiempo. El fuego material que devorará y consumirá todo lo que habrá sobre la tierra, es sólo la figura de este fuego que sale de la boca de Dios, que es como un río de fuego que él envía delante de él para purificar todas vuestras cosas. Es esta luz la que condujo a la escritura de que el Señor era un fuego consumidor. (a) Salmo 67 v. 9; (b) Job 15 v. 15; (c) Apóc. 6 v. 14; (d) Salmo 96 v. 5 ; (e) Deut. 4 v. 24, Hebreos 12 v. 29

San Pedro lo expresa muy bien, y luego hace una comparación de lo que debe sucederle al hombre en la vida piadosa y santa que debe llevar. Es necesario que antes de que llegue el día del Señor, el día de las bodas del cordero, debe ver ante sí el fuego de la boca, que es su justicia divina, para consumir, devorar, derretir, disolver y purificar en el al mismo tiempo todo lo que hay que purificar en el hombre: lo cual no antes se hace, que el mismo Señor se aparece. Todo lo que ha sucedido antes de este tiempo está bien hecho por el Señor; pero no es el día del Señor. Los otros días van acompañados de noches, y muchas veces allí la noche supera al día, como vemos en cierto modo: no son éstos el día eternamente duradero, un día donde ya no hay noche, un día tan feliz que continuo, y que ya no se ve interrumpido por ninguna vicisitud.

*V. 12. Esperando con anhelo ver el día del Señor; al cual las llamas disolverán los cielos, donde el ardor del fuego derretirá los elementos.*

*V. 13. Pero esperamos, según las promesas, cielos nuevos y tierra nueva en los cuales habite la justicia.*

Este día del Señor debe operar por sí mismo. Mientras esperamos que lo haga, debemos abandonarnos mucho a él, soportando nuestras propias miserias y nuestras debilidades, como él mismo las soporta con el exceso de su caridad. Este día tan anhelado, al dar gloria a mi Dios, traerá la felicidad continua y duradera de su pobre criaturita; porque ese día hundirá a todos los seres en el Ser Único y Soberano.

Pero la justicia divina con su fuego despiadado y cruel, tan pronto como haya reducido todo a la nada, se harán nuevos cielos y una nueva tierra, donde sólo habitará la justicia y la paz. No debemos creer que Dios se complace en destruir las obras de sus manos: no, las destruye así sólo para purificarlas radicalmente. Tan pronto como son purificados, son renovados, (a) como dice en Apocalipsis. He escrito tanto acerca de esta operación destructiva de la justicia divina, de su necesidad, de la manera perpetua en que produjo esta destrucción, de la renovación de vida que sigue, que parece inútil repetirlo. Sin embargo, como hay pocos pasajes tan claros como este, me ha parecido bien señalar al lector que cuando se ha escrito desde el estado de aniquilación, desde el modo en que opera, y desde la renovación del alma, no se han escrito ideas piadosas, sino verdades sólidas de nuestra religión. (a) Apocalipsis 21 v. 1

Por lo tanto, es necesario ser completamente aniquilado antes de ser renovado. Es cierto que un alma perfectamente aniquilada, y perfectamente purificada por su aniquilación, es morada de paz y de justicia, ya que es morada de Dios, uniéndose a él inmediatamente. ¡Oh, si uno pudiera descubrir lo que sucede en las profundidades de una persona así, aunque bastante común en el exterior, uno estaría encantado! ¡La paz inalterable que allí habita! una serenidad continua! justicia exacta! porque entonces el alma estando despojada de todo interés propio, incluso espiritual y eterno, Dios es su motivo y su fin. No niega tener nada para ella; pero ella deja todo a Dios. Si no estuviera completamente despojada, todo su cuidado sería deshacerse de todo lo que pudiera tener, para devolvérselo a Dios. Está en la desnudez de su origen. Permanece en perfecta justicia, que es desnudarse por completo. Dios estando allí solo, y poseyendo allí todo, será casi imposible que esta alma desee cosa alguna en el mundo, por santa y perfecta que sea; ella no puede querer ser perfecta o fiel; porque para ser eso hay que ser algo, y vestirse de algo. Esta alma, estando completamente desnuda, no puede querer nada: Dios es su santidad, su perfección, su fidelidad, no por ella, sino por él mismo, sin que ella vea que es así.

Hay objeciones a esto. ¿No alaba la Escritura a Daniel por ser (a) un hombre de deseos: y no está escrito que (b) los ángeles siempre decían? A esto respondo dos cosas: una, que hay tiempo en que es bueno desear, no habiendo llegado aún el alma a Dios: no puede volar sin alas; & lo que es la perfección de un estado, es la imperfección de otro estado; porque es necesario trabajar en un tiempo, actuar y desear; pero que ya no es necesario hacerlo en otro, sino gozar en paz del fruto del propio trabajo. Esto es para aquellos a quienes Dios aún no ha conducido tan lejos: deben trabajar con todas sus fuerzas para perfeccionarse; y que no son fáciles de persuadir de haber llegado aquí. Este estado de goce y perfección es más raro de lo que se puede decir, por la infidelidad de las almas que no quieren entregarse a Dios. El descanso pasajero que disfrutan antes de ese tiempo no es lo que estoy diciendo. (a) Daniel 10 v. 11; (b)  1de Pedro 1 v. 12

No puedo abstenerme de hablar sobre esto cuando encuentro la ocasión; porque he visto el abuso de un número de personas que, habiendo probado un poco de descanso, creen que están en este estado. ¡Oh, que sea necesario en verdad! ¿Están destruidos? ¿Los hacen insensibles e inaccesibles a todo? Que se convenzan, pues, de que no han llegado a este grado, y trabajen con todas sus fuerzas para adquirir las virtudes. Cuando Dios quiera poner fin a su trabajo, hará que todo se les caiga de las manos sin que ellos lo piensen, como una persona cuyo fracaso hace que se le caiga de las manos lo que tenía en las manos. No depende de nosotros, descansar de esta obra, que Dios no la haga cesar. Hay mucha diferencia entre tirar lo que tienes en las manos, o dejarlo cuando falla.

No quiero hablar aquí del descanso en la oración, donde el alma guarda silencio para escuchar a Dios. Éste le agrada mucho; y a menudo debemos hacer que sea nuestro deber escucharlo. Hablo aquí del reposo en la adquisición de las virtudes y de la tendencia a la perfección. Yo digo, uno siempre debe tener esta tendencia hasta que el fracaso derrumbe todo. Para que me entiendan mejor, debo usar una comparación tomada de la tierra misma y de este pasaje. Los trabajadores aran la tierra y luego la dejan descansar. Esto es sólo un descanso de la acción. Luego hacen la cosecha: aquí hay un nuevo trabajo muy diferente al primero; luego comen sus frutos: este es un segundo descanso diferente del otro, y que se llama descanso de gozo y satisfacción. En el primer descanso el alma desea ver el fruto de su trabajo: en el último goza su fruto: pierde el deseo de tenerlo, pero goza el placer de su posesión. Este no es el último resto del que deseo hablar. Goza de los frutos de la tierra: y es la unión de las potencias, lo que ordinariamente se toma por último, porque tiene algún adormecimiento del deseo, y el goce de sus bienes. Sin embargo, como estos frutos son transitorios y no duran para siempre, apenas los hemos probado antes de desear otros nuevos; & la privación de éstos da lugar al deseo de adquirir otros; de manera que este estado no es permanente, y quien quisiera decir, no quiero arar la tierra, ni recoger sus frutos; porque cuando venga el día del Señor, no

tendremos necesidad de estas cosas; ¿No pasaría por extravagante? Por lo tanto, es necesario trabajar según el clima, arar, descansar, recolectar y comer. Quien siempre quisiera arar, o siempre quisiera comer, sería tan extravagante como quien no quisiera hacer ninguna de estas cosas. Todos estos descansos no son los últimos. El alma debe haber sido quemada, consumida, aniquilada por el fuego de la justicia interior, que, no habiendo dejado nada de esta criatura sin disolver, finalmente la hace entrar poco a poco en la novedad de vida, donde todo se renueva; porque el Señor mismo viene. Entonces ya no hay deseo; porque no hay nada más corruptible, y todo es del Señor.

En cuanto al artículo segundo, que es el deseo de los ángeles, que no sólo están en la consumación de esta vida, sino también en la consumación de la gloria; digo que como son espíritus puros, su huida o hundimiento en Dios no puede expresarse sino por el delirio; ya que lo que lleva el espíritu a alguna parte, se llama muy bien deseo. Los ángeles y los santos están en la plenitud de la gloria y en el goce perfecto: pero siendo infinito el objeto que disfrutan, no pueden comprenderlo completamente; de lo contrario serían Dios como él, y por eso no se dice que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo desean, porque se incluyen en toda la extensión de lo que son, no siendo sólo uno y el mismo Dios. Pero no siendo los Ángeles de la misma especie, su hundimiento en Dios, o una mayor comprensión, se llama deseo; porque no entienden recibiendo, sino estando ellos mismos más hundidos en Dios, este hundirse, o este robarse en Dios como siendo puras inteligencias, se llama, digo, deseo, como se llaman deseos los pasos de la mente. No ocurre lo mismo con el hombre, que tiene voluntad, y cuyo deseo pertenece a la voluntad y se atribuye al concupiscible. El deseo del hombre es tomado por una voluntad de tener. He aquí por qué el alma llegó a Dios, habiendo pasado allí sólo por la pérdida de toda voluntad, cualquiera que sea, ya no puede desear; porque el deseo es en él un acto de voluntad. No es lo mismo con el Ángel. Su deseo es un hundimiento de todo él mismo en Dios. El alma que llega aquí tiene esta suerte de deseos, hundiéndose cada vez más en el que la comprende, la ahoga y la absorbe. Por esta explicación se puede ver que estos pasajes de la Escritura no tienen nada contrario a esta doctrina.

*V. 14. Por tanto, amados míos, viviendo en espera de estas cosas, trabajad en paz; para que Jesucristo os encuentre puros y sin mancha:*

*V. 15. Y creed que la larga paciencia de que se sirve el Señor es para vuestro bien. Y esto también os ha escrito Pablo, nuestro querido hermano, según la sabiduría que le ha sido dada.*

San Pedro nos exhorta admirablemente a trabajar en paz mientras esperamos estas cosas. No hay un lugar aquí que no sea notable. Debemos esperar pacientemente, e incluso esperar ese fin consumado del que hemos hablado. No debemos esperarlo mientras permanecemos ociosos; pero mientras trabaja. Y para evitar los dos extremos a los que se suele dar, añade san Pedro: trabajad en paz. Hay dos tipos de 'personas que sobresalen en todas las cosas. Algunos son demasiado activos, y quieren trabajar con la ansiedad, sin decir nunca, quedémonos en reposo. Los otros, por el contrario, para evitar este inconveniente, no quieren hacer nada ni aun antes de que Dios opere en ellos. Por eso, para remediarlo, San Pedro quiere que esperemos en paz; aquí está la pasividad y la tranquilidad en la acción: pero quiere también que trabajemos en la misma paz, para fecundar por nuestra correspondencia la operación divina, según la necesidad donde estemos. Trabajar en paz y esperar debe ser toda la ocupación del alma que aún se posee a sí misma de la purificación radical y fundamental de la propiedad, que sólo Dios puede hacer.

San Pedro añade que es para nuestra salvación que Dios usa gran paciencia con nosotros. Es cierto que nuestra debilidad es excesiva, que si Dios no tuviera paciencia, nunca podríamos salvarnos, porque acumulamos infidelidad sobre infidelidad. Antes de que podamos acostumbrarnos a la operación de Dios, pasa un tiempo inconcebible: pero Dios, a fuerza de esperarnos, fortalecernos y purificarnos, nos hace aptos para sostener su operación.

S. Pedro advierte que S. Pablo escribió de estas cosas: y verdaderamente, escribió de lo más místico.

*V. 16. Lo que también hace en todas sus cartas donde habla de este mismo tema, en las cuales hay algunos lugares difíciles de oír, que las mentes ignorantes y alegres se desvían por el camino equivocado para su propia condenación, también como las otras escrituras.*

*V. 17. Vosotros, pues, hermanos míos, que estáis enterados de estas cosas, mirad, no sea que seáis llevados por el error de estos necios, y vengáis a caer del estado sólido en que estáis ahora establecidos.*

*V. 18. Más bien creed en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. ¡Gloria a Él ahora en el día de la eternidad!*

Es cierto que no hay una sola Epístola de San Pablo donde no se hable de los estados más interiores. & la más mística; sobre todo del estado de fe: pero por falta de entenderlos, se ha abusado de ellos, y se han usado para hacer herejías; que viene de confundir en lo que

dice San Pablo la fe común a los cristianos con la fe que es fruto del Espíritu Santo que obra en el interior, y que supone que el Espíritu Santo ya ha venido en un alma. Por eso, por falta de este discernimiento, muchos han concluido que la fe infundida en el bautismo es suficiente sin obras: lo cual no es cierto. S. Pablo mostró que la fe que obra en el interior, que, como dije, es fruto de la caridad y del Espíritu Santo, que nunca está sin ella, era más eficaz que todas las obras; para que no pongamos nuestra confianza en obras que no hacen nada sin la caridad. Pero no excluyó las obras; ya que hablando de una fe acompañada de caridad, la supone viva, y no privada de buenas obras; ya que es cierto que las obras no consisten en una u otra acción, sino en vivir en la caridad. Tantos santos anacoretas que no hicieron nada, como Magdalena, que descansó en Dios, hizo mucho; porque se dejan quemar por caridad. Y así uno debe convencerse de que en las Epístolas de S. Pablo, y aun en toda esta obra donde se habla de la fe, que se eleva por encima de las obras, se habla de esta fe que opera la oración, que es toda ardiente de caridad, y por consiguiente nunca vacía de obras o de aceite, ya que la caridad, no más que el fuego, nunca está ociosa, si no se le quitan los sujetos que la mantienen. Ahora podemos decir que la caridad es ella misma tanto el fuego como el aceite, ya que lleva su unción. Por lo tanto, no pretendemos de ninguna manera hablar de la fe en general y común a todos los que son bautizados. Por no hacer esta distinción, se abusa de todos los sentidos más vanidosos y divinos, y aun de los más claros: y en esto, o se equivoca, o se escandaliza: más los que, con espíritu recto y sincero, quieran esforzarse por poner a prueba las verdades que les son anunciadas, y por crecer poco a poco en el conocimiento y amor de nuestro Señor Jesucristo, no cometerán más estos errores.

**------------------------------------------**

# *I. EPÍSTOLA DE S. JUAN.*

## *Con Explicaciones y Reflexiones que miran a la vida interior.*

## CAPÍTULO I

*V. 1. Os proclamamos la palabra de vida, que era desde el principio, que hemos visto con nuestros ojos, que hemos contemplado, que hemos tocado con nuestras manos.*

*V. 2. Porque la vida se nos ha revelado; nosotros lo hemos visto, damos testimonio de ello, os anunciamos esta vida eterna que estaba en el Padre, y que se nos ha manifestado.*

EL estilo de S. Jean es en todas partes tan singular que uno lo reconoce a primera vista. Parece que como un águila siempre fuerte y vigorosa, sólo vuela para remontarse en el seno de la Divinidad. Parece que no puede hablar de lo que hay en la tierra: y para conformar tal lenguaje divino a las necesidades de las criaturas, no mira a estas criaturas, sino que las descubre todas en Dios; y sin dejar de mirar fijamente a su hermoso Sol, descubre todas las cosas en él. Es dentro de sí mismo, y sin salir de cerca del trono de Dios, que hace oír su voz de trueno, y como el trueno, se hace oír en la tierra sin salir de la nube que le rodea. Fue este privilegio reservado para él solo, lo que hizo que se le llamara (un) hijo del trueno. Mira, te ruego, cómo primero supera todas las cosas. Parece que no habla con nadie, y que él mismo no hace nada. Hace lo que es llamarse a sí mismo, ni a ninguna criatura: pero volándose primero al seno de Dios, como lo hizo cuando escribió su Evangelio, habla aquí sólo de esta palabra de vida, de la que habla en su *in principio erat Verbum, etc.* En el principio, dice en su Evangelio, era el Verbo. Él dice aquí: Hablamos esta palabra de vida, que era desde el principio. ¿Qué es esta palabra de vida, sino la Palabra que era en el principio? y como este Verbo se hizo hombre, y habitó entre nosotros, es allí, dice San Juan, que hemos visto esta palabra, que la hemos oído, y la hemos tocado con nuestras propias manos. Este Verbo, que vino a dar vida a los hombres, ¿no era él este esencial Verbo de vida, que viniendo a la tierra, se manifestó a los hombres, especialmente a sus discípulos, y entre sus discípulos a San Juan, que tuvo una comunicación de su vida tan íntima, que Jesucristo en la Última Cena fluyó en San Juan cuando estaba sobre su pecho e hizo pasar su corazón al suyo: por eso le dijo a la cruz a la Sta. Virgen: Mujer, aquí tienes a tu Hijo; porque ya no es Juan, - sino que soy yo quien he pasado a él: ya no vive, yo vivo en él por la comunicación que le di de mi vida. Por eso, oh mi querido Apóstol, sólo puedes hablar de vida y de palabra de vida. ¿Cómo podrías hablar de otra cosa, si verdaderamente la vida estaba en ti? Por tanto, es esta vida, pero la vida eterna, la que anuncias, una vida que no es otra que el mismo Jesucristo, una vida que estaba desde toda la eternidad en el Padre, que se manifestó bajo nosotros haciéndose hombre. Anunciar la palabra de Jesucristo es anunciar a Jesucristo; de modo que el que recibe la palabra, recibe a Jesucristo.

*V. 3. Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis asociados con nosotros, y nuestra sociedad sea con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.*

Hemos visto en varios lugares de esta obra que el alma en la que Jesucristo vive y reina, y que, estando muerta a toda vida propiamente dicha, ya no vive más que su propia vida, está por ello asociada al inefable intercambio de muy - Santísima Trinidad, oficio del que habla aquí San Juan. Ahora bien, esta sociedad es verdaderamente la comunión espiritual,

una comunión de espíritus, que ya no hace sino uno y el mismo Espíritu de Dios, de los Ángeles y de los Santos.

Ya que venimos aquí a esta sociedad o comunión espiritual, explicaré en pocas palabras qué es la Comunión Espiritual. La gente habla de ello de manera diferente; pero todo lo que se ha dicho de ella, por lo que puedo entender, es sólo una tendencia a la comunión espiritual. Algo se ha dicho al respecto en la explicación de esta petición del pater; Danos hoy el pan nuestro de cada día: pero creo que será útil hablar de ello más extensamente. Las personas que están todas en multiplicidad hacen consistir la comunión espiritual en actos, o en deseos de recibir espiritualmente a nuestro Señor Jesucristo, no pudiendo hacerlo corporalmente. Creen que no hay otra comunión espiritual que repetir muchas veces: Dios mío, te deseo. Esto es muy bueno, y es una práctica santa: pero no es comunión espiritual: estas son, si vienen del corazón, buenos deseos que la preparan, aunque sea remotamente: Pero para el Ordinario todo esto termina en palabras que se dicen por hábito. Otros, más ilustrados y más sencillos, no ponen en palabras, como los primeros, la comunión espiritual; sino en deseos sinceros y sinceros de recibir a Jesucristo; cuanto más ardiente y continuo este deseo, más creen estar en comunión espiritual. Estos últimos están más dispuestos que los que los preceden; pero no es todavía de la comunión espiritual de la que quiero hablar. Otros aún más simples creen que no hay comunión espiritual, porque la confían en algo distinto y visible, de lo cual ya no son capaces, y aunque estas personas se acercan muy fuertes en la comunión espiritual, y hasta entran en ella completamente al final, no siempre lo creen y no lo saben.

La comunión espiritual no es otra que la unión con nuestro Señor Jesucristo, quien, uniéndonos a él muy fuerte e íntimamente, nos pone en comunicación con su Espíritu y con su vida; y cuanto más perfecta es esta unión, más sublime y exaltada es la comunión. Esta comunión nos une a la Santísima Trinidad y nos introduce en su admirable asociación. Viniendo poco a poco a participar de su unidad, en esta unidad, tenemos verdaderamente comunión espiritual con Dios: porque la comunión con su Espíritu no es otra cosa que llegar a ser (a) el mismo espíritu con él. Así participamos con los Santos de la misma comunión espiritual, que nos hace a todos un mismo Espíritu en Dios; como la comunión de la Iglesia es ser uno y el mismo cuerpo con Jesucristo; y la comunión en la carne del Salvador nos une a él no sólo espiritualmente, sino también corporalmente. Muchos comulgan en la carne de Jesucristo que no participan de su Espíritu: pero sería una vergüenza que todos comulgaran en ella: sería entonces cuando estarían realmente dispuestos a la comunión del cuerpo y la sangre de Jesucristo: y me atrevo a decir que Jesús-Cristo nos da su cuerpo y su sangre sólo para hacernos comulgar con su Espíritu. ¿Cuántos hay que han comulgado en el cuerpo de Jesucristo, que lejos de ser santos lo

han profanado? No se puede comulgar con su Espíritu, como se ha dicho, que no se es santo. (a) 1 Corintios 6 v. 17

*V. 4. Estas cosas os escribimos, para que os regocijéis, o para que perfeccionéis vuestro gozo.*

*V. 5 Ahora lo que tenemos que decirle, y lo que os anunciamos, es que Dios es luz, y en él no hay tinieblas.*

El que es bastante feliz de haber llegado a esta comunión y sociedad divina con la Santísima Trinidad y todos los Santos, tanto en el cielo como en la tierra, está en perfecta alegría; porque si este gozo no depende de ningún accidente, sino que está esencialmente en Dios, no puede disminuir. Esto era lo que Jesucristo había prometido a sus Apóstoles, que nadie les privaría de su alegría. Cuando el gozo está sólo en Dios, nada puede arrebatarlo: Por eso dice san Juan, que escribe cosas tan sublimes sólo para que el gozo de los cristianos sea perfecto, viendo la felicidad a la que están llamados.

Agrega, que lo que tiene sí, y lo que anuncia es, que Dios es luz, y que no hay tinieblas en él. El alma que es lo suficientemente feliz de tener comunión con el espíritu de Jesucristo, tiene una ventaja; es que se establece en el día que comenzó por la eternidad, un día que terminará solo en el mediodía de la gloria: se establece entonces en la verdad, pero la verdad desnuda, que no está acompañada por las tinieblas del error y la ignorancia, Dios comunicándose a él sus admirables secretos. Además, esta luz del estado divino, o del alma llegada a Dios, es una luz que ya no varía: es siempre firme y constante: es una luz que disipa las tinieblas del pecado.

*V. 6. Si decimos que tenemos sociedad con él, y que andamos en tinieblas, mentimos y no seguimos la verdad.*

*V. 7. Pero si andamos en la luz, como él mismo es la luz, tenemos sociedad con él, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.*

El que dice estar en la verdad y tener comunión con Dios, y que sin embargo anda en las tinieblas del error y del pecado, que hace las obras de las tinieblas, la verdad no está en él. ¿Y cómo podríamos tener nuestras mentes llenas de la luz de la verdad, y andar afuera en mentiras y en pecado? Esto es imposible.

Pero si andamos en la luz, es decir, si nuestra vida es recta y pura, si seguimos el camino de la justicia, y si estamos verdaderamente unidos por dentro a Jesucristo, estamos en la luz, y es luego que entremos en sociedad con Dios, y en comunión espiritual. No es más bien que somos lavados y purificados en la sangre de Jesucristo de todas las manchas voluntarias, e incluso de las deformidades de la naturaleza propietaria, que es radicalmente purificada por la virtud de la sangre de Jesucristo.

*V. 8. Si decimos que estamos sin pecado, nos engañamos a nosotros mismos, la verdad no está en nosotros.*

El que dice no tener pecado es verdaderamente un mentiroso. Por nosotros mismos no somos más que pecado: en maldad fuimos concebidos, y en pecado vivimos. Cualquier cosa que podamos hacer por nosotros mismos es solo mala; y uno de los conocimientos experimentales que la luz de la verdad pone en el alma es hacerle sentir su propia miseria y corrupción. Así, lejos de que el alma apueste en la verdad diciéndola sin pecado, hace que no sea más que pecado. Sin embargo, es cierto que Jesucristo con su sangre los borra de tal manera que hasta se pierde la memoria de ellos: lo cual no hace creerse sin pecado; ya que hacemos que somos el pecado mismo: sin embargo, sentimos que la virtud de la sangre de Jesucristo lo ha lavado todo de tal manera, que tenemos dificultad para encontrar el lugar donde reside el pecado.  Pero antes de llegar a eso, oh Dios, ¿qué experiencia no tenemos de nuestro propio pecado, y cuánto tiempo nos mantiene Dios en el lodo antes de atraernos hacia sí mismo? El alma que está aquí se encuentra enteramente pura, sin ninguna pureza propia; toda lavada en la sangre del Cordero, sin que por ello deje de reconocer y confesar su culpa.

*V. 9. Que si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos y limpiarnos de toda injusticia.*

*V. 10. Si decimos que no hemos cometido pecado, le hacemos mentiroso, su palabra no está en nosotros.*

Dios, para purificarnos de nuestros pecados y de nuestras injusticias, no se contenta con convencernos de que somos pecadores: nos hace tocar el pecado y oler el barro, manteniéndonos en la experiencia real del estado de pecado, aunque no siempre por el pecado mismo. El alma siente su corrupción con tanta fuerza que si quisiera ignorarla, le sería del todo imposible. Dios lo usa así sólo para purificar el alma de tal manera en el futuro, que no sintiendo incluso en ella, por así decirlo, los restos del pecado, no es lo

suficientemente temerario como para atribuirse una gran pureza. Es entonces que el alma está tanto más obligada a su Dios, que habiendo experimentado una extrema miseria, de la cual creía no salir jamás, se encontró hundida en (a) un abismo de lodo, como dice David. , se ve de pronto liberada de él cuando menos lo piensa. Fue entonces cuando verdaderamente (b) se lavó con hisopo y se volvió blanca como la nieve. Es entonces cuando su pecado es borrado, como exigió Job (c) en el tiempo de su podredumbre. Es entonces cuando sus pecados, que le aparecían (d) rojos como la grana, se vuelven blancos como la nieve. Pero antes de llegar a eso, ¿cuánto sentimos y tocamos nuestro pecado? ¿Cuántos lo confiesan a gritos, como lo hizo David cuando dijo, que rugía como un león con el dolor y la experiencia de sus pecados, cuando estaba en este abismo de lodo del cual no podía escapar? por tanto, es la confesión y la experiencia del pecado las que dan lugar a esta justicia purificadora de borrar nuestros pecados. (a) Salmos 39 v. 3 ; (b) Salmos 50 v. 9 ; (c) Job 7 v 21 ; (d) Isaías 1 v. 18 ; (e) Salmos 37 v 9

Pero aunque tal alma así purificada ya no puede oler dentro de sí el mal olor del pecado, y pierde la memoria de él; si nunca puede decir que no ha pecado; pero su pecado entonces sirve como trofeo para las misericordias de Dios. Los que dicen que no han pecado están muy equivocados; y la confianza que tienen en su propia justicia es un pecado muy peligroso.

**---------------------------------------**

# CAPÍTULO II

*V. 1. Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis: Si alguna vez alguno pecare, tenemos por abogado ante el Padre Jesucristo, que es el justo.*

*V. 2. Él mismo es la propiciación por nuestros pecados; no solo por los nuestros, sino por los de todos.*

*V. 3. Y lo que nos muestra si le conocemos, es que guardamos sus mandamientos.*

COMO la gracia del cristianismo es una gracia de la niñez y de la inocencia, San Juan trata a los cristianos de niños y de niños pequeños. ¡Qué ardiente estaba este pretendiente con la caridad que había sacado; en el seno de su buen Maestro, trata a los cristianos que había engendrado para Jesucristo, con una ternura enteramente paternal; no sólo a éstos, sino a todos aquellos a quienes escribe. Les enseña cómo deben entrar en la verdadera pequeñez, porque es la disposición que Jesucristo desea en todos sus hijos, cuando les dice: (a) Si no os hacéis pequeños como niños, no entraréis en el Reino del cielo. Por lo tanto, les escribe estas cosas sublimes y edificantes como a sus amados hijos; no que

todos fueran capaces de una doctrina pura, sino que era para que no pecaran, y que la esperanza de alcanzar tan grandes bienes, les hiciera evitar el pecado. Sin embargo, les añade: Si por ser vuestra debilidad extrema, alguno pecare, que se consuele con un abogado, que es Jesucristo. ¡Oh, cuán fuerte y poderoso es este abogado! Todos los santos y maestros experimentados en la vida espiritual no quieren que nos desanimemos por las caídas; porque el desánimo mantiene al alma en cierta pusilanimidad, que quiere decir que no puede emprender nada por Dios. Nace el valor necesario para seguir el camino de la virtud, y para levantarnos cuantas veces caemos. Las personas que se desaniman de ordinario permanecen en su caída, y apenas pueden hacer ningún esfuerzo para salir de ella: pero el que ha caído se levanta rápidamente, seguro de que es una ayuda siempre presente, lleno de valor, redobla sus esfuerzos, el paso, sin detenerse un momento, y ve en la secuela que su caída le ha sido tan útil como desventajosa al fatigado. Jesucristo es el abogado y el mediador que constantemente nos reconcilia con su Padre. Damos a saber que lo reconocemos como tal, cuando obedecemos su voluntad y guardamos sus mandamientos. ¿Cómo podría uno conocerlo sin amarlo? & ¿Cómo amarlo si no hacemos lo que él quiere? ¿No dice él: (a) Si alguien me ama, guardará mis mandamientos. Porque ¿podríamos mostrarle el amor que le tenemos de otro modo que tratando de agradarle y cumpliendo todos sus deseos? El amor se conoce por la obediencia: guardemos sus mandamientos, y amémoslo: practiquemos hasta sus más perfectos consejos, y nuestro amor será más perfecto. (a) Mateo 18 v. 3

*V. 4 Cualquiera que finge conocerlo y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, la verdad no está en él.*

El que pretende conocer a Dios, y no lo ama, es verdaderamente un mentiroso: porque es imposible conocerlo sin amarlo; y la señal más segura del amor que se tiene a Dios es la fidelidad para obedecerle y hacer su voluntad. No se puede amar sin complacerlo delirantemente: no se puede complacer sin guardar sus preceptos y obedecer todos sus deseos: este es el testimonio del amor. Por tanto, quien pretende conocer a Dios por el esfuerzo de su especulación sin amarlo así, es un mentiroso: y como la caridad fiel, que es la compañera inseparable de la verdad, no está en él, la verdad no puede estar allí también.

*V. 5. Pero si alguno guarda su palabra, la caridad de Dios es verdaderamente perfecta en él: y esto es lo que nos hace saber que estamos en él.*

*V. 6. El que dice que permanece en él, debe vivir como él.*

Es imposible ver a una persona abandonada a todas las voluntades de Dios, siguiéndolas con la mayor exactitud, sin limitarse no sólo a los mandamientos, sino a abrazar los más perfectos consejos, y no ver que la caridad lo anima. La caridad no puede ser conocida por otros efectos que estos, pues los más vivos sentimientos de ardor pueden ser naturales, y generalmente lo son. Sólo la perfecta obediencia a la voluntad de Dios es la señal cierta de que uno está en la caridad. Pero, ¿cómo hará tal persona la voluntad de Dios y guardará su palabra, que nunca le escucha? Por lo tanto, debe escuchar la palabra; y que habiéndola escuchado, abre su corazón, para dejarse llenar y penetrar por ella: y estando su corazón lleno de esta palabra, en la medida en que la guarda dentro, la ejecuta fuera. La manera de hablar de San Juan es muy cercana a la de Jesucristo. Si le prestamos atención, veremos que las Epístolas de San Juan tienen algo particularmente relacionado con el estilo del Evangelio. Por eso dice, como su amado Maestro, (a) Si alguno guarda la palabra: La palabra guardar es sumamente expresiva, y no significa simplemente una simple ejecución de los preceptos fuera; sino tener el corazón lleno. Debemos escuchar la palabra, y escucharla en la oración; escuchándole, ábrele su corazón, para que sea penetrado y lleno de él; guárdalo dentro como su tesoro; y de dentro pasa al exterior. (a) Juan 14 v. 23

Estoy muy feliz de señalar aquí una cosa, que la voluntad de Dios nunca se cumple perfectamente en toda su extensión, ni para los mandamientos, ni para los consejos, a menos que nos dejemos penetrar y cumplir en esta misma palabra. Si uno no está lleno por dentro del espíritu y la palabra de Jesucristo, por mucho que se esfuerce por practicar todos los mandamientos y consejos por fuera, no lo conseguirá, al menos por mucho tiempo; porque uno no puede practicarlos sino haciéndose a sí mismo una extraña violencia. Pero el estado violento no puede durar mucho con la misma fuerza, si bien es cierto que al principio este estado violento es muy necesario, según lo que dice el mismo Jesucristo, que (b) el reino de Dios es para los violentos, que son ellos los que lo deleitan; que también se oye desde dentro, que necesita alguna violencia al principio, y aun por mucho tiempo: pero como una cosa violenta no puede subsistir por mucho tiempo, Jesucristo no deja de introducir en el reino interior a los que procuraban tenerlo por violencia Ahora digo que es solo en el reino INTERIOR que se hace la voluntad de Dios en la tierra, como la hacen los bienaventurados en el cielo.

Quien se violenta a sí mismo, ha merecido conocer en sí mismo el reino de Dios, escuchar allí su palabra, dejarse penetrar y llenar por ella, y quien la guarda en su corazón, queda tan lleno de ella que no puede obrar fuera sólo según lo que siente dentro: entonces hace la voluntad de Dios, observa fuera los preceptos y los consejos que guarda dentro, pero de una manera tan suave, tan fácil, tan cómoda, que parece que es muy natural: sin violentarse a sí mismo, y sin siquiera prestar atención a si se guardan o no sus preceptos:

no hay duda de ello; porque entonces se obra, como digo, según lo que se tiene en el corazón; y se llega a tal punto de caridad y de plenitud de la voluntad de Dios, que parece que no se podría hacer otra cosa que esta voluntad divina.

Y es por esta pérdida de toda voluntad, y por esta facilidad en hacer toda la voluntad de Dios, que verdaderamente sabemos que el alma ha llegado a Dios: porque entonces el alma ya no podría tener repugnancia alguna, por lo que sea que esté en el mundo que Dios quiera de ella. Hasta este momento no se puede decir que el alma ha llegado a Dios.

Porque él, añade San Juan, que dice que permanece en él, debe vivir como él. Pero la vida de Jesucristo, ¿qué es? ¿No dijo él cuando vino al mundo: (a) está escrito de mí en la cabecera del libro, que haré tu voluntad? digo, aquí estoy; es decir, aquí estoy encarnado para hacerlo. Por lo tanto pretendo vivir sólo para hacer la voluntad de Dios. ¿No les dijo después a sus discípulos que (b) su comida era hacer la voluntad de su Padre? Por lo tanto, la vida de Jesucristo ha sido siempre hacer la voluntad de Dios: así, si decimos que estamos en él, debemos vivir como él de la voluntad de Dios. (a) Hebreos 10 v. 7 ; (b) Juan 4 v. 34

*V. 7. Mis queridos hermanos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que recibisteis desde el principio. El mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído.*

*V. 8. Sin embargo, también es un mandamiento nuevo el que os escribo; y es verdad que es nuevo, tanto en sí mismo como en vuestro aspecto; porque las tinieblas han pasado, ya brilla la verdadera luz.*

El mandamiento de amar a Dios y hacer su voluntad no es un mandamiento nuevo, aunque se renueve constantemente. Es tan antiguo como el hombre: porque Dios, al hacer criaturas racionales, las ha hecho capaces de amar, creándolas. Ahora bien, si podían amar, debían necesariamente amar a aquel que, al crearlos, les había dado esta capacidad: amar las cosas amables; y siendo Dios esencial e infinitamente amable, y no teniendo nada amable que no esté contenido en él, el hombre le debe necesariamente todo su amor, que sólo puede ser dirigido hacia lo que es amable. Él se lo debía a ella por la necesidad del acto de amor, que nunca puede volverse sino hacia lo que es amable; de modo que si el corazón pudiera amar algo aborrecible, le comunicaría una bondad que lo llevaría a amarlo: y porque es imposible que el corazón pueda amar alguna vez sino una cosa realmente amable, o considerada como tal. Este acto de amor habría permanecido siempre subsistente si el hombre no hubiera prevaricado, alejándose del amor alejándose de la obediencia. Digo además, que además de la necesidad que tiene el hombre de amar

algo amable, halló todo contenido en Dios, y que nada pudo ver fuera de Dios; de modo que podía amar a la criatura sólo en Dios y sólo como bondad y amabilidad, si puedo usar esta expresión, participaba de la bondad y amabilidad de Dios. He aquí el verdadero orden de la creación al que debemos volver para entrar en Dios nuestro origen.

Además de esta necesidad, el hombre debe amar a Dios en reconocimiento de todos sus beneficios. Debe, además, amarlo y cuidarlo como a su fin último.

Ahora bien, este mandamiento estaba grabado en el corazón del hombre: porque era tal ley natural para el hombre amar a su Dios, que no había entonces otra ley que esta ley natural, que habría llevado incesante y naturalmente al amor como todas las cosas funcionan. , y tienden incesante y naturalmente a su fin: así era tan natural para un hombre en el estado de inocencia amar a su Dios, como es natural para el agua fluir hacia abajo, para el fuego subir a la cima, para la piedra para caer, y al aire para llenar los vacíos.

Éste, pues, era el mandato impreso en la naturaleza del hombre en estado de inocencia; y esto es tan cierto que si no hubiera pecado por desobediencia, le hubiera sido imposible no amar a Dios, como sería descortés para un Ángel o un Bendito.

Pero como el hombre tenía su libertad, Dios, antes de confirmarlo en este estado interior de amor, le dio un mandamiento exterior, sólo para señalarle que el amor interior debe ir acompañado del amor exterior, y que, como el interior consistía en esta tendencia y este continuo reposo en el amor, así el exterior consistía en la obediencia y en el cumplimiento de la voluntad del amado. Porque la defensa no se hizo sólo por el fruto; sino para hacer saber a todos, que Dios quiere igualmente amor y obediencia, y que uno necesariamente sigue al otro.

Así que tan pronto como el hombre perdió la obediencia, perdió el amor y la gracia; y este amor tan natural se volvió por su rebelión como una cosa violenta, hasta que Dios por su misericordia lo restauró en su amor.

Desde entonces, Dios siempre nos ha hecho saber que sólo quiere de nosotros amor, y que este amor sólo puede estar marcado por la obediencia y el cumplimiento de la voluntad de Dios. Por eso hay dos leyes en Deuteronomio: Una, que es la del AMOR, que no fue grabada en piedra, habiéndola grabado Dios, como dice Moisés, (a) en el corazón del hombre, imprimiéndola allí desde su creación: y aunque esta Ley de amor a menudo permanece oculta, permanece oculta sólo por la desobediencia. Apenas el hombre entra en la obediencia a todas las voluntades de Dios, se descubre en él esta ley del amor. La otra ley era la de la OBEDIENCIA en las cosas exteriores, que eran mandamientos de practicar o de abstenerse; & estos deben ser practicados externamente. Fueron grabados en piedra, para que todos los vieran y todos entendieran que observándolos y practicando

esta obediencia exterior, entrarían en esta ley de amor de la que habían sido desterrados por la desobediencia. (a) Deuteronomio 30 v. 14

Por eso es imposible practicar todos los mandamientos de Dios sin caridad; y es igualmente imposible que el que las practica todas, no esté animado por la caridad. 'Cuando Jesucristo vino a la tierra para renovar nuestro amor y aumentarlo, sólo nos predicó el amor, y nos hizo ver al mismo tiempo que el que lo ama es el que hace su voluntad. y asimismo, que si alguno hiciere su voluntad, su Padre lo amará, que vendrán a él, y harán su morada en él; lo que ; marca una caridad perfecta: porque Dios sólo puede amar a quien lo ama: no puede habitar en el hombre sino por la caridad.

Así, el mandamiento de amar y hacer la voluntad de Dios es un mandamiento antiguo y nuevo.

Este mandamiento se renueva de nuevo en la renovación del alma, cuando, habiendo pasado las tinieblas, entra en la luz de la verdad. Pues entonces descubre su extensión y belleza de manera admirable: este mandamiento tan antiguo, que parecía molestarla, se le hace completamente nuevo; porque está puesta en una libertad tan admirable, que la obedece, al parecer, con tanta naturalidad como lo hubiera hecho en estado de inocencia.

*V. 9. El que se jacta de estar en la luz, y odia a su hermano, aún está en tinieblas.*

*V. 10. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y no se ofende.*

*V.II. Pero el que odia a su hermano está en las tinieblas: anda en las tinieblas, y no sabe adónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos.*

La caridad hacia Dios nunca se separa de la del prójimo; y estos hacen dos ramas tan unidas que son inseparables. La mayor muestra del amor que tenemos a Dios es el que tenemos a nuestros hermanos. El que pretendiera estar lleno de amor por Dios, y ser tan brillante con la luz como ardiente con su fuego, y que sintiera aversión por cualquier persona, estaría en las más profundas tinieblas, y desprovisto de fuego y luz, aunque se creía iluminado y resplandeciente.

Es bueno dilucidar sobre esto un dolor que sufren algunas almas buenas y sencillas, y que las atormenta mucho, creyendo tener aversión, aunque están dispuestas a hacer todo el bien a las personas que creen odiar, sacrificando sus propias vidas por su salvación. Su dolor proviene de cierta oposición natural, o diferencia de temperamento, de cierta molestia que sienten y que Dios permite hacerles sufrir y humillarlos. No son maestros en eso. Lo que deben hacer es soportar este dolor tanto como Dios quiera, y hacer fuera,

venciéndose con todas sus fuerzas, todo el bien que puedan para estas personas, no haciéndoles ningún mal ni directa ni indirectamente, y hablando de ello, solo en buenos términos.

El que ama a su hermano habita en la luz. Un alma bien adelantada en Dios ya no tiene estas aversiones o antipatías naturales, aunque Dios le hace sentir con sufrimiento intolerable la propiedad de ciertas personas; lo cual no produce el efecto de las antipatías naturales, sino un efecto completamente diferente: porque el que está en perfecta caridad, no se escandaliza, ya que todo lo interpreta para bien: sólo hay mentes débiles que se escandalizan; y hay que tomar muchas precauciones con ellos. Pero un alma bien iluminada nunca se escandaliza. También San Pablo consideró (a) el escándalo como un efecto de la debilidad de la cual la caridad pura está perfectamente exenta. (a) 1 Corintios 13 v. 5

El que odia a su hermano, y que por tanto está privado de la caridad, no conoce el camino de la vida, no sabe adónde va, y condena todo lo que hacen los demás cuando él no se conforma a lo que él mismo hace; y de esta manera llama al bien, al mal, y al mal, bien. Estas personas están tan ciegas que canonizan su odio con el nombre de celo; y cuando persiguen a los santos, por quienes tienen una extraña aversión, lo llaman justicia.

*V. 12. Hijitos míos, os escribo, porque vuestros pecados os son perdonados en el nombre de Jesucristo.*

San Juan muestra que sólo escribe así a sus discípulos porque sus pecados les son perdonados en Jesucristo. Pero ¿por qué, oh gran Apóstol del amor, hablas de este modo? Es porque no se debe hablar de las reglas del amor puro, de la caridad perfecta, del estado de la voluntad de Dios, que es carne sólida y fuerte, sino después de hechas las primeras purificaciones, que ha pasado el tiempo de la penitencia. , que se agotan las lágrimas del dolor: porque si se hablara a las personas impuras del estado de amor puro, sin ser lo bastante fuertes para soportarlo, se escandalizarían. El Espíritu de Dios es admirablemente lleno de discreción, dando a cada uno lo que le conviene en el tiempo que es necesario, y como es necesario: Mas el espíritu del hombre es turbulento y ansioso; por eso, queriendo demasiado adelantar las almas, por desgracia las hacemos perecer.

Se puede notar también en este pasaje la firmeza del Espíritu de Dios, y con qué seguridad dice este Santo a sus discípulos, que sus pecados les son perdonados. Aunque el alma misma no puede tener esta seguridad hasta más tarde, sin embargo, el Director puede y debe asegurarla, para hacerla entrar en el estado que huye de la penitencia.

Pero, ¿cómo asegura este Santo a sus discípulos que sus pecados son perdonados? Él no dice; vuestras penitencias, y las obras que habéis hecho, han merecido el perdón de vuestros pecados. Mostró demasiado cuánto el hombre tiene tendencia a apoyarse en sus propias obras, ya atribuirse las gracias y misericordias que Dios le concede. Por eso les asegura que es en el nombre de Jesucristo, por su fuerza y su virtud divina, que sus pecados les han sido perdonados, ya sea por el bautismo, que es a lo que él se refería estrictamente, o por la penitencia.

*V. 13. Os escribo a vosotros, padres; porque has conocido al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes; porque derrotaste al chico malo.*

*V. 14. Os escribo a vosotros, hijitos; porque has conocido al Padre. Os escribo a vosotros, jóvenes; porque eres fuerte, la palabra permanece en ti, y has vencido a los impíos.*

Aquí hay tres clases de personas, cada una de las cuales tiene lo que le conviene. La expresión de S. Juan es admirable y tiene una cierta dulzura que no se encuentra en ninguna otra parte. Te escribo, Padres; porque habéis sabido: Les habla de una cosa que ya ha sucedido, y como de personas iluminadas, y que están en condiciones de iluminar a otros. Escribía a los padres, que estaban allí como pastores de sus hijos, y ya muy adelantados e iluminados, que tenían en el corazón el conocimiento de la verdad de Jesucristo y de su reino; porque era él quien estaba en el principio. En el principio era la palabra; estaba en Dios, y Dios estaba en el Verbo: de modo que habían conocido a Jesucristo en Dios, que es el conocimiento más alto y sublime que se puede tener de él.

Pero, ¿de qué manera san Juan habla a los jóvenes, que todavía están en la fuerza y en el vigor de la lucha? Os escribo, dijo, a vosotros jóvenes; porque derrotasteis a los malvados que querían venceros, o usasteis vuestra propia fuerza para armaros contra vosotros mismos. ¿Y cómo es vencido el impío en estos jóvenes, en quienes parece estar armando todas las fuerzas del infierno para vencerlos? Es cuando estos jóvenes usan toda la fuerza que hay en ellos para Dios, entregándose a él con reserva a pesar de los insultos de los demonios. Así que los conquistan y los ponen en fuga. La fuerza y el vigor de la juventud, que se pierde en las cosas creadas, deben emplearse enteramente para Dios y contra sus enemigos y los nuestros. Lo repite dos veces, porque eres fuerte, mostrando que este estado de fuerza es un estado que debe usarse en el combate; porque el hombre debe luchar hasta agotar todas sus fuerzas activas en la lucha.

Y este es el desprecio de aquellos que dejan de actuar demasiado pronto, habiendo oído hablar de un estado en el que ya no se puede luchar ni obtener la victoria, porque el hombre, habiendo perdido todas sus propias fuerzas, ha perdido también a sus enemigos, y está revestido de fuerza divina. Dios luchando por él. Debemos luchar tanto como podamos; sino pelear, como tantas veces se ha dicho, según los grados y el estado del alma, lo que trae siempre combates diversos. También vemos en esto el abuso de los que quieren que luchemos siempre, y siempre de la misma manera. Los enemigos vienen a mi puerta y quieren entrar por la fuerza en mi casa, que es mi alma. Lucho para cerrarles la entrada: tan pronto como me cerré la puerta, habiéndome asegurado, cesé en esta lucha para velar por todos los demás lugares. Estos lugares tienen sentido, que uno quiere atacar como las ventanas de un castillo bien cerrado, y donde uno quiere entrar, defiendo estas avenidas: y finalmente a fuerza de resistir, no por mis fuerzas, sino por los divinos corazones, ya no puedo encontrar lugares a través de los cuales uno pueda entrar a mi casa.

Entonces permanezco en paz con mi Dios. Que si tuviera la osadía de abrir mi puerta con el pretexto de que los enemigos descansan, y que ya no aparecen, el Demonio, como león rugiente, me devoraría. Mi lucha entonces ya no debe ser impedirle entrar en la casa, que es fuerte y segura; pero no para abrirlo. Así: vemos que estos dos tipos de combate son diferentes; algunos están repeliendo vigorosamente, y otros absteniéndose de todo combate. El que, después de mucho luchar, ha entrado por fin en su casa y mora allí a salvo, ¿no estaría loco si volviera a la puerta para atacar de nuevo a sus enemigos? Le sobrevienen mil peligros por la temeridad, incluso por las heridas; y sus enemigos, sorprendiéndolo en sus salidas, entraban en su casa y la saqueaban. No debes atacar a tus enemigos a menos que tengas fuerzas superiores. Así que es mejor quedarse en casa. Correspondía a los Antonios, a los Hilariones, provocar a sus enemigos a la batalla: pero nosotros, pobres pequeños, contentémonos con luchar contra los que nos impiden volver a nosotros mismos; y cuando los hayamos vencido, como lo habían hecho aquellos jóvenes, quedémonos pacíficamente encerrados en nosotros mismos, sin querer dar combates temerarios de los que sólo sacaríamos una vergonzosa derrota. Esta es la razón por la que S. Juan les asegura a estos jóvenes que después de vencer a los enemigos que los detuvieron, la palabra de Dios permanece en ellos. ¿Qué, entonces, deberían hacer sino guardar esta palabra en sus corazones?

Finalmente habla a los niños pequeños. ¿Quiénes son estos niños pequeños, sino las almas que se hacen pequeñas por el aniquilamiento de sí mismas? Él dice que conocían al Padre. ¿Y cómo lo conocieron? por Jesucristo, y en Jesucristo: porque (a) nadie conoce al

Padre sino el Hijo. Para conocer al Padre, se debe haber entrado en la adopción de los hijos de Dios; es necesario compartir con Jesús - Cristo su filiación; debe habernos conducido a su Padre, y haberse transformado en él. (a) Mateo 11 v. 27

Estos son los tres tipos diferentes de personas de los que S. Juan habla. Los unos, en condiciones de luchar, y los que gozan del fruto de su victoria por la paz: los que por su larga experiencia se han convertido en padres y pastores de almas: en fin, los niños, que han entrado en la verdadera pequeñez. Todas estas personas ya están libres del primer yugo de la penitencia.

*V. 15. No améis al mundo, ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, la caridad del Padre no está en él.*

Es imposible amar a Dios y al mundo, como nos asegura el oráculo de la verdad cuando dice, que (b) nadie puede servir a dos señores, por la extrema oposición que hay entre los máximos del mundo y los de Jesús Cristo. Sin embargo, hay personas tan ciegas que quieren juzgar la santidad y virtud de los siervos de Dios por lo que el mundo dice de ellos. Sin embargo, es cierto que si amo al mundo, la caridad del Padre no está en mí. Si no tengo la caridad del Padre, no sólo estoy lejos de ser santo, sino que ni siquiera estoy en gracia. · Cierto es, según el mismo Jesucristo, que el que ama al mundo es amado por él, y que el que odia al mundo es odiado por él: (c), Si vosotros fuerais del mundo, el mundo los quería; pero porque no sois del mundo, el mundo os odia, como también me odia a mí, dice Jesucristo. Si me han perseguido a mí, os perseguirán a vosotros: y, sin embargo, es tanta la ceguera de los hombres que se enorgullecen de la ciencia, del ingenio y de la piedad, que quieren juzgar a los siervos de Dios por el ruido del mundo, y que no ponen dificultad. en condenarlos cuando el mundo los condena. Si tuviéramos la luz de la verdad, ciertamente veríamos las cosas con otros ojos: sentiríamos horror por lo que el mundo estima, y estaríamos llenos de veneración por aquellos a quienes el mundo condena. Debemos medir la estima que debemos tener por los Santos por la mayor conformidad que tienen con el Hijo de Dios. Los que más se le parecen en el desprecio y la contradicción de las criaturas son los más queridos. Por eso San Pablo dijo **(a)** Si comenzara a agradar a los hombres, dejaría de ser siervo de Jesucristo. ¿Nos consideramos felices cuando somos la escoria y el objeto del desprecio de los hombres? Jesucristo fue **(b)** el oprobio de los hombres, o el desprecio del pueblo. (b) Mateo 6 v. 24; (c) Juan 15 v. 19, 24**;** **(a)** Gálatas 1 v. 10; **(b)** Salmo 21 v. 7

*V. 16. Porque todo lo que hay en el mundo no es sino concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y vanagloria de la vida; y la concupiscencia no es del Padre, sino del mundo.*

*V. 17. Ahora el mundo pasa, también su lujuria: pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre*.

Oh, si nos examináramos bien sin halagarnos, veríamos que todo lo que hemos hecho a nosotros mismos o a las criaturas bajo el buen pretexto, está lleno de estos tres fuertes males. Todo lo que no es sólo Dios, y que no tiene una mirada tan recta en Dios que dice que nunca se inclina sobre la criatura, está infectado de este veneno. Esto es lo que hace que las propias operaciones de la criatura estén todas infectadas y corrompidas: Esta es la razón por la cual Dios las destruye con tanta fuerza, para sustituir las suyas en su lugar. Esta es la razón por la que las obras de Dios en nosotros están tan ocultas: ya sea que operemos nosotros mismos, o percibamos las obras de Dios en nosotros, las corrompéis por este contagio desafortunado. Nada es puro en nosotros excepto lo que está oculto a nuestra vista, a nuestro conocimiento y a nuestro sentimiento. Los que quieren andar siempre por lo sensible, lo inteligible, lo percibido, lo distinto y lo razonable, están muy lejos de la verdadera pureza. ¿No es cierto que sólo actuamos por placer, gusto, dulzura, ya sea en las cosas del mundo, ya en las cosas espirituales y divinas?

Todo lo que cae bajo lo sensible, sea corporal o espiritual, se llama concupiscencia, o de la carne, o del espíritu; y me atrevo a decir que la concupiscencia del espíritu es la más peligrosa, porque es de la que menos sospechamos. Hay una sensualidad espiritual, que consideramos como una virtud, lejos de desconfiar o defenderla. La sensualidad corporal siempre causa horror; por eso nos defendemos de ella: Mas por lo espiritual, aunque más peligroso y más delicado, nunca nos hace entrar en desconfianza: mas todos los que aman, que buscan, y que procuran estos gustos espirituales, están en la lujuria espiritual.

Todavía hay una concupiscencia de los ojos internos y externos, que es muy peligrosa: es la curiosidad, el deseo de saber lo que está pasando en el mundo; y es el más tosco y el menos peligroso. La que mira las vanas ciencias por las cuales uno se envanece y se llena de autosuficiencia; o bien curiosidad por las luces espirituales, queriendo ver todo, saber todo, descubrir todo en Dios, atendiendo sólo a las luces del Espíritu, deseándolas y esforzándose por ellas; esa es la concupiscencia más peligrosa de los ojos, y la más sujeta al error y engaño.

Todo lo demás es sólo el orgullo de la vida. Si nos hacemos justicia, no veremos en nosotros más que soberbia y vanidad ante Dios, ante los hombres y en nosotros mismos. Nos estimamos algo, y no somos nada, queremos agradar y ser estimados. ¿A quién no le

hacen cosquillas los elogios? ¿O quién, siendo insensible a ella, no se eleva un poco en su insensibilidad? Quien no se avergüenza del desprecio; ¿O quién, no teniendo ninguno, no tiene una secreta confianza y alegría por no tener ninguno? ¿Quién, iluminado por la luz divina, no descubre que detrás de la humildad y la humillación se esconde el más refinado orgullo? En cuanto a mí, juro que mire hacia donde mire, solo veo orgullo, ya sea por fuera o por dentro. El orgullo exterior bruto es lo que menos se debe temer. Con razón está escrito que (a) el hombre es un abismo de vanidad. Si tenemos la oportunidad de hablar de nosotros mismos, decimos lo que es ventajoso, y ocultamos lo que es humillante: El quiere parecer más de lo que uno es, según la naturaleza y según la gracia. Si decimos o hacemos algo que humilla, tenemos una vanidad más secreta; y si no se siente vanidad por esto, se tiene cierta seguridad de que se está bien, ya que se está al amparo de la elevación. El orgullo nos envuelve y nos penetra con tanta fuerza que caemos de abismo en abismo; y cuando uno cree haber evitado un precipicio, encuentra uno mayor, y se ve obligado a confesar con el Sabio que **(a)** todo es vanidad. (a) Salmo 38 v. 6; **(a)** Eclesiastés 1 v. 2

Ahora bien, estos deseos no pueden provenir de Dios, que se opone por completo a ellos, tanto por la pureza esencial como por la verdad eterna. Estos deseos perecen; por eso hay que dejar que todo desaparezca y desaparezca. Sólo hay una cosa que permanece y siempre permanece, que es la voluntad de Dios: destruye todo lo demás. Una persona que está llena de la voluntad de Dios se va vaciando poco a poco de la concupiscencia y del orgullo, de toda visión de sí mismo. Es imposible que la codicia y el orgullo nos abandonen jamás sino en el estado de la voluntad de Dios, donde el alma, perdiéndose poco a poco, pierde también todas las cosas con ella.

*V. 18. Hijitos míos, estamos en la última hora: y como habéis oído, que debe venir el Anticristo, ya son varios Anticristos: esto es lo que sabemos, que ya es la última hora.*

*V. 19. Salieron de nuestra unidad, pero no eran de nuestra unidad: porque si hubieran sido de nuestra unidad, se habrían quedado allí: pero es para que sepamos que no todos no son de nuestra unidad.*

¿Cuántos Anticristos hay hoy en el mundo? Los hay de dos clases: unos combaten abiertamente a Jesucristo, declarándose contra sus máximas, siendo su moral desordenada, y siendo su vida directamente opuesta al Evangelio. Hay Anticristos más ocultos, pero no menos peligrosos, que combaten al Espíritu de Jesucristo, fingiendo querer establecer su exterior y su doctrina. El exterior de Jesucristo procede únicamente de su interior: el exterior del cristiano debe proceder también únicamente de su interior.

Es querer hacer que un cuerpo muerto actúe querer hacer que un cristiano indigente haga acciones santas.

Hay dos clases de unidad: una externa por la cual uno está unido en la misma Iglesia bajo la misma cabeza; y para salir de esta unidad es necesario salir cismáticamente: hay una unidad de gracia, por la cual todos estamos unidos a Jesucristo por su gracia y su amor; y esta unidad se pierde por el pecado. Y es de estas dos maneras que San Juan dice: Eran de nuestra unión porque aparentemente habían estado en la Iglesia, de la cual se habían separado después de haber recibido la gracia del bautismo. Pero hay otra unidad, donde si hubieran estado, como dice San Juan, no habrían salido de ella. Es la consumación de la unidad en Dios solo, donde estaba San Juan entonces; consumada desde esta unidad, que Jesucristo pidió a su Padre para sus Apóstoles. Si hubieran estado en esta unidad consumada, nunca habrían sido fortalecidos por ella, como dice San Juan. Quien es bastante feliz de haber entrado en la consumación de la unidad, no vuelve a salir de ella, a no ser que haya una infidelidad tan difícil de cometer que ennegrezca. Tendrías que convertirte en un Lucifer.

*V. 20. Porque habéis recibido la unción del Santo, y sabéis todas las cosas.*

El conocimiento que es dado por la unción es conocimiento experiencial, el cual no está sujeto a error ni engaño. La Palabra se esparce en el alma como santa unción y bálsamo saludable, según la experiencia que de ella había hecho la Esposa de los Cantares, cuando dijo: *Tu nombre es como aceite derramado*. (Cantares 1 v. 2)

*V. 21. No os he escrito como a los que no conocen la verdad; pero en cuanto a los que lo saben, y que saben que una mentira nunca proviene de la verdad.*

La marca del error y del desvío es la contrariedad: porque la verdad no puede ser contraria a sí misma, ni engendrar mentiras. No es que no haya verdades que no sean comprendidas por todos: y por eso algunos las combaten: pero no dejan de ser grandes verdades, experimentadas por varios. Pero las cosas directamente opuestas al Espíritu de Jesucristo, al Espíritu de la Iglesia, al Evangelio, no son verdades: y los ilustrados descubren primero el error en la contrariedad, como la verdad se conoce en la uniformidad de los sentimientos.

*V. 22. ¿Quién es mentiroso sino aquel que niega que Jesús es el Cristo? Este es un Anticristo, que niega el Hijo del Padre.*

*V. 23. Quien niega al Hijo, no le cree al Padre, y el que confiesa al Hijo, cree al Padre.*

Todos los cristianos admiten que Jesucristo es el Hijo de Dios; y si lo creyeran, dejarían de ser cristianos. Sin embargo, son muy pocos los que reconocen su poder, y que quieren someterse enteramente a él, aunque él ha dicho de sí mismo, (a) que todo poder le fue dado en el cielo y en la tierra. Es mentir de palabra, negar el poder de Jesucristo, el dominio y el imperio que adquirió por su sangre sobre todos los hombres: ¡pero! es negar este poder divino en acción cuando, creyéndolo sólo en espíritu, no queremos someternos a él, y dejar que actúe en nosotros como soberano. (a) Mateo 28 v. 18

Sólo hay quienes se abandonan enteramente a su conducta adorable, tanto interior como exteriormente, que están en la verdad de acción y de palabra, y que confiesan a Jesucristo tanto por su conducta como por su palabra. Digo más, que es muy difícil estar en la verdad de palabra, que no se está en la verdad de conducta. Bien se puede decir la verdad sin estar por eso en la verdad. El que está en la verdad sólo puede decir la verdad. El que no está en la verdad, aunque a veces diga la verdad, muchas veces habla mentiras. El diablo hace lo mismo. El, pues, que no confiesa a Jesucristo ni de boca ni de palabra ni de obra. Pero el que confiesa a Jesucristo por sus palabras y por sus obras, imitando al Hijo, demuestra que ama y conoce al Padre.

*V. 24. En cuanto a ti, que permanezca en ti lo que tienes desde el principio. Si permanece en vosotros lo que habéis oído desde el principio, también permaneceréis en el Hijo y en el Padre.*

Lo que se hace oír desde el principio es la palabra: porque sólo la palabra se hace oír. Se hace oír por aquellos que están dispuestos a escucharlo: pero nunca será oído por aquellos que rechazan su atención. La primera fidelidad es escuchar atentamente la palabra; la segunda es recibirlo después de haberlo escuchado; y el tercero es guardarlo después de haberlo recibido. Pero, ¿cómo recibe uno la guardia si no la recibe? ¿Y cómo la recibiría quien no la hubiera escuchado? Y como el que recibe la palabra, recibe a Jesucristo; también el que guarda la palabra, guarda a Jesucristo. Escuchamos a Jesucristo; es el primer grado, que es una oración de simple exposición y atención a él. Uno recibe la efusión de Jesucristo; y es el segundo grado, que es pasivo: porque la escucha se hace con algún esfuerzo; el segundo hace menos, sólo recibe lo que se le da. El tercero hace aún menos, guardando sólo lo que ha recibido; y es entonces que se hace la unión permanente, y la morada de Dios en el alma, y del alma en Dios.

El alma guarda lo que ha recibido, que no es otro que Jesucristo, que se le comunicó por medio de la palabra. ¡Oh, quién podría comprender esta manera fácil de encontrar a Dios con esta simple oración! David escuchó lo que el Señor su Dios le decía dentro de él; y escuchándolo así se convirtió en un gran Santo. No me extraña que el Diablo se esfuerce y ponga a todos en el campo para impedir esta Oración, haciendo que sea vituperada de cualquier manera, y haciendo que los que se dedican a ella sean perseguidos. Es porque hace bien que si esta Oración fuera difundida por todos, sería la llave que encerraría al Dragón en el abismo: por eso se dice, que es (a) el Ángel que cerrará los hoyos del abismo, cuando el Dragón este encerrado en él. Es que siendo el Ángel un Espíritu muy sencillo, la Escritura designa con esto que la sencillez del corazón y del Espíritu será la llave que cerrará la entrada al Demonio en el mundo. ¡Trae este tiempo, oh Jesús, que prometiste por tu Profeta! Esta vez (b) cuando el lobo y el cordero vivirán en el mismo lugar sin hacerse daño el uno al otro!. Llegará el momento, llegará antes de lo que piensas, y la calma seguirá a la tormenta. (a) Apocalipsis 20 v. 1 y 2; (b) Isaías 11 v. 6

*V. 25. Y es la promesa que él mismo hizo, que tendríamos vida eterna.*

¡Qué es esta promesa, oh Jesús mío! & ¿Qué es la vida eterna? Haznos saber. (c) La vida eterna, dijo, es conocerte, oh Padre Eterno, Jesucristo, a quien has enviado. El que os recibe, os conoce; y no puede haber verdadero conocimiento excepto el que tú mismo das a quien te recibe. Cualquier otro conocimiento que no provenga de la experiencia real de Jesucristo es un conocimiento muy débil. Pero como quien recibe a Jesucristo, lo conoce, y no puede conocerlo de otra manera; él también recibe la vida, siendo Jesucristo nuestra vida y nuestra verdad: de modo que en la medida en que se manifiesta como verdad, se comunica como vida; y en la medida en que se comunica como vida, se manifiesta como verdad. Uno está necesariamente unido al otro: porque así como el Padre produce su PALABRA a través del conocimiento, recibir el conocimiento del Padre es recibir a Jesucristo. No puedes conseguirlo de otra manera. Y como el Hijo vuelve a la unidad divina por el Amor recíproco de su Padre y de sí mismo, Amor que, haciendo un Dios igual a sí mismo, completa toda la Trinidad, y reduce todo en la unidad del mismo principio del que emana: así que nunca podemos fluir y pasar al Padre, ni permanecer en él, sino por el amor y la caridad.

La recepción de Jesucristo se llama conocimiento; & el fluir del alma en Dios se llama amor; aunque verdaderamente todo es amor y conocimiento: porque todo es obra de la Palabra: pero el Espíritu Santo, que nada produce en la Trinidad, todo lo produce fuera. Es por esto que todo lo que se hace por puro amor y por caridad, se atribuye al Espíritu Santo: para que el mismo amor se convierta en nuestros corazones y el principio de todo

nuestro conocimiento, y el fin y el término de este mismo conocimiento. Llamamos al Espíritu de amor, Espíritu de verdad: porque es por este amor que conocemos la verdad y somos llevados a la verdad. Y así como el Espíritu Santo formó a Jesucristo en el vientre de María, es a este Santo y divino Espíritu que le es dado producir a Jesucristo en nuestras almas.

Como toda ocupación del Padre en toda la eternidad es producir su Palabra; también el deseo de este mismo Padre es ver su Palabra producida en todos los corazones a tiempo. Tan pronto como el Espíritu Santo entra en un alma, trabaja poco a poco a través del fuego de su caridad para la formación de Jesucristo en nosotros. Luego la hace crecer allí: y finalmente nos cambia y nos transforma en el mismo Jesucristo. Esto no se hace antes, a menos que todo se reduzca a la unidad perfecta; y consumada la unidad, el alma entra, por decirlo así, en el comercio inefable de la adorable Trinidad, donde el Verbo fluye y se encarna de nuevo en ella, haciéndola nueva criatura. Ya no es esa primera criatura, enriquecida, revestida de exquisitos dones; pero es Jesucristo mismo quien es producido. Decir cómo se hace esto es lo que no puede ser. Todo lo que puedo decir al respecto es que esto sólo puede tener lugar mediante la destrucción entera y total de esta primera criatura: y esta destrucción no es otra cosa que aniquilación.

*V. 26. Estas cosas os he escrito acerca de los que os engañan.*

*V. 27. Pero en cuanto a vosotros, que permanezca en vosotros la unción que recibisteis de Jesucristo. No necesitáis que nadie os enseñe: pero como esta misma unción os enseña todas las cosas, y es la verdad, y exenta de toda mentira, sólo tenéis que permanecer en lo que os enseña.*

Háblale a las personas que no tienen experiencia de los caminos interiores, de esta unción, que sólo sienten y prueban y gustan los que se dedican a la oración, y que son verdaderamente interiores, de los cuales son una experiencia tan real que no pueden explicar ellos mismos de otra manera, cuando sienten que están dentro de todos penetrados con una Unción interior; Hablad, digo, de estas cosas a personas que no oran, o que lo hacen con razonamiento; toman eso por imaginaciones y ensoñaciones; y yo mismo he oído a personas que se enorgullecen del ingenio y la ciencia, y hasta de la piedad, decir que no hay nada de todo eso; que no había unción interior del Espíritu de Dios, ni otra presencia de Dios en el alma que la que es común a todos los cristianos que cumplen los mandamientos de Dios. Otros me han dicho que no hay otra (a) Oración que el estudio de las Sagradas Escrituras. Sin embargo, San Juan habla aquí tan claramente de

esta unción, que si no la conociéramos por la experiencia que tenemos de ella todos los días, este pasaje no dejaría lugar a dudas. (a) (a) Quizás, Unción.

Lo que se experimenta en el interior está muy bien expresado por la palabra 'unción': porque es un bálsamo dulce y suave, que suaviza todos los males, cura todas las heridas, desprende un olor que llena toda el alma, y que a menudo se esparce los sentidos. Es un “No se que” que es inexplicable y que, sin embargo, no deja lugar a dudas de que el Esposo está presente, aunque no se le vea. Todavía olemos la dulzura de sus perfumes, como la Esposa, (b) describiendo su propia experiencia y a la vez la de todas las almas interiores, nos la expresa en su Cántico. No hay alma interior que no comprenda primero lo que se quiere decir, mientras que tantos hombres sabios, desprovistos de oración, lo ignoran. (b) Cantares 1 v. 2

¡Oh, que la ciencia que proviene de esta Unción sea muy diferente de la del estudio! Es el de la verdad. El corazón que es penetrado por él ya no busca la instrucción de las criaturas. Encuentra dentro de sí mismo al Doctor de la Verdad, que lo instruye en las cosas más sublimes que los hombres más eruditos tendrían gran dificultad en explicar. Una niña pequeña instruida de esta manera avergonzará a los más grandes Doctores.

S. Juan añade; Permaneced en él como os ha enseñado (por su unción) que debéis morir. Nos enseñó (a) a permanecer en su amor como la vid permanece unida a la rama. ÉL quiere que seamos injertados en él: La planta recibe savia y vida sólo de la savia: por eso es necesario que Jesucristo sea nuestro principio vivificante, que no tengamos otra vida que la suya, que no demos otro fruto, - que sea la savia de todas nuestras acciones, que son como frutos. Los frutos que no se dan en Jesucristo, y de los cuales Él no es el único principio, son frutos silvestres. No debemos creer que todos los frutos que damos sean buenos. (a) Juan 15 v. 4, 10

Hay tres fuerzas de personas aquí: algunos no dan ningún fruto en absoluto, y estos son los que están privados de la gracia: otros lo llevan, ayudados por la gracia; pero como Jesucristo no es el único principio de ellos, y como ellos mismos son en parte el principio de sus acciones, su fruto es salvaje y muy duro: pero el fruto que es franco y sin ningún asco es aquel del cual Jesucristo es único principio, y que recibe sólo de él la savia y la vida. Es de esta fuerza que debemos ser, como Jesucristo nos enseñó: y para ser de esta fuerza hay que estar interior y lleno de la unción del Espíritu de Dios; de lo contrario, sólo daríamos frutos ásperos y salvajes, que necesitarían mucha gracia, además de azúcar, para remover la aspereza Todos estos frutos serán conservados en el fuego del purgatorio.

*V. 28. Sí, hijitos míos, permaneced ahora en él; para que cuando hable tengamos confianza, y que no nos confunda en su advenimiento.*

Al alma, habiendo llegado a Dios, sólo le queda una cosa por hacer, como se ha dicho, que es permanecer en él: cualquier otra acción que entonces hiciere, sería falta; incluso sería uno tender a él: porque el que tiende a su fin aún no ha llegado a este fin; pero el que a fuerza de cuidarlo ha llegado allí, descansa en él. Sin embargo, siempre queda un movimiento imperceptible, que es una depresión en Dios; porque Dios es inmenso: pero esta acción no se le aparece a la criatura, porque esta misma acción es un descanso mayor. Cuanto más avanza el alma en Dios, más descansa en él.

El que permanece en Dios con esta fuerza, está lleno de firme confianza; y su confianza es tanto mayor cuanto más profunda es la pérdida, y más completo el olvido de sí mismo. Es tal alma, que no se confunde el día del advenimiento; porque ella no pone ni espera su salvación de sus propias obras, sino de Dios mismo, ante quien permanece en completo reposo de su destino eterno, y ya no considera ni siquiera su salvación como asunto suyo, sino como asunto de aquel a quien se deja a sí mismo, y en quien mora.

*V. 29. Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que vive en justicia es nacido de él.*

El nuevo renacimiento se conoce en que el hombre vive según la justicia, cuando es verdaderamente regenerado en Jesucristo.

Uno vive de acuerdo a la justicia de muchas maneras. La primera es que la injusticia, que se toma por pecado, es desterrada de esta alma.

La segunda es que viva según la justicia que se debe a Dios ya sí misma, rindiéndose todo a Dios y despojándose de todo.

Todavía vive según la justicia, prefiriendo los rigores de la justicia para sí misma a la misericordia, amando que esta justicia se ejerza en ella y sobre ella en toda su extensión, ya sea externa o internamente: lo cual dice muchas cosas: entregarse a todas las cruces posibles de la providencia, sin escatimar riquezas, ni honra, ni vida, ni tiempo, ni eternidad, ni dones, ni gracias, ni favores, ni salvación, dejando a Dios hacerse justicia de todas las cosas en nosotros, y no apropiándonos de nada. El alma a quien todavía le queda alguna propiedad, no anda conforme a la justicia; pero el que está fuera de lugar, anda verdaderamente en justicia, y es nacido de Dios.

**--------------------------------------------**

# CAPÍTULO III

*V. I. ¡Mirad cuál es el don de la caridad del Padre para con nosotros, el querer que seamos llamados hijos suyos, donde verdaderamente estamos! La razón por la que el mundo no nos conoce es porque no conoce al Padre.*

LA señal más grande del amor de Dios por el hombre es haberlo honrado con la calidad de un niño, haciéndolo tal en efecto; ya que para hacer al hombre digno de un honor que nunca se hubiera atrevido a reclamar, tuvo que entregar a la muerte a su Hijo único, para que su sangre fuera el germen de esta filiación, y que al morir se asociara con varios hermanos, entre los cuales ostentaba el rango de mayor. Esta adopción y filiación, por tanto, cuestan nada menos que la vida y la sangre de este Hijo amado en quien Dios Padre pone toda su complacencia. Y como era necesario que Isaac, que era la figura de Jesucristo, fuera sacrificado por la mano de su Padre, para que obtuviera esta numerosa generación, haciéndose Isaac hermanos por su muerte, lo cual hubiera sido real si sólo fuera que él era sólo una figura de lo que le sucedería a Jesucristo; del mismo modo Jesucristo al morir se hizo el mayor entre varios hermanos, mereciendo para nosotros esta adopción a la filiación divina: de modo que es en esta adopción que el Padre nos marcó con mayor caridad. Pero aunque todos son adoptados en Jesucristo, no todos tienen el efecto de esa adopción por la aplicación de la sangre de Jesucristo. Porque unos rehúsan el bautismo: otros no participan de esta adopción, porque no quieren el Espíritu de Jesucristo, que es el Espíritu de filiación, el Espíritu de los hijos adoptivos. (a) Pablo, por lo cual tienen en sí mismos este testimonio de que son hijos de Dios. Otros, después de haberlo recibido, lo rechazan y se hacen indignos de él. Y finalmente otros, más felices, recibiendo el efecto de esta adopción, entran en comunión con Jesucristo, y reciben la plenitud de su Espíritu: que se conoce por la pérdida de su voluntad en la de Dios: porque quien tiene el verdadero Espíritu de Dios, no puede hacer otra cosa que la voluntad de Dios.

Los verdaderos hijos de Dios, en quienes la adopción está en toda su extensión, son ordinariamente despreciados por los hombres, objeto de sus burlas, objeto de sus calumnias, objeto de sus persecuciones y de sus golpes. Por qué eso? Es porque el mundo no los conoce. Si el mundo los conociera, los estimaría infinitamente. Pero ¿cómo los conocería, si no conoce al Padre? Puede conocer al Padre sólo por el Hijo, y sólo teniendo su Espíritu: si no tiene su Espíritu, no conoce al Padre ni a aquellos en quienes el Padre mora por su Espíritu. (a) Romanos 8 v. 15, 16

*V. 2. Queridos míos, de ahora en adelante somos hijos de Dios; pero lo que debemos ser un día aún no se sabe. Sabemos que cuando el Salvador se revele visiblemente, seremos como él, porque lo veremos tal como él es.*

Aunque durante esta vida el Espíritu da testimonio en nosotros a los nuestros de que somos hijos de Dios, sin embargo no tenemos certeza para la próxima vida, y no sabemos nuestro destino. Pero nuestra confianza es tanto mayor cuanto más la ignoramos. No es la certeza lo que hace la verdad de nuestra salvación en esta vida; porque muchas veces el que más se salva, es el que más se pierde a sus propios ojos ya los ojos de las criaturas ignorantes: pero es fe, esperanza y caridad. Me confío tanto más al nombre de Dios cuanto más motivos tengo para desconfiar de mí mismo. Espero tanto más en él cuanto más me desespero de mí mismo. Lo amo tanto más cuanto más me odio a mí mismo. Pero por la certeza de la salvación, nadie puede tenerla en esta vida. Por eso debemos vivir hasta el final en el abandono, la confianza, el amor y la esperanza. Es por esto que el mismo Espíritu de Dios que afirma por San Pablo que tenemos dentro de nosotros un Espíritu que da testimonio a los nuestros de la filiación divina, también dice por Salomón, que (a) nadie sabe si es digno de amor o de odio. Hay, pues, que vivir en continua incertidumbre, pero una incertidumbre que, lejos de causar dolor, mantiene el alma en el más heroico abandono; porque hace que el alma se deje incluso en la certeza de su salvación, que deje esta misma fatalidad en la voluntad de Dios, dejándola al orden de Dios y a su eterno decreto. ¡Oh felicidad de un alma así perdida! ¡Oh seguridad de salvación en la pérdida de toda seguridad! Solo serás conocido por lo que eres en la eternidad: tu precio y tu valor siempre serán desconocidos hasta entonces. Pero, ¿cuándo saldrá esto a la luz? Será cuando se nos manifieste nuestro Salvador, en quien hemos puesto nuestra confianza en la desesperación total en que estábamos por nosotros mismos: nos descubrirá al mismo tiempo la felicidad y el secreto de nuestra redención, su precio inestimable, y cómo nunca es más eficaz que cuando nos abandonamos con más fuerza y sin reservas a nuestro Salvador. (a) Eclesiastés 9 v. 1

Será entonces cuando verdaderamente seremos como Jesucristo, siendo no sólo justificados por él, sino glorificados como él y con él. Padre mío, (b) dijo Jesucristo antes de la Pascua, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Glorifícame devolviéndome la gloria que me es debida por el derecho de mi nacimiento eterno, para que yo te glorifique dándote muchos hijos adoptivos, en quienes he derramado tu Espíritu, y renovado tu imagen, expresándome e imprimiéndome en ellos. Es por esta adopción que me hice hombre, para que mis hermanos pudieran llegar a ser dioses. Fue para trazar en ellos tu imagen que me encarné; y es por estas mismas cosas que me voy a sacrificar de nuevo en la cruz. Padre mío, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti dándote lo que has querido y esperado de él. **(a)** Yo lo he glorificado, dice el Padre, y lo

glorificaré. Ya lo he glorificado en la aceptación que hice en él de esta filiación; y lo volveré a glorificar, no sólo con la gloria que se debe al nacimiento eterno, sino que lo glorificaré en todos sus hijos adoptivos, haciéndolos partícipes de mi propia gloria y de la mía, y asociándolos al comercio inefable de la Trinidad. Por eso, este mismo Hijo de Dios pide luego a su Padre la consumación de la unidad, que es el fin de esta gloria y de esta adopción. Padre mío, la gloria que quiero es que ellos sean uno como nosotros somos uno; que solo puedo hacer yo. Los cambio y los transformo en mí. Estos niños son sólo tu propio Hijo en mí, que es uno contigo. Están en mí en esta unidad, donde todo se consuma en la unidad de nuestra esencia. (b) Juan 17 v. 1; **(a)** Juan 12 v. 28

*V. 3. El que tiene esta esperanza en él, se hace santo como él mismo es santo.*

El que aspira a la filiación divina, sabiendo que no puede ser uno con Dios a menos que sea hecho como Dios, se esfuerza por llegar a ser santo, como Dios es santo. Pero, mis queridos hermanos, ¿en qué creéis que consiste esta santidad? No es en tal o cual cosa, en una u otra práctica: Consiste en conformarse con Dios, y en perder todas las desemejanzas, que son primero los pecados, luego la obstinación, y la propiedad, que es la que impide que su imagen sea perfectamente renovada en nosotros.

*V. 4. Todos los que cometen pecado, también cometen desobediencia; y el pecado es desobediencia.*

San Juan nos deja saber con estas palabras cómo todos los pecados provienen de la desobediencia. La desobediencia no es más que un acto de nuestra propia voluntad por el cual hacemos o queremos algo que Dios no quiere. El que tiene su voluntad enteramente en conformidad con Dios, ya no lo desobedece: no desobedeciendo más, ya no peca más.

Está claro que el verdadero medio de destruir el pecado es destruir la voluntad propia; porque mientras subsiste la propia voluntad subsiste siempre el pecado, cualesquiera que sean los ayunos, maceraciones y mortificaciones que se practiquen. Pero su propia voluntad sólo lo mortifica por la renuncia continua y la resignación perfecta. Al renunciar a nosotros mismos, nos resignamos a nosotros mismos, y todo el camino interior es una continua renuncia, y entrega, y total entrega de todos nosotros en las manos de Dios, por lo que al renunciar continuamente a todo lo que podamos querer tanto externa como internamente, tanto temporal como tanto las cosas corporales como las espirituales y eternas, aceptamos con resignación todo lo que nos sucede, sea lo que fuere, lo dulce y lo

amargo, las desgracias, las pérdidas exteriores e interiores, el despojo y la privación. Esta es la renuncia y la resignación, por las cuales sólo uno puede adquirir la verdadera pureza.

*V. 5. Ahora sabéis que vino a quitar todos nuestros pecados, y que no hay pecado en él.*

*V. 6. Quien permanece en él, no peca; y el que peca, no lo ha visto, no lo hemos conocido.*

Tenemos un gran propósito de abandonarnos sin reservas a Jesucristo, y una razón muy apremiante de renunciar incesantemente a nosotros mismos, y de resignarnos continuamente por la pérdida de toda voluntad, incluso de la mejor; es decir, que habiendo venido Jesucristo a borrar nuestros pecados, y sólo Él pudiendo hacerlo, no los borrará jamás, sino en proporción a nuestra docilidad en seguir su conducta adorable. Ahora bien, esta docilidad no tiene nada de extraordinario; sino en una continua resignación de todo lo que pudiéramos querer, por más santos que parezcamos, para querer sólo lo que Dios ha querido desde toda la eternidad, y sólo lo que Él quiere y permite que nos suceda de momento en momento, contentándonos sólo con lo que Dios nos hace ser en cada momento, ya sea externa o internamente. Si permanecemos así, permaneceremos sin resistencia y sin voluntad; y entonces el Hijo de Dios nos limpia de nuestros pecados. No hay riesgo en usarlo de esta manera, y no debemos temer el pecado permaneciendo sumisos y abandonados a la guía de Dios, según el consejo de las Escrituras; (a) Inclínate bajo la poderosa mano de Dios. ¿Cómo podríamos contraer el pecado dejándonos llevar a él, si el pecado no está en él? (a) 1 Pedro 5 v. 6

Por eso San Juan añade: El que permanece en él, no peque. Si pecamos, necesariamente debemos ser expulsados de Dios, siendo imposible que Dios retenga el menor pecado. Por tanto, el que permanece en Dios no puede pecar. Sin embargo, uno incesantemente clama contra las personas que quedan así, como si fueran los más criminales del mundo, porque sólo se consideran las acciones externas, que tienen poco valor ante Dios, si no son producidas por una gran interioridad. El que, pues, comete pecado, no ha visto ni conocido a Jesucristo: por la contemplación y el amor, que hacen lo que puede hacernos ver y conocer a Dios en esta vida.

*V. 7. Hijitos míos, nadie os engañe. El que vive conforme a la justicia, es justo, como también es justo Jesucristo.*

Sería poco tener una justicia exterior, si el corazón está podrido y corrompido por los afectos desordenados, aunque se finja un exterior regulado; pero también sería locura

querer persuadirse de que uno es de Dios, y tener un gran interior, cuando el exterior estaría en desorden y en pecado. El exterior debe responder al interior, y el interior debe animar al exterior; de modo que el que se cree santo porque hace algunas buenas obras exteriores, aunque su corazón esté corrompido por la vanidad o por la avaricia, o por el amor de alguna criatura, se equivoca; también el que se cree interior, y comete acciones criminales, es abusado y seducido. La justicia debe extenderse hacia afuera y hacia adentro.

Sé que hay almas santísimas y piadosas, que a menudo sienten en sí mismas el pecado que aborrecen, y que se encuentran salvajemente impotentes para practicar el bien que aman, como está explicado en muchos lugares: pero están lejos de pecar. Sufren la rebelión del pecado, sin cometer pecado; y Dios permite esto en ellos sólo para hacerles perder un apoyo concreto que tienen en su propia justicia, y el fundamento que hicieron sobre sus propias obras, justificándose por ellas, en lugar de tener en la fe sólo la justicia de aquel que los justifica. Ahora bien, el que vive en la justicia que debe a Dios, renunciándose a sí mismo y resignándose continuamente, es tal como es justo Jesucristo, que anuló su propia fe para que Dios fuera todo en él, y que no tuvo otro sustento que la divinidad.

*V. 8. El que peca es hijo del diablo; porque el & Diablo peca desde el principio. El Hijo de Dios ha venido para destruir las obras del Diablo.*

*V. 9. Todo el que es nacido de Dios, no peca; porque la semilla de Dios mora en él; no puede pecar, porque es nacido de Dios.*

Mientras no tengamos a Jesucristo como Padre y principio de nuestras acciones, pecamos; y mientras pecamos, el diablo es nuestro padre. El Diablo ha pecado desde el principio; y trajo el pecado al mundo, trayendo la desobediencia. Jesucristo vino a destruir los pecados, que son las obras del Diablo. Ahora bien, el pecado que entró por la desobediencia, sólo puede ser destruido sometiéndose a Dios, para obedecerle por la pérdida de la propia voluntad, que es la que cometió la desobediencia y el pecado. Por tanto, debemos someternos absoluta y enteramente con una perfecta resignación, para que Jesucristo destruya el pecado y el imperio del diablo. Debemos resignarnos enteramente en sus manos: y esta resignación, haciendo que el hombre pierda gradualmente su propia voluntad, lo aleja absolutamente de todo el dominio del Demonio, y del poder que tenía sobre el hombre, que ya no conserva nada de su criminal nacimiento.

Luego nació de Dios, hecho otra vez una nueva criatura en Jesucristo. Todo lo viejo es pasado, todo se hace nuevo. Y el que se renueva de fuerzas, no peca más; porque la semilla de Dios está en él: es decir, no tiene otro germen, ningún otro principio, ninguna otra vida sino Dios: siendo nacido de Dios, actúa, vive y obra como Dios, y en su voluntad.

*V. 10. En esto conocemos a los hijos de Dios y a los hijos del diablo. El que no es justo, y el que no ama a su hermano, no es hijo de Dios.*

*V. 11. Porque es precepto que tenéis desde el principio, que os améis los unos a los otros.*

*V. 12. Y no hagáis como Caín, que era hijo del espíritu maligno, y que mató a su hermano. ¿Y por qué lo mató? porque sus obras eran malas; y las de su hermano eran justas.*

Es en estos dos puntos de la caridad perfecta que conocemos a los verdaderos hijos de Dios, la justicia y el amor purísimo a Dios, que es el primer y principal punto de la caridad, y el amor al prójimo el segundo. Por justicia, amamos a Dios con el amor más puro; porque nos despojamos de todo bien propio, de todo lo que nos hace ser, vivir y subsistir, para que sólo Dios sea y todas las cosas, y en todas las cosas lo que debe ser. Por este acto de justicia rendimos a Dios la justicia que le debemos como Ser único y Soberano, y nos paramos en nuestra nada, que es el lugar que nos corresponde, quedando despojados de todo, sea lo que fuere. y dejar que Dios sea todo en todas las cosas, sólo para sí mismo. Esto es lo que debería llamarse AMOR PURO.

El amor que no despoja al alma de todas las cosas no es propiamente amor puro; sino un amor aún propietario e interesado. El amor puro es sólo amor, amor que aniquila y destruye el sujeto en el que subsiste para hacerlo pasar a ser objeto de su afecto. El amor que todavía tiene alguna vista o mirada sobre sí mismo es un amor muy imperfecto. El que todavía puede desear la dulzura de su amor, o la recompensa de este mismo amor; el que piensa en salvarse a sí mismo por su amor está muy lejos del amor puro.

El amor puro es aquel que ya no se considera fe, ni en los bienes ni en los males, que no se inclina ni un momento a mirarlo, ni en las pruebas ni en las caricias del amor sino quien se deja hacer, quien se deja actuar, gozar de su criatura como le plazca. No tiene consideración por sus propios intereses. El amor puro despoja al hombre de sus adornos, de su belleza, de todas las cosas. El amor puro se complace en matarlo y hacerlo vivir, en ensuciarlo y blanquearlo. Deja todo a este amor, y ni siquiera pregunta qué quiere hacer con él. Pero desafortunadamente! ¿Dónde encontraremos almas en esta vida que hayan venido a esto? ¡Oh, qué raros son!

Este amor justo hacia Dios lo es también hacia el prójimo, teniendo por él una caridad y un amor muy sinceros. Es imposible amar profundamente a Dios sin amar al prójimo, uno sigue al otro. Caín se amaba a sí mismo y sólo tenía en vista su propio interés: por eso no amaba puramente a Dios; y no teniendo amor a Dios, concibió odio hacia su hermano. Cuando se ama a Dios, se ama a todos los que le sirven; pero cuando no se ama a Dios, y se ama mucho a los demás, no se puede amar a los suyos.

*V. 13. Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os odia.*

*V. 14. Sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a nuestros hermanos. El que no los ama permanece en la muerte.*

El mundo odia a los que son de Jesucristo, y que viven su vida; porque él está muerto, y éstos están vivos. Sólo ama la muerte ya los ministros de la muerte: los que viven en la justicia son objeto de su aversión.

Hay dos formas de pasar de la muerte a la vida; así como hay dos clases de muerte y dos clases de vida. La primera es, cuando por la penitencia se sale de la muerte del pecado para vivir la vida de la gracia. La segunda vía es cuando por la muerte mística muriendo a todo lo que en nosotros vivió desde Adán, que es la fuerza de nosotros mismos, pasamos a Dios, viviendo en él una vida nueva: entonces somos trasladados de muerte a vida.

Aquel en quien vive y reina la caridad total y perfecta por el prójimo, ciertamente ha pasado de la segunda muerte a la segunda vida. Esto es lo que hace que la vida apostólica llegue tarde, y después de que el alma esté realmente muerta. Hablo de la vida apostólica por estado, y no de aquella en la que intervienen la vocación, el estado exterior y el carácter. Hablo de aquella vida apostólica en que se pone el alma después de haber pasado todos los grados de muerte y aniquilamiento, aunque su condición particular no la comprometa a ello: porque a estas personas se les da un corazón incomparable, y una caridad inmensa.

Pero el que tiene aversión contra alguien, en cualquier alto grado de gracia en que se crea exaltado, está en la muerte; y cuando hacía los más grandes milagros, siempre decía que estaría en la muerte; ya que la caridad no estaría en él.

*V. I5. El que odia a su hermano es un homicida; sabes que la vida eterna no permanece en ningún homicidio.*

*V. 16. En esto hemos conocido la caridad de Dios para con nosotros, en que él mismo dio su vida por nosotros: y nosotros también debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos.*

Cuando uno odia fuertemente, uno es homicida; porque nadie odia a su hermano que no estaba muy contento de robarle la vida, y que no le quita muchas veces la del honor con la calumnia, y casi siempre la vida de la gracia dándole la oportunidad de odiarlo él mismo, e inspirándole sentimientos de venganza por los ultrajes que le ha hecho. Ahora bien, quien es de esta fuerza no puede tener la vida eterna, que no es otra que la vida de la gracia y del amor, y el fluir del Espíritu de la Palabra, que no puede estar en un alma sin inspirarle lo que es. Y cómo fue perfecta su caridad para con nosotros, dando su vida por nosotros; también, para que nuestra caridad hacia él sea perfecta, debemos entrar en la disposición de dar la vida por nuestros hermanos. Nótese que San Juan no dice que el que odia a su hermano no tendrá la vida eterna, que es un tiempo futuro; mas no habite en él la vida eterna, que es el tiempo presente. Esta vida eterna no es otra que la vida del Verbo, que se produce en el alma por la caridad, de la que está muy alejado el que odia a su hermano. Es bueno notar que, según las palabras de San Juan, no es una vida pasajera; sino una vida permanente, que muere en el alma, y que es un hábito íntimo y profundo de la caridad más pura.

*V. 17. Si alguno tiene bienes de este mundo, y viendo a su hermano tener necesidad, le cierra el corazón, ¿cómo mora en él la caridad de Dios?*

*V. 18. Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino por nuestras obras en la verdad.*

¿Cuántas personas hay que, aun profesando alguna devoción exterior, sólo tienen dureza con los pobres? Sus corazones y sus manos están siempre cerrados a ellos, aunque se vean sus necesidades apremiantes. Hay gente que cree que la limosna no es obligatoria, sino una obra de socorro; que viven contentos y en la seguridad de su salvación, recitando apresuradamente algunas oraciones vocales todos los días. Yo digo que estas personas son las que más peligro corren de su salvación, aunque no lo crean. ¿Cómo se arruinarían sin la caridad? Ahora bien, si la caridad del prójimo no está en ellos, tampoco está allí la caridad de Dios, siendo la una inseparable de la otra.

No debemos amar, como dice San Juan, la lengua, ni la palabra: porque (a) el que habla; Señor, Señor, no entrará en el reino de los cielos. Él entrará allí solo por caridad y haciendo la voluntad de Dios: Uno debe mostrar su amor por los efectos. (a) Mateo 7 v. 22

*V. 19. En esto sabemos que somos hijos de la verdad: en esto descansaremos nuestro corazón delante de Dios.*

*V. 20. Pero si nuestro corazón nos reprende, mayor aún es Dios que nuestro corazón; él sabe todas las cosas.*

*V. 21. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos delante de Dios.*

El alma que está puesta en la verdad del todo de Dios y de su propia nada, tiene verdaderamente el corazón en reposo; porque él está en su centro. El centro del hombre es la nada. Como fue sacado de la nada, que es su origen, no puede descansar hasta que sea verdaderamente aniquilado por una aniquilación moral, no física, que consiste en la desapropiación general de todas las cosas, dejando a Dios ser todas las cosas en todas las cosas; y él, siendo nada, y siempre nada en todo lo que es y subsiste, no puede subsistir más que en el todo, en el que todas las cosas están encerradas y de las que están animadas.

Este estado de aniquilamiento no es, como algunos imaginan, un estado vacío e infructuoso: es un estado que, al hacer que el hombre permanezca en su nada, lo convierte al mismo tiempo en el instrumento más limpio en manos de Dios para hacer el mayor y obras sublimes. ¿Usó algo más que la nada para la construcción de este gran universo? y todas las criaturas, que hacen de ella toda la belleza y el ornamento, ¿fueron extraídas de otro lugar que del fin de la nada? El mismo hombre, para quien todo fue hecho, ¿es otra cosa que polvo? Incluso debe volver al polvo del que salió; será de este polvo de donde saldrán cuerpos incorruptibles para ser glorificados y santificados. Digo, pues, que el estado de nada, aunque despoja al hombre de todas las cosas, es bueno, espiritual, etc. no lo dejéis vacío ni estéril por eso; pero sólo lo mantiene impotente para hacer cualquier acción propia, y por lo tanto impotente para hacer el mal. Pero al mismo tiempo que ya no puede actuar, como que ya no es, por así decirlo, según el místico, es entonces cuando es movido y actuado por el Espíritu Santo, que ya no encuentra resistencia, sopla en él como él quiere: y es entonces cuando se verifica este pasaje; (a) Él envolverá su Espíritu; y serán creados de nuevo. (a) Salmos 103 v. 30

Las personas de esta fuerza son verdaderamente hijos de la verdad; no en palabra, sino en efecto: & estos hijos de la verdad tienen sus corazones en perfecto reposo; porque están libres de todos los problemas de la propiedad y el pecado. Ni su corazón ni su conciencia les reprocha nada; incluso llegan a tal punto que apenas saben ya lo que es la conciencia, lo que ha sido de ellos: y los tales tienen, como añade San Juan, confianza ante Dios.

Pero aquellos en quienes el corazón y la conciencia están cerca de crímenes secretos, esos deben creer que si su corazón los condena en algunas cosas, Dios los condena aún más

que su corazón: porque Dios profundiza hasta las más pequeñas circunstancias de nuestro crimen; y quien se cree culpable sólo de faltas leves, porque su conciencia es errónea, es culpable de verdaderos delitos. No hablo aquí por aquellas personas escrupulosas, que cometen delitos de nimiedades mientras a menudo descuidan sus deberes más efectivos; ni a aquellas personas cuya conciencia es tan tímida, que constantemente se acusan de mil tonterías, estando siempre ocupados en sí mismos. Hablo a los que se justifican fácilmente, y que a menudo sofocan los movimientos de su conciencia, acusándose de debilidad al sentir sus reproches. Hay personas que por no cometer los pecados del cuerpo, que se aborrecen, creen, llenas de todos los pecados del espíritu, ser los más inocentes de todo el mundo, y toman la sindéresis de su conciencia como una tentación.

(Sindéresis: Discreción, capacidad natural para juzgar rectamente.)

Otros hacen justo lo contrario. Viven una vida bastante pura e inocente, y se convencen de que el resto de su conciencia proviene del endurecimiento: se esfuerzan mucho por no tener ningún dolor, y se preocupan por no estar preocupados. Sigan todos y cada uno este consejo tan justo y prudente que les da San Juan. Que crean aquellos a quienes la conciencia les reprocha crímenes secretos persuadidos de que Dios es más grande que su corazón, y que sus crímenes se presentan ante él de una manera diferente a como se les aparecen a ellos mismos. Aquellos cuya conciencia no les reprocha, deben descansar en confianza en Dios.

*V. 22. Y todo lo que le pidamos nos dará, porque obedecemos sus mandamientos, hagamos lo que le agrada.*

*V. 23. Ahora bien, su mandamiento es que creamos en la palabra de Jesucristo, que nos amemos unos a otros, como él nos ha mandado.*

Dios infaliblemente hace la voluntad de aquellos que hacen la Suya; y el medio más seguro de obtener todo lo que uno pide es hacer la voluntad de Dios.

Ahora bien, esta voluntad es, según San Juan, que os recibamos en el nombre de Jesucristo. Esto se entiende de varias maneras: todo el tiempo de la vida, desde el comienzo de la conversión hasta la confirmación, todo debe obrar por la fe en Jesucristo. Esta es la forma más efectiva de convertir a los pecadores. En lugar de avergonzar a estos pobres pecadores con multitud de razones para llevarlos a dejar el crimen, primero debemos llevarlos a mirar a Jesucristo, su bondad, lo que ha hecho por ellos, el deseo que tiene de salvarlos, y que si realmente han resuelto dejar el pecado, sólo tienen que poner toda su confianza en él, arrojarse en sus brazos, creer que es tan poderoso para curarlos

que lleno de misericordia; que así como castiga con rigor el crimen del impenitente, recibe con amor al pecador que se convierte. Debemos conducir las almas a Jesucristo por la fe, y no entretenerlas toda la vida alrededor de las criaturas.

Si lo hiciéramos, ¿qué conversiones no haríamos? Si examinamos los ejemplos de las Escrituras, veremos que las conversiones reportadas por los evangélicos se hacen de esta manera. la del centurión, del publicano, del cananeo, de la Magdalena; todas las curaciones que hizo Jesucristo, son hechas por fe. (a) ¿Puedes creer? dijo a algunos; todo es posible para el que cree. Es esta fe la que tiene el poder de curar nuestra languidez: y cuando sintamos que nuestra fe se debilita, digamos; Yo creo, Señor; ayuda la debilidad de mi fe. En el resto de la vida espiritual todo se hace por la fe. La fe forma la entrega, y la entrega viene de la fe. Donde hay mucha fe, hay mucha entrega; porque la Fe no es otra cosa que una entera confianza que tenemos en una persona que nos hace abandonarnos a ella, sea por nuestra conducta particular, sea por nuestra salvación, nuestra eternidad, nuestra vida, nuestra muerte, todos los accidentes que acontecen. La fe nos hace abandonarnos en Dios, nos lleva a dejarnos a nosotros mismos, a dejarlo todo a nuestra conducta, nos quita la preocupación y el dolor por el futuro, incluso nos quita toda vista y retorno por el presente; y habiéndonos arrastrado por esta pérdida de la vista y del cuidado de nosotros mismos: finalmente completamente fuera de nosotros mismos, nos hace pasar a Dios, donde entramos por estado en la voluntad de Dios. Esta es la disposición que Dios quiere de nosotros, y en la que debemos entrar, y es este estado de la voluntad de Dios, que no es otro que el amor puro. Si la fe denota abandono y confianza perfecta, también muestra amor perfecto. Nunca confiamos en lo que odiamos; pero lo que nos gusta. De este amor puro, y confianza sin interés, nace el amor puro y perfecto al prójimo; amor conforme al de Jesucristo, que dio su vida por las faltas de los hombres: porque tal alma estaría dispuesta a dar mil vidas por las faltas de sus hermanos. (a) Marcos 9 v. 23, 23

*V. 24. El que guarda los mandamientos de Dios, muere en Dios, y Dios en él; y es por el Espíritu que nos ha dado que sabemos que mora en nosotros.*

El que se abandona a su Dios por el amor y la confianza, se deja conducir por su bondad divina, seguro de que lo es, que lo conducirá siempre según su voluntad. Sólo eso le basta: todo lo demás le es enteramente indiferente; porque está despojado de todo interés propio. El que se ha despojado de todo interés propio para ver sólo los intereses de su Amado, está en perfecta caridad, y por consiguiente en el estado de la voluntad de Dios, que no puede querer otra cosa que ser amado soberanamente por sus criaturas. , sin mezcla de su propio interés. El que es así necesariamente permanece en Dios. Ya no

residiendo en sí mismo ni en su propiedad, ¿dónde se alojaría sino en Dios? El hombre despojado de sí mismo pasa infaliblemente a Dios, y hace la voluntad de Dios, ya que el estado de la voluntad de Dios le hace morar en la caridad, y el que mora en la caridad, mora en Dios, y Jesucristo mora en él, según sus palabras: (a) "Si alguno hiciere mi voluntad, mi Padre le amará, vendremos a él, y haremos en él morada. " (a) Juan 14 v. 23

Y es por este Espíritu que Dios nos ha dado al despojarnos de nuestro propio espíritu, que sabemos que Dios habita en nosotros, y nosotros en él. Esto quiere decir, que esto no nos es dado a conocer por alguna luz particular, sino por la experiencia real de Dios en nosotros. Sé que Dios está en mí: ¿y tú cómo le conoces, me dirá alguien? Lo conozco porque está allí; y la verdad de su morada en mí, hace la verdad de mi conocimiento; de manera que mi saber no es otro que mi experiencia.

**-------------------------------------------**

# CAPÍTULO IV

*V. 1. Mis carísimos hermanos, no creáis en todo espíritu; pero juzguen si el Espíritu viene de Dios, porque muchos falsos profetas se han levantado en el mundo.*

*V. 2. Así es como sabemos si un Espíritu es de Dios. Todo espíritu que confiesa que Jesucristo vino en carne, es de Dios:*

*V. 3. Y todo espíritu que divide a Jesucristo, no es de Dios; pero este es el Anticristo, de quien habéis oído que ha de venir; & ya está en el mundo.*

El verdadero Espíritu de Dios sólo puede ser conocido por éste, a saber, el que confiere que Jesucristo ha venido en la carne, es decir, según el sentido místico, que es el que soy más ordinariamente en esta obra, el que cree y sabe que podemos tener en esta vida y en nuestra carne mortal, el Espíritu puro de Jesucristo, que no es otra cosa que la formación en nosotros: El que sabe y cree estas cosas, conociéndolas por su experiencia, y creyéndolos por el deseo que tiene de atenderlos, tiene el verdadero Espíritu de Dios: Pero el que no los ha experimentado, y que no quiere creerlos y enternecerse, ése es un Anticristo; porque divide a Jesucristo.

¿Y cómo lo divide? Es que sabiendo que hay que conformarse exteriormente a la propia vida, niega que se pueda entrar en su Espíritu; & recibiendo el exterior de Jesucristo, que es la parte más pequeña de sí mismo, rechaza su Espíritu.

El que tiene el verdadero Espíritu de Dios no lo hace así: cree y sabe que Jesucristo vino a este mundo, en la carne, para comunicar su cuerpo y su Espíritu a todos los hombres; su

exterior, para conformar los suyos a él por la práctica de las más grandes virtudes; y su interior, por la contemplación continua de la Divinidad, por la unión permanente con Dios; finalmente por el estado de la voluntad de Dios: lo que nos ha enseñado con el ejemplo y la palabra, invitándonos al despojo total de nosotros mismos a través de la pobreza espiritual. ; enseñándonos a abrazar el dolor, a sufrir la persecución y la calumnia, a orar sin cesar. Él nos enseñó a hacer que Dios reine en nosotros a través del amor y la conformidad a su santa voluntad. Él nos enseñó que el reino de Dios está dentro de nosotros. Él nos enseñó la mayor de las ocupaciones interiores, a saber, permanecer encerrados en nosotros mismos para hacer nuestro corazón incesantemente para nuestro Rey, someternos a él, dejarlo mandar como un soberano, y hacernos fieles a él por amor y por obediencia a - la ejecución de todas sus voluntades.

*V. 4. Porque vosotros, hijitos míos, habéis vencido al Anticristo, vosotros que sois nacidos de Dios; porque mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo.*

Quienes vuelven a sí mismos han comenzado a encontrar a su Dios, quienes ya han gustado su presencia adorable, y la dulzura de su amor, esos han vencido al Anticristo; porque no dividen a Jesucristo: en la medida en que se dejan llenar de su Espíritu interiormente, se conforman siempre a él exteriormente: porque el interior de Jesucristo sólo puede producir exterioridad de Jesucristo: & como lo que poseen interiormente por su experiencia es mayor que todo el mundo, (puesto que es Dios;) Ya no temen al Anticristo, es decir, a los que dividen a Jesucristo. Porque lejos de que todo razonamiento falso pueda desviar de dentro a aquellas almas en las que mora Dios, esto no hace más que fortalecerlas más; y todo lo que se les pudiera alegar por el contrario, no hace más que débiles razonamientos, que su experiencia les supera infinitamente. Es como una persona que está encerrada en un armario con el objeto de su afecto, al que sólo ama, y que fuera una tropa de hombres gritándole por las ventanas, que el que le gusta está en otra parte, que ella nunca lo encontrará si se queda encerrada así, que hay que salir a buscarlo. ¿No les dice que lo tiene, que posee el objeto de sus deseos, que no podría salir a buscarlo sin perder la dicha de su goce? ¿Qué pasa si persisten en preferirlo y lo acusan de locura por permanecer así? ¿No pensaría que ellos mismos estaban locos y que eran dignos de lástima? Esto es lo que está pasando hoy, mis queridos hermanos; acordaos de lo dicho por Jesucristo: (a) Si os dicen, Cristo está aquí, Cristo está allá, no creáis, es decir, (b) de sí mismo no volváis allá: el que está en el techo, es decir, en sublime contemplación, no os desviéis de él: sino que cada uno se quede donde está. ¡Oh, qué desgracia para aquellos que, estando ya fuera de sí mismos, vuelven allí a buscar lo que poseen! porque así se alejan de ella, y muchas veces la pierden para siempre: mientras que aquellos que

perseveran a pesar de la perfección de los hombres, la disfrutan tanto más cuanto más se perfeccionan en su goce. (a) Mateo 24 v. 17, 18 y 23; (b) c. a. d. quien se abandonó a sí mismo.

*V. 5. Los falsos profetas son del mundo: por eso anuncian lo que es del mundo, y el mundo lo escucha.*

*V. 6. Pero nosotros los demás somos hijos de Dios: el que conoce a Dios, nos escucha; y el que no es de Dios no nos escucha. Es en esto que conocemos el Espíritu de verdad y el espíritu de error.*

Es algo que se vive todos los días, que los verdaderos siervos de Dios son perseguidos por el mundo, el mundo no los escucha; y aunque tienen la unción del Espíritu Santo, y aunque predican las verdades fundamentales de nuestra religión, el mundo no puede gustarlas ni oírlas. ¿Y por qué eso? Es porque al no ser del mundo, no pueden gustarse del mundo. Al contrario, los predicadores que tienen más espíritu del mundo, y que están más desprovistos del Espíritu de Dios, son los más aplaudidos; mientras que otros son verdaderamente probados solo por aquellos que tienen el Espíritu de Dios. Porque aquellos en quienes Dios mora, los disfrutan admirablemente, mientras que los demás los hacen objeto de sus burlas y calumnias.

Es por este aplauso o este rechazo del mundo que sabemos si un hombre está lleno del espíritu del error y de la mentira. ¿No dijo Jesucristo: (a) Si fuerais del mundo, el mundo os habría amado? El mundo escucha lo que le gusta, pero rechaza lo que odia; porque no es santo. Juzga por esto, oh hombre que basas todo el fundamento de tus discursos en la elocuencia, y todo el éxito en la buena opinión de los hombres, ¿dónde estás? Es en esto, dice San Juan, que distinguimos el Espíritu de verdad del de error. El que tiene el Espíritu de la verdad se hace oír y gustar de los que tienen el Espíritu de Dios, mientras la gente del mundo los agita. Los que tienen el espíritu de error, que no es otro que el espíritu de amor a sí mismo y del propio interés, no gustan ni casi oyen verdaderos siervos de Dios, por mucho que tengan el aplauso de todos. (a) Juan 15 v. 19

*V. 7. Mis queridos hermanos, amémonos unos a otros; porque la caridad viene de Dios; y todos los que tienen caridad, se hacen hijos de Dios, y conocen a Dios.*

*V. 8. El que no ama no ha conocido a Dios; porque Dios es amor.*

Por muy cuidadosos que los filósofos se pusieran en conocer a Dios mediante el esfuerzo de sus mentes, no lo conocían; porque no lo amaban, y porque todo otro conocimiento de los hombres más sabios del mundo, que hacen a uno privado de amor, es un engaño. En Dios el amor produce conocimiento, mientras que en las criaturas el amor presupone conocimiento. Sé que no se puede amar si no se le conoce, es decir, si no se sabe que hay un Dios, que merece ser amado y adorado. Este solo conocimiento es suficiente para llevarnos a amarlo; y tan pronto como lo amamos, entramos en un conocimiento verdadero de lo que es y de lo que merece: es un conocimiento de experiencia que se da sólo por el amor; como el que se deshace de un bien, sabe infinitamente mejor lo que vale que el que apenas ha oído hablar de él. Por eso está escrito: (a) Gustad, y veréis: gustad primero por amor cuán amable es Dios, y luego veréis, por el conocimiento que os será dado amando. (a) Salmo 33 v. 9

¡Oh, cuán engañados están los hombres que hacen consistir toda piedad en el esfuerzo de su mente por conocer un objeto incomprensible, y que se persuaden a sí mismos de que la oración debe ser un razonamiento continuo! Oh no, la oración debe ser AMOR continuo.

¿Quieres hacer una buena oración? ama mucho; y te irá bien. Comienza tu oración con actos y arrebatos de amor hacia este Dios que todo lo ama, y no con razonamientos, que, divirtiendo tu mente, dejan sin alimento tu voluntad; lo que propiamente se llama masticación vacía. Proseguid vuestra Oración por el amor, haciendo que el Amado se comunique a vosotros, en la medida en que intentéis acercaros a él con vuestro afecto; Y finalmente, termina tu oración con un amor verdadero, y con el deseo de amar cada vez más este objeto divino, que merece todo nuestro amor. Pero ¿qué estoy diciendo? termina tu oración. No, hermanos míos, nunca lo acabéis, nunca dejéis de amar ni un momento, y nunca dejaréis de orar. Los Serafines, que no son más que llamas del amor más puro, (a) se cubren el rostro con las alas, mientras dejan el corazón abierto a los ardientes dardos del amor, para dejarse penetrar e inflamar; para enseñarnos, que con Dios el conocimiento debe venir por el amor, y no por la vista; que el cálido Sol deslumbra la vista; nadie puede verlo ni penetrarlo. También en el orden Jerárquico de los Ángeles, los Serafines son de la primera Jerarquía, y los Querubines a continuación: lo que nos enseña, que Dios da su conocimiento sólo por su amor, y que el que más ama, es el que más sabe : no se puede dudar que aunque el amor se atribuye a los Serafines, y el conocimiento a los Querubines, el primero de los Serafines, uno de los siete Espíritus que están siempre ante el trono de Dios, ya no lo sabe más que los Querubines, a quién se le atribuye el conocimiento; y el que más ama de los Querubines es el que más sabe.

El conocimiento, por tanto, opera a través del amor: es el amor el que lleva a Dios a descubrirse a nosotros, siguiendo las palabras de Jesucristo: pero como sólo podemos

conocer a Dios en la medida en que se nos manifiesta, y que se manifiesta sólo en la medida en que nuestro amor, es claro que quien más lo ama es quien más sabe. San Pablo (a) dice que ha habido hombres que han tratado de conocer a Dios por sus poderes naturales, y que, habiéndolo conocido como Dios, no lo adoraron como Dios, y por lo tanto no lo adoraron. Este conocimiento sublime, privado de la caridad, sólo sirvió para hacer más profunda su caída. Lo cual nos hace ver que el amor no nace del conocimiento, aunque lo precede el conocimiento implícito: sino que el conocimiento nace del amor, aunque posteriormente el conocimiento producido por el amor aumenta este mismo amor, y el aumento del amor da un conocimiento más claro, y así sucesivamente. hasta el infinito, la criatura haciendo a lo largo de toda la eternidad sólo para amar y conocer: a medida que surgen cosas nuevas, fuegos, descubre nueva claridad. El amor quema e ilumina: estas son dos cualidades inseparables del fuego, quemar e iluminar; pero la primera acción del fuego ha de ser quemar antes de iluminar, aunque el mismo infante que le comunicó su calor le comunica su luz: si miramos de cerca la cosa, veremos que su naturaleza es quemar, y que ilumina sólo porque quema. Ver un carbón encendido antes de volverse luminoso, o más bien, ver que el calor precede a la luz y la sigue después; de modo que un objeto arrojado al fuego, como un trozo de madera, no se encenderá hasta que se haya calentado. Cuando la luz se extingue, todavía queda calor: lo que indica que el calor es el principio de la luz.

¡Amemos, quememos, y tendremos conocimiento! el más genuino. Cuando el fuego se encienda en nosotros, habrá una maravillosa armonía entre la luz y el calor. Esto es propiamente lo que es el conocimiento y el amor de Dios.

Ahora bien, este amor de Dios produce en nosotros el amor al prójimo; porque siendo todos hijos de Dios por la caridad, la misma caridad que nos hace amar a Dios como a nuestro Padre, nos hace amar a nuestro prójimo como a nuestro hermano. (a) Romanos 1 v. 21

*V. 9. La caridad de Dios para con nosotros se manifiesta en que envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.*

¿Quién podría creer que el fuego, que todo lo destruye y que parece producir esterilidad por donde pasa, fuera fecundo y pudiera comunicarnos la vida? Sí, mis queridos hermanos, el mismo fuego que abrasa los campos y los deja desiertos, es el mismo que les da vida y fertilidad. ¿No vemos en las cosas naturales que es el calor el que da vida a todas las cosas? Un pájaro incuba sus huevos, y por su calor les comunica la vida, y de un huevo inanimado y líquido, sale un pajarito lleno de vida. El amor de Dios hace lo mismo: este

fuego sagrado, que parece dejar el corazón desierto e infructuoso, arrancando de él todas las inclinaciones extrañas que una vez hicieron su vida, parece quemarlo sólo para secarlo, sin dejarlo con ni humor ni vida: sin embargo, este mismo amor, que consume en el corazón todo lo que no es él mismo, le comunica vida y calor. La madre del pajarito parece secarle el temperamento al huevo; pero al secarlo le da confianza, y al final le comunica la vida. El amor de Dios tensa el corazón, le arranca poco a poco toda humedad radical; pero al mismo tiempo arranca de él toda corrupción: le quita su primera forma, esta vida de Adán, le hace perder toda acción, toda operación, para que los que no conocen el secreto del amor divino crean que este amor permanece estéril e infértil, y que no opera nada: pero secretamente opera la vida, enviando a este corazón a Jesucristo, que se convierte en su vida y fecundidad. Dios enviando la caridad a la tierra, por el mandamiento tan admirable que hizo de la caridad, pareció arrebatar al hombre toda su vida, privándolo de lo que tenía de amor ajeno: también dice, que es celoso: trata de adulterar los que aman otras cosas que a sí mismo: lo desecha todo; y para hacerlo mejor , conduce a su pueblo (a) al desierto , a quien envía el fuego de su amor , es decir su Espíritu , que según la Escritura era un viento abrasador , en para secar la tierra; & **(a)** la faz de la tierra ha sido renovada y creada de nuevo. (a) Oseas 2 v. 14; **(a)** Salmo 103 v. 30

Digo entonces, que este amor de Dios, que es un amor ardiente y abrasador, es también un amor vigorizante: por eso Dios envía a su Hijo a la tierra para comunicarnos una vida nueva, y para que sea nuestra propia vida, el amor nos quitó la vida: y para que no dudemos de su amor que da vida, se dio a sí mismo como carne y comida; lo cual es una prueba para nosotros de lo que sucede en el alma, como ha sucedido en la tierra desde la creación del mundo. También el mismo amor que quemará a los Ángeles y a los Santos por toda la eternidad, los vivificará y les comunicará una vida inmortal. Si este amor sólo ardiera sin ser vivificante, no habría Ángel y Santo que no se redujese a cenizas ante la Majestad de Dios, como está escrito, que (b) Dios es fuego devorador: pero porque da tanta y más vida que consume por su ardor, el alma se encuentra tanto más viva en Dios, cuanto más se consume en él por la fuerza de su amor. Está escrito, que (c) el fuego quemará en el fin del mundo toda la faz de la tierra, y que entonces aparecerá el Hijo del hombre. Por tanto, es necesario que nuestra propia vida sea quemada y confundida, antes de que Jesucristo entre en nosotros para ser nuestra vida. (b) Hebreos 13 v. 29; (c) 2 Pedro 3 v. 10

*V. 10. En esto consiste la caridad, en que no somos nosotros los que hemos amado a Dios; pero fue él quien nos amó primero, y quien envió a su Hijo para ser la propiciación por nuestros pecados.*

*V. 11. Mis queridos hermanos, si Dios nos ha amado de esta manera, debemos amarnos los unos a los otros.*

Sería imposible para nosotros amar a Dios si él no nos amara primero. Nos ama con tanta caridad, y su caridad es tan fuerte, que los rayos de su amor deben consumir a todas las criaturas con la fuerza de este mismo amor. Algunos corazones cediendo a sus soberanos atractivos se han dejado penetrar y consumir por él: pero otros, tomando una cualidad opuesta a este fuego sagrado, se han endurecido contra sus rayos; y lejos de devolver tan grande amor con amor recíproco, sólo han respondido con su ingratitud a infinitas bondades. Dios, cuya caridad no tiene límites, ha vuelto a advertirles con un amor nuevo a estas criaturas ingratas: ve a tu Hijo que ha expiado sus pecados, y pagando sus crímenes las ha hecho susceptibles a los rayos divinos. Pero por una ingratitud deplorable, muchos han hecho a este segundo amor lo que habían hecho al primero: y lejos de dejarse ablandar por este fuego fatal, se hicieron tanto más duros que Dios redoblaba más sus fuegos. Pero a aquellos en quienes tuvo su efecto, les comunicó su amor considerado y gratificante, induciéndolos a amar a sus hermanos como Dios los amaba, es decir, amarlos a pesar de su ingratitud, y advertirles de amor sin mirar ya sea por sus deméritos o por su falta de correspondencia. Esto es amarlos como Dios nos ha amado, y estas son las verdaderas marcas de la caridad. Debemos pagar hasta por nuestros hermanos ingratos, orando y sacrificándose por ellos, para obtener de Dios que les muestre misericordia, como Jesucristo oró por nosotros.

*V. 12. Nadie ha visto jamás a Dios; pero si nos amamos unos a otros, Dios habita en nosotros, y su caridad es perfecta en nosotros.*

*V. 13. Sabemos que permanecemos en él, y que él permanece en nosotros, en que nos ha dado su Espíritu.*

S. Juan, para hacernos saber mejor que no debemos tender a Dios con la luz de la razón, sino con el amor, nos asegura que a Dios nadie lo ha visto jamás, y que es inútil querer conocerlo con los ojos de la mente: hay otra forma de conocerlo, que es, su goce y su posesión; y esta posesión está dada por la caridad: porque la caridad nos da a Dios y lo hace habitar en nosotros.

No vemos lo que está dentro de nosotros, ni lo que está muy unido a nosotros; pero lo poseemos sin verlo: y si queremos verlo, para eso debe alejarse un poco de nosotros; entonces lo conocemos según nuestra capacidad de concebir, pero no según la verdad de su esencia. Dos cosas nos privan de la vista de un objeto, o su distancia demasiado grande, o su proximidad demasiado grande. Sin embargo, existe esta diferencia; que el que está

lejos no lo ve ni lo posee; pero el que está unido a él lo posee sin verlo; y hay más certeza de que es por posesión que por vista. De todos los sentidos, el más infiel es la vista, el más seguro es el gusto. El que ve arsénico lo tomará a la vista por azúcar; pero el gusto hace el discernimiento correcto de ello. Es muy cierto que hay que gustar para saber. Prueba entonces, y entonces verás sin desprecio lo que has probado. El que está íntimamente unido a Dios, lo pierde de vista, y al mismo tiempo pierde toda distinción; pero nunca más lo poseyó, y su amor por esta ceguera se hace más fuerte. Los poetas profanos han pintado el amor con los ojos vendados, para mostrar que el amor ciega hasta el punto de ocultar la verdad del objeto que se ama cubriendo sus defectos: pero no es aquí lo mismo. El amor nos oculta lo que podría deslumbrarnos en el resplandor de la Divinidad, que no podríamos soportar sin morir: nos da al mismo tiempo la posesión de la belleza que nos oculta; y si no nos cegó con el exceso de su bondad, nos cegaría siempre con el resplandor de su luz.

Por tanto, el que está íntimamente unido a Dios y en la caridad perfecta, llega a ser tanto cosa con Él, que no sólo pierde de vista a Dios, por la proximidad e intimidad de la unión; pero también se pierde de vista, quedando absorto en su objeto; como vemos nuestro rostro a través de un espejo, pero sólo lo vemos por reflejo y en imagen, nunca en realidad: apenas quitado el espejo, permaneciendo en nuestro estado natural, nos perdemos de vista a nosotros mismos. Quien se esfuerza por conocer a Dios y por conocerse a sí mismo de otra manera que por la caridad unificadora, se equivoca en este conocimiento, viéndose a sí mismo sólo en imagen y por el favor de un espejo engañoso. Cuando creemos que nos conocemos más, es cuando menos nos conocemos. Pero no es lo mismo en unir el amor, donde el amado, consumiendo y transformando en sí mismo al amante, lo purifica con su calor, y le enseña a conocerse a sí mismo, quitándole mil manchas que nunca ha descubierto: también conoce mejor a su amada viendo su infinita pureza, quien rechaza lo que le había parecido que ella considera como su mayor pureza, ¿Dios rechaza por impuro? ¿Cuál es entonces la impureza que reconoce como tal? Ahora bien, es este conocimiento por amor, y por la experiencia real de Dios en nosotros, lo que es verdadero conocimiento: todo lo demás es mentira y engaño.

Y sabemos verdaderamente que Dios habita en nosotros, cuando tenemos su Espíritu, que nos hace concebir por nuestra propia experiencia que no podemos conocer a Dios de otra manera. Cuando S. Agustín deseaba conocer a Dios y conocerse a sí mismo, no se proponía un conocimiento especulativo, sino un conocimiento del amor y de la experiencia, tanto más; real, que la posesión del objeto es más y real.

*V. 14. Hemos dado testimonio de que el Padre envió a su Hijo para ser el Salvador del mundo.*

*V. 15. Quienquiera que confiera que Jesucristo es el Hijo de Dios, Dios habita en él, y él en Dios.*

Este estado de amor y fe, por el cual el alma pierde toda vista y toda distinción para creer; y amar, quedándose absorto en lo que no puede ver, atrae otro estado, que es que cuanto más conoce el alma a su Dios, más se conoce a sí misma, más conoce también su impotencia y su inutilidad. Es entonces cuando descubre admirablemente que Dios le envía un Salvador: conoce la verdad de la salvación obrada por Jesucristo, y la amplitud de la redención, que hace que el alma quede tan convencida de su debilidad, y de la malignidad de su trasfondo que echa a perder y corrompe todas sus operaciones, que ya no puede querer hacer nada por sí misma; pero renunciándose a sí misma con tanto más coraje cuanto que se sabe más infectada de malignidad, se abandona enteramente a Dios para que él obre en ella, por ella y para ella lo que a Él le agrada. Es entonces cuando ella da todo y pleno poder a Jesucristo para actuar como soberano, y para extender en ella la fuerza de su sobreabundante redención. Es entonces cuando, estando completamente perdida, descubre que toda su salvación está contenida en Jesucristo; y es entonces que, amando a Jesucristo incluso por encima de su salvación, le entrega a él esta misma falta, que hace posible operar sólo por él, dejándole dueño; y quedando muerta y aniquilada a todo pensamiento y a toda solicitud de salvación, se resigna tanto y se abandona tan fuertemente a Jesús por la pureza de su amor y de su fe, que se encuentra poco a poco unida, transformada y cambiada en él.

Es entonces que residiendo en él permanece en Dios, escondiéndola Jesucristo con él en el seno de su Padre, y haciéndola finalmente Dios por participación.

Pero para llegar a esta morada del alma en Dios, San Juan la hace pasar varios grados. Primero debe entrar en el conocimiento de la experiencia, que Dios Padre envía a su Hijo para ser el Salvador del mundo, y así, debemos dejar que Él obre en nosotros esta salvación. Ella debe entonces confesar no sólo con la boca, sino con el corazón y en verdad, que Jesucristo es el Hijo de Dios, que sólo Él puede obrar todo en ella, y que ella debe dejarlo obrar allí, quedando anonadada: y finalmente, debe permanecer en él por perfecta resignación y total abandono; y que Jesucristo la hace morar en Dios, donde mora el mismo Jesucristo desde la eternidad, y donde morará eternamente.

*V. 16. Y hemos conocido y creído el amor que Dios nos tiene. Dios es amor. El que mora en el amor, mora en Dios, y Dios mora en él.*

Este versículo es como el argumento y la conclusión de todo lo que dijo San Juan: Hemos conocido, dice él, por nuestra experiencia, y hemos creído: porque es la luz de la fe, que unida a la experiencia, descubre todo en Dios. , es decir, lo que le place manifestar de sí mismo: y no las luces de la razón, que sólo hacen falsos fulgores. Hemos conocido, dice entonces, por la experiencia de la bondad que Dios nos ha hecho aparecer en el amor que nos ha comunicado, cuál es ese amor que nos tiene; y esta experiencia que nos hizo conocerla, nos hizo creer en ella infinitamente más de lo que sentimos: porque sabemos que por nuestra debilidad Dios no puede mostrarnos todo el amor que nos tiene. Por tanto, hemos conocido, pero al mismo tiempo hemos creído en el amor que Dios nos tiene; y esta fe en el amor que nos tiene, nos ha llevado también a amarlo, si no tanto como él nos ama (siendo esto imposible, siendo infinita su caridad), al menos con todas nuestras fuerzas, y permanecer enamorados, finalmente amarlo por su mismo amor, la debilidad de nuestro amor, y la fuerza del amor de un Dios haciéndonos desfallecer en nuestro propio amor, como un corazón que se encuentra apretado en un amor que lo supera, estalla y se parte, se expande y dar lugar a su amor, pero que, dando paso al amor, le da también a su vida expirando por el amor que no pudo contener.

Lo mismo le sucede al que ama a Dios: y aunque no tiene lugar sensiblemente en nuestro corazón de carne, sí tiene lugar en la parte más pura de nuestro espíritu, en el centro de nuestra alma, que es el asiento de la voluntad y el trono de amor. El corazón, sabiendo por la abundancia del amor que se le comunica, su pequeñez para contener un amor tan inmenso, llega a fallar poco a poco a su propio amor, que le parece nada; y dejándose presa del amor divino, encontrándose tan pequeño para contenerlo, debe estallar, abrirse, y perder la vida por el exceso de amor, debe pasar en aquel a quien ama, expirando y enviándole este espíritu que no pudo contener un gran incendio. Entonces este corazón ya no piensa en amar por su amor, se pierde y se hunde en el amor mismo, y se encuentra sumergido en aquello que no podía comprender. Entonces ya no ama con un amor estrecho y acerado, que se encierra en su pequeña capacidad; sino con un amor infinito e inmenso, que absorbiendo toda su capacidad de amar, lo hace amar por su amor y en su amor.

¡Oh admirable invención de este amor inmenso e infinito, para hacerse amar de los pobres corazoncitos que apenas pueden contener el amor! los ahoga, los mima, los sumerge en este océano de amor, los hace vivir allí de una manera tan real e inefable como pacífica, tranquila y natural, sin nada extraordinario. El pez que vive en el agua, vive allí sin esfuerzo: va y viene en este elemento con una facilidad admirable, y hace un largo camino sin salir de él: pero si se quisiera hacer tragar así a este pez en un mar inmenso, cantidad de agua que excediera su capacidad, uno lo haría morir. Lo mismo sucede con aquellos amores que causaron la muerte de los amantes: fueron amores recibidos en la

calidad del hombre, y que, pasando esta capacidad, le arrebataron la vida natural. Pero el amor del que hablo no se recibe en la voluntad: así no hace ningún esfuerzo en el corazón, sino que destruye la voluntad en sí mismo. Esto es lo que hace que el alma se encuentre en él en una libertad tan grande que, lejos de ponerle el amor en algún estado violento, se le hace natural. No es que para llegar a esto no se deba morir de muerte mística, dejándose a sí mismo, y la forma ordinaria de concebir y amar, para pasar al Dios infinitamente amable.

*V. 17. Es en esto que el amor de Dios es perfecto para con nosotros, y que nos da confianza en él para el día del juicio, porque somos en este mundo tal como es.*

El Amor de Dios nos ha hecho ver su exceso en que, sabiéndonos demasiado pequeños y limitados para contener el amor infinito que nos tiene, nos ha hecho pasar a él: así nos dice en la Escritura, (a) Pasar a a mí todos los que me deseáis con ardor: siendo demasiado pequeños para contener el infinito, el infinito os debe hundir en sí mismo. Un filósofo que había considerado durante mucho tiempo que el flujo y reflujo del mar no podía entenderlo, se arrojó al mar, diciendo estas palabras. Debes entenderme, ya que yo no puedo entenderte. Es la figura de lo que sucede en el amor sagrado. El alma a fuerza de contemplar este ir y venir del amor infinito de un Dios por su pobre criatura, viendo que es el mismo amor con que se ama a sí mismo el que se le comunica y se recibe en él - aun, y viendo la inmensidad de este amor, se arroja, se pierde, se hunde en el amor; y desesperado de comprenderlo, se deja comprender y engullir, muriendo y expirando a toda vida propia para no vivir más que en este mismo amor, y por este mismo amor.

Ahora bien, este amor, en medio de la pérdida más extrema, nos da confianza para el día del juicio; porque este amor infinito nos hace el ser en este mundo, semejante a él, en su inmensidad, y en una entera independencia de todos los medios posibles: porque este estado aquí es de un fin consumado, que obra por ir más allá de todos los medios que con fervor trajeron nosotros aquí, pero que de nada sirven cuando hemos llegado allá. Los medios son esenciales para llegar a un fin; pero todos deben estar de acuerdo en que cuando hemos llegado a ello, estos medios tan necesarios se vuelven inútiles.

Se me objetará que no se puede saber si se ha llegado a este fin. Responderé con las palabras de San Juan; que se sepa y se crea por experiencia; y que el Espíritu Santo, que está en el alma, le da la certeza de ello: añado otra vez, lo sabemos por el perfecto reposo en el amor mismo, en unión inmediata, y en cierta saciedad, cuyo hecho de que el alma ya no tiende, tendencia, hambre ó marcha; sino que quede en posesión del bien que

anhelaba, que esperaba, del que tenía hambre, y por el cual corrió con todas sus fuerzas, hasta que habiéndolo encontrado, perdió toda búsqueda de sí misma.

*V. 18. No hay temor en el amor: el amor perfecto destierra el temor; porque el dolor está en el miedo, y el que teme no es perfecto en el amor.*

San Juan añade a lo que digo una verdad que muestra la perfección del amor, y que el alma que lo ha alcanzado está en su fin; es la impotencia del miedo. Es tan imposible para el alma aquí llegada temer en las cosas más grandes del miedo, como es imposible para ella desear y buscar. El que desea teme lo que no puede temer el que posee y es poseído. Si teme lo que sea, ya sea con respecto a la salvación o a la eternidad, digo que no está en un amor perfecto, sino en algún estado que, aunque perfecto con respecto a los que están debajo de él, es sin embargo imperfecto con respecto al de él, de quien hablo, aunque es perfecto en lo que encierra. Se me dirá que el alma que goza debe temer perder lo que goza. Yo digo que eso es imposible; o el disfrute no sería completo. La posesión perfecta en el amor purificado no deja ojos, ni para mirarse a sí misma, ni al futuro. Desterrado todo interés propio, uno es incapaz de temer la pérdida de la posesión de un bien que estaría dispuesto a sacrificar, si pudiera tener alguna consideración; porque Dios es sacrificado a Dios mismo, el disfrute de Dios a la voluntad de Dios.

Así que, pase lo que pase con esta alma, permanece firme en la voluntad de Dios. Ella no puede temer ni siquiera al pecado; porque, como hemos dicho, ha perdido enteramente todo lo que tenía de sí mismo: porque si la menor propiedad y el menor interés le corresponden, todavía está muy lejos de este estado aquí. No teniendo ya ninguna propiedad, ya no tiene su propia acción; & ¿dónde llevará ella el pecado? Ni siquiera puede pensar en el pecado; ese nombre es desterrado de su mente en la medida en que la malicia es removida de su corazón. Habiendo pasado verdaderamente a Dios, habiendo perdido místicamente todo sustento propio, no puede temer al pecado; puesto que ya no subsiste en distinción, ni fuera de Dios, como no hay pecado en Dios, no puede, por tanto, pecar: no puede temer la pérdida de Dios y de su posesión, puesto que lo inmola hasta la voluntad de Dios, de modo que cuando perdió el disfrute de Dios, sólo pudo caer en la voluntad de Dios, y así permanecer siempre en Dios. Así San Juan habla de él, no como un estado paliativo, sino como un estado subsistente y permanente, al que llama con el nombre de morada.

En este estado no hay dolor; porque el dolor sólo puede venir del desafío de tener algo que no tienes, o del miedo de perder lo que tienes. Aquí no hay miedo ni deseo; Así que aquí ya no hay dolor, sino un amor tranquilo, igual, continuo, general y generoso: que sin

embargo no excluye tampoco los dolores del cuerpo, porque el cuerpo no es impasible, los que a Dios le place infligir: pero eso no es un dolor. Lo único en lo que tendríamos dolor, sería si hiciéramos un esfuerzo por mirarnos a nosotros mismos: una mirada limpia es una infidelidad tan grande, que produce una inmundicia que causa dolor, hasta que el alma se pierde de nuevo en el olvido total de lo que le concierne. Dios a veces une a las personas de tal manera que la perfección de uno está unida a la perfección del otro; y la unión es tan estrecha que las infidelidades de los inferiores recaen sobre el más avanzado; y entonces se sufre del reflejo, o de la reprensión de la persona unida: esta pena es más grande, que uno la padeció por sí mismo, causando un tormento insoportable e inconcebible: la razón por la cual es, que esta alma no se ensucia por sí misma , Dios no lo rechaza; pero que, sin embargo, esta otra persona a la que uno está unido, hace una división de la mitad del alma, aunque parece arrastrarla consigo en su infidelidad: pero Dios la retiene. Esto se expresa en el Cantar de Débora, cuando dice: (a) ¿Por qué se dividen en dos términos? Y el alma, aunque sin culpa suya, sufre esta pena mientras el que está unido a ella permanece en su infidelidad: pero tan pronto como esta persona ha vuelto al estado en que Dios la quiere, nadie unido a ella deja de producir este estado violento. Esto no se puede entender sin experiencia. (a) Jueces 5 v. 16

*V. 19. Amemos, pues, a Dios; porque él nos amó primero.*

*V. 20. Si alguien que odia a su hermano dice que ama a Dios, es un mentiroso. Porque el que no ama a su hermano, a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve?*

*V. 21. Y nosotros hemos recibido este mandamiento de Dios, que el que ama a Dios crezca en el amor a su hermano.*

Es muy justo amar a cambio a un Dios muy amable, que sin tener en cuenta nuestras miserias y nuestras ingratitudes, que sólo podían causarle horror, nos advierte de su amor de manera tan admirable, que en nosotros amándonos nos da la gracia del amor. Que, por tanto, cuando uno es lo suficientemente infeliz y malvado para no amarlo, no se disculpa por la impotencia de amarlo si no da la gracia para hacerlo: él es el primero en envejecernos, y su amor comunica y produce amor: pero somos tan cobardes que nos apartamos de este amor justo y soberano, para derramarnos en afectos desordenados.

Ya hemos visto cómo el amor de Dios produce necesariamente el amor al prójimo: porque es imposible amar mucho a Dios sin amar a los hermanos, a los que amaba hasta dar la vida por ellos. Si tenemos aversión por nuestros hermanos, cualquiera que sea el insulto que hayamos recibido de ellos, no amamos a Dios; porque en Dios y en su amor nos parecen amables nuestros hermanos más defectuosos. No nos gustan sus defectos; pero

amamos en ellos las características de la Divinidad. Entonces San Juan agrega: ¿Cómo amaremos a Dios a quien no vemos, si no amamos a nuestros hermanos a quienes vemos? Quiere hablar de los grados por los que se asciende al amor puro: cómo amaremos a Dios en sí mismo, a quien no vemos, porque todavía estamos muy lejos de este transporte del alma en Dios; si no la amamos en las criaturas en las que la descubrimos, ya que son imágenes de la Divinidad? El alma pasa por estos grados: ve a Dios en todas las criaturas, que le representan en lo vivo y en lo natural; entonces pierde de vista a todas estas criaturas, y a Dios en las criaturas, para verlo en él mismo, donde encuentra a todas las criaturas reunidas en este gran Todo. Es allí donde el amor al prójimo se hace aún más fuerte, en esta unión con el todo divino, reduciéndose el alma en perfecta unidad. Es esta unidad la que no puede sufrir división, como tampoco puede haberla entre los miembros del mismo cuerpo.

Dios nos ordenó amarlo a él y amar a nuestros hermanos. Estos dos mandamientos están tan unidos entre sí que es imposible tener amor a Dios sin tener caridad al prójimo.

**---------------------------------------------**

# CAPÍTULO V

*V. I. Todo aquel que cree que Jesucristo es el Cristo, es nacido de Dios; o el que ama al que es padre de un hijo, ama también al hijo que ha nacido de él.*

El que cree que Jesucristo es el Cristo y el Salvador de todos los hombres, y que ama a estos mismos hombres como redimidos por él, y a él como su redentor, es nacido de Dios. Ahora bien, todos los cristianos, teniendo la misma fe, la misma esperanza y un solo e indivisible castigo, son nacidos de Dios. Quien ama al Padre de Jesucristo, ama a Jesucristo. Pero su Padre es Padre de todos nosotros. Es necesario, pues, que amando a Jesucristo, nos amemos los unos a los otros; y que amando al Padre, amamos al Hijo, es decir, a Jesucristo y a todos nuestros hermanos que forman su cuerpo.

*V. 2. Sabemos que amamos a los hijos de Dios, en que amamos a Dios y hacemos lo que él nos manda.*

*V. 3. Porque nuestro amor a Dios consiste en guardar sus mandamientos, y los mandamientos que él nos da no son difíciles.*

*V. 4. Porque el que es nacido de Dios vence al mundo; Y lo que gana la victoria sobre el mundo es nuestra fe.*

Sabemos por el amor que tenemos a Dios, el amor que tenemos a nuestros hermanos: y el amor que tenemos a nuestros hermanos, es para nosotros una certeza del amor que tenemos a Dios. El que ama mucho a Dios, no escatima bienes, ni vida, ni salud, ni nada por su hermano; y es entonces que, observando la ley de Dios, y el mandamiento de su amor, sabemos que lo amamos. No podemos dar pruebas más fuertes de nuestro amor a Dios que consumiéndonos por nuestros hermanos.

El amor que tenemos por Dios no consiste en palabras o protestas de amor; sino en la verdad de este amor. Ahora bien, esta verdad nunca puede existir excepto en el cumplimiento de la voluntad de Dios; y quien hace consistir su amor en otra cosa que no sea la completa y ciega obediencia a todas las voluntades de Dios, y la fiel y exacta observancia de sus mandamientos, miente, se engaña a sí mismo y es mentiroso.

¿No dijo Jesucristo: (a) Si alguien me ama, hará mi voluntad? Sobre todo, debéis hacer la voluntad de Dios: sólo allí encontraréis la seguridad y la verdad de nuestro amor. ¡Los mandamientos de Dios son! dulce y lleno de sabiduría para los que le aman: corren, (b) como David, por los caminos de los mandamientos de Dios. Si los mandamientos de Dios son tan dulces, ¿cómo pueden los que sostienen que los mandamientos de Dios son imposibles reconciliar este pasaje con sus opiniones erróneas? Los mandamientos de Dios son imposibles, lo confieso, para un corazón completamente desprovisto de caridad: son difíciles para los que tienen un amor lánguido y débil: pero son dulces, fáciles y agradables para el que ama mucho: ¿y cómo eso? Es que el que no ama a Dios es esclavo del mundo y de la concupiscencia. Pero siendo un esclavo, ¿cómo podría cumplir las leyes amorosas de los hijos? (a) Juan 14 v. 23; (b) Salmos 118 v. 32

Pero el que ama, siendo nacido de Dios, nace libre; lejos de ser esclavo y subyugado al mundo, es conquistador del mundo. ¿Y cómo se hace libre y victorioso sobre el mundo? Es por la fe: la fe nos hace victoriosos sobre el mundo, porque la fe nos hace hijos de Dios. Es por la fe que, abandonándonos a él, ponemos todas las cosas en sus manos. Es por esta fe llena de abandono que Dios nos cuida especialmente, que triunfa sobre el mundo por nosotros, y nos hace tomar el botín de la victoria que él mismo ha conquistado. Jesucristo quiso que sus vestidos fueran compartidos en su muerte, para hacernos entender, que nos hace compartir los despojos que él mismo ganó del mundo y del infierno.

*V. 5. ¿Quién vence al mundo, finalmente el que cree que Jesucristo es el Hijo de Dios?*

¡Oh grandes palabras! Hermanos míos, no creamos que podemos ganar la victoria sobre el mundo por nuestros propios esfuerzos. ¡Qué pronto seríamos derrotados en la lucha! Si pensamos que somos victoriosos, debemos, para serlo de hecho, creer que Jesucristo es el

Hijo de Dios, y que siendo Hijo de Dios, y Dios mismo, conquistó el mundo por nosotros. Entreguémonos a él sin reservas, para que, triunfando en nosotros, triunfe también sobre el mundo por nosotros, y nos haga partícipes del botín de su victoria. Es necesario, para vencer al mundo, que Jesucristo reine en nosotros perfectamente; y que habiendo subyugado a su imperio todo lo que le resiste en nosotros, nos asocia a su victoria, y nos hace reyes del mundo como él es nuestro Rey. Es entonces que creemos que él es el Hijo de Dios, a quien (a) todo poder le ha sido dado en el cielo en la tierra, dejándole ese pleno poder que su Padre le ha dado: y reconociéndolo así, por lo que 'él es decir, mostramos nuestra fe por nuestras obras. Mateo 28 v. 18

Lo que nos hace tan difícil vencer al mundo es que queremos vencerlo con el esfuerzo, y no con Jesucristo y sujetándonos a él. Este esfuerzo solo sirve para mostrar nuestra debilidad en nuestra derrota. Nunca podremos deplorar suficientemente la desgracia de los cristianos, que no saben encontrar a Jesucristo, someterse a él, enrolarse en su milicia, tomarlo por capitán: por eso son casi siempre derrotados por el menor ataque de sus enemigos. Oh cristianos, cristianos, que no tenéis a nadie que os enseñe a conocer a Jesucristo y el derecho que tiene sobre vosotros, para recurrir a él, para abandonaros en él, para dejar que él reine en vosotros; que no tienen Padres que os enseñen EL INTERIOR, ni que os partan el pan, ni Pastores que os conduzcan a Jesucristo; ¡Cómo te compadezco y cómo deploro tu fortaleza! ¡Vuestros pastores os conducen a pastos áridos y desiertos y, ay, os dicen que os cuidéis de los lobos y del hambre! ¡os hacen perecer así por falta de alimento, y porque os exponen a la furia de estas bestias carnívoras! ¿Por qué no te llevan al verdadero Pastor? Sería él quien os garantizaría lobos, habiendo domado con su muerte al lobo infernal. Sería él, quien os conduciría a pastos gordos y fértiles, quien no os abandonaría ni un momento, quien pelearía por vosotros: y vosotros pastaríais en paz bajo el cayado. David, que había experimentado la ventaja de tener tal Pastor, dijo: (a): *Tu vara y tu bastón me han consolado.* (a) Salmos 22 v. 4

*V. 6. Es el mismo Jesucristo que vino con agua y con sangre. No fue solo con agua, sino con agua y con sangre. Y es el Espíritu el que da testimonio de que Jesucristo es la verdad.*

San Juan Bautista vino con agua, y por eso preparó los corazones con esta purificación exterior del bautismo en agua: pero Jesucristo no vino sólo con agua, sino con el agua y la sangre, para señalar que tiene derecho a límpianos de toda clase de manchas; no sólo los superficiales, sino los de tierra. La primera purificación, que es la de la penitencia, debe ser realizada por Jesucristo: por eso no debe haber dificultad en perder primero a los pecadores por Jesucristo. La segunda, que es la purificación fundamental y radical, también debe ser realizada por Jesucristo; y es lo que se expresa por la sangre: además, la

sangre sirve de alimento y de bebida: no es lo mismo el agua, que puede saciar la sed, y no nutrir. Jesucristo vino con la sangre para marcar también que no sólo debe poder purificarnos, sino que nos gana la victoria sobre nuestros enemigos, habiendo vencido con su sangre.

Ahora bien, el Espíritu interior, el Espíritu Santo, el Espíritu vivificador, es el que da testimonio de que Jesucristo es la verdad, y que como luz de la verdad viene a rescatarnos de nuestros extravíos, errores, engaños y mentiras, y que él nos libra de nuestros pecados; si ese es el camino, ¿qué tememos, y por qué no abandonarnos a él sin reservas? ¿Por qué no nos encomendamos a él para todo? ¿Por qué no llevar a los pecadores a este cordero que lava (a) sus vestiduras en su sangre, y que, enrojecidas como estaban por el exceso de sus delitos, las vuelve blancas como la nieve? ¿Por qué no guiar a los perdidos a su verdadero y recto camino? ¿Por qué no dar esta luz brillante y resplandeciente a aquellos pecadores que descansan en tinieblas y en sombra de muerte, ya que esta luz sólo surge para iluminarlos con su verdad? ¿Por qué no conducir a estos muertos a su verdadera vida? Pero, ¿cómo los conduciremos allí si no hacemos más que desviarlos cuando quieren ir allí? Con el pretexto de querer guiarlos, los divertimos alrededor de la criatura. Nunca se les enseña a encontrar a Jesucristo. (a) Apocalipsis 7 v. 14

*V. 7. Estos tres dan testimonio en el cielo, el Padre, el Verbo, el Espíritu Santo; y estos tres hacen lo mismo.*

*V. 8. Y tres dan testimonio en la tierra, el espíritu, el agua y la sangre; & estos tres son la misma cosa.*

Oh Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, ustedes son los únicos y verdaderos testigos de lo que sucede dentro de ustedes mismos; y cualquier comunicación que hagáis de vosotros mismos a vuestras criaturas, incluso las más sublimes, ¡ignoran mucho más de lo que pueden comprender! El Padre da testimonio del Hijo, el Hijo del Padre y el Espíritu Santo del Padre y del Hijo. La igualdad infinita e incomprensible que hay entre el Padre y el Hijo, hace que el Padre dé testimonio de su Hijo, le comunica todo lo que él es; y por esta comunicación produce al Hijo, en todas las cosas igual a él, y tan infinito como él. Entonces el Hijo por su divinidad y su igualdad con su Padre, siendo Dios infinito e inmenso e independiente, da testimonio de que aquel de quien es engendrado es Dios como él; ya que el Padre no habría podido comunicar lo que no tendría. Finalmente el Espíritu Santo que emana de la mutua comunicación del Padre y del Hijo, y que remata en él por su infinidad, todas sus producciones, siendo Dios igual al Padre y al Hijo, demuestra que son Dios, y da testimonio de ellos: y estos tres testimonios son uno solo y el mismo

testimonio, a causa de la unidad del principio del que parten. Si estas tres personas adorables dan testimonio entre sí, dan testimonio también a todos los Santos, y a todos los Espíritus bienaventurados que están asociados a este comercio inefable.

En la tierra dan testimonio incluso por el agua, el espíritu, la sangre. Que se puede entender de muchas maneras. Jesucristo al morir dio testimonio, o más bien estas tres cosas le dieron testimonio, de su Divinidad y de su humanidad, cuando su costado se abrió en el mismo momento de la muerte, salió de este adorable cuerpo agua, sangre y espíritu, que eran como los restos de su agotamiento, dispuesto, al devolver su espíritu a su Padre, a darlo todo por el hombre. Todavía deja su Espíritu a los fieles a través del agua y la sangre; y era sólo la misma cosa: sin embargo, San Juan hizo la distinción, como él mismo testificó en su Evangelio. El agua, el espíritu y la sangre han dado testimonio en la tierra de Jesucristo y de los cristianos; ya que la sangre que derramó nos es señal de que se había hecho transitable y mortal, así como el Espíritu que se vio en forma de paloma sobre las aguas, dio testimonio de la verdad. Además, en el bautismo, donde se hace la aplicación de la sangre de Jesucristo, el agua y el Espíritu Santo que desciende en el alma por medio de esta agua que se derrama sobre la cabeza del niño, y la sangre que se aplica, rinden testimonio a los cristianos; sin embargo, es sólo uno y el mismo testimonio.

El Espíritu, que denota el interior; las lágrimas que dan testimonio del dolor; la sangre que la penitencia hace derramar, que es más la sangre del corazón que la del cuerpo, dan testimonio de la verdad de Jesucristo en el alma y de su venida. Jesucristo, tan pronto como se acerca a un corazón infectado por el pecado, desterrando el pecado, obra en él estas tres cosas, el Espíritu, el agua y la sangre. Cualquier penitencia que no tenga estas tres cualidades, o sea una penitencia simulada; o si es verdad, no durará mucho. El amor debe penetrar el espíritu, el corazón y el cuerpo: es necesario que vencido el corazón y el espíritu, del corazón salga el agua y la sangre, ya que es del corazón de Jesucristo que vino fuera, el agua y la sangre de nuestra expiación.

Hay en el alma convertida, y que quiere pertenecer a Dios sin reservas, otro testimonio de espíritu, de agua y de sangre. El Espíritu no es otro que ese Espíritu de fe tan recomendado por Jesucristo, explicado extensamente por San Pablo, ese espíritu de confianza, que nos hace hijos de Dios, y nos distingue de los que no lo son; que nos hace adorar al Padre en espíritu y en verdad; por el cual contemplamos lo que podemos ver y creemos lo que no podemos entender. Porque como la Trinidad por la manifestación de lo que es en la visión beatífica da testimonio de sí misma, como se ha dicho; aquí esta misma Trinidad da testimonio de sí misma por este espíritu de fe, y por el agua y la sangre. La fe nos hace contemplar y creer lo que no vemos: pero además, como la luz de la gloria une a los bienaventurados con Dios, así la luz tenebrosa y tenebrosa de la fe une el alma a su

Dios. Hablo aquí de esta misma fe de la que he hablado a lo largo de este trabajo, de esta fe que produce el interior. El agua significa abandono en las manos de Dios: porque así como el agua sale entera, a diferencia de otros licores, y nada queda de ella; del mismo modo, el alma verdaderamente abandonada no puede hacer reservas. La sangre representa la caridad perfecta: porque así como el derramamiento de sangre quita la vida, así la efusión de la caridad quita la vida propia del alma; y este amor puro, que tiene su fuente en la fe y el abandono, es el padre mismo de la fe y del abandono; de modo que el amor puro, el abandono perfecto y la fe desnuda, son una misma cosa y producen el mismo efecto en el alma.

*V. 9. Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el de Dios. Ahora bien, es Dios mismo quien ha dado este mayor testimonio de su Hijo.*

*V. 10. El que cree en el Hijo de Dios, tiene en sí mismo el testimonio de Dios; el que no cree en el Hijo de Dios, hace a Dios mentiroso; porque no cree en el testimonio que Dios ha dado de su Hijo.*

Aunque la fe nos lleve por un camino desprovisto de todo apoyo y sostén, donde parece despojar al alma de toda certeza, manteniéndola en un estado de continua pérdida y olvido de sí misma; es, sin embargo, la mayor de todas las seguridades: porque por la pérdida de cualquier medio creado, el alma debe necesariamente caer en lo increado, donde se encuentra la seguridad más cierta en la pérdida de todas las seguridades: no que esta seguridad sirva como sostén y apoyo para el alma; pues entonces sería un medio; y esto es lo que hace que el alma queriendo apoyarse de ese lado se encuentre sin apoyo; y si entra en la más mínima desconfianza , primero se hunde en sí misma , donde sólo encuentra pérdida: pero permaneciendo en la fe, queda segura sin pensar en buscar su seguridad; y la investigación que haría de ello la apartaría de su seguridad. Pero, ¿qué le pasa a ella? es un testimonio en lo más profundo de sí mismo, que es el testimonio de Dios. Este testimonio no es otro que el adorable comercio de la Santísima Trinidad que se realiza en esta alma, donde Dios actúa y obra como quiere, llenándola entera. Allí engendra su Verbo, y el Padre y el Hijo producen el Espíritu Santo. ¡Oh admirable y delicioso comercio! pero delicioso para el mismo Dios. El alma, de este tipo, no tiene nada que ver con ello: deja que Dios sea para sí todo lo que quiere ser, y se deleita en él y por él: por sí mismo, muere en su muerte; y este testimonio de Dios está en el cielo de su alma, es decir, en la parte superior. Hay todavía en ella otro testimonio, no siempre conocido por ella, pero que sin embargo es real, y que se descubre cuando agrada a Dios: es el Espíritu, el agua y la sangre, la fe desnuda, el abandono total y el amor puro, - Quien no cree en el Hijo de Dios, es decir, quien no se entrega totalmente a Jesucristo, hace

mentiroso a Dios; porque no cree en el testimonio de Dios en Jesucristo, cuando dijo que él era su Hijo amado en quien sólo tenía complacencia. Si sólo puede agradarse a sí mismo en sí mismo, nada puede agradarle sino lo que procede de él; para que nuestras acciones le sean agradables, él debe ser su principio y vida.

*V. II. Este testimonio es que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo.*

*V. 12. El que tiene al Hijo, tiene la vida; y el que no tiene al Hijo, no tiene la vida.*

Tan pronto como morimos a nuestra propia vida, a esta vida de la vida de Adán, recibimos de ella el Verbo, la vida eterna, que nos fue comunicada al crearnos: porque Dios no nos comunica otra vida que la vida de su palabra, inmortal y eterna: pero Adán por el pecado nos quitó esta hermosa vida para comunicar su vida llena de corrupción a la muerte. Jesucristo, hecho hombre, no devolvió al hombre la vida que había perdido por el pecado. Sin embargo, aunque recibimos por el bautismo el fluir de esta vida en toda la medida en que somos bendecidos, el pecado actual todavía impide que fluya en nosotros, y si es mortal, lo cierra completamente. Pero aunque sólo la detiene el pecado mortal, es cierto, sin embargo, que no se derrama plenamente en un alma, aunque sea buena y santa, si no está enteramente muerta a la vida de Adán: porque hasta ese momento hay una lucha en ella de la vida de Adán con la vida de Jesucristo, hasta que Jesucristo haya salido victorioso destruyendo la vida de Adán, y haciéndonos morir a nosotros mismos: luego, no encontrando más obstáculo, nos hace vivir con su vida. Antes de ese tiempo debemos estar muertos; de lo contrario no podemos decir con san Pablo: ya no vivo yo, sino que es Jesucristo quien vive en mí. ¡Oh vida dichosa la de un alma que ha perdido toda vida! por eso es llevado a la vida eterna, una vida duradera, cuyo bien ya no deriva de la muerte. La muerte es incluso una vida para tal alma, es una deliciosa fiesta para él, y el pensamiento de la muerte es la alegría más dulce que su corazón puede tener.

Por tanto, quien tiene a Jesucristo, tiene la vida verdadera, aunque aparece en el mundo como muerto, y es la escoria de todos los hombres, como quien rechaza un cadáver hediondo, del cual se retira con horror: tal alma es así expulsada de el mundo; pero aunque el mundo la tiene por muerta, está llena de la vida más verdadera; mientras que aquellos que no tienen la vida de la Palabra, y en quienes no reina Jesucristo, aunque parezcan vivos y santos a los ojos de los hombres, están muertos: porque nuestra propia vida, aunque sostenida por la gracia ordinaria, es muerte, como está escrito en varios lugares, que la vida del hombre es muerte continua: porque es como una sombra. , o una flor que nace solo para morir y extinguirse; pero la vida de Jesucristo es una vida eterna, que ya no tiene instante ni momento.

*V. 13. Os escribo estas cosas para enseñaros que los que creéis en el nombre del Hijo de Dios tenéis vida eterna.*

Tan pronto como el alma ha perdido todo el apoyo que tenía en sí misma, queda sin confianza en nada de lo que de ella procede y que puede hacer: de modo que cuando quisiera hacer todo el bien que se puede hacer, incluso todo los posibles milagros, no sería la más sostenida o apoyada. Su fe en Jesucristo es tan fuerte que confía sólo en él, en sus méritos, en su bondad, en su voluntad, que son tres grados de confianza que explicaré más adelante: y cuando se ve despojada de todo bien y cubierta con todo mal, no disminuiría su confianza, especialmente cuando entra en el último grado; ya que no podía aumentar por todas las buenas obras posibles.

El primer grado de confianza de un alma ya adelantada en el amor puro, es no poder confiar más en ningún mérito que sea en sí mismo; pero nos apoyamos en el mérito de Jesucristo, y reconocemos que Jesucristo ha merecido infinitamente más para nosotros de lo que nosotros podemos merecer para nosotros mismos; de modo que, fundando la confianza de nuestra salvación en los méritos de Jesucristo, tenemos en él una seguridad de salvación tanto mayor, que nos encontramos por ello enteramente exentos de la vanagloria que producen las buenas obras consideradas como merecedoras de nuestra salvación. Pero aunque ya es un amor muy puro y un despojo total de estas buenas operaciones, viéndose privada de él, el alma no percibe sin embargo la astucia de la naturaleza, que no se ha despojado del mérito de una acción hecha en gracia, sólo para revestirse del mérito infinito de un Dios: se despojó de un manto de lana, para revestirse de un manto de piedras preciosas.

El segundo grado es, no pensar en revestirse de los méritos de Jesucristo, aunque se esté despojado de todo mérito propio; sino que dejando todo el crédito a Jesucristo, queda en estado de espera de la salvación de la bondad del Señor, (a) como está escrito: sin embargo, aunque su confianza ya no se sostiene como la primera, ella no está perfectamente desnuda; porque espera algo que espera de la bondad del Señor, espera cantar eternamente las misericordias de su Dios, que son tanto mayores para con ella cuanto más indigna se reconoce. (a) Efesios 2 v. 4-8;   Tito 3 v. 4, etc.

El tercer grado, que es el amor perfecto, sin interés ni en Dios ni en nosotros mismos, es el de creer y confiar en la voluntad de Dios. Entonces el alma ya no espera ni espera la salvación; ya no está revestida ni sostenida por los méritos de Jesucristo, para sí misma y como de ella, para hacer uso de ellos, ya no espera una salvación tan segura como esperada de su bondad; pero sin pensar en su salvación, espera sin esperar la voluntad de Dios: se abandona a esta voluntad para su salvación o para su pérdida, no queriendo otra salvación que la que a Dios le plazca darle; y sacrificándose a su justa voluntad, ya no

espera la salvación, ya no teme su pérdida, sino que espera la voluntad de Dios, segura de que es ella, que su fuerza eterna estará siempre en esta voluntad: sin ponerse en peligro en todo lo que le concierne de cualquier modo, mora en perfecta paz en la voluntad de Dios, esperando que se cumpla; & despojada de todo interés propio, de todo apoyo, de toda expectativa que se refiera al interés propio, & de una visión torcida de sí misma, queda como una víctima abandonada a la voluntad de Dios, dispuesta a ir al abismo para cumplir esta voluntad divina.

Si le dijeras a tal alma, ¿qué es lo que quieres? ¿Qué esperas? que reclamas Ella respondería: la voluntad de Dios. Pero tal vez estéis seguros en este estado, aunque despojados de méritos: estando revestidos de la caridad más pura, no podéis dejar de ir al cielo. No creo, respondía ella, ni del cielo, ni de nada en el mundo: no encuentro en mí ningún sujeto de seguridad; y si pudiera mirarme a mí mismo, ¿me hallaría tal vez más apto para estar en el infierno que en el paraíso, mirando las cosas fuera de Dios? no pienso en mí mismo: hago, y basta que se haga la voluntad de Dios: la quiero como será; y si ella me condena, yo me condeno con ella, e iré con la misma liberación a lo más profundo del infierno para cumplir esta adorable voluntad, como en lo más alto del cielo. ¡Oh voluntad, voluntad de Dios! eres el Paraíso del Paraíso, y llevarías el Paraíso al infierno, para un alma que se confirmara en el amor puro. Esta alma no puede hacer una elección por un lugar u otro; pero su paraíso es la voluntad de Dios: y aunque sintiera todas las penas del infierno, ya no sería infierno para ella; porque de él sería desterrado el castigo más cruel del infierno, que es la molestia y la oposición a Dios. ¡Oh, que si tal alma descendiera al infierno, ahuyentaría a todos los demonios!

Ruego a los que no han llegado al primer grado del amor puro, y que todavía hacen todo llenos del amor de sí mismos, que no quieran juzgar de este estado por sus razonamientos, que no dejarían de condenar lo que les supera fuertemente: pero que lo crean; y que esforzándose por experimentarlo con continua abnegación y entrega total en las manos de Dios, esperan para juzgarlo hasta que hayan experimentado los dos primeros grados del amor puro, y comiencen a experimentar éste. ¡Oh amor, puro y libre de todo interés del tiempo y de la eternidad, dónde serás hallado ahora!

Para comprender esto, y no preocuparse por ello, es necesario saber que no es el lugar el que hace el paraíso, sino la unión con Dios, que sólo puede ser por la uniformidad de nuestra voluntad a la suya; para que tal alma llevara el paraíso al mismo infierno; y si Dios enviara un ángel, iría allí sin desgana, porque no dejaría de ser ángel, ni de gozar de la visión beatífica, ni de ser bienaventurado. Es hacer la voluntad de Dios como en el cielo.

*V. 14. Y tenemos esta confianza en él, que escucha las oraciones que le seguimos según su voluntad.*

Oh hombre, que tanto te quejas de que Dios no escucha tus oraciones, y no las concede, ¿sabes por qué? es que hagáis oraciones por vuestra propia voluntad, y no oraciones según la voluntad de Dios. Sólo este pasaje debe convencernos de la necesidad de ser interiores, y de que el espíritu de la Palabra sea el principio de nuestras oraciones, orando sólo por su movimiento: porque cuando oramos por nosotros mismos, oramos según nuestra voluntad, y de acuerdo con lo que deseamos; y no oramos conforme a la voluntad de Dios: pero cuando (a) el Espíritu Santo ora en nosotros, que él es el principio de nuestras peticiones, entonces pide a los santos que le permitan orar en ellos, lo que es bueno, lo que es perfecto, lo que es conforme a la voluntad de Dios; porque el Espíritu conoce el deseo de Dios; por lo tanto, pregunta lo que está de acuerdo con Dios. Ahora bien, la oración que el Espíritu hace en nosotros siempre es concedida. No es lo mismo con las oraciones que nosotros mismos te hacemos. A Jesucristo siempre se le responde, como él mismo dijo hablando a su Padre: (b) *Sé que siempre me respondes.* (a) Romanos 8 v. 26 y 27; (b) Juan 11 v. 42

*V. 15. Porque sabemos que él escucha todas nuestras oraciones, sabiendo que ya nos ha concedido lo que le hemos pedido.*

Es cierto que el alma experimenta en sí misma, cuando ha orado de esta manera por el movimiento del Espíritu Santo, o mejor dicho, que el Espíritu Santo ha orado en ella, una certeza de que ha sido contestada: y eso es verdad ; porque como este Espíritu ora sólo según la voluntad de Dios, sólo pide lo que quiere conceder. Dios pide en nosotros lo que quiere dar: así experimentamos que cuando queremos pedir algo por nosotros mismos, no tenemos correspondencia más allá, aunque nos esforcemos por hacerlo, y no se nos concede.

*V. 16. El que hace que su hermano cometa un pecado que no es mortal, ore; y alcanzará la vida para sí mismo, no siendo mortal su pecado. Hay un pecado mortal; No digo que nadie deba orar por eso.*

*V. 17. Toda injusticia es pecado; pero hay un cierto pecado mortal.*

San Juan habla aquí de los pecados de malicia voluntaria. creado, y del cual el pecador está tan lleno que no puede hacerse susceptible a la gracia. Si alguien ve caer a su

hermano, tan pronto como comience a caer, debemos orar por él, para que su vida sea preservada. San Juan habla aquí de una vida entregada, que se opone a una vida perdida. Es necesario, pues, que San Juan no oiga los pecados mortales de fragilidad, que bien arrebatan la vida, pero que es fácil recuperar, porque la corrupción aún no ha vencido: sino el pecado de malicia deliberada, pecado de impiedad, tan común en presente en el mundo, un pecado que San Juan no quiso nombrar por el horror que le tenía, no debemos orar por él. Esta gente está gangrenada, las partes nobles son para la risa, la corrupción y la podredumbre han ganado la médula de los huesos: y aunque es bueno orar por los pecadores, el alma bien abandonada siente que hay gente por la cual Dios no quiere que orar; y cuando uno piensa en hacerlo, uno se echa para atrás tanto, que uno comprende que Dios no tiene esta oración agradable. Cuando era por el propio hermano, o por el hijo, no se podía hacer; porque uno se siente repelido de Dios con mucha fuerza. A veces Dios rechaza la oración porque aún no es el momento de pedir, y otras veces porque no quiere que le pidamos estas cosas: cuando no es el momento, experimentamos que hay otros momentos en los que se invita a sí mismo a orarle, pero como por algo lejano, y que no concederá inmediatamente.

*V. 18. Sabemos que todo el que es nacido de Dios no peca; pero el nacimiento que toma de Dios lo mantiene puro, y el espíritu maligno no lo toca.*

*V. 19. Sabemos que somos nacidos de Dios, y que todos están sujetos al diablo.*

Cuando el alma, por su muerte a todo lo que es de Adán, se convierte en una nueva criatura en Jesucristo, entonces verdaderamente nace de Dios, convirtiéndose Dios en su vida y en su principio vivificante: entonces despojada como está de su propia vida, que es el fuente de todo pecado, como la base de malignidad que había en ella es enteramente destruida, y como ya no vive más que la vida de Dios, ya no puede pecar; porque la fuente de la muerte se ha secado, y la vida ha tomado su lugar.  Esta vida nueva (que muy bien se llama renacimiento, porque somos hechos un hombre nuevo, que no quita nada al primero), nos pone tanto en el poder y en la ofrenda de Dios, la vida, que ya no le oponemos resistencia alguna. . Por eso el Demonio que nos ve llenos de la Divinidad por dentro, y rodeados por ella por fuera, ya no nos toca, porque Dios mismo es nuestra vida y nuestra acción: ¿dónde podría adherirse? Sólo puede adherirse en nosotros a lo que se opone a Dios: al no encontrar allí nada que se oponga a Dios, no puede sujetarse a nada; porque sabemos que estamos perfectamente sometidos a Dios.

Sabemos que somos nacidos de Dios. ¿Y cómo lo sabemos? Es cuando nuestra sumisión es tan completa y tan perfecta que ya no encontramos en nosotros ninguna resistencia a

todo lo que Dios quiere hacer con nosotros y en nosotros. No sucede así con el mundo, que estando bajo el poder del Demonio, y sujeto a su imperio, hace todas las voluntades del Demonio, y nunca la voluntad de Dios. El diablo los domina y los trata como a sus esclavos; de modo que sufren servidumbre continua, aunque creen que son muy libres en hacer todas sus voluntades, que no son otras que las voluntades del diablo, que les dio su voluntad, opuesta a Dios, para que le obedecieran en desobediencia a Dios. Pero lejos de ser así libres, se vuelven cada vez más esclavos de esta infeliz voluntad, que los arrastra de abismo en abismo, de crimen en crimen; mientras que los hijos de Dios experimentan que haciendo la voluntad de Dios por la pérdida de la propia voluntad, tienen una libertad y una amplitud de ella inconcebibles: porque la voluntad de Dios se ha hecho suya desde que perdieron la voluntad de Dios, actúan con una libertad incomparable, y de una forma tan natural, que sorprende a quien no la experimenta.

*V. 20. Sabemos también que el Hijo de Dios ha venido, y que nos ha dado entendimiento, para conocer al verdadero Dios, y estar en su verdadero Hijo: El es el verdadero Dios, oh vida eterna. .*

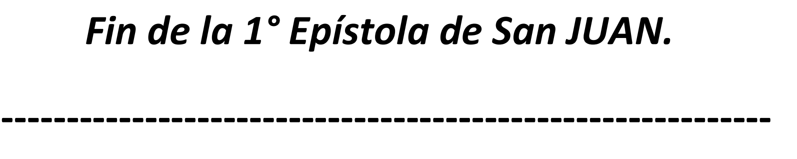
*V. 21. Hijitos míos, guardaos de la idolatría.*

He aquí en pocas palabras todos los detalles de la vida INTERIOR: Sabemos que Jesucristo ha venido: eso nos basta. Es una ciencia de fe y experiencia; porque ciertamente el alma experimenta otra vida en sí misma cuando vino Jesucristo, que toda la que experimentó en el pasado: todas las otras vidas, aunque más dulces en apariencia, más sensibles y más agradables, no eran sólo sombras de vida junto a aquella. Jesucristo estando en el alma como vida a través de la encarnación mística, dándonos la inteligencia del Dios verdadero, y enseñándonos a tratar a Dios en Dios, estimando su voluntad sobre todas las cosas, sobre todos los intereses de la salvación y de la eternidad. Pero para llegar a eso, Jesucristo debe haber entrado en el alma; y que siendo nuestra vida, nos cambia en sí mismo. Este cambio nos hace ser enteramente voluntad de Dios, como el mismo Jesucristo fue enteramente voluntad de Dios. Hasta entonces no hemos conocido a Dios como el verdadero Dios; no la hemos tratado en Dios, habiendo puesto siempre en ella un poco de nuestro propio interés, aunque no lo sepamos; porque en cuanto el alma renuncia a los gustos y consolaciones de Dios por Dios mismo, cree librarse de cualquier interés propio; pero está lejos de ser así.

Cuando Jesucristo está en nosotros y nos ha dado a conocer al verdadero Dios, también nosotros estamos en él, haciéndonos uno en él en la unión de unidad, siendo consumados en uno en él que es verdadero Dios, y que como tal nos une para siempre a nuestro

primer principio. Así Jesucristo vio a su Padre pidiendo por nosotros: (a) Padre mío, que sean uno como nosotros, que sean consumados en uno. Esta consumación de la unidad se hace en Jesucristo, que siendo uno con su Padre, nos hace también a nosotros uno con su Padre; y habiéndonos asociado al comercio inefable de la Trinidad, nos asocia a su unidad. El alma llegada a esta vida, se hace lo mismo con Dios; y este Dios que así nos reduce a la unidad, es el mismo que tiene la vida eterna, que nos ha comunicado. (a) Juan 17 v. 21

San Juan termina su Epístola hablando a sus hijitos. Sus expresiones son tan tiernas y llenas de amor. Recomienda a sus hijitos que se cuiden de la idolatría. Hay dos clases: la del espíritu y la del corazón: la del espíritu es aquella por la cual rendimos nuestros valores a otro que no sea Dios: si preferimos en nuestro espíritu alguna criatura a Dios para rendirle nuestro homenaje, son idólatras en espíritu. La idolatría del corazón es amar a una criatura con preferencia a Dios. ¡Oh, cómo hay idólatras de esta última clase, y muchos que no creen que lo sean! Los que prefieren su propia gloria e interés a los de Dios, se convierten en idólatras. El mundo está lleno de éstos, aunque el mundo no los conozca como tales.



***Fin de la 1° Epístola de San JUAN.***

**----------------------------------------------------------**

## II. EPÍSTOLA DE S. JUAN

## Con Explicaciones y Reflexiones que miran a la vida interior.

## CAPÍTULO I

V. I. El Sacerdote a la Señora Elegida y a sus hijos, a quienes amo según la verdad: a quienes no amo solo, sino que aman conmigo todos los que han conocido la verdad,

V. 2. Por la verdad que mora en nosotros, la cual estará en nosotros hasta la eternidad.

NO hay unión más fuerte y más estrecha que la que se hace entre aquellos que se ponen en la verdad: de ellos está escrito: (a) Siendo un solo cuerpo y un solo espíritu, sois llamados en una misma esperanza. Esta unión es tanto más estrecha cuanto que no es sólo de la mente, sino también del corazón. Hay personas que están unidas en el espíritu y que no siempre están unidas en el corazón, es decir, que tienen la misma fe y el mismo

sentimiento, y que no tienen sin embargo la estrecha unión del corazón; y otros, que se aman por inclinación natural, no tienen por eso los mismos sentimientos; de lo contrario, los paganos no podrían haber amado a las mujeres cristianas, ni los cristianos a las mujeres paganas. Pero las personas que están en la verdad están tan fuertemente unidas, que no son más que un solo corazón y una sola alma: y en estas personas la unión no contempla sexo, ni estado, ni condición: y como la mente y el corazón no tienen diferente sexo; también esta unión puede ser entre personas de diferente sexo sin ningún peligro. Fue así como San Juan se sintió ligado a esta Dama cristiana, no sólo él mismo, sino todos los que tenían la dicha de estar unidos en la verdad. Es a partir de este tipo de unión que tantos santos y santas se han unido en el pasado, y todavía lo están hoy. (a) Efesios 4 v. 4

Ahora bien, como la verdad sobre la que se funda esta unión es eterna, así también la unión es eterna; comienza en el tiempo, para terminar sólo en la eternidad.

*V. 3. Gracia, misericordia y paz de Dios Padre, y de Jesucristo Hijo del Padre, estén con vosotros en la verdad, en el amor.*

*V. 4. He tenido mucho gozo de encontrar algunos de vuestros hijos que viven en la verdad, según el mandato que hemos recibido del Padre.*

Este saludo de San Juan es hermoso, y se extiende por grados; cuando la gracia entra en un alma, trae consigo la misericordia que perdona y pasa todas las iniquidades; y luego esta gracia, llena de misericordia, obra la paz: porque así como la aflicción viene solamente del pecado, tan pronto como no hay más pecado en un alma, ya no hay aflicción, y por lo tanto la paz se encuentra allí; y esta paz, que conduce al alma a la verdad, permanece siempre con ella en esta misma verdad. El problema es la morada de la mentira; y el uno y el otro nunca se separan: pero la verdad es la morada de la paz; y el que está en paz y en la verdad, está infaliblemente enamorado.

San Juan se alegra de que algunos de los hijos de esta Señora vivan así: añade: Según el mandato que de ella hemos recibido. Dios nos mandó amarlo; y al ordenarnos amor, nos ha ordenado paz y verdad; siendo uno inseparable del otro.

*V. 5. Y ahora, señora, os ruego no como escribiéndoos un mandamiento nuevo, sino el mismo que recibimos desde el principio, que nos amemos unos a otros con mutua caridad.*

*V. 6. Ahora bien, la caridad consiste en andar según los mandamientos de Dios; esto es lo que él os manda, que andéis conforme a lo que tenéis desde el principio.*

La caridad perfecta y verdadera se da a conocer en esa unión y amistad recíproca que se da entre personas que hacen sinceramente a Dios, y que nunca se puede encontrar entre personas privadas del amor de Dios. Tienen amistades locas y desordenadas, o amistades que se complementan; pero por esta amistad sincera, esta uniformidad de inclinaciones y sentimientos, se encuentra sólo entre personas que son verdaderamente de Dios.

La otra marca de la caridad es el cumplimiento de los mandamientos de Dios, caminando en una uniformidad de sentimientos, en todas las voluntades de Dios. El estado de paz, de verdad, de pura caridad, pone al alma en estado de voluntad de Dios; y esta es la caridad que Dios nos mandó desde el principio.

*V. 7. Porque hay muchos seductores por andar por el mundo, que no creen que Jesucristo ha venido en carne. El que es de este número es un seductor, un Anticristo.*

*V. 8. Mirad por vosotros mismos, que no perdáis las obras que habéis hecho; pero que usted recibe una recompensa completa.*

*V. 9. Cualquiera que se aparta de nosotros, y no permanece en la doctrina de Jesucristo, no tiene a Dios en él. Pero el que permanece en esta doctrina, tiene en él al Padre y al Hijo.*

Hay demasiados de estos anticristos, incluso ahora, que afirman que Jesucristo no vino en carne. Me explico. Es que cuando la gente niega la encarnación mística de Jesucristo en las almas; y cuando se habla de estos estados, se les oponen con todas sus fuerzas, y dicen que no es para esta vida, sino para la venidera; y dudando de la verdad de Jesucristo en el alma, dudan al mismo tiempo de todos los estados que Jesucristo se complace en llevar en las almas que ha elegido para este fin, de los cuales dicen que no son sólo imaginaciones en el que no hay solidez ni verdad, las fantasías de un cerebro hueco. Así es como solemos hablar de estas cosas: y sobre esta base impedimos que todas las almas entren en el camino de Jesucristo, las alejamos de aquellos que pueden conducirlas allí, y trabajamos todas sus fuerzas para desviar la almas que ya están allí por el camino que han abrazado. Estas personas son anticristos, que se oponen al gobierno de Jesucristo.

Quienes seáis, mis queridos hermanos, que habéis tenido la suerte de entrar en el camino del interior, guardaos de todas las personas que os quieran desviar de él por rumbos tan diferentes, y estad seguros de que quien bebe del Espíritu de Jesús Cristo, y de las personas en las que habita y en las que reina y habita, porque hacen toda su voluntad, se oponen a la doctrina de Jesucristo, que nos enseñó por sí mismo todos los fundamentos de la vida interior. ¿No nos enseñó que (a) el reino de Dios está dentro de nosotros? que (b) si alguno hace su voluntad, su Padre lo amará; que vendrá con su Padre a esta alma, y

hará allí su morada? ¿No nos enseñó (c) a adorar al Padre en espíritu en verdad? ¿No es él quien oró por (d) la consumación de la unidad, y quien nos enseñó esta unión de unidad? ¿No nos enseñó ( e ) a abandonar , ( f ) a negarnos a nosotros mismos ( g ) de pobreza de espíritu , de ese espíritu ( h ) de fe que al sanarnos de nuestros males externos e internos, nos da poder absoluto sobre todos ¿cosas? ¿No nos ha dado a conocer el mérito y el precio de la fe desnuda y despojada de todo testimonio, en lo que (i) le dice a Santo Tomás? ¿No predicó (k) el despojo interior y exterior de sí mismo en la pobreza de espíritu? Finalmente, todo el camino interior no es otro que la doctrina de Jesucristo. Por lo tanto, el que enseña cualquier otra cosa, y que admite sólo las prácticas de la invención humana, se opone a Jesucristo; ya que Jesucristo dijo: (L) El que no es conmigo, contra mí es; el que hace Siembra - no conmigo, disipa. No es estar con Jesucristo no hablar como él: es cerrar otra doctrina que la suya, o por lo menos sembrar en vano, no sembrar como él.

(a) Lucas 17 v. 21 ; (b) Juan 14 v. 21, 23 ; (c) Juan 4 v. 24 ; (d) Juan 17 v. 21 , 23 ; (e) Mateo 6 v. 25 etc.; (f) Mateo 16 v. 24 ; (g) Mateo 5 v. 3 ; (h) Mateo, 17 v. 19 (i) Juan 20 v. 29 ; ( K ) Lucas 14 v. 33 ; (L) Mateo 12 v. 30

*V. 10. Si alguno viene a vosotros, o no tiene esta doctrina, no lo recibáis en vuestra casa, ni aun lo saludéis.*

*V. 11. Porque el que lo saluda comunica sus malas obras.*

*V. 12. Muchas cosas quisiera escribiros; pero no quiero usar papel ni tinta; porque espero estar pronto con vosotros, para hablaros yo mismo, para que vuestro gozo sea perfecto.*

*V. 13. Te saludan los hijos de tu hermana elegida.*

Nada es más peligroso que tratar con personas que se desvían desde adentro; porque aunque uno se cree fuerte, se va debilitando poco a poco, de tal manera, que al fin se va, aunque había comenzado; y estas clases de conversaciones comunican un veneno mortal de tal manera, que después de haber dejado el camino del interior por su persuasión, difícilmente se puede retomarlo, e incluso se llega a menudo a declararse enemigo de la verdad y partidario de la mentira.

La cordialidad y sencillez con que San Juan termina la carta que escribe a esta buena Señora, marca la santa unión que había entre ellos.

## ***Fin de la segunda Epístola de San JUAN***

# ***III epístola de San JUAN***

## ***Con Explicaciones y Reflexiones que se refieren a la vida interior.***

*V. 1. El Sacerdote' a mi querido Caius, a quien amo de verdad.*

*V. 2. Mi muy querido hermano, ofrezco mis oraciones, para que todos tus asuntos, tu salud, sean tan felices como el estado de tu alma.*

*V. 3 Tuve mucho gozo cuando vinieron nuestros hermanos, y dieron testimonio de que vivíais en la fe y en la verdad.*

*V. 4. No hay nada a lo que me sienta más obligado que cuando me dicen que mis hijos caminan en la verdad.*

La fe y la verdad son inseparables en esta vida; porque sólo podemos entrar en la verdad por la fe. La luz de la fe es la única luz verdadera: todas las demás luces nos engañan. Jamás será por la razón que conoceremos la verdad: de lo contrario, los filósofos que con tanto cuidado la han buscado, la habrían encontrado: pero como la verdad sólo se descubre por medio de la fe, y ésta les falló, nunca descubrieron la verdad. Eran sus aficionados; pero no lo penetraron. La luz de la razón, aun de las más iluminadas, no puede ponernos en la verdad: porque lo que hoy parece verdad a nuestra razón, mañana le parecerá falso. La fe sola, que nos une a Dios, no nos manifiesta la verdad en él: Dios es verdad: Dios creyó en esta vida, la verdad creyó en esta vida: Dios visto en la otra vida, la verdad vista en la otra vida.

San Juan declara que la mayor alegría que se le puede dar es enseñarle que sus hijos espirituales viven en la verdad. El mayor gozo que pueden tener los que os engendraron en Jesucristo es saber que perseveramos en su amor, en el camino de la vida, y según la fe que ellos nos enseñaron: pero nada más les aflige más que el ver a estos mismos hijos salir del camino de la verdad, cuando ya han entrado en él.

*V. 5. Mi muy querido hermano, actúas verdaderamente fiel cada vez que ayudas a nuestros hermanos, principalmente extranjeros,*

*V. 6. Que habéis dado testimonio de vuestra caridad en presencia de la Iglesia; y harás bien en convencerlos de que los guíen de una manera digna de Dios.*

*V. 7. Porque es por su nombre que emprendieron el viaje, todos sin haber querido nada de los gentiles.*

El verdadero cristiano muestra lo que es por su caridad: porque si todos somos hijos del mismo Padre, miembros del mismo cuerpo, ¿no nos hablamos los unos a los otros cuando rechazamos la injusticia? La caridad no es una obra de supererogación; sino una obligación indispensable. No es algo que dependa de la buena voluntad: es un acto de justicia y deber. La ley de la naturaleza, la ley de Dios, la ley civil y moral, nos obligan a ella, y mucho más la ley de la gracia en el pueblo ya que si las demás leyes nos obligan a ella, por ser hijos de un mismo Padre, o porque nos parecemos, o porque es necesario para el bien público sostener a los desdichados; es cierto que la calidad de cristianos, que nos hace a todos miembros de un mismo cuerpo, nos compromete más fuertemente con él. Jesucristo quiso que viéramos en su Evangelio (a) que la negativa a dar limosna era suficiente para condenarnos; y lo que dice contra el réprobo no es sino falta de caridad; no haber dado limosna, arreglado los nudos, visitado a los enfermos, etc. Estas no son malas acciones, sino omisiones. ¿Quién se cree culpable de condenación por eso? ¿Y quién considera estas omisiones como pecados mortales? ¿Quién lo admite? Estos son, sin embargo, pecados mortales, ya que bastan para condenarnos. (a) Mateo 25 v. 41 etc.

Si alguien debe atraer la compasión, es sobre todo los extranjeros, que son abandonados por todos, porque son desconocidos para todos: sin embargo, estos son los que menos son asistidos.

*V. 8. Estamos obligados a recibir bien a esta clase de personas, para contribuir con ellas al establecimiento de la verdad.*

Nada da más opinión de la religión cristiana que este espíritu de caridad que ejercemos los unos hacia los otros; y los extranjeros juzgan la piedad de una familia cristiana más por la caridad que reciben que por cualquier otro medio. Pero si debemos la caridad a todos los hombres, la debemos más particularmente a los cristianos y a los consagrados a Dios de manera singular, y que desean en todo servirle, y ayudar a los demás a hacerlo. ¡Pero qué raras son estas personas! Ahora bien, con excepción de ciertos buenos monjes cuya vida sostiene el hábito que visten, ¿cuántos hay que se sirven de la caridad de sus hermanos para su desorden? Esto, sin embargo, no debe enfriar la caridad, ya que Dios mismo será su recompensa; y que haciéndolo por él, sólo debemos hacer que lo mire a él.

*V. 9. Habría desafiado a escribir a la Iglesia: pero Diótrefe, que gusta de tener allí el primer puesto, no nos recibe.*

*V. 10. Por tanto, cuando yo venga a vosotros, le mostraré el mal que hace, para hablar mal de nosotros. Pero como si no le bastara, ni siquiera recibe a los hermanos, se opone a los que los reciben y los expulsa de la Iglesia.*

La ambición descontrolada y el deseo de tener el primer rango, ya sea en la Iglesia, ya en la estima de Príncipes, Prelados y personas de autoridad, ha sido siempre la fuente de la persecución que se hacía contra las personas Apostólicas. Los Apóstoles de la Verdad son repelidos y perseguidos por este tipo de gente, que no se contenta con perseguirlos a ellos mismos, sino que les cita persecuciones en todas partes. No limitan la persecución sólo a los Apóstoles, sino que, llevando aún más lejos su celo envenenado, se enfurecen como lobos carnívoros contra todos los que han abrazado la verdad, y les hacen sufrir el dolor del odio que tienen contra los Padre de gracia. ¿Cuántas sesiones mediáticas y calumnias se inventan para impedir que la verdad haga su efecto en los corazones, y hacer deslizar allí la falsedad? Creen hacer más engañosa su persecución cubriéndola de calumnias: pero no ven que y si los simples y los ignorantes se dejan sorprender por las invenciones de su malicia, los hijos de la verdad conciben tanto más horror de su conducta, que usen más artificios para conseguir que se apruebe. Oh orgullo, ambición, [Oh amor propio, has tenido seguidores desde el nacimiento de la Iglesia; diste a luz las persecuciones contra los Apóstoles de Jesucristo; pero que digo ¿No fuiste tú quien persiguió al mismo Jesucristo, y quien le arrancó: su vida? ¡Oh soberbios fariseos! ¡Oh sacerdotes ambiciosos! que hacen uso de una afectada severidad y celo por la observancia de la ley, para dar muerte al autor de la misma ley! Este tipo de pretextos todavía se utilizan hoy en día para encubrir la persecución que se lleva a cabo contra los siervos de Dios.

*V. 11. Mi muy querido hermano, no imites el mal, sino el bien. El que hace el bien es de Dios; y el que hace lo malo no conoce a Dios.*

Oh mis queridos hermanos, quienes sois testigos de la verdad, no imitéis el mal, sino el bien; no os hagáis partícipes de la mentira, abrazando los intereses de estos calumniadores, que estando llenos de veneno, su boca lo vomita sin cesar, pudiendo comunicar sólo el mismo veneno del que están llenos; antes bien, haceos partidarios de la verdad, apoyando la causa de los que sufren insultos sin repelerlos, ni siquiera sin quejarse.

San Juan nos invita a imitar lo bueno y no lo malo. ¿Quién es el que hace bien, o el que desgarra a su hermano, o el que sufre de ser tan desgarrado sin vengarse, sin repeler la injuria, y sin quejarse de ella? Os dejo que juzguéis por vosotros mismos. Seguid, pues, el partido y la doctrina del que hace el bien, aunque padezca el mal que se le haga; y no el partido de los que hacen el mal, aunque no lo padezcan.

*V. 12. Todos dan testimonio de Demetrio: la verdad también da testimonio de él: nosotros mismos damos testimonio de él, y sabéis que nuestro testimonio es verdadero.*

*V. 13. Muchas cosas tenía que deciros; pero no quiero hacerlo con tinta y pluma;*

*V. 14. Esperando que te vea pronto, que hablemos en persona.*

*V.I5. La paz sea con vosotros. Nuestros amigos te saludan. Saludar también a nuestros amigos en particular.*

La verdad da testimonio de los verdaderos Siervos de Dios; y los Apóstoles de la verdad también se la devuelven. La verdad de la fe, el Evangelio, las máximas de Jesucristo, toda la Escritura da testimonio de ellas; y este testimonio es tanto más verdadero cuanto que fuera de él no hay verdad. Este testimonio es tanto más digno de ser recibido cuanto menos aceptado por aquellos que son contrarios a la verdad. Contentémonos con vivir en la verdad, con seguir su partido y el de quienes lo anuncian; & que otros vomiten mentiras como les plazca: después de mucha persecución, la verdad siempre prevalecerá; y la falsedad, mintiendo contra sí misma, será descubierta. Vivamos en paz mientras sufrimos, mientras nuestros perseguidores estarán en problemas, mientras ellos mismos están agitados. Las flechas que disparen caerán sobre ellos, mientras nosotros descansamos en paz y sencillez. Las flechas de los niños pequeños se convertirán en sus heridas.

***Fin de las Epístolas de San JUAN.***

**---------------------------------------------------**

# EPÍSTOLA DE ST. JUDAS

## Con Explicaciones y Reflexiones que miran a la vida interior.

*V. I. Judas, Siervo de Jesucristo, y hermano de Santiago, a los llamados, a quienes Dios Padre amó, y a quienes Jesucristo guardó.*

*V. 2. Sea en vosotros la plenitud de la misericordia, la paz y la caridad.*

Todos estamos llamados a la salvación, y no vamos a dudar más de nuestro llamado que de nuestra redención. Dios nos amó con un amor considerado y gratuito, como está escrito, que nos amó primero; y este amor fue tan excesivo que, no contento con habernos sacado de la nada por un amor de prejuicio, lo llevó tan lejos en favor de los ingratos, quienes, habiendo abusado del ser que él les había dado, se habían hecho tan tanto más indignos cuanto mayor había sido su bondad hacia ellos; llevó, digo, tan lejos el exceso de su amor, que envió a su Hijo único, única y viva imagen, igual en todo a él, único objeto de su amor y de sus complacencias, éste en quien toma sus delicias infinitas: ve a este Hijo; y lo envió a salvar a aquellos rebeldes que querían perecer: no sólo lo envió, sino que lo entregó a muerte para salvar a esos rebeldes culpables.

No pudiendo dudar de nuestro llamado, y del amor de Dios hacia nosotros, de donde viene pues lo que dijo el mismo Jesucristo; (a) Muchos son los llamados, ¿qué significa que de todos, pocos son los escogidos? ¿De dónde viene esto? He aquí el secreto de ello en la última palabra de este primer verso de San Judas, que dice: Aquellos a quienes Jesucristo ha preservado. Jesucristo sólo guardó a los que eran suyos: (b) No he perdido, dijo, ninguno de los que me diste, excepto el hijo de perdición; Jesucristo quiso preservar a todos los hombres, como quiso salvar a todos los hombres: pero habiéndose apartado estos mismos hombres de debajo de su conducta, para someterse al Diablo, no pudo, a causa de nuestra libertad, salvar a los que se habían apartado de su cuidado, de su adorable conducta, que se habían negado a permitirse reencontrarse con él; como se quejó ante sus Apóstoles; (c) Jerusalén, Jerusalén, dijo, ¿no quise juntar a tus hijos como la gallina junta a sus pollitos? ¡Tú no lo querías! Quería juntarlos para conservarlos. ¿Y cómo los preservarías, oh mi Salvador? Quería protegerlos bajo la sombra de mis alas: allí habrían estado a salvo; pero no habiendo querido retirarse bajo la sombra de mi protección, se dispersaron; y desviándose por caminos perversos, no debe extrañar que caigan en las trampas que sus enemigos les han tendido, y si desafortunadamente se pierden. (a) Mateo 20 v. 16; (b) Juan 17 v. 12; (c) Mateo 23 v. 37

Toda nuestra salvación depende de la tutela de Jesucristo: pero ¿cómo nos guarda Él si no nos entregamos a Él, si no nos dejamos reunir por Él y, finalmente, si no nos abandonamos enteramente a la conducta? El que está más abandonado a Jesucristo es el mejor guardado y el más seguro. No hay nada que temer bajo la sombra de sus alas divinas. David (a) le pidió a Dios que lo protegiera bajo la sombra de Sus alas; & el divino Amante asegura que ella (b) descansará bajo su sombra en total abandono, & que es en este reposo de abandono que, estando sentada a la sombra de aquel a quien ama, encuentra que su fruto le es dulce a su boca, porque empieza a saborear la dulzura de este abandono. ¡Oh, qué bien guardas, divino Jesús, a los que en ti se abandonan! No me sorprende que el Demonio impida con tanta fuerza el abandono y anime a todos sus secuaces a denunciarlo. Es porque hace bien que nada puede hacer a las almas que así descansan bajo la sombra de su Amado. También San Pedro dijo, (c) que anda alrededor como león rugiente en busca de quien devorar. Pero ¿cómo los devorará si permanecen constantemente bajo sus alas? déjalo girar todo lo que pueda, no les hará daño. Pero si por desgracia dejan su descanso y su abandono, si dejan su lugar, pronto serán devorados.
(a) Salmo 16 v. 8; (b) Cantares 2 v. 3; (c) 1 Pedro 5 v. 8

La plenitud de la misericordia, de la paz, de la caridad, se encuentra sólo en las almas verdaderamente abandonadas a Jesucristo, y que se cobijan bajo la sombra de sus alas.

*V. 3. Queridísimos míos, siempre he tenido un reto muy grande de escribiros acerca de la salvación que es común a todos nosotros; pero la necesidad me obligó al fin, a rogaros que luchéis con nuevas fuerzas por la fe que una vez fue dada por la tradición a los Santos.*

*V. 4. Nuestro único señor, el Señor Jesucristo.*

La salvación es común a todos nosotros: pero ¡ay! ¡Qué raro es el espíritu de fe que forma el abandono total en las manos de Jesucristo, nuestro guía, nuestro Pastor y nuestro Dios! No es muy raro, pero se lucha contra hombres y demonios, eruditos e ignorantes: todos están de acuerdo en este punto, para combatir el espíritu de fe que nuestro divino Maestro nos ha enseñado, como todos los 'concedidos para crucificarlo', los eruditos, los sacerdotes, los pueblos ignorantes.

Sin embargo, mis muy queridos hermanos, cuanto más se combata este espíritu de fe, más debemos fortalecernos en este mismo Espíritu, y combatir con todas nuestras fuerzas a los que se le oponen. Es el espíritu que Jesucristo nuestro divino y único Maestro nos ha comunicado y por sí mismo y por sus palabras; un espíritu que nos une a él y que es el único que puede hacernos dignos de él; espíritu que nos han enseñado los Santos Apóstoles, especialmente San Pablo; un espíritu que no es vacío, sino fecundo; en toda

clase de buenas obras; porque siempre se sustenta en la pura caridad. Y sin embargo, las personas que se levantan contra este espíritu, lo ridiculizan, vomitan impuras blasfemias contra la purísima gracia de Dios, y apartan las almas de su único Maestro Jesucristo, que les enseña esta ciencia en lo más profundo de sus corazones, quieren hacerse dueños de ellos para conducirlos por sus máximas corruptas infectadas de amor propio y de su propia suficiencia: en una palabra, están completamente privados de caridad.

*V. 5. Ya que una vez fuisteis instruidos en todas las cosas, os desafío a que recordéis que Jesucristo, después de haber librado a su pueblo de la tierra de Egipto, mató a los incrédulos;*

*V. 6. Que Dios ha reservado para el juicio del gran día en tinieblas y en cadenas eternas a los Ángeles que no retuvieron su primacía; pero que dejaron su propia casa.*

Nada desagrada tanto a Jesucristo como la incredulidad, como nada le honra más que la fe y la confianza plena y perfecta. Es honrar a Dios en Dios, y a Jesucristo en Salvador, confiar en él para todo; abandonarnos a ella sin reservas, tener plena y perfecta confianza en su bondad, y entera desconfianza de nosotros mismos, tanto en lo que obramos, y lo que nos parece mejor, como en lo que somos. Pero si tanto le desagrada la falta de fe, le desagrada sobre todo en las personas que han sentido los efectos de la bondad: Por eso, cuando abandonan el camino que han abrazado, y después de haber recibido este espíritu de fe, se vuelven incrédulos, Dios los castiga terriblemente. ¿Y cuántos de aquellos por quienes Dios había hecho tan grandes milagros en Egipto, por quienes había dividido el mar, murieron a causa de su incredulidad? Oh hermanos míos, ¿cuántos de nosotros somos los que, después de salir de la multiplicidad de Egipto por medio de la fe, nos convertimos en incrédulos en el desierto de la fe, porque Dios detiene allí el curso de sus sensibles milagros? Los que se vuelven incrédulos después de tantas bendiciones, mueren miserablemente por el pecado mortal. Por esto está escrito, que es casi (a) imposible que una persona después de haber conocido la verdad, después de haber sido iluminada con la luz, llegando a perderla por su culpa, la recobre alguna vez. (a) Hebreos 6 v. 4

San Judas nos da la semejanza del Ángel, que salió del Paraíso, porque abusó de los grandes dones que le fueron dados; y lo dejó para no volver jamás. Porque estos Ángeles, lejos de conservar el primado de la gracia, quisieron señalarse por el primado de su rebelión: y con ello atrajeron las primeras desgracias y los primeros suplicios.

*V. 7. Que Sodoma y Gomorra, a las ciudades de alrededor, que habían ido a los mismos excesos de impurezas, contaminándose con carne extraña, fueron ofrecidas por ejemplo al sufrir el dolor del fuego eterno.*

*V. 8. Estos hombres impíos, sin embargo, cometen semejantes abominaciones de la carne, desprecian el dominio, blasfeman contra la Soberana Majestad.*

¿Cómo hace San Judas una comparación entre el pecado del Ángel y el de Sodoma? Es que hay dos fuerzas de impurezas y fornicaciones: una, del espíritu; la otra, de la carne.

Los ángeles rebeldes cometieron un adulterio de espíritu, retirándose de la dependencia de su poseedor soberano para entregarse presa de la rebelión: negaron a su Dios ese amor casto que le desviaron para esparcirse en el amor de Dios. y sin tener cuerpos, cometieron las últimas abominaciones: se idolatraron a sí mismos, prefiriendo su voluntad a la de Dios; corrompieron el orden natural de su creación, y se hicieron así, en su especie, culpables de los mismos crímenes de los sodomitas. ¿Cuántas personas hay que cometen adulterio de mente, corazón y cuerpo al mismo tiempo? ¿Cuántos que, no pudiendo cometer la del cuerpo, la cometen del corazón? Finalmente, cuántas personas hay que hacen en continua fornicación de su espíritu; ¿Quiénes se creen los más inocentes del mundo, porque odian la impureza tanto como están lejos de cometerla? pero considerándose puros, porque sus cuerpos no han sido contaminados con mujeres, ¿cuán impuros son en espíritu, y cuán adúlteros, atribuyéndose lo que es debido solamente a Dios? ¡Oh gran día, gran día del juicio! estas cosas las descubrirás solo; y el que se cree muy puro, se hallará muy sucio cuando tenga que ser examinado por el justo Juez; él, por el contrario, que se creyó impuro sobre todo, porque experimentó debilidades involuntarias en la fe, se encontrará purificado en la sangre del cordero, a quien será confiado, y a quien habrá invocado en los fuertes en el dolor y sus miserias.

Pero aquellos que blasfeman contra el poder divino, que desprecian su dominio, que no quieren someterse a él, ¿con qué rigor serán castigados?

*V. 9. Cuando el Arcángel Miguel entró en disputa con el Demonio tocando el cuerpo de Moisés, no se atrevió a condenarlo con palabras de maldición. Solo le dice; Que el Señor te reprenda.*

*V. 10. Pero éstos pronuncian maldiciones sobre todo lo que no saben; y como bestias que no tienen razón, se corrompen en todo lo que naturalmente conocen.*

Es cosa extraña lo fácil que es condenar con palabras de burla, ya menudo de blasfemia, los caminos más puros del Espíritu. Los que los condenan, los ignoran y hablan de ellos como si no tuvieran razón, corrompiendo incluso la luz natural que dicen tener. Si San Miguel no se atrevió a maldecir al Demonio, ¿cuán culpables son los que maldicen al pueblo de Dios? Tanto les sucederá como a Balaam: serán castigados; y estarán obligados a bendecir a aquellos a quienes pretenden maldecir. La condenación pública que hagan de los siervos de Dios y de su camino, se volverá en beneficio de los mismos siervos de Dios: porque eso les atraerá coronas inmortales; y aun de esta vida vendrá un tiempo en que Dios hará resplandecer la luz de la verdad, la cual engañará a todos aquellos a quienes este pueblo quiso sorprender con sus calumnias.

*V. 11. ¡Ay de ellos! porque andan en el camino de Caín; que sigan el error de Balaam, prostituyéndose a costa de la ganancia; y perecer en la contradicción, como Core.*

Estas personas verdaderamente están caminando en - los caminos de Caín; ya que es la envidia que tienen contra los siervos de Dios lo que les hace hablar así: porque en el fondo no ignoran que su sacrificio no es más aceptable delante de Dios que el de ellos. Saben muy bien que son amigos de Dios. Se cierran los oídos, como los que apedrearon a San Esteban, para destruirlos con todas sus fuerzas: a menudo el afán de lucro, o bien el amor a la gloria y al primado, los lleva a usar la especie: pero ellos mismos perecerán un día. en la contradicción que han creado como Coré: atribuyéndose el derecho de Pastores, abusan de él, y quieren impedir que las almas Apostólicas apacienten el rebaño de Jesucristo. ¿No dicen como (a) Core; Nosotros tenemos el poder; ¿Y no somos nosotros tan santos para el Señor como Moisés? Pero ellos y sus adherentes perecieron: y no habiendo querido dejar a otros este fuego sagrado, que no es otro que el fuego de la caridad, arderán eternamente por el de la justicia. (a) Números 16 v. 3, etc.

*V. 12. Estas son personas que revuelven en su mesa de caridad, que pierden todo miedo en las fiestas - que están con ustedes, que (b) no tienen otros 'Pastores' que ellos mismos. Son nubes en las aguas, que el viento lleva aquí y allá. Son árboles de otoño, estériles, dos veces muertos y desarraigados.* *(b) o, que se alimentan a sí mismos.*

*V. 13. Son las olas impetuosas del mar que arrojan la espuma de su contaminación. Son estrellas errantes, a quienes la oscuridad de las tinieblas está reservada para la eternidad.*

Estas gentes por lo ordinario hacen caridades brillantes, pero llenas de ostentación: de modo que la vanidad que acompaña a sus caridades es tan grande, que se escudriñan,

lejos de purificarse en ella. Oh Dios, cómo estas acciones brillantes, que el mundo admira, un día parecerán una bagatela ante Dios; y que se verá con asombro que lo que a los ojos de los hombres pasó por acciones de engaño, lo hará por condenación y aquellos donde reina la impureza; porque la soberbia, que es la más fuerte impureza del espíritu, es su principio.

Son personas que han rechazado al divino Pastor, y que no quieren abandonarse a la guía final de Jesucristo, creyéndose mucho más confiados y llevados a dejarse llevar por su capricho; y que no se contentan con sacudirse el yugo suave y dulce de Jesucristo, claman contra los que lo reconocen como su verdadero Pastor: Son personas que han rechazado al divino Pastor, y que no quieren abandonarse a la guía final de Jesucristo, creyéndose mucho más confiados y llevados a dejarse llevar por su capricho; y que, no satisfechos con sacudirse el yugo tierno y suave de Jesucristo, claman contra los que lo reconocen como su verdadero Pastor: y no tienen dificultad en decir, traigan a ellos a este pueblo, que ellos los guiarán pues que son engañados por el abandono en Dios; como si su conducta fuera mejor que la de Jesucristo. Tanto les ciega tanto su soberbia, que creen que un alma que se abandona a su conducta, es más fluida, que aquella que se abandona a Jesucristo Y aunque el pueblo interior, estas ovejas escogidas, tienen pastores en la tierra a quienes Dios les ha dado, y que los guíen según el espíritu de su verdadero pastor, que les enseñen a no seguir una conducta particular que les está trazada en el papel, sino a abandonarse más además de su Pastor, a educar su voz, y vivirla: estos presuntuosos hombres creen que los Directores de esta región, aunque muy cuidadosos e iluminados por la luz de la verdad, son menos capaces que ellos de conducir: y como se esfuerzan por desviar a las ovejas de la escucha de su Pastor Jesucristo, por lo que se esfuerzan por desacreditar en el espíritu de estas buenas almas a los que Dios les ha dado como guías en la tierra.

Les dicen: Venid a nosotros; te daremos mucha agua. Pero, queridas almas, respóndanles: Nuestro Pastor nos ha conducido a aguas calmas y tranquilas: él mismo es la fuente viva; ¿Cómo podríamos dejar esta fuente de agua viva para saciar nuestra sed en tus cisternas rotas, que no retienen agua para sí mismas? ¿Cómo saciarían nuestra sed, si la sequía los seca y el agua nunca se queda allí? Porque hay aquellos hombres de que hablo, que quieren desviar las almas de ir a Jesucristo, aunque ellos mismos son estériles y no tienen experiencia de la santa unción de la presencia de Dios en el alma, de este gusto divino, de esta simple paz, de esta saciedad que produce en el alma la plenitud de las aguas vivas: y sin embargo, se creen más aptos para conducir, que las personas que beben en la fuente de las aguas vivas. Se creen capaces de saciar, de refrescar, de llenar los corazones sedientos, aunque son como esas tierras agrietadas donde la lluvia no cae, y el rocío no humedece: y sin embargo dicen: Venid a nosotros, y os daremos aguas vivas. ¿Y cómo las darías, tú que estás privado incluso de las aguas comunes y ordinarias? ¡Oh locura! ¡Que

los que no experimentan los caminos de Dios, sean los que incursionan en juzgarlos, en querer conducir a otros hacia ellos!

St. Judas agrega que son nubes sin agua, llevadas de aquí para allá por el viento. Dios mío! ¡Qué apropiada es esta expresión para mi tema! Los presuntuosos son nubes vacías y vagas, que nunca se detienen; porque tienen la inconstancia y la ligereza que provoca su vacío. Vagan de una opinión a otra, nunca tienen un sentimiento fijo y asentado; Y si encontraras cien de estas personas, todas tendrían opiniones diferentes respecto a la conducta interior. Sólo se ponen de acuerdo en este punto, en destruir la conducta de Jesucristo, y el verdadero interior; porque esta antorcha de verdad es la única que descubre su falsa luz. Sin embargo, aunque el viento de la vanidad los lleve incesantemente a juzgar todo, a condenar todo, a ser unas veces de un sentimiento y otras de otro, no cesan de decir a las almas interiores: Venid a nosotros, y sobre vosotros lloveremos abundantes aguas. ¿Y cómo haréis que llueva, vosotros que sois nubes oscuras pero vacías, que sólo podéis oscurecer el Sol sin traer ningún fruto a la tierra? Usted dice; Os mostraremos la verdad: ¿Y cómo la mostraríais vosotros, que sólo sabéis taparla, vosotros que revoloteáis en todas direcciones por la violencia de las pasiones que os agitan, sólo para oscurecer el sol, y nosotros robar luz y calor?

Esto hace, añade el Apóstol, árboles de otoño sin fruto, dos veces muertos, desarraigados: Durante este tiempo no dicen otra cosa que: Venid a nosotros, y os daremos fruto: os comunicaremos la vida. ¿Cómo recogeré en vosotros, oh hombres engañados, los frutos de la justicia y de la paz, si estáis completamente desprovistos de ellos? ¡No tienes ninguno de los frutos que me prometes y quieres que yo los encuentre en ti! Habéis muerto una doble muerte: porque a esta muerte, que es la privación de la gracia vivificante que obra en el interior, habéis unido de nuevo la muerte del pecado; ¡y quieres que vaya a ti para recibir vida! Vosotros sois desarraigados, porque no quisisteis ser injertados en Jesucristo, y dar fruto sólo en él y sobre él; sin embargo, os cuidáis de que vuestras raíces sean profundas, de que vuestras ramas se extiendan, para que descansen las aves del cielo sobre él y refréscate bajo tu sombra, para que hasta las bestias de la tierra se cubran bajo tus ramas: pero acordaos que pronto caerá una piedra de lo alto del monte, la cual rodará hasta el fondo, os desarraigará. y os quebrante, y que no quede en vosotros sino muerte. Seréis abandonados: nacidos de las aves del cielo, y de las bestias de la tierra: y cuanto más os haya elevado vuestra presunción, más fatal será vuestra caída.

El Apóstol dice de nuevo; y es tan justa esta expresión, que son olas impetuosas del mar, que arrojan la espuma de sus excavaciones, al mismo tiempo que prometen darnos la paz. La pasión con que deploran los caminos interiores, los más puros máximas de Jesucristo, y

los que las siguen, les hacen espumar de ira, y mostrando por la agitación de fuera la turbación de dentro, arrojan sin saberlo la espuma de sus corrupciones: por lo que hacen aparecer por fuera, es fácil juzgar la impureza interior.

Son, añade S. Judas, estrellas errantes, a quienes les ha sido reservada la oscuridad de las tinieblas para la eternidad. Se les llama muy acertadamente estrellas errantes: porque de un pequeño destello de ciencia o de una mente torcida, que producen en medio de las tinieblas de la ignorancia, ese pequeño destello les da luz, autoridad, y sirve para guiar a los que quieren. para caminar de noche. Esta luz, tan pequeña, no puede, sin embargo, guiarlos por un camino seguro; porque anda errante; y que, no teniendo nada fijo, el mismo momento que les hizo descubrir un camino recto, ya no les permite ver y evitar el precipicio; porque esta luz no se puede fijar; a menudo incluso conduce a un precipicio. Sin embargo, es esta pequeña estrella, destinada a las tinieblas eternas, la que viene a iluminar al Sol, y la que quiere convencer a los hombres de que caminamos más seguros cuando alumbra que cuando alumbra el Sol. Quieren persuadir a la gente sin experiencia, y que nunca ha disfrutado de la luz del día, que su pequeño destello es la verdadera luz: y esos pobres ciegos, cuyos ojos nunca habían sido verdes, al ver este pequeño brillo, se deleitan en él, y no tienen dificultad en sostener que tal luz es el Sol. Por éstos son excusables y dignos de compasión, no sabiendo más: pero ¿no es cierto que los que son iluminados por la luz del Sol, no pueden dejar de lamentar la vida de estos ciegos, cuando tratan de persuadirlos de que la luz que disfrutan es la luz del sol? ¿No les dicen con razón: 0 si sólo una vez hubierais sido iluminados con la luz verdadera, conoceríais bien este engaño; ; pero hasta que estés iluminado, siempre estarás equivocado. Ven, dicen, a la región del Sol de Justicia por unas horas. Algunos le permiten ganar; los demás siguen decididos a no querer otra luz que la de esta estrella errante. Los que se dejan conquistar, y que están dispuestos a ser iluminados por el Sol de justicia, que están dispuestos a entrar en su región, que no es otra que la INTERIOR, dicen, después de haber conocido esta diferencia infinita entre el Sol y el vagabundo de las estrellas: ¡Oh, que estuviéramos ciegos, para tomar las tinieblas por luz! ¡Oh tontos que éramos! lo que nos decían desde dentro nos parecía una locura: ¡pero sabemos bien ahora que éramos locos y locos! Oh luz, dicen, de la cual otras luces son sólo sombras, ¿cómo te conocimos tan tarde? Luego hacen todo lo posible para mostrar a los demás lo que han visto. Los que se hacen dóciles la experimentan, y se regocijan de gozo; los otros, en cambio, se endurecen cada vez más, por la mala conducta de sus guías, de estas estrellas errantes, que para deleitarlos y divertirles su luz, los aparta miserablemente de la luz eterna e increada, de esta luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo, que no es otro que Jesucristo.

*V. 14. Fue de ellos mismos que Enoc, que fue el Séptimo después de Adán, profetizó con estas palabras:*

*V. 15. Os declaro que el Señor está listo para venir con millones de sus santos, para entrar en juicio contra todos los hombres, para convencer a todos: los impíos de toda impiedad que hayan cometido contra Dios, de todas las palabras calumniosas que pecadores impíos han pronunciado contra él.*

*V. 16. Son murmuradores que siempre se quejan, que siguen sus pasiones, que hablan con orgullo, que se hacen admiradores de personas de quienes esperan alguna ventaja.*

Oh hermanos míos, es verdad, el tiempo está cerca, y está muy cerca, que el Señor vendrá con millones de Sus Santos, a quienes ha bendecido por su fe, incluso su amor, su abandono y su confianza. Vendrá a juzgar a estos hombres, y por la experiencia de tantos millones de santos a convencerlos de impiedad; porque hablaban con desprecio de los caminos de Dios, y de sus siervos que los siguen. Blasfemaron contra la conducta del Señor; y creyendo que sólo atacan a los hombres con sus calumnias, han atacado al mismo Dios en lo que más celoso tiene, que es su Omnipotencia y su Soberanía. Ellos son la causa de las impiedades de los impíos, que oyendo de estas personas fuertes, de autoridad, creen que tienen derecho a decir lo que les place; y después de haber atacado por todos los medios el honor de los siervos de Dios, atacan al mismo Dios. Esta gente murmura sin cesar, quejándose de la más mínima deshonra, creyéndose con derecho a ofender a todos sin tener que ser ofendido por nadie. Siguen sus pasiones salvajes; y en el tiempo que desgarran con más fuerza el verdadero fervor de Dios, se hacen admiradores, aduladores y partidarios de los que cometen injusticia, porque esperan sacar algún provecho de ella.

*V. 17. Pero vosotros, mis amados hermanos, recordad las cosas que fueron anunciadas por los Apóstoles de nuestro Señor Jesucristo;*

*V. 18. ¿Quién os ha dicho que en los postreros días vendrían impostores, que según sus pasiones se llevarían a la impiedad?*

*V. 19. Estos son hombres que se apartan de nosotros, gente sensual, que no tiene el Espíritu de Dios.*

Oh hermanos míos, que sois perseguidos por la verdad, recordad que Jesucristo mismo os enseñó a buscarle; que lo que se os dice de ella no es otra cosa que lo que él mismo os dijo de ella y lo que os enseñaron los Apóstoles. Deje que la corriente de aire se revuelva todo el tiempo que le plazca; pero por vosotros, permaneced apegados a la verdad: seguid

siempre la voz de vuestro divino Pastor, que os instruirá en lo que debéis hacer. No escuches la voz de aquellos que solo te llaman para perderte. Jesucristo os enseñó a renunciar a vosotros mismos, ellos os enseñan a vivir en vosotros mismos, os darán toda la libertad con tal de que sigáis su conducta; y no veis que esta libertad que os prometen, es esclavitud; mientras que la libertad que Dios da, aunque parece encogerse y contraerse por fuera, especialmente al principio, sin dar libertad a los sentidos que aún no están del todo subyugados, no deja de producir una amplitud interior y una libertad tan grande que el que lo experimenta se sorprende. Las gentes del mundo que no pueden comprenderlo, consideran a los que disfrutan de esta libertad como los desdichados del mundo, tanto porque son perseguidos por ella, como porque se privan de todos los placeres que el mundo estima. Mas sin embargo son tan felices, que si las gentes del mundo en medio de sus más apetecidos y más buscados placeres, pudieran conocer la dicha que gustan, dejarían todas las cosas para poseer el mismo bien: pero como son ignorantes de los sagrados deleites de la mente, no es de extrañar que busquen incansablemente los brutales placeres de la carne. Oh hermanos míos, que así os vertéis en criaturas, en objetos insípidos y engañosos, si pudieseis gustar una vez los placeres inocentes de un corazón que está todo en su Dios, confesaríais con sinceridad que todos los placeres que habéis gustado en el mundo, no son placeres, sino sombras de placeres; y que sólo hay un verdadero placer, que es pertenecer enteramente a Dios; y que Dios sea todo en nosotros. Esto lo había experimentado la Esposa cuando, queriendo hacernos saber el exceso de su contentamiento, dijo: (a) Yo soy toda para mi Amado, y mi Amado es todo mío; Y David (b) afirma, que todos los que están en Dios, son como personas encantadas de alegría: pero el pueblo que os guía en el libertinaje de los pantanos y en la libertad de hacer lo que os agrada, creyendo que os procurará placeres, amontonad dolores para vosotros, lejos de la verdadera libertad, ¡oh, qué lejos está este pueblo de tener el Espíritu de Dios! ¿Cómo podrían comunicártelo, no teniéndolo? Prueba con algunas de estas personas que son denunciadas como la plaga del mundo: verás la diferencia entre los que tienen el verdadero Espíritu de Dios y los que no. Juzgue por su experiencia & lejos de buscar un guía que lo halague en el crimen, trata de encontrar uno que te ayude a esquivar anunciándote la verdad, que otros te ocultan, o porque no saben ellos mismos, o tal vez por cobardía y espíritu de contradicción: y ellos son los más culpables: porque sabiendo el bien donde está, no quieren anunciarlo por miedo a desacreditarse a sí mismos acreditando a los demás, y no tener tanta gente viniendo a ellos. Pero se equivocan: porque si hicieran justicia a la verdad, podrían anunciarla a los demás; y su humildad, habiendo atraído para sí las gracias del cielo, les daría los medios para comunicarlas a los demás. (a) Cantares 2 v. 16; (b) Salmo 5 v. 12

*V. 20. Vosotros, por el contrario, mis carísimos hermanos, levantaos como un edificio sobre vuestra santa fe, y orad por el Espíritu Santo.*

S. Judas se sostiene admirablemente; y parece que quiso hablar contra los perseguidores de dentro, y que los tenía en vista, cuando escribió así: porque es verdad que el Espíritu Santo no se constriñe en sus expresiones; y que cuando condena un error, lo hace con tal fuerza, y una fuerza cuyo sentido es amplio, que sirve en secuela de las leyes para condenar toda clase de abusos. Parece que los incluyó a todos en su condenación: Y como los que se oponen al Espíritu de Jesucristo, que es el espíritu de la fe y del interior, tienen las mismas cualidades que los que se oponen a su doctrina y a su verdad, porque ambas son sólo una expresión de su espíritu, también merecen las mismas censuras. Pero vosotros, mis queridos hermanos, lejos de permitiros seguir estas máximas, lejos de intimidaros por las amenazas y las persecuciones que os hacen, elevaos sobre vuestra fe que debe ser el fundamento de vuestro edificio espiritual; Levantaos, os digo, sobre esta fe viva y vivificante; Construye un edificio tanto más sólido cuanto más oposición encuentres por parte de los hombres a tu empresa. Oh fe que fuiste el fundamento de la Religión Cristiana, tú serás siempre el fundamento del edificio espiritual: y como todos ustedes están en Jesucristo, y de ninguna manera fuera de él, los que edifican en ustedes se sienten como roca viva; y cualquiera que sea la elevación que den a su edificio, no deben temer su ruina. Los que, por el contrario, no edifican sobre vosotros, sino que edifican sobre su propia industria, edifican sobre arenas movedizas, de modo que el edificio apenas se levanta, se derrumba. Oh obra, oh edificios, fuera de este Espíritu de fe que opera dentro, sois edificios de paja, que serán quemados con fuego. Vosotros sois una de esas obras combustibles (a) de las que habla San Pablo, que ardiendo, no dejáis de salvar al que os hizo, pero nunca de otro modo que por el fuego. Debemos tener mucha más confianza en Dios y apoyarnos más en Jesucristo, ya que somos condenados y perseguidos por el mundo. Si me apoyara en mí mismo, o en alguna de mis operaciones, me apoyaría en un cimiento ruinoso, y tendría razón para temer: pero edificando en Jesucristo, y poniendo en él toda mi confianza, ¿qué puedo temer? ¿No debo decir con David: (b) El Señor es mi luz y mi Salvación, qué puedo temer? El Señor es el Protector de mi vida, ¿de qué tendré miedo? Cuando vi un ejército listo para descender sobre mí, no temblaría; porque el Señor es mi fundamento. Cuando todos los males cayeran sobre mí, su exceso redoblaría mi esperanza y aumentaría mi confianza. (a) 1 Corintios 3 v. 15; (b) Salmo 26 v. 1, 3

Después de S. Judas nos exhortó a mantenernos más en la fe, ya que somos perseguidos por la misma fe, nos exhorta a orar por el Espíritu Santo. ¿Qué es orar por el Espíritu Santo, sino abandonarnos a su moción, para que ore en nosotros y por nosotros? ¿No nos asegura San Pablo, (a) que este Espíritu Santo ora en nosotros? ¿No estamos muy

equivocados al no dejarlo orar, o al interrumpir e impedir con nuestras actividades demasiado fuertes, la oración que Él quiere hacer? Todo el INTERIOR consta de estas dos cosas: una de apoyarse y fundarse en la fe sola, y nunca apoyarse en otra cosa, como puede ser el razonamiento, y la ilustración, el conocimiento, los gustos, etc. sino - en la fe sola, que es el fundamento más seguro; y el otro, orar en el Espíritu; & ya no rezar por nuestras propias industrias, por palabras estudiadas; sino por afecto, y en silencio - de lengua y mente: es allí donde el corazón se vuelve elocuente; porque la oración es eficaz. Y cómo no podría serlo, ya que es movida y operada por el Espíritu Santo; que sólo pide de los santos, y para los santos, lo que es bueno, perfecto y conforme a la voluntad de Dios; lo que sucede en el corazón de Dios, que no es otra cosa que su voluntad, siendo conocido sólo por el Espíritu de Dios. (a) Romanos 8 v. 26, 27

*V. 21. Conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, para tener vida eterna.*

Aquel en quien el Espíritu ora con esta fuerza, está verdaderamente en el amor y en la caridad: porque si no fuera en la caridad, no tendría en él al Espíritu Santo, que ora con gemidos inefables. El Espíritu Santo nunca está sin caridad, ya que él mismo es caridad. El alma que ha llegado aquí, lo que debe hacer, por tanto, es consagrarse a esta caridad pura y perfecta, que tiene ¡solamente! Dios solo como su objeto, y que sólo tiene una mirada en él, evitando las vueltas a la fe y las reflexiones, que desvían el alma de este amor puro, simple y recto, amor actual y habitual, que no es ya conocido sino interrumpido, porque el acto se ha convertido en hábito, y el hábito se ha convertido en acto corriente. El alma así quemada y confundida en este fuego un tanto sagrado, queda en un amor actual y habitual; porque poco a poco se encuentra cambiada y transformada en el amor mismo: fortalecida por el hecho de que como el fuego no puede dejar de quemar y encender si no deja de ser fuego, así esta alma pura ya no puede dejar de amar, si no quiere ser lo que ella era ¿Quedando así de fuerte? sumergida en el amor, no tiene otra cosa que hacer sino esperar la vida eterna de la misericordia de Dios: porque no la espera como cosa debida, sin pensar en sí misma, sin encontrar en ella ningún mérito: ¿Y cómo podría encontrar algún mérito en ella, ya que no puede mirarse a sí misma; y si lo mirara, solo vería demérito? Por tanto, debe esperarlo de la bondad del Señor.

*V. 22 Hay algunos a los que debéis convencer de que ya están condenados;*

*V. 23. A otros los salvaréis sacándolos del fuego; otros por los que debéis tener compasión acompañada de temor por vosotros mismos; y aborreceréis como trapo de inmundicia todo lo que pertenece a la corrupción de la carne.*

Hay personas tan endurecidas, que de ninguna manera parecen susceptibles a la gracia; porque se burlan de las cosas de Dios, y convierten en impiedad todo lo que se les dice para su propio bien. A estas personas sólo les queda una cosa, que es convencerlas de que ya están condenadas: esta convicción les puede llevar a la penitencia, o al menos impedirá a otros, que son testigos de sus desórdenes y de la represión que se les impone, no se dejen llevar por los mismos desórdenes.

Hay otros que son más susceptibles a la gracia, y a los que debemos tratar de salvar, sacándolos del pecado, que como fuego devorador está dispuesto a reducirlos a cenizas con su actividad: otros por los que debemos tener gran compasión, viéndolos sumidos en pecados de debilidad, de los cuales no pueden salir, porque han contraído un fuerte hábito de ellos; y aunque la malicia no está en el fondo de sus corazones, y a veces desean salir de este estado, son tan débiles que el esfuerzo que hacen para salir de él les hace caer más duramente. Hay que tener mucha simpatía por esta gente, que hace, como dijo David de sí mismo, en **(a)** un abismo de lodo. Pero debemos temer por nosotros mismos, y por dos razones, una, porque si Dios nos dejara a nosotros mismos por un solo momento, caeríamos en las mismas faltas que ellos cometen, y tal vez en otras mayores: La otra razón para temer es que , como esta gente, de la que debemos tener compasión, no tiene la impiedad y malicia de la primera, y conserva cierto fundamento de bondad, mansedumbre y desenvoltura, que fue la primera causa de su ruina, tienen algo atractivo que nos podría hacer caer a nosotros mismos en querer destruirlos, si no tuviéramos mucha desconfianza en nosotros mismos, y una confianza extrema en Dios. Por lo cual está escrito que (a) la iniquidad del hombre es mejor que la mujer que hace el bien; es decir, que la iniquidad de los hombres verdaderamente inicuos horroriza, y nada tiene de peligroso que los que los reprenden puedan contraer; & dejando que cierto veneno entre en el corazón, a menudo alcanzan (b) el exterior. **(a)** Salmo 68 v. 3; (a) Eclesiastés 42 v. 14; (b) hacen que el pecado se lleve a cabo por fuera, habiendo entrado por contagio en el interior.

Es por esto que S. Judas agrega muy acertadamente, que es necesario, teniendo un corazón lleno de compasión por la persona débil, proveerse de una fuerte aversión contra la túnica buscada; porque es enteramente carnal; que comunica un veneno tanto más peligroso cuanto menos se desconfía de él. Él dice la túnica contaminada, y no la mente y el corazón contaminados; mostrar que esta clase de pecados están más en el cuerpo que

en la mente ni en el corazón: la suciedad se cubre; además, es mucho más fácil envenenarse con este tipo de personas que con cualquier otra. El remedio para esto es la desconfianza extrema en nosotros mismos y la confianza en Dios: no involucrarnos en lo que no es nuestra obligación. Así que San Judas no nos ordena que corrijamos a este tipo de personas, no sea que traigamos sobre nosotros los males que pensamos quitarles. Oremos por ellos; y que nuestra compasión nos impida condenarlos, calumniarlos: pero que nuestra aversión a la ropa sucia nos impida apoyarlos, sostenerlos y frecuentarlos.

El Espíritu de Dios es tan justo en toda su conducta, que si los paganos leyeran sin prejuicios las reglas que se dan a los cristianos, no podrían dudar de la verdad de nuestro Dios y Señor Jesucristo, ni de su infinita Sabiduría. Es una cosa deplorable que los cristianos vivan de manera contraria al espíritu y máximas de su Religión. Pero ¿cómo vivirían allí en conformidad si no las conocen, y si nadie les enseña cuáles son este espíritu y estas máximas? (a) Los niños piden pan; pero no hay quien los rompa. ¿Enseñarán los pastores lo que no saben? Sin duda no; y es cosa extraña que la religión cristiana, siendo la más bella y la más perfecta de las religiones, sea la más ignorada por los que la profesan. Un mahometano, un hereje, ignora por completo la religión; ¡y un cristiano ignora la suya! Es cierto que ahora hay personas iluminadas, por lo que los cristianos solo deben ignorar lo que no quieren aprender. Si lo ignoran, es pura malicia; porque por todos lados hay medios de aprender. (a) Jeremías 4 v. 4

*V. 24. Al que es todopoderoso para preservaros sin pecado y purificaros delante de su majestad, con arrebato de gozo en el día de la venida de nuestro Señor Jesucristo;*

*V. 25 Al único Dios que nos ha salvado por medio de nuestro Señor Jesucristo: Sea gloria, magnificencia, imperio y fuerza antes de todos los siglos, y ahora, y por los siglos de los siglos. ¡Amén!*

No tenemos fuerza propia; Por eso no debemos esperar más que miseria y pecado de nosotros mismos: pero Dios, cuyo poder es igual a la bondad, tendrá que guardarnos sin pecado si podemos abandonarnos a él sin reservas y esperar todo de su bondad. Esta es la razón por la que S. Pedro, después de haber experimentado el exceso de debilidad, nos aconseja **(a)** estar bajo la poderosa mano de Dios por una verdadera convicción de nuestra impotencia y su poder, de su bondad y nuestra malicia, de su fuerza y de nuestra debilidad; y desde esta fuerza, la persona así abandonada a su Dios siente con una satisfacción inexplicable que Dios está haciendo en él y por él lo que nunca había podido hacer por todos sus esfuerzos, que es mantenerlo puro y puro. Dios la conserva tan pura y tan pulcra que parece que ignora hasta el pecado. El alma que ya no tiene ningún apoyo

en sí mismo, en su fuerza, en su trabajo y en su industria, y que después de haber agotado todas sus fuerzas en vano para deshacerse de un enemigo que se hizo tanto más violento e insuperable cuanto más fuerte era atacada, esta alma, digo, después de haber agotado todas sus fuerzas en esta lucha (como siempre se debe hacer), lista para sucumbir y rendirse, se ve finalmente obligada por su extrema impotencia, y por la necesidad en que entonces se encuentra, a tomar prestada una fuerza todopoderosa, a la cual, sometiéndose y abandonándose sin reservas, sin pensar más en luchar, y descansando mientras el Señor lucha, (como está escrito: (a) El Señor peleará por ti, y tú descansarás,) sin pensar más en pelear, encuentra a su Rey todopoderoso líbrala de un enemigo que le parecía invencible. **(a)** 1 Pedro 5 v. 6; (a) éxodo 14 v. 14

Entonces esta pobre alma está en un transporte de alegría que no puede contener: dice con David; (b) que Dios es su fuerza y su apoyo, que ya no puede temer nada. Se asombra de cómo esperó tan tarde para poner sus armas en las manos de Dios. Sin embargo, nunca lo hubiera hecho si la necesidad no la hubiera obligado a hacerlo: pues fue en el extremo que mirando por todos lados (c) de donde podía venirle socorro, comprendió que sólo el Socorro podía venir del Señor Dios de los ejércitos. Oh pobre alma así asediada, mira en todas direcciones cuanto quieras, sólo recibirás ayuda de aquel que hizo el cielo y la tierra; de aquel que, habiendo creado vuestro espíritu y vuestro cuerpo, es el único que puede librarlos a ambos del pecado, que es el único enemigo al que debéis temer. El alma así entregada en las manos de Dios está en perfecta alegría; porque ella está en perfecta seguridad bajo la protección del Todopoderoso. Es entonces como un ciervo perseguido durante mucho tiempo, que habiendo encontrado un fuerte inexpugnable, descansa de todas sus fatigas sin temer la persecución de sus enemigos. Fue entonces cuando dijo a su Dios**: (a)** Tú eres la fortaleza de mi Salvación, y la corona de mi poder. (b) Salmo 26 v. 1; (c) Salmo 120 v. 1, 2; **(a)** Salmo 17 v. 3

Encantada de ser de tanto bien, y tan desesperanzada, espera en paz con Dios el advenimiento de Jesucristo, que no tarda en venir en un alma completamente abandonada, y descansada en su alma. Mucha gente a menudo se da por vencida, da y recibe; pero pocos se refugian en el abandono, que es quedar abandonados para siempre a Dios, no sólo sin corregirse, sino incluso sin mirarse a sí misma. El alma así abandonada a Dios, no deja de experimentar pronto en ella la venida de Jesucristo.

Pero ¿ por qué creéis , oh cristianos demasiado afortunados de tener tal Dios y Salvador , por qué , digo , creéis que Dios es tan celoso de que nos abandonemos a él sin reservas , que de no permitirnos nunca tener un perfecto victoria sobre nuestros enemigos excepto por esta rendición? He aquí el secreto expresado por S. Judas en pocas palabras, cual fervoroso fin y coronación de esta obra; (porque escribí el Apocalipsis antes de las

Epístolas Canónicas:) es que a Dios, que nos salvó por medio de nuestro Señor Jesucristo, pertenece toda la gloria de nuestra salvación. Ahora bien, si pudiéramos vencer a nuestros enemigos por nuestro propio esfuerzo, aunque ayudados por la gracia, éramos llevados a la vanagloria, al amor propio, a la propiedad, a la usurpación, a robarle a Dios la gloria que le es debida, que no quisiéramos dejar de atribuir a la fuerza de nuestro coraje y al esfuerzo de nuestro combate, que se debe sólo al poder y la bondad de Dios.

Me dirán que ha habido Santos que han luchado toda su vida. Estoy de acuerdo: y esto es lo que prueba lo que acabo de decir, que el combate que damos nunca nos libra perfectamente de todos nuestros enemigos; y aunque parecen estar derribados por algún tiempo, los vemos levantarse con tanta más fuerza cuanto más vigor han sido repelidos. Los que van por el camino del combate, y a los que Dios deja fuerzas activas, luchan toda su vida. No se nos dice de los golpes que estos diversos Atletas recibieron en sus combates, que sin embargo son golpes gloriosos que no impidieron su victoria. Algunos de ellos solo nos instaban a levantarnos rápidamente cuando caíamos, para que el enemigo no tuviera ventaja sobre nosotros, y nos enseñaban su santa práctica. Para dejar de luchar hay que dejar de tener enemigos. Ahora digo, que todos los que no se entregan sin reservas al Rey Jesús, bien pueden luchar hasta el final; pero nunca estarán sin enemigos. Solo aquellos que se rinden a su poder divino, perdiendo toda fuerza para luchar contra ellos, son controlados y liberados de la necesidad de luchar. Si uno se queja de que no pelean; ¿Quién peleará cuando no tengamos más enemigos? Es ahora que victoriosos en Jesucristo y por medio de Jesucristo, debemos recoger los frutos de la paz, y construir una casa para el Señor. Tenemos una figura admirable de esto en Salomón, quien fue el Rey más grande y poderoso, y sin embargo un Rey muy pacífico. No peleó, porque no tenía enemigos; estaba en paz por fuera y por dentro. Dios le dijo que había destruido a sus enemigos para poder construirle una casa. Las almas a las que Dios así hace morar en paz, y por las que lucha, son las que destina al interior. Él los destina nada menos que para construirle un hogar tranquilo y pacífico dentro de ellos. Por lo cual se dijo a David, que no edificara esta casa de paz, porque él había derramado sangre, siendo hombre de guerra. Es necesario, pues, que las almas abandonadas se contenten con edificar en sí mismas, sin fruto alguno, una casa para su Señor, dejando la lucha a los fuertes.

Las otras razones por las que Dios desafía con tanta fuerza que nos abandonemos a él, hacen que la gloria, el imperio, la magnificencia y la fuerza le pertenezcan: por eso debe dejar la gloria de todo, el imperio sobre nosotros y nuestros enemigos, la fuerza para combatirlos y destruirlos, y finalmente la magnificencia y el poder de un Soberano. Siempre lo ha tenido: lo tendrá por toda la eternidad: por lo tanto, debe dejarlo. ¡Oh Jesús, ten este poder soberano sobre todos los hombres en el cielo y en la tierra!

## *ORACIÓN Y CONCLUSIÓN*

## *del Autor sobre sus Explicaciones de todo el NUEVO TESTAMENTO.*

Es a ti, OH NIÑO-DIOS, Verbo hecho carne, Verbo mudo, que presento esta mística EXPLICACIÓN de tu palabra. Como eres tú quien dio la interpretación, depende de ti grabarlo en los corazones de aquellos que lo leerán. No pretendo otra cosa que vuestra gloria, que por ella reines en los corazones, y que los cristianos empiecen a saber lo que es SER CRISTIANOS. Verán que el ESPÍRITU INTERIOR no es otro que el espíritu del cristianismo: que este Espíritu CRISTIANO es vuestro propio Espíritu, que ha estado escondido y enterrado durante mucho tiempo bajo el cuerpo y la apariencia de los cristianos. Da este espíritu cristiano a todos los que llevan su nombre. Sólo a ti te tomo como Protector de esta Obra: ¿cómo podría yo, sin hurto, no ofrecerla, ya que te pertenece con tanta fuerza, tanto porque son tus mismas palabras en las que el Espíritu de vida, que allí estaba escondida, manifestada por tu mismo Espíritu; que porque el corazón y la mano con que le hiciste escribir, son tuyos sin reservas? Si hubiera algo que no fuera de ti o para ti, y si mi miseria me hubiera llevado a mezclar lo mío con lo tuyo, renuncio a ello de todo corazón, y te conjuro que nada impresione tampoco en las mentes ni en los corazones que lo que es puramente tuyo. HIJO, SABIDURÍA DEL PADRE, enmudece a los hombres y haz hablar a los niños: porque sólo (a) de los HIJOS debe venir la alabanza perfecta. Los niños son aquellos que te quedan puramente a ti. Como un niño que no tiene cuidado ni preocupación por sí mismo, así vuestros verdaderos hijos descansan bajo vuestra admirable guía. Siguen siendo tus hijos, porque todos los que son movidos por tu Espíritu son: (a) Los que son puestos por el Espíritu de Dios, son HIJOS de Dios, y están llamados a la perfecta libertad. Dadles, oh Dios, libertad para llevar tu REINO por toda la tierra: y como peleas por ellos, haz que luchen por ti, para que anuncien tu gloria a todas las naciones. Pero silenciad al mismo tiempo a esos hombres soberbios, hinchados de amor propio, que quieren predicarlo por doquier, e insinuar su propio espíritu a expensas de ti. Hazlos callar, Señor: o si hablan que nadie los escuche, y que su habla sea como el sonido de un timbal que resuena y no expresa nada. ¿Me negarías esta doble gracia, oh tú, que desde que perdí toda voluntad por ti, no me has negado ninguna de las cosas que me diste la voluntad de pedir? Tengo esta firme confianza de que este pedido, que es el de toda mi vida, por el cual me has dado el mayor ardor, no quedará sin efecto; y que considerándote sólo a ti mismo en la concesión que serás para mí, te harás gloria de extender tu IMPERIO en todo lugar, de hacer enaltecer tu Nombre por tus hijos, y de cerrar la boca a tus enemigos. (a) Romanos 8 v. 14

No he releído este trabajo, habiéndolo escrito con extrema velocidad. Te lo doy, Padre mío, para que lo examines y lo uses como Dios te inspire.

## ***FIN de las Epístolas CANÓNICAS***